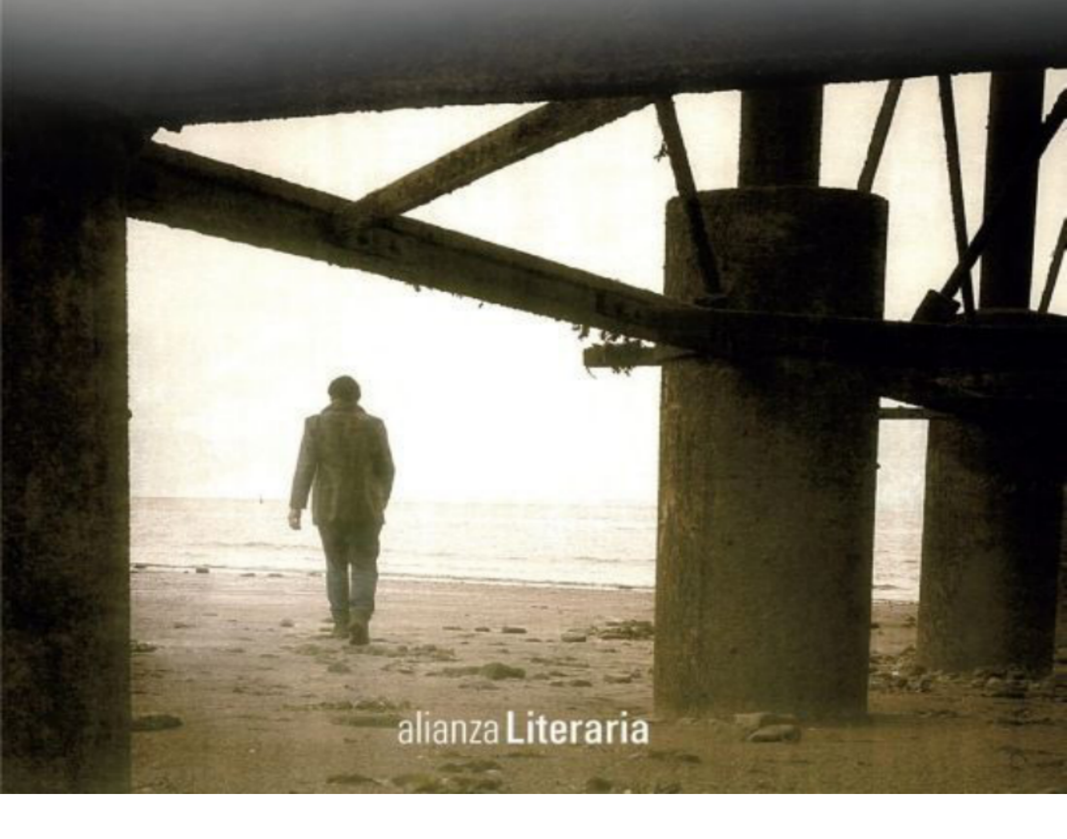
Yasmina Khadra

A qué esperan los monos...



Sinopsis

En el silencio del bosque de Bainem aparece el cuerpo desnudo de una joven atractiva, cuidadosamente maquillada. Tiene una extraña y cruel mutilación, como si hubiera sido víctima de un ritual. Le encomiendan el caso al equipo de la comisaria Nora Bilal, una mujer de fuertes convicciones que no lo va a tener fácil. No sólo por moverse en una "sociedad falocrática", sino porque se va a enfrentar a un caso cuyos hilos conducen a los poderes fácticos del país, a los intocables, a aquellos que nadie se atreve a nombrar pero que todo el mundo conoce. Su sola mención provoca pavor en una sociedad que se ha acostumbrado a vivir en la mentira, el engaño y la sumisión. En la que el bien y el mal se confunden. "A qué esperan los monos..." es una novela de intriga política, con una trama palpitante y vertiginosa: una novela negra que trasciende los límites del género. De la mano de una serie de personajes golpeados por el destino Khadra nos sumerge en un ambiente sofocante de arribistas y abusos de poder en todas sus formas, de corrupciones y complicidades a todos los niveles; el de una sociedad argelina que soñó con un mundo mejor a través de la independencia, pero a la que una elite emergente, sin fe ni ley, le robó la sonrisa. Una bajada a los infiernos, no para abrasarse sino para recuperar la esperanzadora luz perdida.

Yasmina Khadra

A qué esperan los monos...

Traducido del francés por Wenceslao-Carlos Lozano

Alianza Editorial

Título original: *Qu’ attendent les singes*

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN: 9788420691794

Cada generación debe dentro de una relativa opacidad descubrir su misión, cumplirla o traicionarla.

FRANTZ FANON

Los condenados de la tierra

Están los que convierten un destello en antorcha y una tea en sol, y alaban durante toda su vida a quienes los honran una sola vez; y están los que toman por un incendio el menor reflejo de luz al final de su túnel, y apartan con desdén las manos que les tienden.
En Argelia llaman a estos últimos los Beni Kelboun.
Genéticamente nefastos, los Beni Kelboun disponen de su propia trinidad:
mienten *por naturaleza*
engañan *por principio*
y
dañan *por vocación.*

Esta es su historia.

1

Es una mañana espléndida que solo existe para sí misma como un ruiseñor que canta en un mundo de sordos; una mañana argelina con su sol de diciembre resplandeciente y frío como una joya colgada del cielo, fuera del alcance de los sueños rotos, de las oraciones sesgadas y de los Ícaro con alas cortadas.

El cielo está de un azul lustral.

Entornando los ojos, y con un poco de suerte, podrían verse los dioses en su morada, luciendo su figura oronda y con la cabeza echada hacia atrás entre risas homéricas, divertidos por los agobios de nuestro mundo y el baile de los cometas.

Parece oírse un chapoteo, pero no hay fuente ni riachuelo por aquí cerca. En el silencio del bosque de Bainem, todo parece seguir su curso natural. Y todo parece un encantamiento: la niebla asciende desde el barranco; los moscardones revolotean en un haz de luz, indisociables de los destellos que gravitan a su alrededor; el rocío sobre la hierba; el murmullo del follaje, la huida a cámara lenta de una comadreja: dan ganas de pellizcarse.

Si un poeta rechazado por su Egeria recalara por aquí, reinventaría el amor con un simple chasquido de dedos.

Si un vagabundo llevara sus harapos hasta este remanso de paz, creería haber llegado a la Tierra Prometida. Depositaría sus trapos al pie de un árbol, lanzaría siete piedras en todas las direcciones para hacer de cada calvero una patria y de cada cueva un mausoleo.

Una sábana sedosa cuelga a media asta de las ramas de un sauce llorón.

Y, a la sombra de una roca, entre coronas de flores salvajes, yace una joven. Desnuda de pies a cabeza. Y bella como solo sabe serlo un hada nacida del pincel de un maestro. Está medio reclinada de costado, el rostro vuelto hacia el este y un brazo cruzado sobre su pecho. Mantiene muy abiertos sus grandes ojos delineados con rímel, la mirada apresada tras unas largas pestañas que tantas emociones han debido provocar. Maravillosamente maquilla— da, con la melena constelada de lentejuelas, las manos teñidas con alheña conformando motivos bereberes hasta las muñecas, da la impresión de haber sido pasto de alguna tragedia en plena boda. Yace en la orilla de un río seco, con el cuerpo desarticulado, ajena al rumor de la maleza, en absoluto afectada por la culebra que acaba de deslizarse bajo su cadera.

En este decorado de ensueño, mientras el mundo despierta a sus propias paradojas, le Bella Durmiente se ha salido del cuento. Ha

dejado de creer en el príncipe encantado. No hay beso que la pueda resucitar.

Está ahí, eso es todo.

Fascinante a la vez que espantosa.

Cual ofrenda sacrificial…

2

¡Ah! Argel...

Blanca como una mente en blanco.

Ya no es sino una ruina mental, piensa Ed Dayem al encontrarse a su regreso a la mítica capital chapoteando en sus propios vómitos. ¡Ah! Argel, Argel... Sus santos patronos se han dado de baja y se ocultan tras sus propias sombras con un dedo en los labios para suplicar a sus fieles que finjan estar muertos; en cuanto a sus estruendosos himnos, los silenció el alboroto de una juventud en dique seco que solo sabe entretener su ociosidad en espera de que un estallido de ira encienda la calle y así poder saquear tiendas e incendiar edificios públicos. Salvo una minoría de pijos que adquiere en París sus peores defectos, esto es pura metástasis de bastardía. Hasta el vicio se deshilacha en la vileza ambiental y las calentonas, que antaño ponían cachondos hasta a los lisiados, huelen a sudario y a fiero sudor prostibulario.

Repantingado en el asiento trasero del taxi que lo trae del aeropuerto, Ed Dayem oye el rugido de sus tripas. Su malestar le vino apenas tomó el avión y fue empeorando a medida que se aproximaban a la costa argelina. Los antidepresivos que consume como si fueran pipas han dejado de hacerle efecto. Cada vez que regresa a su país, se siente como el asesino que vuelve al lugar del crimen.

Y eso que Ed Dayem no es un cualquiera. Le basta con llevarse la mano al bolsillo para remover senadores, diputados, magistrados, alcaldes y un sinfín de notables como si fueran calderilla en la hucha de un crío mimado. Pero en Argelia no hay un solo dios que esté a salvo de todo.

Para atemperar sus angustias, Ed se interesa por el taxista, un hombrecillo quejoso de tez olivácea embutido en un traje ridículo que parece robado a un vagabundo. Es cierto que aquí la gente ya no sabe vestirse, pero estos últimos años se han pasado de rosca. Van a todas partes con chanclas, no se quitan el *kamis* de lunes a viernes y asisten a los entierros en chándal. La ética se ha esfumado; ya nadie parece percatarse de la regresión que tiene ocupadas sus mentes.

Ed Dayem se concentra en la nuca que tiene delante, endeble y grotesca, y en el casposo cuello de camisa. Es una nuca partida, desgastada, encogida bajo el peso de una cabeza saturada de preocupaciones y de rencores en constante gestación.

El taxista no para de despotricar. Por sus gafas de miope y su francés sin acento parece el típico universitario tieso que ha antepuesto la licencia de taxi al infecundo diploma. En un país donde los mandamases se empeñan en construir un chalé a sus retoños en

vez de levantarles una nación, no es raro toparse con talentos avezados currando en un cafetucho para llegar a fin de mes...

Ed ahuyenta de un manotazo su deriva mental y echa una ojeada al salpicadero presidido por la foto pegada de una cría con gruesas trenzas. La niña sonríe, aunque no su mirada; se adivina la frustración operando en segundo plano.

La ternura es, en estos tiempos, una manera como otra de llenar el bocadillo con humo de barbacoa; no se alimenta uno mejor pero tampoco se pierde la ilusión.

Al lado de la foto, un aviso plastificado ruega a los pasajeros que no fumen, junto con un dibujo, para los analfabetos, de un cigarrillo cruzado por una señal de prohibición. Por la destrozada guantera asoma una maraña de cables. La visibilidad del cristal rayado por unos limpiaparabrisas estropeados es harto discutible. Un desconchado rosario de pacotilla, probablemente traído de La Meca, cuelga del retrovisor. Aunque reciente, el coche cruje por todas partes. Montada en países para nada obligados a atenerse a las normas europeas y exclusivamente destinada a naciones de poca envergadura, esta gama de vehículos baratos ha invadido Argelia, lo cual explica por qué el país tiene uno de los índices de accidentes de tráfico más elevados del mundo.

El taxista no está contento. No para de refunfuñar contra los bólidos que lo adelantan y las cafeteras contaminantes que renquean sobre la calzada. «¡Si es que no puede ser! —fulmina—. Cuando no se creen que van en fórmula I parecen estar siguiendo un cortejo fúnebre. No hay manera de que aprendan a conducir normalmente.»

En realidad, está furioso porque a la selección nacional de fútbol le dieron la víspera una soberana paliza que compromete sus posibilidades de clasificación para la copa de África. En el aeropuerto todos iban cabizbajos y los aduaneros, de costumbre tan meticulosos, apenas se dignaban a olisquear las maletas. Cuando *El-Khadra*[1] sale malparado, el país entero está de luto.

—¿Por qué no contratamos a un entrenador extranjero? —gime el taxista agarrado a su volante como si estuviera retorciendo el cuello al presidente de la Federación Argelina de Fútbol—. Nuestra selección nacional es la única alegría que nos queda.

Interpela a su viajero por el retrovisor:

—¿Vio usted el partido, hermano? 4 a 0. ¡Qué vergüenza más grande!... No parecían atletas sino majorettes. No entiendo cómo llegamos a participar en el Mundial con esta pandilla de niñatos teñidos de platino. Al parecer, tras el encuentro se fueron de marcha a una discoteca. ¿Se lo puede usted creer? Y mientras tanto nosotros, la gente de a pie, como si no existiéramos. Ya ni siquiera tenemos derecho a soñar. Solo nos queda este equipo para olvidar nuestra

desgracia. Es nuestro sedante, nuestro cuidado paliativo. Entonces, ¿por qué nuestros gobernantes no hacen nada para que al menos nuestra muerte sea menos jodida que nuestra vida?

Ed Dayem no contesta. Sigue mirando la nuca cortada intentando verle algún atractivo. El taxista sigue hablando. Sin parar. Como si se hubiera tragado una radio. Está cabreado con el cielo, con la tierra, con los hospitales, los tribunales, los guardas jurados, los partidos, los consulados que se niegan a expedirle un visado, la carestía de los medicamentos...

—¿Conoces a Shiva? —le pregunta Ed, ya harto.

—¿Quién es?

—Una diosa hindú.

—¡Y eso qué tiene que ver!

—Ya mismo te lo cuento... Shiva decía que cuando el viento sopla entre los árboles molesta a las hojas, lo cual irrita a los pájaros.

—¿Y qué?

—Lo que intento decirte, buen hombre, es que aunque no soples entre los árboles, me estás dando la lata.

El taxista asiente con la cabeza. Unos cien metros más allá, aún sin asumir la reprimenda de su cliente, se cala un pitillo entre los labios y se inclina hacia el encendedor, dejando de mirar la carretera.

—¿No está prohibido? —le pregunta Ed señalando el aviso del salpicadero.

—Solo para los pasajeros —puntualiza el taxista—. Si le molesta lo dejo. Cada vez que me acuerdo del partido de ayer me entran ganas de rociarme con gasolina y de provocar una revolución.

Un perro cruza de repente la calzada y apenas le da tiempo a girar para no atropellarlo. Frena en seco, endereza y el coche derrapa entre tremendos chirridos de neumáticos, se sale del asfalto, patina sobre tierra batida y se reincorpora a la carretera dando bandazos.

Durante una fracción de segundo, Ed Dayem ve desfilar ante sí su vida entera. Se estrella contra la puerta, se agarra al respaldo de un asiento para no salir despedido.

—¿Está usted loco? —aúlla con el semblante demudado.

—Lo siento, *kho*[2]. Es que la mayoría de los perros no entienden de pasos de peatones.

—Sí, hombre, encima hazte el gracioso... Otro volantazo como este y yo mismo te atropellaré con este trasto.

El taxista promete tener cuidado.

Ed Dayem lo mira con desprecio pero se controla al ver que este sigue echando pestes contra unos y otros. La angustia que le tenía agarrotadas las tripas ha desaparecido con el subidón de adrenalina producido por el derrape. Recobra el aliento, se acomoda en su asiento y refunfuña:

—Intenta soltarme entero, ¿está claro?

Demasiado ocupado conjurando sus demonios, el taxista no lo oye.

3

La comisaria Nora Bilal se acuclilla ante el cadáver de la joven en el fondo del barranco, junta los dedos alrededor de la boca y entorna los ojos para pensar. Se siente triste, pero nadie sabría decir si debido a la juventud de la muerta o al estropicio que lega a los vivos.

La quietud del bosque de Bainem contrasta con la rigidez del cadáver. Los agentes que faenan por los alrededores dan la impresión de moverse en un mundo paralelo.

—Parece una recién casada —comenta el teniente Guerd.

—Sí… —suspira la comisaria— Quiero la lista de todas las bodas celebradas estos dos últimos días en Argel y alrededores. Hay que comprobar en hoteles y salas de fiestas.

—¿Todas las bodas? —pregunta el teniente, atónito.

—Todas —insiste la comisaria—. Sin excepción. Quiero saber si ha desaparecido alguna recién casada o una de sus damas de honor. Está claro que esta pobre chica ha sido secuestrada en plena boda.

—Argel no es una aldea —protesta el subalterno.

—Eso es asunto vuestro —replica la comisaria con sequedad—. Quiero la lista sobre mi mesa mañana a las cuatro de la tarde a más tardar.

El teniente traga saliva mientras sus ojos destellan con ferocidad. Con la susceptibilidad a flor de piel, mira a los agentes ocupados en recoger indicios y en fotografiar huellas sospechosas; nadie parece fijarse en él.

Guerd carraspea e intenta sostener la mirada incandescente de su superiora antes de apartarla.

Satisfecha por haber puesto en su sitio a su subalterno, Nora se vuelve a inclinar sobre la fallecida. Tiene cortaduras y arañazos más o menos superficiales en los hombros, la espalda y los muslos. La rodilla izquierda está profundamente desollada y cubierta de ramillas. La pierna derecha está partida en dos a la altura de la tibia con fractura abierta. Pero lo que más intriga a la comisaria es la fea herida del pecho: un seno arrancado.

—¿Cree usted, comisaria, que se ha arrancado la teta durante la caída?

Nora no aprecia el lenguaje de su subordinado. Se limita a esbozar una mueca.

—La caída ha afectado al cuerpo —dice—. Pero la herida del pecho es demasiado grande. No se debe a un objeto contundente ni a un impacto. La carne se sale hacia fuera. Más bien parece una profunda mordedura. Quizás un perro salvaje…

—O un chacal en periodo de lactancia.

—Está usted confundiendo humor con cinismo, teniente. Y la situación no se presta ni a lo uno ni a lo otro.

—No está prohibido soltar alguna gracia.

—Siempre que se tenga.

Nora se incorpora para mirar de frente a su subordinado. Es una mujerona morena, de pelo corto y mirada avispada. De espaldas parece un hombre. Pese a tener cumplidos los cincuenta y los hombros caídos, sigue siendo guapa y hasta deseable. En la unidad que dirige desde hace más de dos años, en parte formada por obsesos sexuales y por desquiciados, suscita tanta desconfianza como fantasmagoría. En una sociedad falocéntrica, ser mujer y dirigir a hombres es un castigo biblíco, un problema de tomo y lomo. ¡Cuántas veces habrá sorprendido a un subalterno con el ojo puesto en su trasero mientras abría la marcha! ¡Cuántas veces su opulento pecho ha distraído a sus colegas en pleno *briefing!* Las sanciones consiguen calmar a uno o dos pervertidos durante una semana, pero no hay quien pueda con la naturaleza. Nora sabe que la menor concesión en ese tipo de relaciones supondría su ruina. Por desgracia, determinadas patologías no tienen cura. El machismo es tan duro como un caparazón y tan apretado como una camisa de fuerza. A la larga, es tal el desgaste que una se acaba resignando. En Argelia, un dicho reza que los testarudos pueden a menudo con los más duros de pelar. Nora lo comprueba a diario a su costa. Por mucho que eche broncas, denuncie, expulse y sancione, las reincidencias son cada vez más atrevidas. El teniente no ha usado la palabra *teta* por casualidad. Cada palabra fuera de tono va con segundas. Es parte de un acoso psicológico sabiamente dosificado. Al cabo de un tiempo, la paciencia más firme se marchita y una se acomoda en una especie de saludable renuncia, acaba admitiendo que así son las cosas y punto; no se resuelve el problema pero se suavizan las putadas que derivan de él.

El cabo Tayeb se acerca con un sobre. Es rechoncho, va desaliñado y mal afeitado; sus zapatos no han visto nunca un cepillo. A Nora le cae bien. Es cierto que tiene mal aspecto pero es obediente y eficaz, y cumple su tarea con profesionalidad. Como es concienzudo, sus colegas lo putean todo lo que pueden. Para ellos, no pasa de ser un lameculos al que una tipeja con galones tiene avasallado.

—Hemos encontrado trozos de un faro trasero en el borde de la carretera. El conductor ha debido chocar contra algo al maniobrar cerca del barranco.

—También hay huellas de neumáticos en el arcén.

—Demasiado finas para hacer un molde —precisa el cabo—. Pero hemos tomado las medidas. Por la anchura del dibujo, podría tratarse de un todoterreno o de un vehículo de gran cilindrada.

—No olvides la sábana colgada del arbusto. Seguro que sirvió para envolver el cuerpo. Pide a alguien que la recoja y que cuide de no borrar las posibles huellas de ADN.

—De acuerdo, comisaria.

—¿No hay testigos?

—No —interviene el teniente a la vez que despide al cabo—. Un guarda forestal encontró el fiambre.

Nora no lo escucha. Eleva la mirada hacia la carretera asfaltada donde varios coches policiales hacen tiempo con sus girofaros encendidos, lamenta la agitación de los polis que pisotean los escasos indicios del lugar del crimen. Más acá, unos camilleros y el conductor de la ambulancia fuman sin parar y sueltan risotadas. El más pequeño, flaco y nervioso, cuenta la juerga que ha tenido que abandonar:

—Tenía delante de mí una masa de carne, un montón de manteca de cerdo cuyos sobacos apestaban. Atufaba tanto que me dolían los ojos. Unos fulanos le estaban tomando el pelo: «Monta un número, Jimi Hendrix», le gritaban, y él creía de verdad ser una estrella. Se sacudía la melena y brincaba haciendo unas muecas espantosas. Su desvencijada guitarra aullaba entre sus patas como un sospechoso en manos de un torturador. Os juro que cada vez que desentonaba tenía la impresión de que me estaban arrancando un pelo del culo con una pinza.

Sus compañeros se parten de risa. La cercanía del cadáver no les afecta. Han visto otros, miles de ellos durante el decenio negro y en las carreteras infestadas de locos al volante y de borrachos. Para ellos, un cuerpo sin vida, intacto o desfigurado, es un objeto desubicado; su trabajo consiste en llevarlo adonde le corresponde estar, en la cámara frigorífica de una morgue. La rutina los ha desalmado. Ya no son sino autómatas; sus risas suenan como el chirrido de un engranaje sin engrasar.

Nora vuelve a elevar la mirada hacia la carretera, la detiene en la franja de tierra que da al precipicio, intenta imaginar la trayectoria del cadáver que, a todas luces, han debido arrojar desde allí. El o los malhechores apuntarían hacia el precipicio, a la izquierda, de difícil acceso; si el cadáver hubiese caído entre los frondosos matorrales quince metros más abajo, nadie lo habría descubierto. Aparentemente, al engancharse en los arbustos, la sábana liberó el cuerpo y desvió su trayectoria inicial hacia la derecha. El cadáver rebotó sobre el montículo de tierra y rodó por un sendero de cabras antes de estrellarse al pie de la roca. En la oscuridad, el o los malhechores no se dieron cuenta o quizás tuvieran prisa en largarse.

—Hay una cabaña a unos cientos de metros —dice el teniente—. Podríamos ir a preguntar si oyeron o vieron algo.

—Eso es —contesta la comisaria sin demasiada convicción antes

de hacer una señal a los camilleros para que se lleven el cuerpo de la joven.

Indignado, el teniente se rasca la entrepierna y regresa a su vehículo mascullando con mal humor: «Eso es… Eso es…».

4

El taxi aparca ante un caserón ubicado en medio de un gran jardín lleno de palmeras. Por la verja de fundición se puede ver un surtidor de estuco, un sendero cubierto de gravilla rosa y bordeado de hortensias; bajo una bóveda de hojarasca, una escalinata de granito que da a un porche con balaustradas recién pintadas. Un negro con turbante está regando las plantas; con su traje satinado y sus babuchas, parece salido de un cuento de *Las mil y una noches*.

Ed Dayem se queda contemplando por un momento la bonita propiedad —en otro tiempo residencia oficial de un gobernador francés— antes de apearse del coche. Se saca del bolsillo dos billetes y los tiende al taxista.

—Quédate con la vuelta.

—¿Qué vuelta, colega, si apenas son ochenta céntimos? —exclama el taxista.

—Pues quédate con ellos. Ya me los pagará Dios.

—¿Y cómo quieres que con esto le haga un lifting a mi mujer?

—Vuélvete a casar, buen hombre. Te saldrá mucho más barato.

Una vez que se ha ido el taxi, Ed Dayem acciona el timbre de la verja. Otro negro, esta vez vestido de sirviente de califa, acude a abrirle. Ed Dayam siempre se pregunta por qué algunos capitostes de Argel tienen esa querencia por los lacayos negros. ¿Será reflejo atávico o prurito de clase? Quizás ambas cosas a la vez.

—Buenos días, Si Dayem —arrulla el lacayo abriendo la verja e inclinándose obsequiosamente.

—Buenos días, Marouane. El patrón me está esperando.

—Estoy al tanto, señor. Le ruego que me siga.

Ed Dayem conoce a toda la servidumbre de Haj Saad Hamerlaine: el cocinero, el chófer, el jardinero, el guarda y el factótum, los cinco oriundos de la región de Touggourt, en el Gran Sahara: negros nacidos en casas pobres dispuestos a lo que sea con tal de llevarse algo a la boca. No descendientes de esclavos sino auténticos hijos del desierto cuyos antepasados, valientes y decididos, vivieron tiempos de gloria antes de que la miseria y el bastardeo los desencaminaran y se entregaran en cuerpo y alma a la picaresca del cosmopolitismo. Pero esa es otra historia...

Ed Dayem siempre tiene escalofríos cada vez que entra en la inmensa residencia de Haj Saad Hamerlaine. Siente como si se aventurase en un laberinto plagado de duendes burlones y de trampas abisales. Ni siquiera la luz del día se atreve a colarse en ella. Apenas traspasados el sendero y el porche, la oscuridad se adueña de las

mentes y se niega a retirarse. Ed no recuerda haber visto una araña o una lámpara encendidas en su interior.

El sirviente camina con rapidez por un pasillo jalonado por jarrones colosales, cómodas de mármol y espejos imponentes.

Hamerlaine apenas sale de su casa, dedicado como está a perfeccionar sus trapicheos con la implacable paciencia de una araña. Para rentabilizar su autarquía, se ha traído a casa el universo y hasta ha instalado en el sótano un quirófano ultramoderno, un aparato de diálisis, un gabinete dental y un gimnasio. Haj Hamerlaine no se conforma con ser un súper-ciudadano libre de impuestos, además se permite meter mano a la hacienda pública a su antojo. Ese privilegio se conoce en Argelia como «legitimidad histórica».

Ambos hombres se detienen ante una puerta de ébano. El sirviente la golpea en señal de llamada, espera un momento antes de abrir y eclipsarse.

Ed Dayem debe rebuscar en lo más hondo de sí mismo el valor necesario para cruzar el umbral de la sala, que parece querer tragárselo.

El despacho de Hamerlaine es amplio, de techo alto y paredes revestidas de maderas nobles de las que cuelgan lienzos de pintores requisados en el museo nacional desde hace tanto tiempo que a nadie se le ocurre ya reclamarlos, y en sus tres cuartas partes forradas con estanterías repletas de libros y enciclopedias de lujosa encuadernación… Hamerlaine jamás pisó una escuela, pero supo rellenar sus lagunas cuando sus funciones oficiales le permitieron ofrecerse a domicilio clases de recuperación impartidas por profesores eméritos. Dotado de una inteligencia extraordinaria y de una memoria fenomenal, no tardó en superar a sus maestros. Su tardía afición a la lectura le ha producido tal bulimia libresca que le resulta imposible dormirse cada noche sin tragarse medio libro. Su espectacular erudición lo ha convertido en una referencia intelectual de primera fila. Para Ed Dayem, el problema es que su instrucción no ha conseguido engrandecerlo, y menos aún liberarlo de esa mentalidad retrógrada consistente en destrozar todo lo que le disgusta. Hamerlaine conoce tan bien a san Agustín como a Confucio pero, por empirismo, prefiere con mucho a Kim-II-sung y a Clausewitz pues, para él, la guerra y la revolución son dos constantes que hay que reinventarse hasta la muerte.

Hace fresco en la sala. El leve zumbido de un climatizador perturba el mutismo de los austeros muebles comprados en tiendas de antigüedades parisinas.

Durante todo un minuto, Ed Dayem permanece de pie sobre una alfombra persa y bajo una araña digna de una basílica, visiblemente intimidado. Como nunca ha conseguido explicarse esa angustia

perniciosa que lo acomete cada vez que lo cita un *rboba*[3], se limita a padecerla como si fuera un embarazo psicológico.

En Argelia no es necesario meter la pata para que se te venga el mundo encima. El destino suele pender de un cambio de humor y la propia vida de una simple llamada telefónica…

Ed Dayem coge su pañuelo y se enjuga la frente, el cuello y las comisuras de la boca. Tiene la garganta seca y le cuesta respirar.

Algo se mueve al fondo de la sala. Tras la mesa de despacho el asiento gira sobre sí mismo. Haj Hamerlaine se pone frente a su visitante.

—¡Vaya, ya está usted aquí! —declara—. No le he oído llegar.

Ed sabe que el anciano miente. Lo ha hecho esperar adrede para presionarlo. Lo hace con todo el mundo. Y permanece deliberadamente tras su mesa de despacho para no tener que dar la mano a sus interlocutores. El viejo es un hipocondriaco. No por delirio de grandeza ha elegido como barrera entre él y los demás una mesa ancha como el cuadro de mandos de un buque. Con semejante dispositivo se asegura de que no haya brazo capaz de alcanzarlo.

Haj Hamerlaine trata por igual a sus colaboradores más cercanos. Con un gesto de la barbilla les señala un asiento alejado y les concede algunos instantes de su valioso tiempo tras lo cual los despide sin ofrecerles una taza de café ni molestarse en acompañarles.

Ed Dayem inclina levemente la cabeza para saludar al amo del lugar.

—Debí toser en mi puño para despertarle —bromea para darse ánimos.

—Los dioses nunca duermen —replica Hamerlaine.

—No pretendía ofenderle.

—Perdono algunos pecados, pero rara vez la insolencia.

Ed Dayam se va derrumbando. Sabía que su retiro en España se iba a tomar como un abandono del puesto; peor aún, como una defección. Y los *rboba* odian a los desertores. Y cuando los *rboba* montan en cólera, hasta los truenos y centellas se eclipsan. Cualquier lacayo de las altas esferas puede certificar con pruebas que el abrazo de un *rboba* es tan mortal como la mordedura de diez cobras.

Ed Dayam se apoya en el respaldo de una silla e intenta disciplinar su respiración.

—Siéntese ya, Eddie. Así no tendrá que vomitar sobre mi alfombra.

Ed Dayem se apresura a hacerlo. De haber tardado un segundo más, la tierra se hubiera abierto bajo sus pies.

—Eddie, mi pobre Eddie —le dice el anciano con una voz mezcla de reproche y cansancio—, he estado a punto de alquilar un dron en el Pentágono para localizarle.

—Necesitaba relajarme.

—Eso no es motivo para que no se le pueda localizar. Es usted un capitoste de la prensa, y esta no se dirige por telepatía. Aquí todo cambia sin parar y eso requiere un tratamiento adecuado inmediato. Hay problemas en casa, don Información, y la «primavera árabe» no hace sino complicarlos.

—Le aseguro que me encontraba fatal —farfulla Ed con tono conciliador—. Estaba saturado. Necesitaba tomar distancia.

—¡Vamos ya! Hoy ya no se toma distancia, se va hacia atrás. Y si quiere mi opinión, no le conviene que le pillen porque los follones lo andan persiguiendo.

—¿Qué follones?

—¡Yo! —atruena el anciano.

Ed Dayem está a punto de atragantarse con su saliva.

El anciano tamborilea el cristal de su mesa con su regordete dedo para pautar sus palabras:

—Odio llamar a mis ordenanzas y no tenerlos ante mí antes de haber soltado la campanilla.

Haj Hamerlaine parece tan viejo como el vicio. Con la erosión de los años, su piel ha quedado en una película macilenta. Con los ojos hundidos tras sus pensamientos ocultos, la nariz como un banderín a media asta en su siniestro rostro, parece una momia recién sacada de su sarcófago. Ed Dayem cree que el anciano se conserva durante las noches en una bañera llena de formol y durante el día se seca sobre su trono de dios interino, negándose en redondo a abdicar ante la edad y el peso de sus pecados. Pero lo que mejor sabe es que esa porción de ruina humana, ese anciano de tez polvorienta es capaz de provocar un tsunami con solo estornudar.

—No volverá a ocurrir, se lo prometo.

—La próxima vez no tendrá oportunidad de lamentarlo, Eddie. ¿Me ha entendido usted bien?

—Del todo, señor.

—Pues asunto resuelto.

Ed Dayem dobla su pierna derecha sobre su rodilla izquierda para parecer más relajado. En realidad, es la única postura posible para que sus tripas no se le desparramen por el suelo. Respira con tal fuerza que sus pulmones están a punto de estallar y, con el corazón disparado, espera a que el anciano ponga su mirada de reptil en otra parte para poder aflojarse el nudo de la corbata.

—¿Quiere usted beber algo, Eddie?

Ed Dayem acoge la propuesta como una absolución, pero se nota demasiado débil como para merecerla.

—¿Un vodka con limón?

—No, gracias.

—Parece a punto de desmayarse.

—Es el viaje, señor. El avión se ha movido lo suyo.

—Me lo imagino. Pero necesito que esté muy atento, así no tendré que repetirme.

—Soy todo oídos, señor.

—Enhorabuena, querido Eddie, enhorabuena.

Hamerlaine saca de un cajón una botella de vodka y se sirve un vaso que se bebe de una tacada. Ed Dayem ve una oportunidad para relajar el ambiente. Dice:

—¿Ha vuelto usted a beber?

—¿Por qué me voy a privar?

—No debería.

—¿Y eso por qué?

—Acaba de regresar de La Meca, purificado, totalmente limpio. El Señor…

—A Dios lo que es de Dios y lo demás para mí.

Ed Dayem se achanta.

Se produce un tenso silencio entre ambos hombres.

El anciano junta sus dedos de hurón bajo la barbilla y mira fijamente a su visitante. Suelta de sopetón:

—Si Emma siguiera viva, la cubriría de oro.

—¿Emma?

—Una *madame* que conocí en los años cincuenta. Le debo todo lo que soy. El problema es que jamás me permitió meter baza, ni siquiera para darle las gracias. «No olvides que yo te saqué del arroyo —me aullaba—. No eras más que un borracho babeante que los proxenetas ahuyentaban a patadas como si fueras un perro sarnoso. Me lo debes todo, tu camisa y tu pantalón, hasta el calzoncillo que lavas una vez por temporada.» Me lo soltaba a la cara cada vez que remoloneaba o que le reclamaba lo que me debía. Y cuando le pedía un día libre, me gritaba: «¿Para ir dónde, cretino? ¿Para juntarte con tus amigotes bajo los puentes?» No es que Emma fuera malvada, solo posesiva y despectiva. De no ser por ella, habría seguido salmodiando sentado en un escalón, bajo un sol de castigo, o discutiendo con esos inválidos regresados de la guerra, sin medallas ni referencias, que se pudrían en los portones entre sus harapos y sus excrementos.

Haj Hamerlaine se levanta, bordea su mesa y, con las manos a la espalda, se detiene ante un gran lienzo de trazo magistral que representa un mar enfurecido. Permanece así unos segundos, sumido en sus recuerdos. En el silencio de la sala, su dificultosa respiración recuerda el chirrido de una cañería agrietada. Prosigue sin darse la vuelta:

—Emma tenía un buen fondo pese a su pésimo carácter. Regentaba su burdel con mano de hierro. Sus putas parecían ogresas

en celo. A ratos todavía me llegan sus risas de súcubos. Se pitorreaban de los clientes que eyaculaban precozmente, en su mayoría una soldadesca mal encarada. Fue una época bastante dura para un factótum como yo, pero ella tenía sus motivos.

Apoya una mano sobre una cómoda y gira lentamente sus viejas piernas que se intuyen esqueléticas bajo el pijama. En sus ojos reluce un remoto júbilo que incomoda de inmediato a Ed Dayem. Este ha aprendido a captar en el anciano esos momentos molestos en que las evocaciones se envenenan sistemáticamente. Son momentos violentos en los que la sonrisa, incluso simulada, conserva intacta su acidez.

En Argelia, cuando un autoproclamado revolucionario evoca el pasado, este le devuelve su furia y su agresividad así como un sufrimiento oscuro hecho de heridas nunca cicatrizadas, de interrogantes sin respuestas y de fechorías sin expiar.

Sin darse cuenta, Ed Dayem vuelve a sacar su pañuelo y se seca el sudor con los ojos clavados en la enigmática mueca que retuerce los labios del anciano.

—¿Sabe usted, Eddie? Hay un solo modo de ser agradecido con alguien: devolverle lo que le ha prestado, a poder ser con intereses. Pero si no puede hacerlo por falta de medios y el bienhechor no para de recordarle, a riesgo de traumatizarle, que le debe todo, no hay más remedio que recurrir a procedimientos radicales: o se le aguanta aunque tenga uno que diluirse en su escupitajo, o se le hace callar para siempre. Es lo que me ocurrió con Emma. Ya solo veía la baba en su amenazante boca, el fuego de sus ardientes pupilas, y ese dedo que me señalaba como si fuera la escoria de la humanidad. Nadie sobrevive realmente a la humillación, Eddie. Nadie, ni siquiera los que no valen nada. Todos tenemos, algunos oculto y otros a flor de piel, eso que nos singulariza y se da en llamar orgullo. Viene a ser nuestra caja de Pandora. Basta con ofenderlo para provocar una catástrofe. De modo que cuando el FLN* anatemizó a los chulos y a los borrachos, subí a la habitación de Emma y la rajé como a una marrana con mi navaja oxidada. Con eso maté dos pájaros de un tiro: me quité de encima una deuda demasiado elevada y obtuve un pasaje para el maquis, donde los luchadores por la libertad me acogieron como a un héroe... Todavía hoy me sigo preguntando qué habría sido de mí si Emma me hubiese tratado de otro modo. Seguro que no me habría visto obligado a unirme a los maquis y habría seguido destapando botellas de cerveza tras mi mugrienta barra rodeado de un harén de putas gritonas y de pajilleros vergonzantes demasiado acomplejados para tener una amiguita conocida.

—¿Por qué me cuenta esta historia, señor?

—Para no verme obligado a recordarle lo que he hecho por usted. Quiero morir en mi cama de anciano, rodeado de mis trofeos y de mis

más fieles cortesanos.

—Jamás me atrevería a ponerle la mano encima.

—Me temo que no tiene la suficiente capacidad para hacerlo. Pero, como hombre precavido, sé que a las víboras no les cuesta tanto hacer daño.

—O sea que para usted soy una víbora.

—Si fuera un orangután se notaría.

Ed Dayem se lo toma con filosofía. Tras treinta años de flirteo con los dinosaurios de la República, nunca ha conseguido acceder a su casta. Su colosal fortuna y sus relaciones tentaculares no bastan. Los *rboba* conforman un círculo cerrado, un laberinto peligroso para los no iniciados. Ed los conoce a todos, conoce sus recorridos pavimentados con osamentas humanas, con trampas mortales y tesoros ocultos, sus métodos y su maldad siempre un paso por delante de la de sus enemigos, pero nunca ha conseguido que se fíen de él. Celosos de su poder y de sus espacios opacos, lo mantienen al margen de sus complots y solo recurren a él para preservar sus ganancias antes de despedirlo como a un vulgar lacayo.

A Ed Dayem no le gusta que lo traten así, pero el miedo que le producen los señores de Argel no deja cabida para otros estados de ánimo ni para el amor propio. Si quiere ahorrarse una desgracia, no le queda más remedio que tomárselo con paciencia. Un conocido sindicalista dejó escrito en la pared de su celda, una semana antes de ahorcarse en el manicomio donde lo llevó su rectitud: *Me apeo. Los* rboba *de Argel no morirán nunca. Cuando no queden estrellas en el cielo, cuando el sol se apague, cuando los dioses hayan muerto, los* rboba *seguirán ahí, de pie sobre las cenizas de un mundo desaparecido, y seguirán conspirando contra las tinieblas, mintiendo al eco de sus propias palabras, robando a su mano derecha con la izquierda y apuñalando por la espalda a su propia sombra*.

—Es usted demasiado injusto, señor.

—Siempre hemos jugado limpio.

—¿Qué espera usted de mí?

—Esa es una pregunta razonable.

Hamerlaine recoge un periódico de su mesa y se lo lanza a su visitante:

—Se trata otra vez de ese cretino de Amar Daho…

Ed Dayem atrapa al vuelo el periódico y lo recorre febrilmente. La foto de Amar Daho ocupa la primera plana, seguida de un artículo de dos páginas.

—Creo haberle pedido que dé un toque a los directores de periódicos para que ese cabrón deje de significarse.

—Son libres de dirigir sus periódicos como les parece. No son amigos nuestros sino competidores. Todos necesitan polémicas y

escándalos para vender su prensa. Es lo único que funciona.

—Eso no es problema mío. Arrégleselas para que nadie dé cancha a ese cabrón.

—Para eso hay que untarlos.

—Pues únteles el culo, las articulaciones o lo que sea, y que ese Daho no tenga donde caerse muerto. No quiero volver a saber de él.

—¡Pero si no es más que un inepto! Su opinión no llega más allá de un escupitajo. No vale ni para que uno se limpie los zapatos con él. Se le nota menos que un pedo en una pista de tenis.

—Contamina el aire que respiro.

—Normal, solo es una carroña sin sepultura. Fue ministro y usted lo hizo caer. Fue rico y usted lo ha arruinado. Tenía sus circuitos y solo le ha dejado los ojos para llorar. Ni con una escafandra sofisticada se puede alcanzar el fondo donde lo ha arrojado.

—No basta con eso. Quiero que le cierren el pico de una vez por todas. Hace una semana publicó un artículo en una revista extranjera y apareció en un plató de Al-Jazira. Dos días después, vuelve a la carga con una denuncia atronadora, declarándose víctima de su competencia y de su honradez, y objeto de una conspiración para desacreditarlo ante la opinión pública y así impedir que se presente a las elecciones al Senado. Hasta ha prometido volver a la carga y poner en su sitio a sus detractores. Ese cabrón se ha atrevido a retarme. Me acusa de querer acabar con él.

—En eso no miente.

—Falso, Eddie. Cuando quiero acabar con alguien no le da tiempo a enterarse. Solo quería darle una lección. Por lo que se ve, no la ha aprendido. Esta vez me voy a hacer una esterilla con su melena.

—¿Cómo?

—Usted manda en la prensa. Dispone de seis periódicos, dos semanarios, una página web: de sobra para despellejar a cualquier oveja negra.

—El acoso mediático tiene sus límites. Si te pasas, te conviertes en sospechoso. La gente ya no se cree todo lo que le cuentan.

—Si te excedes —corrige Hamerlaine.

—¿Cómo que si te excedes?

—Se dice «Si te excedes».

—¿Qué más da?, lo importante es que se entienda.

—Eddie, le hemos hecho llamar para que ese hijoputa calle de una vez. Rebusque en su vida, siempre aparece un horror oculto. Si no lo encuentra, apáñeselas para inventarle uno a medida. Quiero que el fango en el que se hunda sea tan nauseabundo que el propio ángel de la muerte se niegue a ir a recogerlo.

Ed Dayem, desamparado, no para de dar vueltas al periódico que tiene entre sus manos. Sabe que la suerte está echada y que lo que

decide un *rboba* es una orden inapelable. Traga saliva convulsivamente, inspira y espira, se enjuga la frente con el revés de la mano. El zumbido del aire acondicionado resuena en sus sienes como el rugido de un viento maléfico.

—Usted piensa que... —farfulla.

—No pienso nada, Eddie. Quien controla la opinión posee la verdad, y no es necesario que esa verdad sea sana. Recuerde nuestro lema cuando el Comité le encomendó la tarea de ser nuestro ariete mediático: la verdad es lo que la gente cree. Toda santa verdad deviene en alegato al quedar en entredicho, y cualquier burrada irremediable se convierte en verdad absoluta.

Ed Dayem menea la cabeza:

—Veré lo que puedo hacer.

—Para mí, ya está hecho. Solo espero la confirmación... Ahora, puede usted irse. Me toca sesión de diálisis. Mi chófer lo llevará.

—No es necesario molestarlo. Tomaré un taxi.

—Siempre tan desconfiado, Eddie.

—Eso ayuda.

El anciano suelta una risa seca:

—¡Menudo pretencioso!

Ed Dayem asiente con la cabeza. A Haj Hamerlaine no se le escapa la arruga que acaba de surcar su tez grisácea. Se repantinga en su trono acolchado y cruza los dedos sobre su vientre. Sus ojos destellan desagradablemente.

Cuando Ed Dayem alcanza la puerta, hace una pausa, se queda meditabundo y se vuelve hacia el anciano:

—Dígame, señor, ¿es cierta la historia de la *madame?*

El anciano se queda un rato mirando al magnate en medio de un silencio siniestro que Ed lamenta haber provocado, luego masculla con una mirada amenazadora como el ojo de un cíclope:

—Flaubert dijo que todo lo que inventamos es cierto.

Tras lo cual lo despide con un señorial gesto de la mano.

5

La imagen de la joven muerta no para de dar vueltas en la cabeza de Nora. Por mucho que se concentre en la gente que deambula por las aceras, no consigue borrar el rostro mortecino entre coronas de flores silvestres, allá en el bosque de Bainem. Los cláxones suenan a su alrededor como deflagraciones.

—Sácame de este circo —ordena a su chófer.

—Es hora punta, jefa —dice este, no menos harto del tumultuoso atasco que satura el paseo marítimo.

—¡Toma un atajo, por Dios!

—Imposible. Todas las calles están atestadas.

Nora mira su reloj. Las doce en punto. La comisaría central no está muy lejos, pero las interminables filas de coches están casi detenidas. Los escasos policías que intentan desenmarañar la madeja de tráfico apenas dan abasto. Aquí y allá, no dan pie con bola. Se les oye de lejos silbar y abroncar a los locos del volante pero sin por ello disciplinar el lío de la calzada.

—Bueno —cede la comisaria—, déjame primero en casa. Volverás a buscarme cuando haya menos tráfico.

Él asiente con la cabeza, contento de dar media vuelta.

Nora llega a su casa hacia las doce y media. Ve que Sonia sigue acostada con los ojos hinchados de sueño.

—¡Arriba! —le dice.

Sonia, desmelenada y con cara de agotamiento, se mueve perezosamente bajo sus sábanas revueltas y gruñe colocándose la almohada sobre el rostro.

—¿Qué hora es? —pregunta con voz pastosa.

—¿Desde cuándo te interesa saber la hora? Apuesto a que has vuelto a chutarte barbitúricos. Mírate. Pareces una crepe rancia. (Vuelca de un manotazo un tarro amarillento que hay sobre la mesilla de noche). Te he dicho cien veces que no quiero ver esa porquería en mi casa.

—¡Eh! —protesta Sonia—. Ese potingue cuesta un ojo de la cara.

Nora tira de las sábanas para obligar a la dormilona a levantarse. Sonia está desnuda, enseñando sus senos altos y firmes y su tupido vello púbico. Sus braguitas han dejado un triángulo lechoso en su bronceada piel.

—¿Qué quieres que haga durante el día? —exclama—. Sigues sin encontrarme trabajo y me prohíbes callejear. No soy un rehén. Ni un mueble. Si me chuto es porque estoy aburrida. Te pasas la vida en el curro, y yo muerta de asco aquí encerrada.

—Dúchate. Se te refrescarán las ideas.

Sonia se levanta a regañadientes y se tambalea apoyándose en el borde de la cama, con la mirada tan vaporosa como sus gestos. Es una joven bastante guapa, de unos treinta años, delgada y espigada. Tras huir de su casa a los dieciocho años, pasó por la miseria, por la prostitución callejera, los tugurios de mala muerte, las compañías peligrosas y las órdenes de detención. Las cicatrices y las quemaduras de cigarrillos que afean la perfecta plasticidad de su cuerpo dan fe de las malas pasadas que le ha deparado su naufragio. Nora la conoció durante una redada, estando secuestrada en un sótano por una banda de violadores y chulos. Sonia estaba en un estado lamentable, torturada y drogada, a punto de volverse loca de tanto feroz tormento padecido noche y día. La tuvieron hospitalizada unos días antes de ingresarla en un centro especializado donde Nora la visitaba con regularidad. Ambas mujeres iniciaron una relación y ya no pudieron vivir la una sin la otra. Tras una cura de desintoxicación, Sonia se fue a vivir a casa de Nora. Lleva ya más de tres años viviendo con ella pero, estos últimos tiempos, la querencia de la aventurera vuelve por sus fueros. Sonia regresa a casa cada vez más tarde, borracha y desastrada, apestando a efluvios de amores ocasionales. Se ha vuelto incontrolable y amenaza con largarse si Nora no le da más rienda suelta.

—Tengo que ir a la esteticista para que me ponga guapa —balbucea Sonia.

—Buena falta te hace —admite la comisaria, consternada.

Sonia frota el pulgar con el índice:

—Necesito pasta.

—¿Qué has hecho con la que te di ayer?

—Me la he gastado.

—¿Crees que fabrico los billetes en un taller clandestino?

—Eso no es problema mío. Necesito arreglarme el pelo. Si no, no tendré más remedio que apañármelas *como antes*.

—Déjate de chantajes, por favor.

Sonia se ríe de ella, la roza con el hombro con provocadora languidez. Pestañea como para enternecer a la comisaria y le tiende una mano.

—Anda, no te pongas tiquismiquis, cariño.

Nora contiene un suspiro antes de ceder. Sonia atrapa al vuelo los dos billetes que le tiende.

—Me pregunto qué habría sido de mí si la providencia no te hubiera puesto en mi camino —le susurra.

La besa en la boca y se dirige con paso vacilante al cuarto de baño.

Nora la ve alejarse, detiene la mirada en sus armoniosas caderas,

luego en sus firmes nalgas, y, cuando su compañera desaparece tras la puerta vidriada, se deja caer sobre el borde de la cama, enciende un cigarrillo y se vuelve, meditabunda, hacia la ventana que da a un cielo blanquecino.

6

La comisaría central de Argel parece una nave abandonada. Unos pocos policías desocupados van y vienen por los pasillos con los pulgares colgados del cinturón y la cabeza en otra parte. La escasa luz que filtran las ventanas polvorientas confiere a la penumbra un toque de frustración acentuado por el crujido de las puertas y el traqueteo de las máquinas de escribir.

En las ventanillas, dos polis hacen tiempo como pueden, uno manoseando su iPhone y otro rellenando laboriosamente un crucigrama cuyas casillas tiene repletas de tachaduras. Con un boli entre los dientes, no alcanza a comprender por qué no coincide la alineación de las palabras. Se rinde y alarga la mano hasta un vasito de un café amargo ya frío, vuelve a un sinónimo, tropieza con una letra inapropiada, y masculla con despecho:

—No es normal. El tío que ha hecho estas cuadrículas no ha ido nunca a la escuela. Mira por ejemplo esta palabra: capital. He puesto *Roma, Rabá, Parí* y ninguna vale.

—Deberías intentarlo con el juego de los siete errores —le sugiere su colega.

Un hombre entra en la comisaría. Pequeño y reseco, de unos sesenta años mal llevados, flota dentro de su arrugado traje. Con su pelo despeinado, su cara de cansancio y sus enormes ojeras, da la impresión de haber dormido en un establo.

Se acerca a la ventanilla, saca de una cartera un informe voluminoso y lo pone sobre el mostrador.

El policía se queda mirando el montón de papeles empaquetado en una carpeta de cartón, y sigue con su crucigrama.

—El despacho 15 está al final del pasillo, a la derecha —dice sin despegar la nariz de su periódico.

—Es para un desembargo —explica el ciudadano.

El policía suelta su bolígrafo, visiblemente molesto.

—¿No puedes volver luego? No he acabado mi café.

—Yo ni he dormido ni he desayunado. Acabo de apearme del tren nocturno.

El segundo policía deja a disgusto de navegar con su móvil y hace una señal al ciudadano para que se acerque.

—¿Cuál es el problema, señor?

—Acabo de denunciar al Estado.

Ambos policías se miran, perplejos, antes de soltar una carcajada.

—No soy un humorista —dice el ciudadano.

—Y esto no es un café-teatro —dice uno de ellos.

El ciudadano saca una tarjeta de visita del bolsillo interior de su chaqueta y la deja sobre el mostrador.

—Soy ingeniero petroquímico y profesor de la Universidad de Orán.

Los policías se consultan con la mirada.

—¿Entonces a qué viene armar follón, don sabihondo? Al Estado no se le denuncia, buen hombre.

—¿Qué ocurre? —chasquea una voz desde un cuartucho.

Los dos policías se apresuran a ocultar el teléfono y el periódico, se recomponen un poco y se vuelven hacia el despacho que hay detrás de ellos. Ante la puerta aparece un oficial vestido de civil, con los brazos cruzados y el belfo espeso.

—El señor quiere denunciar al Estado, señor inspector —le explica el primer agente con cierto retintín.

El oficial se adelanta, tiende una mano por encima del mostrador que el ciudadano se apresura en apretar.

—Inspector Zine.

—Vengo de Orán, señor inspector —dice el ciudadano.

—En Orán hay una comisaría —le señala el agente.

—Tengo derecho a denunciar en cualquier parte de mi país. Estoy harto de correr a diestro y siniestro, de que me den con la puerta en las narices, de pasarme horas en tétricas salas de espera hasta que un subalterno venga a decirme que su jefe está ocupado o que ha salido a toda prisa porque tiene una cita. En este informe está todo mi historial, mis denuncias en la prensa, mi indignación contada con todo lujo de detalles a los organismos competentes. Hoy he decidido dirigirme a Dios antes que a mis santos. Soy víctima de un sistema corrupto, por lo que denuncio al Estado, aquí mismo, en la comisaría central de Argel.

El ciudadano deshace el nudo que ata al informe y se pone a buscar documentos. La brusquedad de sus gestos le estremece el rostro y respira como un asmático.

—En 1997, el municipio de Ain el-Turck me concedió un terreno de ciento cuarenta y tres metros cuadrados. Aquí está la orden de concesión, firmada y fechada. He pagado la totalidad del dinero estipulado así como los gastos notariales y los de viabilidad cuyos resguardos de pago traigo aquí. Al año, cuál no sería mi sorpresa cuando me enteré de que una tercera persona se había hecho una casa en mi propio terreno. Pues desde entonces no paro de bregar. El okupa tiene sus papeles en regla. Me ha enseñado la orden de atribución a su nombre firmada por el propio concejal del municipio. Al principio prometieron adjudicarme otro terreno. Así me han tenido años. En la Oficina Inmobiliaria de Sénia, donde abunda una gentuza de la peor calaña, me han dado largas con promesas y luego han pasado de mí.

He llevado el caso ante los tribunales. Los jueces tenían los ojos puestos en mis bolsillos antes que en mis reclamaciones. Ni las cartas certificadas ni mis oraciones del viernes han llegado a su destino. El gobernador de Orán dice que ya está harto de mí. Considera que lo estoy acosando. En las distintas comisarías, los agentes se santiguan para espantar los sortilegios apenas me ven llegar. He escrito cien veces al ministerio, más de veinte al presidente de la República, pero ni caso. Este asunto me tiene hipertenso, por no hablar de mis problemas cardiacos y de mis crisis de ansiedad. Me estoy atiborrando de antidepresivos. Mi mujer se ha refugiado en casa de sus padres, mis hijos me evitan, el menor ha muerto intentando cruzar el mar en una patera. Ya no puedo más.

El teniente asiente con la cabeza. Se le ensombrece la mirada cuando ordena con sequedad a los dos agentes:

—Tomen nota de su denuncia. Y con todas las de la ley, ¿entendido?

Ambos policías fruncen el ceño antes de rebuscar en sus cajones los impresos oportunos.

De vuelta en su diminuto despacho, el inspector Zine se topa con el teniente Guerd sentado en una silla con los pies sobre la mesa baja y un pitillo en la boca. El descaro de este siempre ha irritado al subalterno, pero hay excesos contra los cuales poco se puede hacer. No hay buena onda entre ambos. Siendo de la misma promoción, uno ha quemado etapas con toda facilidad a base de mucho peloteo y servilismo mientras que el otro, pese a un excepcional currículo en misiones peligrosas, sigue chapoteando al pie de la escala jerárquica.

—¿Puedo saber qué pintas en mi despacho, teniente?

—¿A esto llamas despacho? Antes era un trastero. Aquí se guardaban escobas, cepillos, bayetas, cubos de plástico y detergentes. Como no sabían dónde colocarte, han acondicionado el trastero para ti. Han puesto una mesa de cantina, tres sillas de formica, un teléfono prehistórico, un armario de desecho, y te han instalado entre dos puertas con la esperanza de que una corriente de aire te haga desaparecer.

—No has contestado a mi pregunta, teniente.

—La verdad —ironiza Guerd señalando con la barbilla el termo colocado sobre una pila de informes—, es que he venido a saborear tu café. Dicen que es lo más apropiado para verlo todo negro.

—Llegas demasiado tarde, ya me lo he bebido todo. ¿Qué quieres de mí?

—Darte por saco. ¿Acaso no es un privilegio de los superiores?

—Admito que como purgante no hay nada mejor en el mercado.

El teniente Guerd suelta una risotada, como cada vez que se queda sin réplica. Retira los pies de la mesa, se levanta para dominar

de una cabeza al inspector y se alisa el retorcido bigote. Masculla forzando una mueca:

—¿Conoces la historia del sepulturero que quería ser espeleólogo?

—No.

—Al parecer, de tanto enterrar a sus muertos cada vez más profundamente, decidió seguir y seguir bajando para ver hasta dónde se podía hundir.

—¿Y qué le pasó?

—Pues que nunca ha salido de su agujero.

—Se supone, teniente, que tu historia tiene alguna moraleja.

—¿Cómo quieres que lo sepa?, el tipo sigue todavía cavando.

—Ya veo —dice Zine ladeando la cabeza.

Guerd parece encantado de haber cerrado el pico a su subalterno.

En cuanto a Zine, ahora lamenta haber chinchado al teniente. Y eso que se había jurado no ceder a las provocaciones que a menudo permiten a los cretinos tener la última palabra cuando han fallado en todas las demás. Nuevo fallo. ¿Pero cómo evitarlo? En Argelia, son tantas las vejaciones que la agresividad se ha vuelto imperativa. No se puede limpiar sin marcharse ni callar sin violentarse. Cuando hay bronca, en este tipo de confrontación el sarcasmo se manifiesta con metáforas asesinas. En un país donde las apariencias priman sobre todo lo demás, las pullas requieren imagen y sonido para que la frustración no devengue en monstruosa agonía.

Guerd vuelve al motivo de su visita:

—Esta mañana tenemos un fiambre.

—Ya me he enterado.

—No se ha conseguido identificarla. Quiero que llames a todas nuestras comisarías por si alguien ha denunciado la desaparición de una joven morena de unos veinte años, ojos verdes y un metro sesenta más o menos. Parece claro que estaba festejando algo. Indaga en discotecas y en hoteles si ha habido alguna bronca, una pelea que haya acabado mal, cosas por el estilo.

—¿Eso es todo?

—Sí, y quiero tu informe sobre mi mesa mañana antes de las tres de la tarde.

—Entendido.

—Más te vale —gruñe el teniente saliendo del despachito.

El inspector permanece unos instantes con la mirada fija en el espacio donde se encontraba su superior, luego se sirve dos dedos de café que bebe de un trago y se vuelve hacia el retrato de Nelson Mandela claveteado en la pared.

7

Tras asegurarse de que nadie lo ha seguido, Ed Dayem baja por una calle escalonada hasta una plazoleta y se mete en un taxi que se dirige de inmediato a los Annassers. Cada vez que aparece tras él un coche sospechoso, se pone en guardia. Su comportamiento intriga al taxista, que le pregunta si todo va bien.

—Sigue conduciendo y déjame tranquilo, ¿está claro?

—Pensé que estaba indispuesto, señor.

—¿Acaso eres médico?

—No.

—Entonces métete en tus asuntos.

El taxista esboza un gesto de excusa y se arrima a su volante.

Ed se siente fatal. Su entrevista con Hamerlaine ha sido una tortura. Para alguien que odia que las cosas se le escapen de las manos, se ha llevado un buen disgusto. Desde hace tiempo ya no controla nada, y eso que siempre fue un hueso duro de roer experto en sortear trampas. Si ha obrado a su antojo durante años, ha sido porque sabía disimular sus intenciones y sus inseguridades. Pero desde hace unos meses sus enemigos parecen verlo a través de un detector de mentiras. Por supuesto, sigue manipulando su mundo con maestría, pero en la charca infestada de cocodrilos en que se ha convertido Argel, los baños son cada vez más peligrosos; por ello ha decidido instalarse en España. Es cierto que sigue conservando su peligrosidad y sus redes, pero esos cotos vedados parecen menos inexpugnables desde que una generación de depredadores especializada en métodos expeditivos y que desprecia todo lo sagrado está ganando terreno riéndose de los convencionalismos con una insolencia desconcertante. Los nuevos reptiles carecen tanto de paciencia como de escrúpulos. Lo quieren todo de inmediato, sin repartos ni concesiones.

A Ed Dayem no le importa mucho cederles su espacio, solo quiere conservar su fortuna. Es rico, todavía muy influyente, y aunque no le molestaría jubilarse, tampoco quiere que lo entierren en vida. Si Argelia ha caído tan bajo, él no es ajeno a ello. Se ha pasado la vida destrozando carreras y hogares, torpedeando alianzas y proyectos. ¿Cuánta buena gente habrá tocado fondo por su culpa? ¿A cuántos sabios, militantes y personas altamente cualificadas habrá obligado a exiliarse? ¿Cuántas eminencias grises habrán acabado en el manicomio y cuántos héroes habrán sido arrastrados al fango antes de morir por orden suya? Aun hoy, a sus sesenta y cinco años, no hay suplicio que lo indisponga ni carisma que se le resista. ¿Acaso no ha clamado siempre a voz en grito que hay que decapitar toda cabeza que

sobresalga? ¿Acaso no ha convertido la libertad de expresión en la de decir lo que sea sobre quien sea con total impunidad?

Ed Dayem es tan temido como el cáncer y el mal de ojo juntos… Pese a ello, ya no consigue regresar a su país sin que una oscura, feroz y frenética angustia le revuelva las tripas.

Antes de llegar a los Annassers, finge recordar algo urgente y ordena al taxista que vuelva hacia el Golf. Luego pide que lo deje cerca de un mercado, sube una calle durante varios cientos de metros, toma otro taxi y pide que lo lleve a Chéraga. Una vez allí, espera a que el taxi gire hacia la avenida para rodear toda una manzana y por fin regresar a su casa. Es consciente de su paranoia pero no puede evitarlo. Sabe que en Argel se está tan a salvo de una bala perdida como en medio de un campo de tiro.

Su chalé se yergue al final de un paseo engalanado con buganvillas. Es una preciosa mansión de estilo colonial que consiguió comprar al Estado por un dinar simbólico durante la cesión de bienes vacantes tras haber expulsado a la viuda de un mártir que vivía allí desde 1963. Es un lugar tranquilo y limpio en el que numerosos funcionarios viven a lo grande con gastos mínimos. Las relaciones vecinales se limitan a un «hola y adiós» y los críos, al contrario que en los barrios populares, apenas juegan en la calle.

Una vez en su casa, Ed Dayem despide al guarda, se da una ducha muy caliente para relajarse y luego se acomoda en pelota viva en un sillón antes de llamar a su despacho.

—Hola, Sido… No, he vuelto esta mañana. ¿Cómo van las cosas?… Muy bien. ¿Hay correo?… ¿No puede esperar a mañana?… Vale, envíame los contratos y los asuntos urgentes… No, con Mostefa no. ¿No te había dicho que lo echaras?… Sus excusas me la traen floja. No quiero volver a verlo por mis oficinas. Mándame a otro, y sin demora. Estoy reventado y me apetece echar una cabezada.

Al colgar casi se le cae el aparato, se sirve un vaso de whisky y pone la tele.

Está a punto de dormirse cuando llaman a la puerta. Reconoce a Basma, una de sus empleadas, en la pantalla de la cámara de vigilancia, aprieta el botón de apertura y se dirige a su habitación para ponerse un albornoz.

—Creía que habías dejado el periódico —dice a la mujer apartándose para dejarla entrar.

—Solo he pedido seis meses de permiso —contesta ella—. Te traigo los documentos para que los firmes.

Ed le señala una mesa.

—Déjalos ahí.

—Es muy urgente. Debo enviarlos hoy mismo.

Con el pelo muy corto, unos límpidos ojazos verdes y generosas

redondeces, Basma lleva ropa ceñida y camina contoneándose para acompasar sus ardorosos deseos. En la oficina, sus colegas mantienen un minuto de silencio cuando la oyen taconear por allí. A los veinte años era una bomba que reventaba las braguetas en las altas esferas, coleccionando ministros y hombres de negocios por paquetes. Con el tiempo, como sus amantes buscaban carne más fresca, se dedicó a amenazar, con pruebas en mano, con desvelar las vergüenzas de la República antes de que Ed la desactivara ofreciéndole un puesto tan improbable como bien remunerado. Los fines de semana improvisaba desplazamientos profesionales al extranjero y se reunía con ella, la bolsa de aseo repleta de preservativos. También la utilizaba para comprometer a determinadas personalidades políticas duras de pelar pero demasiado frustradas sexualmente como para resistirse al canto de las sirenas.

Ed se la queda mirando sosteniendo su barbilla entre el pulgar y el índice.

—¿No has engordado algo?

Basma esboza una sonrisa.

—Estoy embarazada.

—¿De quién?

—De mi marido, ¿de quién si no?

—¿Te has casado?

—Por eso me he pedido los seis meses de baja.

Eddie enarca una ceja.

—Podías habérmelo dicho.

—Creía que estabas al tanto de todo.

—Yo también lo creía.

—¿Te supone un problema?

—Tampoco es eso.

La mira detenidamente con tal acuidad que ella traga saliva.

—¿Y quién es el afortunado?

—Slimane.

—¿Slimane Brick?

—Sí.

Suelta una carcajada.

—¿No has encontrado nada mejor? Ese cornudo no es más que un aprovechado. No ha conseguido nada en la vida.

—Ha conseguido seducirme.

—¡Por favor... francamente me decepcionas! Ni siquiera se merece que te limpies los pies sobre su nuca de lameculos. Lo tienes todo para que viva a tu costa: el piso que te compré, el coche que el periódico te ha regalado, el enjundioso salario que te pagamos...

Basma deja los documentos sobre la mesa y se vuelve hacia su jefe:

—Eddie, estoy a punto de cumplir los cuarenta y un marido es una buena inversión. En una sociedad como la nuestra, no se puede pedir mejor cobertura y estatus.

—Así y todo —prosigue Ed sentándose tras la mesa—, has apostado por el peor caballo. Slimane es un malvado. Te hará más mal que bien.

—Vengo de una buena escuela y tú has sido mi profesor. Sé perfectamente cómo atender mi garito.

Ed asiente con la cabeza, firma los documentos sin leerlos, los vuelve a colocar en su carpeta y, tras contemplar un rato a Basma, admite:

—El embarazo te sienta de maravilla. (Se acerca a ella, la agarra por la cintura y la arrima a él.) Me encanta fantasmear con las embarazadas.

Basma finge sustraerse al abrazo de su patrón.

—Ed, ahora estoy casada.

—¿Y eso qué cambia?

—Pues se supone que algo cambia.

—¿Debo entender que prefieres a ese gilipollas?

—Lo amo.

—¡Idiota! Pareces haber olvidado las enseñanzas que llevo años impartiéndote: el único amor importante es el que se siente por uno mismo. Nadie en el mundo se merece quedarse con parte de él.

Abre de un tirón la cremallera que cierra su vestido por la espalda.

—Él me está esperando —susurra Basma.

—Esperará lo que tenga que esperar.

—¿En qué indigna esposa estoy a punto de convertirme?

—En la peor, y esto no es más que el principio.

—Por favor, Eddie —lloriquea dándose la vuelta con la boca voraz y los ojos llameantes—, no me obligues a resistirme.

—Inténtalo si puedes...

Basma se estremece, el pelo caído sobre el rostro, los ojos desencajados. Pasea su lengua sobre sus labios sanguíneos, jadea. Deja caer su vestido con un gesto lleno de gracia.

—No podre volver a mirar a los ojos a mi pobre Slimane.

—Pues baja la cabeza porque lo tienes a tus pies.

8

El sol inunda buena parte de la habitación cuando la comisaria Nora se despierta. Sobre la mesilla, el reloj señala las nueve menos cinco. Nora se levanta de un brinco y soltando maldiciones, se pone unos pantalones y corre hacia el lavabo. Cuando regresa, ve que Sonia está durmiendo vestida, con la boca abierta, trazos de pintura de labios en las mejillas, un zapato medio fuera del pie.

Nora la estuvo esperando hasta muy tarde. Tampoco la oyó regresar. «¿Dónde narices se habrá metido esta vez?», se pregunta para sus adentros.

Sonia tiene un aspecto lastimoso, con la camisa por encima del ombligo, el vientre surcado de moratones, las mangas sucias en los codos y el pantalón manchado en las rodillas como si hubiese gateado por un arroyuelo.

—¡Menuda gilipollas! —masculla la comisaria cerrando la puerta tras ella.

Nora se toma con paciencia llegar hasta la calle; primero tiene que pasar por encima de dos crías arrumbadas en la escalera y esperar a que un vecino y su hijo acaben de bajar una vieja nevera averiada.

La chiquillería tiene invadida la plazoleta, unos corriendo tras un balón, otros riñendo por un lugar al sol para enturbiarse mejor la vista.

El coche oficial está aparcado en dirección prohibida. Por mucho que Nora pide a su chófer que tenga un mínimo de respeto por las leyes de la República, nunca encuentra el coche bien aparcado.

Apenas se sube la comisaria, él arranca quemando goma y por poco atropella a un chaval que se agarra el paquete en señal de protesta.

Nora llega tarde. Tiene una cita en El-Boustane, una clínica privada cerca de El-Biar. Ahí es donde, por orden del director general de Seguridad, han trasladado el cadáver de la chica asesinada en Bainem. Antes llevaban los cuerpos al hospital, pero desde que al ministro del Interior le ha dado por los oropeles, obliga a todas las comisarías del Gran Argel a favorecer el sector privado so pretexto de que ofrece servicios más fiables gracias a su material sofisticado. Sin duda, la morgue del hospital parece un matadero y sus prestaciones son harto dudosas, pero la obsolescencia de los centros hospitalarios estatales es obra del propio Estado para que los mandamases se forren negociando con los promotores inmobiliarios corruptos y los matasanos del sector sanitario para quienes las comisiones valen más que los diplomas y los juramentos hipocráticos.

Nora recuerda la Casa de la Juventud de El-Biar diez años atrás. Era un caserón de estilo colonial con un soberbio porche, una espaciosa discoteca, una sala de proyecciones, despachos en el primer piso, talleres de pintura, de música y de fotografía en el segundo y una biblioteca dotada con diez mil volúmenes en el tercero. Allí acudían muchos chicos y chicas que los fines de semana se inventaban cualquier motivo festero e invitaban a humoristas y a músicos de los barrios circundantes para montar una juerga. Eran buenos tiempos. Luego, a raíz de un caso de perversión de menores de lo más discutible, la autoridad gubernativa ordenó cerrar el local, devolviendo a las chicas a sus hogares y condenando a los chicos a la deriva callejera. Cuando las malas hierbas empezaron a invadir las calles del jardín, las ratas a proliferar en el sótano y las arañas a tapar las ventanas rotas, apareció un equipo de arquitectos que tendieron sobre el suelo enormes planos y diseñaron amplios espacios alrededor del caserón. En menos de un año, una nutrida mano de obra china convirtió la Casa de la Juventud en clínica privada que el propio ministro de Sanidad inauguró con enorme satisfacción y mucha fanfarria de castañuelas de cobre y de banderines.

La clínica El-Boustane pertenece a un tal Haroun Ibader, antiguo jefe de las Aduanas Argelinas, talentoso fullero varias veces denunciado ante los tribunales y otras tantas indultado, que ha conseguido comprarse una virginidad y una respetabilidad de morabito desde que casó a su hija con el retoño del ministro del Interior. Este, deslumbrado por el laboratorio ultramoderno de la clínica, ha decidido confiarle todos los fiambres que le tocan a la policía criminal así como los análisis de muestras relacionados con muertes sospechosas.

El teniente Guerd está allí, de pie en la escalinata, cruzado de brazos y con cara de chulo abandonado por su chica. Para dejar claro a la comisaria que llega tarde, mira su reloj hinchando sus mejillas. Nora no le tiende la mano. Pasa delante de él y no se vuelve cuando le oye mascullar algo.

El doctor Reffas los recibe en la gélida sala que hay junto al laboratorio. El cuerpo de la chica está tumbado sobre una mesa blanca, cubierto con una sábana. Alrededor, unos estantes empotrados exhiben tarros repletos de horrores en formol. En el techo, unos anémicos tubos de neón parecen estar esperando una suspensión de condena.

El doctor Reffas es una leyenda en el país. Hasta en Francia se valora su competencia. Antes trabajaba en el hospital. Demasiado ocupado en salvar vidas, no se percató de la desastrosa gestión de su director ni del hurto sistemático de medicamentos y de equipamiento almacenado en el establecimiento. Pero cuando vio que se estaban

haciendo máscaras para oxígeno con botellas de plástico, lo soltó todo a la prensa. Pensaba que el Ministerio de Sanidad sancionaría a los descuideros pero esa misma mañana aterrizó sobre su mesa de despacho un fax informándolo de su despido.

Al día siguiente lo contrató El-Boustane, privando así al servicio público de una de las mayores figuras de la medicina nacional.

Nora odia El-Boustane pero siente una gran admiración por el doctor. Lo conoce desde hace años. Si sigue conservando la fe, es un poco gracias a él. Reffas es la prueba de que Argelia no produce solo basura.

—¿Habéis identificado a esta infeliz? —pregunta el médico destapando el rostro del cadáver.

—Todavía no.

—Pobre chica…

—No estamos aquí para ponernos sentimentales —refunfuña el teniente Guerd—. Vaya uno a saber si no se lo ha buscado ella solita.

—Nada justifica semejante estropicio —replica el médico.

Nora ruega a su subalterno que se calle sus opiniones.

—¿Ha encontrado algo? —pregunta al médico.

—Nada significativo por ahora. No hay señales de secuestro, tampoco piel en las uñas, nada que nos lleve al ADN del agresor. Esta chica murió entre las diez de la noche del 23 de diciembre y las dos de la madrugada del 24. Otra cosa. Es virgen.

—La virginidad no excluye la violación. Algunos prefieren otros agujeros —sugiere el teniente, encantado de ver a su superiora sonrojarse.

—Tampoco ha habido sodomía —precisa el doctor—. No hay rastro de líquido seminal.

—No se deja cuando se usa condón —señala el teniente, esta vez satisfecho de su pertinencia.

El médico se lo queda mirando un par de segundos.

—Conozco mi oficio, joven. A esta chica la han drogado pero no violado.

—¡Qué raro! —admite Nora—. ¿Cree que ha podido morir por sobredosis?

—Puede que se deba a la mutilación —dice el médico apartando la sábana de la herida en el pecho.

—Es una mordedura de perro salvaje —supone Guerd, cada vez más irritado con la actitud del doctor.

—Esta no es una mordedura de animal sino de un ser humano.

Ambos policías echan la cabeza atrás por efecto del asombro.

—Los análisis son categóricos —dice el médico—. Los contornos de la herida, la marca de los dientes, el tipo de corte demuestran que se trata de una mutilación producida por una mandíbula humana.

Nora se lleva la mano a la boca, horrorizada. El teniente, a quien divierte el anonadamiento de su superior, suelta una risotada.

—Esa no es manera de tratar a las damas, esas pobres que no saben controlar su corazón —dice al doctor—. ¿Cree que un caníbal anda suelto por ahí?

—¿Quién sabe? —dice el médico cubriendo el cadáver—. Se han dado casos parecidos en los maquis terroristas durante la guerra del GIA*.

—Si es una mordedura humana —supone Nora—, tiene que haber restos de ADN.

—Han limpiado la herida.

Los dos policías se despiden del médico.

Una vez en el patio de la clínica, Nora se asegura de que no hay nadie alrededor y apunta a su subalterno con un dedo perentorio que por poco lo deja tuerto:

—Como vuelva a aludir a mi feminidad le arranco el pito y se lo meto por el culo.

—¡Oiga! —se indigna el teniente—. ¡Que yo no he sido grosero! Además, no consiento que ninguna mujer, con o sin galones, me hable en ese tono. ¡Yo meo de pie, señora!

—No se lo repetiré, teniente Guerd. A partir de ahora consideraré toda impertinencia como una insubordinación. Como mujer o como lo que sea, le prometo que lo mando en un pispás a tostarse en el Sahara. Y si cree que le sobran huevos para quedarse en Argel, le demuestro ahora mismo que no es así.

Al enfurecido teniente se le desencajan los ojos de rabia. Se limita a apretar los dientes y los puños.

Nora lo reta decididamente con la mirada, sin decir una palabra.

—Preséntese ante mí a mediodía en el despacho —le dice.

—¿No regresamos juntos?

—Yo voy en coche, no en una jaula para fieras.

—¿Y cómo voy a regresar? Un vecino me ha traído hasta aquí.

—Pues vuelve a llamarlo —lo tutea.

—Trabaja en Bou-Ismail.

—Pues requisa un taxi. ¿Acaso no eres poli y haces lo que te sale de los mismísimos?

Lo deja tirado en pleno patio y se va en su coche oficial.

El cabo Tayeb la está esperando en la Central con un sobre sujeto bajo el brazo como si fuera a salir volando. Nora le ruega que la acompañe hasta su despacho.

—¿Y bien? —le pregunta.

El cabo saca tres folios del sobre. Es el informe de la policía científica.

—En cuanto a la sábana, se trata de seda tejida con hilo de oro.

Hecha en Malasia. Cuesta un riñón. No se vende en nuestro país. Además de la sangre de la difunta, se han encontrado vellos y pelo que podrían ser del culpable. El propio capitán Salah se encarga de los análisis.

—¿Cuándo tendré los resultados?

—No me lo ha dicho, comisaria.

—¿Y qué hay de los fragmentos del faro trasero?

—El laboratorio lo confirma: se trata de un todoterreno de marca Volkswagen, modelo Tuareg.

Nora junta sus manos bajo la barbilla, reflexiona un par de segundos y pide al cabo que se siente:

—Gracias, Tayeb… Tómate un café y luego te llevo a la clínica El-Boustane. Tengo unas preguntas que hacer al doctor Reffas.

9

Ed Dayem llega a la sede de su imperio a las nueve de la mañana. Hace bueno, un sol espléndido para la temporada, y las ventanas emiten reflejos anacarados. Ed aparca su cochazo en el aparcamiento improvisado en la parte trasera del edificio de cinco pisos donde reina como un sátrapa. Un joven desaliñado, con porra y un brazalete indefinible en el brazo, se lleva militarmente la mano a la sien y se apresura a abrirle la puerta.

—¡Vaya, Moh! ¿Has salido del trullo?

—Hace dos semanas, señor.

—¿Qué tal te ha ido?

—La verdad sea dicha, compartía celda con un maricón y se me ha pasado el tiempo volando.

—¡Vaya tío con suerte!

Moh es un joven barriobajero en paro que reparte su tiempo entre la cárcel y el sótano de su bloque de mala muerte. Anda por la treintena, casi no le quedan dientes y tiene una mirada tan poco convincente como su sesera. Precisamente por eso le encargan todos los trabajos sucios, que lo suelen mandar de vuelta a la trena; pero él, que nunca rechaza un trabajo que le permita seguir emporrándose, reivindica sus periodos carcelarios como si fueran hazañas. En el barrio, todos los chicos se las apañan para engañarle, pero para Moh cualquier contrariedad supone una experiencia enriquecedora, pues nunca ha renunciado a convertirse en un caíd. Al anochecer, cuando el aparcamiento se queda vacío, regresa a su agujero en su destartalado bloque y, mientras chupetea su canuto, sueña con chalés con piscina, con cochazos del tamaño de cachalotes, con banquetes faraónicos y con un harén de rubias despampanantes.

Ed le pone un billete en la mano.

—Cómprate un careto más alegre, Moh. Me gusta creer que todo reluce a mi alrededor.

—Todo reluce, señor. Todo está *intik,* hermano.

Ed le suelta un guiño y se encamina hacia su des— pacho.

En el quinto piso, una señora lo está esperando delante del ascensor. Le retira su abrigo de cachemir, su bufanda Dior y su cartera Vuitton.

—Todos lo están esperando, señor Dayem.

—Gracias, Zohra. Tráeme café, por favor.

La dirección en pleno se levanta cuando Ed entra en la inmensa sala de reuniones. Alrededor de una mesa colosal se encuentran el director financiero, los responsables de publicación de los diarios y

semanarios, el consejero jurídico, el secretario particular así como otros jóvenes colaboradores muy elegantes cuyos nombres y funciones nunca consigue recordar. No tiende la mano a nadie. Atraviesa la sala con señorío y se sienta en el enorme sillón acolchado del extremo de la mesa. Espera a que Zohra le traiga el café para iniciar el *briefing*.

Cada responsable presenta su informe en medio de un silencio plúmbeo. Ed finge escuchar asintiendo doctamente con el mentón. Cuando no entiende algo, se rasca la cara con irritación. En realidad, no consigue concentrarse y solo desea que todo esto acabe. Para que no se le note, se digna aventurar alguna que otra pregunta anodina, alguna que otra azarosa observación. Solo parece animarse cuando le toca el turno al informe financiero. Este parece satisfacerle. Felicita al equipo por su rentabilidad y levanta la sesión.

Tras el *briefing,* Ed se mete en su despacho. Sido Lamine, su secretario particular, ya está allí, clasificando los asuntos pendientes. Ed solo se fía de él. Compañeros de generación, se conocieron en los años setenta en el Douniazed, un cine especializado en cine hindú. Ed llevaba la caja y Sido ejercía tanto de taquillero como de acomodador. Se llevaban de maravilla. Vendían a espaldas del gerente entradas en el mercado negro y se quedaban con buena parte de las ganancias. Mientras que Sido se gastaba alegremente su dinero, Ed sacaba partido al suyo, de modo que en menos de cinco años se compró un pequeño quiosco de prensa, luego dos y tres, una sucursal en los barrios populosos, luego invirtió en la ropavejería de Tati que compraba al por mayor en las aduanas, adquirió un restaurante en la Madrague y un prostíbulo en el paseo marítimo donde iban a divertirse los gerifaltes. Gracias a su desparpajo, Ed tocó todos los palos hasta acomodarse en las altas esferas. Cuando consiguió codearse con los mandamases, rescató a Sido, que se había convertido en un borracho, y lo formateó de acuerdo con sus nuevas ambiciones. Sido no tardó en demostrar su talento excepcional para la gestión, y su lealtad sin fisuras a su patrón a quien llevaba ya cuarenta años sirviendo y asistiendo.

—¿Qué tal te ha ido con Hamerlaine? —le pregunta Sido abriendo las cortinas del ventanal.

—Está obsesionado con Amar Daho.

—Lo ha dejado tieso.

—Estoy harto de hacerle el caldo gordo. ¿Has encontrado algo por tu cuenta?

—Tengo alguna idea, pero Omar Sfa se muestra apático.

—¿Quién le dijo a Hamerlaine que yo estaba en España?

—Nadie lo sabía. Pero le basta con llamar al aeropuerto para saber quién ha salido del país, el día, la hora y hasta el peso de sus maletas con escaneo incluido.

Sido se sienta en una silla y coloca los pies sobre un velador de bronce. Tras una profunda reflexión, dice:

—¿Sabes, Eddie? A la gente le empieza a resultar extraño nuestro ensañamiento con el ex ministro Amar Daho. Hemos recibido bastantes cartas anónimas poniéndonos a parir, eso sin hablar de los asquerosos comentarios en la web.

—Deja que ladren los perros. ¿No es esa su naturaleza?

—Los perros también muerden, sobre todo cuando están rabiosos. Este asunto se acabará volviendo contra nosotros.

Ed se alisa el caballete de la nariz y frunce el ceño.

—No soy yo quien quiere las orejas y el rabo de Daho, sino Hamerlaine. ¿Quién se atreve a negar algo a Hamerlaine? Es el amo de este país...

—Cierto, pero...

—¿Pero qué, joder? ¿En qué planeta vives? Nadie puede rebelarse contra lo que decide Hamerlaine... ¿Tienes alguna buena noticia que darme? No he pegado ojo en toda la noche.

—Un montón de ellas —dice Sido para hacerse perdonar—. Nuestro volumen de negocios sobrepasa ampliamente nuestras previsiones más optimistas.

—¿Y el contrato Seynooks?

—Nos reuniremos con ellos dentro de dos semanas.

—¿Cómo se presenta la cosa?

—Cruzamos los dedos pero no nos cruzamos de brazos.

—Eso no es una respuesta.

Sido se levanta, camina hasta el ventanal y luego apoya su trasero en el borde de la mesa. Se queda mirando a su patrón con el ceño fruncido.

—No estamos solos en este proyecto, Eddie. Y nuestros rivales son codiciosos. Hemos hecho lo necesario, pero no sabemos de qué van los otros.

—No me gusta tu tonillo de voz, Sido. Quiero quedarme con ese proyecto.

—Yo también, Eddie, yo también. Están en ello nuestros mejores sabuesos. Hemos untado a unos y otros hasta ablandarles las zarpas, y obligado a dos competidores a retirarse de la puja. Quedan el grupo Dzair Room, los hermanos Soltani y Magic Store, que no dan su brazo a torcer.

—Son duros de pelar, pero somos más listos que ellos. Tenemos que dar con la fórmula apropiada. Me quedaré con Seynooks cueste lo que cueste. Es nuestra única oportunidad para largarnos de este país si las cosas se ponen feas. Aquí las cosas están cada vez más feas y la gente está cada día más indignada. No hay nada que tema más que una insurrección popular.

Sido se incorpora, aparentemente menos preocupado que su patrón.

—Argelia ya se ha chupado su crisis, Eddie. No creo que le apetezca repetir. Es verdad que las alarmas se han disparado pero de ahí no pasará la cosa.

—Eso espero, Sido, de todo corazón.

—¿Acaso tienes uno, patrón? Tú me enseñaste que ese órgano no trae más que problemas y que para vivir plenamente lo mejor es guardarlo en el armario.

—Es muy cierto... Ahora lárgate, tengo que hacer una llamada.

—Ya me he ido... ¡Ah!, se me olvidaba. Hay dos intelectuales haciendo tiempo desde hace una hora en la sala de espera.

—Tan temprano, eso me da mala espina. Cuando dos intelectuales argelinos se entienden entre sí...

—... siempre es en detrimento de un tercero —remata Sido cerrando la puerta al salir.

10

Dos jóvenes esperan aburridos en sendos sillones de cuero granate. Se trata de J'ha, fundador de una editorial prestigiosa, y de un novelista franco-argelino procedente de París para promocionar su última obra. La prolongada espera les ha demudado un tanto el semblante, que sin embargo se les ilumina cuando Ed Dayem se acerca a ellos.

Este se apresura a rogarles que se vuelvan a sentar.

—Lamento haber tardado tanto. Acabo de regresar de una gira por Europa y tengo bastantes asuntos urgentes que despachar.

—La culpa es mía —dice el editor con magnanimidad—. No he pedido cita.

—Aquí estás en tu casa, J'ha. No necesitas avisar... (consulta ostensiblemente su reloj.) Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Acabo de reeditar a este joven autor. Tiene un enorme talento. Me gustaría que nos ayudaras a darlo a conocer en el país.

—¿Cómo se llama tu prodigio?

—Perdón, se me olvidan los buenos modales. Querido Eddie, te presento a Baasous Llaz, escritor...

—¡Ah!... —lo interrumpe Ed—. El azote de nuestro más afamado escritor.

El joven novelista se relaja, halagado de que lo conozca uno de los magnates de la prensa argelina.

—He leído sus textos de copiar y pegar. ¡Cuánta rabia! ¡Menudo disparate! Me tiene impresionado. Si me hubiese propuesto sus servicios, lo habría contratado sobre la marcha. Abrir un blog en webs famosas como *Le Nouvel Obs* y *Mediapart,* y hacer acusaciones infames para que se crea que son esas webs las que vilipendian a nuestro escritor más famoso... Francamente, no es mala idea.

El joven novelista, que no entiende adónde quiere ir a parar Ed Dayem, no sabe si debe seguir sonriendo o dejar de hacerlo.

El magnate saca un bloc del bolsillo interior de su chaqueta, se detiene en una página y lee en voz alta:

—Según Malek Bennabi, están el colonizado y el colonizable. Los colonizados aspiran a librarse del yugo que los oprime; los colonizables, aun siendo libres, necesitan constantemente un amo. Algunos se ofrecen a precio de saldo en París y, no habiendo comprador, se ensañan con los que han triunfado. Otros se compinchan alegremente con los *lobbies* hostiles a todo lo bello y noble de nuestro país y contribuyen muy devotamente a enturbiar la fama de nuestros grandes hombres con la esperanza de darse así a

conocer. Los aclamarán, los premiarán, los alabarán y luego los obligarán a decir, con servil gratitud, exactamente lo que sus amos quieran oír, pues no hay victoria más sabrosa para nuestros enemigos que ver a nuestro país enlodado por sus propios retoños.

J'ha se huele un desagradable desenlace.

—¿Quién lo ha escrito? —pregunta.

—Mi menda —exclama con orgullo el magnate.

Ed Dayem se vuelve a dirigir al novelista:

—Dígame, señor Llaz, ¿quién es ese tal Jonathan Klein de quien echa mano para apuntalar sus incendiarias arengas?

—Es un estadounidense, profesor de la Universidad de Bakersfield.

—¡Qué extraño! Nos hemos puesto en contacto con la universidad de Bakersfield y resulta que nadie sabe quién es ese fulano. En cuanto a su famosa enciclopedia en la que acusa a nuestra gloria nacional de plagio, nadie la conoce.

—Jonathan Klein existe puesto que me ha escrito.

—Puede que sea J'ha el que le haya escrito. Suele hacer firmar sus cobardes libelos a sus nuevos reclutas. Además, francamente, ¿quién es usted para que le escriban? ¿El *Washington Post, Le Canard Enchaîné, El País, Politiken, Der Spiegel?* Si fuera verdad, ¿cree que los medios de comunicación que han puesto por las nubes a nuestro ilustre autor iban a esperar una señal suya para lincharlo? El traje le viene grande, señor Llaz. Jonathan Klein no es ningún estadounidense sino un paisano nuestro, un intelectual *kahl-arras* de esos que solo nuestra querida patria es capaz de parir, un asqueroso de mierda enfermo de envidia que cree poder provocar un tsunami arrojando un adoquín a una charca... ¿A que sí, J'ha? —añade mirando intensamente al editor, que no se inmuta.

—No le creo —exclama el joven autor.

—¿Acaso cree en algo, señor Llaz?

—¿Cuál es pues su verdadero nombre?

—Eso nos lo guardamos para nosotros, por si las moscas... Hay algo que debe aprender, señor Llaz. La difamación es un arte, cuando no una profesión de fe para los iniciados. Se sustenta en dos criterios básicos: la credulidad de la gente de a pie y la imposibilidad de comprobar los datos. Ahora bien, todas sus imputaciones son verificables y desmontables tocando unas cuantas teclas. Pero supongo que eso es lo que menos le preocupa. Lo importante para usted es darse a conocer a toda costa. ¿Sabe usted lo que les ocurre a las polillas? Que de tanto revolotear alrededor de un punto de luz se acaban achicharrando... Sus estúpidas elucubraciones solo entusiasman a los desgraciados como usted y a los paranoicos de la web.

—No soy ningún desgraciado.

—¿Y cómo se define usted?

—No es asunto suyo. Además usted no ha verificado nada. Me está tomando el pelo. No tiene ni idea del tema.

—¡Sí que la tengo! Lo sabemos todo sobre mucha, mucha gente fuera de toda sospecha. Sabemos por ejemplo que nuestro amigo J'ha, aquí presente, encabeza una extensa red de plumíferos de poca monta, de periodistas fracasados y de detractores profesionales, que es un manipulador muy astuto y que lame el culo a los franceses como nadie.

—Mejor eso que lamer el culo a los paletos nacionales —replica el editor con desdén.

—Puede que sea mejor pero es menos higiénico. Nuestros paletos hacen sus abluciones cinco veces al día.

Ed apunta al joven escritor con su cigarrillo:

—También sabemos cosas sobre usted, señor Llaz.

Llaz suelta una risotada:

—No tengo nada que reprocharme, señor Dayem. No me meto en política y tampoco me dedico a los negocios.

Ed Dayem ríe sin dejar de mirar al parisino.

—La podredumbre no siempre está donde parece, señor Llaz. El grupito al que se ha unido es una mafia, por supuesto sin código de honor…

—¿Y qué sabe usted sobre mí, señor Dayem? —lo reta el escritor.

—Un montón de cosas. Sabemos, por ejemplo, que cuando nuestro eximio autor publica una obra nueva, se apresura usted a meterse en fnac.com sin ni siquiera leerse el libro para desacreditarlo con la esperanza de disuadir a los lectores potenciales. También sabemos que tras lucirse de ese modo dedica usted meses a revalidar sus propios comentarios. Hay que ser un auténtico cabrón para ahondar con tanto empeño en la infamia… Dígame, señor Llaz, ¿es solo cosa suya o le echan una mano sus amigos? Fíjese, hasta me he molestado en contar sus intervenciones: han sido tres mil quinientas. ¡Nada menos! Y esto, chaval, más que acoso es pura demencia.

El editor se incorpora bruscamente, fuera de sí.

—Te estás pasando, Eddie…

—Me temo que no soy el único en hacerlo.

—No eres quien para darnos lecciones de moral.

—De eso no tengo la menor duda.

—Creo que olvidas un detalle, Eddie. En asuntos de intoxicación te llevas la palma. Eres tú, señor informador, el que se pasa la vida arremetiendo contra unos y otros con falsas noticias bomba y revelaciones escabrosas. Participas a diario en el linchamiento de quienes no son de tu cuerda y divinizas a ineptos…

—No lo niego. Pero yo tengo un imperio que defender, alianzas que consolidar, un harén de putas que mantener y un montón de corruptos que sobornar. Pero en vuestro caso, ¿cuál es vuestro objetivo primordial al difamar a nuestro gran escritor? ¿Acaso pensáis que desfigurándolo limpiáis vuestra imagen y brilláis por él? Estamos hablando de talento. Se tiene o no se tiene... Cuando elimino a un rival, me quedo con sus redes. ¿Pero vosotros qué ganáis a cambio? ¿La satisfacción de apagar una luz para que todo el mundo siga viviendo a oscuras?

Lo que J'ha, Llaz y Ed Dayem ignoran es que en ese momento están encarnando la *paradoja argelina*. No pertenecen a la raza humana, sino a la especie humana, a esa categoría de dementes carentes de generosidad, solo motivados por la morbosa necesidad de hacer daño, tan tristes que por más que se les haga ver lo esplendoroso que es el mundo, solo ven su propia fealdad. ¿No se enfurecerá Dayem solo para aparentar ser más brillante que sus gemelos entenebrecidos? Para el magnate, nadie tiene derecho a atacar a quien prestigia la imagen de los argelinos en otras latitudes, algo que considera imprescindible para hacer más llevadero el descalabro nacional. Pese a ser absolutamente consciente de su encanallamiento, cierta fibra patriótica aún vibrante dentro del amasijo de degeneración y de violencia que conforma su personalidad lleva a Eddie a opinar que determinados valores nacionales, sobre todo aquellos apreciados fuera del país, son intocables. Por lo demás, si ambos literatos lo sacan de quicio, es porque se reconoce en ellos, porque le devuelven su propia imagen, esa que lo acosa de noche cuando está a solas consigo mismo: la imagen del horror bicéfalo en que se ha convertido.

El editor aprieta los dientes para contener su ira. Hace una señal con la cabeza al joven novelista para que se levante.

—Me decepcionas, Eddie. Me partes el corazón.

—¡Ah! El corazón, siempre ese jodido corazón manifestándose para precaverse de las defecciones... Me gustaría ver lo que tienes en el pecho, J'ha. Lo que bombea tu sangre no es un órgano sino tu propia vileza. Estás tan podrido como una gangrena y eres tan lamentable como un contratiempo.

—No hemos venido para que nos insulten.

—Con vosotros, nadie tiene por qué tomarse esa molestia. El insulto es inherente a la gentuza como vosotros.

J'ha aprieta los dientes y los puños, carente de argumentos. Su sombría mirada se dispersa por la sala en busca de una respuesta contundente, se detiene en la mesa de cristal, luego en la alfombra persa y por último en los zapatos embarrados del franco-argelino antes de clavarse en la mueca despectiva del nabab.

—Estás borracho perdido, Eddie —le suelta totalmente desalentado.

—Es que la gentecilla como vosotros me marea. Mantente en el nivel que te corresponde, hombrecillo, no te sentará mejor pero al menos estarás en tu sitio. Y no olvides una cosa: hay una jerarquía para todo. Y para todas las actividades. No puede ponerse en un mismo plano a una diva y a una plañidera, a una súper estrella y a un fuego fatuo, a un erudito y a un capullo, a un escritor de raza y a un plumífero de tres al cuarto. Cuando no se llega a la suela de los zapatos de alguien, lo único que se consigue difamándolo es hundirse un poco más. Da sentido a tu vida, capullo, e intenta mantener el rumbo.

Se vuelve hacia el novelista para rematar:

—Envidiar es renegar de sí mismo, joven. Te vuelves triste y malvado y no ganas nada a cambio. Los únicos momentos que importan son los que nos producen alguna alegría. Lo demás es puro derroche. Si quieres escribir, escribe. Pero no es criticando el talento ajeno como se afianza el propio. El talento no es negociable. ¿Quieres un consejo? Puedes cambiar de oficio, de sexo o de religión, pero no pretendas convertir el oro en barro. No te servirá de nada y, al final, acabarás perdiendo el alma.

—Amén… —masculla J’ha empujando a su protegido hacia la salida— Con solo oírte, querido Eddie, dan ganas de entregarte la República sin condiciones. Pero hasta Dios miraría bajo su cama antes de acostarse tras haberte visto tejer tus telarañas y urdir tus trampas.

El editor y su protegido se van soltando espumarajos por la boca.

11

Una vez idos J'ha y su protegido, Ed se queda pensativo, abre instintivamente su paquete de tabaco, se cala un Marlboro entre los labios y busca en sus bolsillos un mechero.

Una mano velluda le ofrece fuego.

Ed alza la mirada. Un gordinflón de rostro colorado se inclina hacia él.

—¡Qué no habrás dicho a estos dos jóvenes para que salgan con esas caras!

—Ya traían esa cara antes de que sus madres los parieran.

—Yo pensaba que J'ha te caía bien.

—Nunca me han caído bien los intelectuales narcisistas y daltónicos. Los nuestros se creen los mejores del mundo y son los primeros en criticar a los mejores de entre ellos.

Omar Sfa recupera su mechero y se sienta pesadamente en el sillón que ocupaba el editor unos minutos atrás. El asiento chirría bajo su carcasa paquidérmica.

Viendo la enorme barriga de su redactor jefe desbordar como una colada con mucho jabón, Ed no puede evitar preguntarse si la naturaleza se dedica a tomarle el pelo a la gente.

—El problema de nuestra nación…

—Deja a la nación tranquila, Omar. El pueblo no tiene nada que ver con nuestras guarradas.

—Es una manera de verlo.

—Por ahí no van los tiros. No se puede reducir una nación ensombrecida a una jodida minoría visible más ocupada en exhibirse que en fascinar.

Omar Sfa asiente:

—Vale, patrón, digamos que el problema del país es que se apoya en dos muletas retorcidas: la elite política y la elite pensante. La primera es una caja de resonancia y la segunda un tambor fúnebre…

Ed lo detiene con un gesto de irritación:

—¡Falso! El problema es fundamentalmente cultural. Tenemos una jodida mentalidad. Si un famoso humorista intenta entretenernos, le damos caña. Si un director de cine nos gratifica con un preestreno mundial, lo hacemos trizas. Nos apresuramos a difundir cualquier chorrada colgada en internet y silenciamos consagraciones atronadoras. No sé si se trata de una fatalidad, de una patología o de idiosincrasia.

—Pues esa es nuestra propia línea editorial, Eddie. No podemos reprochar a los demás lo que nosotros mismos hacemos a diario mejor

que nadie.

—Es verdad, pero ¿por qué somos tan malvados?

—Es que aún no hemos superado la fase anal del yo. Eddie... La culpa la tiene el sistema. Él aboca a sus hijos a la locura negándoles el derecho a ser felices en su país.

Ed fuma con nerviosismo:

—No estoy de acuerdo. El sistema solo es el telón de fondo de nuestra apatía... Nunca he conseguido dar con el origen del odio irracional que los intelectuales y los artistas de nuestro país se tienen entre sí sin tregua ni compasión. ¿Te das cuenta? No hay manera de reunir a dos editores, a dos pintores, a dos actores, a dos músicos, a dos literatos sin que se arme la marimorena. Siempre poniéndose zancadillas, inventándose chismes espantosos y esgrimiendo una sierra eléctrica cada vez que cualquiera de ellos se manifiesta. ¿Qué somos realmente, joder?

A Omar le cuesta cruzar las piernas. Se limita a apartarlas, dejando a la vista su desmesurada bragueta, y se contonea hasta acoplarse al sillón demasiado estrecho para él. Dice:

—Conformamos una *intelligentsia* nacida de la confusión de géneros. No creemos en el individuo, y menos aún en su capacidad para desmarcarse de una comunidad estigmatizada. Somos seres amargados; la protesta y el reniego son nuestras armas de destrucción masiva. Alguien dijo: «Quien no sabe maravillarse es una desgracia itinerante.» El caso es que la desgracia a veces sirve para algo, pero nosotros no servimos para nada. Establecemos nuestras referencias en función de nuestras frustraciones. Aquí, el talento de un congénere no nos engrandece, nos remite a nuestra nulidad.

—Tómatelo con calma, Omar, que no he acabado de digerir el desayuno.

—Intento explicarte las cosas.

—Gracias, pero el derrotismo me horripila más que el narcisismo... Pareces recién salido de una piscina llena de caimanes. ¿Qué te ocurre?

—Vengo a presentarte mi dimisión.

Ed frunce el ceño.

—Si es una broma, no tiene la menor gracia. Te pago el doble desde hace tres meses. ¿Sigue sin ser bastante?

—No se trata de dinero, Eddie.

—¿Otro periódico te ha propuesto algo mejor?

—Te repito que no se trata de dinero.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Tiro la toalla. Me siento tan agobiado como si me hubieran puesto una camisa de fuerza.

—Tómate unas vacaciones. Ve a Taghit, o bien a Roma. Mete los

gastos en el capítulo de dietas.

—No se trata de eso, Eddie. Estoy cansado de este oficio, harto de dar leña a gente que no me ha hecho nada, de desbancar a unos capitostes para favorecer a otros capitostes, de rebuscar en la mierda para fingir ejercer de deshacedor de entuertos. Esto ya no es información, Eddie. Y me asusta ver en qué me he convertido.

Ed suelta una carcajada.

—No es que te hayas perdido un capítulo, sino toda la serie, Omar. El periodismo de información es una antigualla. Estamos en la era del periodismo de opinión. Tú formateas las mentes. Tienes el poder de desvelar el secreto de los dioses y de la instrucción, de sentenciar antes que los jueces y de ejecutar al sospechoso antes que el verdugo. Entre tus prerrogativas están las de atomizar a los gigantes, divinizar a los charlatanes, dejar la inteligencia a la altura de la esterilla y de poner la soga al cuello a quien te dé la gana. La gente se abalanza cada mañana sobre nuestro periódico para abrevarse con tu tinta. Tu crónica les interesa, para ellos es su verdad… Tienes un poder ilimitado, Omar. Así que opina, arrasa, haz que se tambaleen los tronos, provoca guerras, monta polémicas y moldea a la gente a tu imagen y semejanza ya que tu palabra es el Evangelio y tu veredicto tan implacable como el Juicio Final.

—Precisamente, Eddie, de eso se trata. No quiero seguir siendo lo que no soy.

Ed se rasca laboriosamente detrás de la oreja.

—¿Te han amenazado?

—Peor todavía. Hemos perjudicado demasiado a nuestro país con nuestros sempiternos ajustes de cuentas, nuestras guerras de trincheras y nuestras estrafalarias revelaciones. Estoy hastiado, completamente desgastado. Tenemos que buscar día tras día un nuevo motivo de escándalo, y nuestro pueblo tiene que asumir a diario una nueva maldición. Ayer me estuve preguntando si tenía conciencia o solo una tribuna para soltar impunemente mi veneno sobre todo lo que se mueve. Esta mañana, mientras me afeitaba, no me he atrevido a mirarme al espejo… Te aseguro que no estoy orgulloso de mí, Eddie. Denuncio, acoso, doy caza a la presa en mis contundentes editoriales, arrastro por el fango a las rapaces y a los reptiles; sin embargo, cuando me releo, me doy cuenta de que no soy mejor que ellos.

Ed está a punto de estallar, pero disimula su ira. Aplasta su cigarrillo en un cenicero de cristal y se pone a aplaudir lentamente, como hacen los déspotas.

—¡Bravo! ¡Menuda redención! Se me ha puesto la carne de gallina. Deberías dedicarte al teatro, Omar. Eres capaz de hacer llorar al público hasta inundar la sala.

Su voz suena átona, áspera; un funesto hálito deja transido al

redactor jefe.

—Pues sí que has tardado en darte cuenta de que tienes una conciencia, Omar.

—No se trata de conciencia sino de deontología.

—Deontología. Menuda palabreja. Solo válida para impresionar a los memos. Tan vacía y falaz como la divisa de un frontispicio de ayuntamiento.

Una joven acude con una bandeja repleta de tazas de café y de bollería. Ed la despide con un aullido sísmico.

—¡La puerta, joder!

La joven corre a cerrar la puerta. Se oye una taza estrellándose en el suelo y unos tacones saliendo a toda prisa.

Ed respira para contener la toxina que acaba de anclarse en su ser y se mira las uñas en silencio. Su respiración suena a serpiente reptando, imperceptible a la vez que mortal.

Omar Sfa tiene el rostro anegado en sudor pero no se lo limpia. Pendiente de los labios de su patrón, espera la sentencia.

—Pues no acepto tu dimisión, Omar. La rechazo. Hemos firmado un contrato y no te conviene rescindirlo por una cabezonada.

—Ya he tomado la decisión, Eddie. Me largo, no hay amarra capaz de retenerme.

—¿No irás a creer que el barco se va a hundir?

—Me importa un bledo el barco, Eddie. Llevo quince años trabajando para ti. Ahora tiro la toalla. Confieso que está más sucia que cuando entré pero, teniendo en cuenta las charcas a las que me enviabas a buscar perlas en el fango, era algo de esperar. Quiero irme tal como vine, Eddie. Sin aspavientos ni lamentos. He hecho todo lo que me has pedido, con las anteojeras puestas y soltando veneno por mi pluma. Pero tengo los neumáticos desgastados hasta la llanta. Me toca pasar por el taller para que me reciclen.

—Ni siquiera permitiría que fueras al desguace, Omar. Todavía te necesito. ¿Intentó Sido hablar contigo anoche?

—¿Anoche? —suelta Omar con despecho—. ¡Qué va! Tu querido secretario particular me llamó exactamente a las cuatro menos trece minutos. Creí que el presidente había muerto o que Bin Laden había resucitado. ¡Estaba durmiendo, joder! Como un lirón. Y Sido va y me dice por teléfono: «Creo que ya sé cómo cerrar definitivamente el pico a Amar Daho.» De haber podido introducir el brazo por el aparato, habría agarrado a tu Sido por el pescuezo hasta sacarle las amígdalas por las orejas. ¡Llamarme a las cuatro menos trece minutos para eso! ¿Por quién me habrá tomado?

—Yo le encargué que buscara una hendidura en la coraza de Amar Daho. Un manitú reclama su cabeza. Sido ha estado rebuscando día y noche entre un montón de informes y archivos. Cuando pensó

haber encontrado algo, le apetecía tanto compartir su hallazgo contigo que no se dio cuenta de la hora que era. Además, no es para tanto. A mí también me han despertado a horas intempestivas, a veces por una tontería o una falsa alarma. Nuestro oficio nos obliga a estar al loro, Omar. No se dimite por culpa de una llamada a las cuatro menos trece minutos de la mañana.

—Dimito por el motivo de la llamada, Eddie. Sido me dijo: «Tengo algo que sugerirte.» Le contesté: «¿No puedes esperar a mañana?» Sido dijo: «No.» Le pregunté: «¿Qué sugieres pues?» Sido contestó: «Tengo aquí delante un documento firmado por un psicólogo. Amar Daho tuvo una hija autista. Se suicidó en 1992. Tenía catorce años.» Yo le pregunté: «¿Y qué?» Sido dijo: «Esta historia puede ser un filón muy aprovechable. Podría suponerse que la chica no era autista sino depresiva, y que se suicidó porque no soportaba seguir siendo violada por su padre.» ¿Y sabes qué, Eddie? De pronto solté el aparato como si tuviese el infierno del Cielo en el hueco de la mano y corrí al váter a vomitar. ¿Y qué crees que vi en el espejo? ¡Al diablo!

—La sugerencia de Sido me resulta un tanto excesiva…

—¿Un tanto excesiva, Eddie? Es lo más espantoso que se le puede ocurrir a un canalla. Y he visto hasta qué punto yo mismo lo soy. Me he acordado de todos los individuos que he crucificado en primera plana, de todos los cerdos que he puesto en la picota, de todos los miserables que he ejecutado en mis editoriales, y me he dado cuenta, a las cuatro menos tres minutos exactamente, de hasta qué punto los corruptos y yo somos los cebos de una misma mierda, y de que no hay peor podredumbre que denunciarla y encarnarla a la vez… Así que volví a mi dormitorio, miré a mi mujer, que estaba durmiendo, luego a mis hijos en la habitación de al lado y me pregunté qué pensarían de mí si se enteraran de que tras el héroe que soy para ellos se agazapa un cabrón de la peor calaña.

Omar Sfa se levanta con dificultad del sillón, saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y lo coloca sobre la mesa de cristal:

—Mi dimisión, Eddie… No se te ocurra intentar disuadirme ni ponerte en contacto conmigo. A partir de hoy, no quiero volver a oír hablar de ti ni abrir uno solo de tus periódicos. Y si por alguna ironía del destino nos cruzáramos en el paraíso, pediré que se me traslade al infierno para no tener que volver a verte.

Dicho esto se va, dejando a Ed Dayem con la boca abierta.

12

Once menos veinte. Llovizna en las alturas de Argel. Las calles desiertas están tomadas por los gatos a los que se supone rebuscando en los cubos de basura. Por las bolsas rasgadas se escurren desechos que la lluvia acaba esparciendo por la acera. Algunas farolas que han sobrevivido al vandalismo de la chiquillería abigarran la calzada con trazos amarillentos. La gente está refugiada en casa, pegada a su asiento damasquinado; se dopa con series televisivas turcas o zapea sin ton ni son en busca de un partido de fútbol.

De noche, Argel es una naturaleza muerta, una necrópolis paralela en la que los aparecidos se vuelven tan discretos como los morabitos.

Nora fuma, emboscada tras el volante de su coche particular, un Renault Clío que no ha acabado de pagar. El cenicero rebosa de colillas. Enfrente parpadean de forma irregular las tres letras recalcitrantes del letrero luminoso de un hotel. Nora conoce bien el establecimiento. Tras su apariencia de dormitorio para transeúntes desnortados, el hotel acoge a la fauna nocturna. Dos mil dinares por una hora. El precio por la noche entera no está al alcance de cualquiera.

Nora no está ahí por el hotel sino por el restaurante de al lado, Le Tanit, un figón con aspecto de guarida de salteadores cuya cocina deja mucho que desear pero que tiene la ventaja de estar pegado al hotel para los comensales deseosos de rematar la fiesta. Nora sabe que Sonia está cenando con un «cliente» y está esperando a que salga para interceptarla. Podría perfectamente ir a buscarla, pero cuando Sonia está borracha, es capaz de montar un escándalo de los suyos.

Hacia las once menos diez, dos jóvenes salen del restaurante abrazados y con paso inseguro. Están borrachos y se detienen cada dos metros para reír con alborozo. El hombre es alto y delgado y viste una gabardina pasada de moda que le viene grande. Sonia lleva un abrigo de piel sintética y botas de cuero. Se tambalea sobre sus tacones.

Nora deja que se alejen bajo la lluvia antes de ir tras ellos. Agarra a Sonia por el brazo y la separa de su acompañante.

—Por Dios, ¿qué estás haciendo aquí?

—¡No me toques! —le grita Sonia echándose atrás con tal ímpetu que por poco tropieza contra un bache.

Nora le retuerce el brazo y la lleva a empellones hacia el Clío. Sonia intenta desasirse, maldice, se contorsiona; pero la comisaria la retiene con fuerza y acaba ahogándose. El joven, que al principio se quedó perplejo, ve que le están robando su presa. Se apresura a

recuperarla.

—¡Eh! Esta chica está conmigo.

—Ya no —replica Nora exhibiendo su placa de policía—. Piérdete si no quieres pasar la noche en comisaría.

—El estalinismo argelino se acabó…

—Te equivocas, capullo, está como nunca.

Demasiado borracho para resignarse, el hombre sigue a las dos mujeres hasta el Renault.

—Si quieres te invito —suelta a Nora—. Nunca me he tirado a una poli. Prometo haceros felices a las dos. Tengo un rabo tan largo que lo uso como látigo.

—Si lo tienes tan largo como dices, siéntate encima y luego ahórcate con él.

Nora mete sin contemplaciones a Sonia dentro del Renault, se pone a toda prisa al volante y arranca, rozando con el guardabarros al joven, que se queda plantado en medio de la calzada.

—¿Qué esperas sacar a ese hortera, idiota? —exclama pisando el acelerador como si fuera la cabeza de una serpiente.

Sonia no contesta. Se ha quedado dormida apoyada en la puerta.

En ese mismo instante, Ed Dayem está en su casa con Nassera, una estudiante de veintidós años, bella como una gacela surgida de un oasis encantado. Han hecho el amor y ahora brindan por su orgasmo, Ed en un sillón faraónico y la chica sobre el borde de la cama, con los pechos al aire y el tanga por el suelo.

Ed conoció a Nassera dos años atrás. La recogió haciendo autoestop en la carretera de circunvalación al salir de la universidad. Ese día ella no se encontraba bien. Tenía el semblante rígido como si hubiera sufrido un calambre, y por sus ojos asomaban unas lágrimas. Ed le preguntó qué le pasaba y Nassera le contó que su profesor le ponía unas notas pésimas porque se negaba a acostarse con él, y que si la cosa seguía así iba a suspender todos sus módulos, tras lo cual solo le quedaría tirarse por la ventana.

—¿Cómo se llama tu profe?

—Khaled Jebbour…

Ed se detuvo en el arcén para llamar al rector de la universidad con su móvil.

—¿Tienes a un tal Khaled Jebbour en tu organigrama? Muy bien. Quiero verlo en tu despacho dentro de una hora… ¿Que no sabes dónde se encuentra ahora? Eso me da igual. Yo sin embargo sé dónde lo veré dentro de una hora, Rabah, y no te conviene decepcionarme…

Ed colgó y dirigió a la joven una amplia sonrisa protectora. Una hora después, Khaled Jebbour se encontraba en el despacho del rector, pálido, nervioso, acojonado. Al rector le bastó con nombrar a Ed Dayem para que el pervertido acudiera a la carrera. Todo el Gran

Argel conoce a Ed, lo teme y le hace la pelota. Viene a ser el Edgar J. Hoover local.

—¿Conoces a esta chica? —preguntó al aterrado profesor.

—Es alumna mía, señor Dayem.

—Falso, es mi sobrina... —espetó Ed con voz amenazante.

Sin más, tomó a la chica del brazo y salieron del despacho del rector. Ed no necesitaba decir más. El mensaje estaba más que claro.

Una vez en el coche, Ed hizo un guiño a la chica:

—Por cierto, ¿cómo te llamas, preciosa?

—Nassera...

—Pues bien, Nassera, a partir de hoy ya nadie te va a molestar.

—Gracias.

—¿Qué estás estudiando?

—Medicina.

—Pues ya puedes considerarte licenciada.

—Estoy impresionada. Menudo susto les ha dado usted al profe y al rector...

—Yo dejo en pañales hasta a los más duros.

—¿Y quién es usted, señor?

Ed, con toda sencillez:

—Dios en este mundo —contestó haciendo rugir rabiosamente el motor de su Jaguar.

Unas horas después, celebraron su encuentro en la cama.

Desde entonces, cada vez que a Ed le apetece carne fresca, la llama y ella acude, sea de día o de noche.

Ed se lleva el vaso de whisky escocés a la boca sin dejar de mirarla.

—¿Por qué me miras de ese modo?

—Te contemplo. Estás preciosa.

Ella suelta una risotada.

Ed se ensombrece de repente.

—¿Qué opinas de mí, preciosidad?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué tipo de persona soy para ti?

—¿Importa algo? Eres el rey del mundo, los poderosos comen en tu mano. Te basta con chasquear los dedos para que tus deseos se cumplan. ¿Qué necesidad tienes de saber qué se piensa de ti?

—Siempre necesitamos saber cosas.

—A mí me importa poco saber si soy tu amante o tu puta.

—No hablo de ti.

Bebe un trago y tiende la mano hacia la botella sobre la mesilla de noche para servirse otra vez.

Se le arruga la frente al decir:

—Conozco al dedillo a mis enemigos, leo sus pensamientos como

si fuera un libro infantil. Sin embargo, el único a quien desconozco es a mí mismo. Controlo al milímetro el alcance de mi influencia, pero ignoro totalmente quién soy.

—De acuerdo —contesta la chica—. Voy a decirte lo que opino de ti. Eres un viejo cabrón forrado de pasta y me caes bien.

—¿De verdad piensas que soy un cabrón?

—¿Tú no?

Ed deja su vaso sobre la mesilla de noche y camina hasta la ventana, desnudo, con su culo fofo y su tripa colgando. Se queda mirando las luces de la ciudad… «¡Ah! Argel —piensa—. ¿Qué fue de aquellas veladas durante las cuales la gente guapa se reunía solo para no perderse de vista, de aquellas soterradas guerras libradas con brío, de aquellos complots urdidos sobre papel pautado y de aquellas aventuras extraconyugales consumadas ante las narices de los cornudos para disfrutar del riesgo?»

—De noche, cuando estoy solo, permanezco aquí durante horas mirando la ciudad. Observo a la gente de regreso a casa procedente de vaya uno a saber dónde, a otros que deambulan en la oscuridad en busca de no se sabe qué. Estoy convencido de que, en distintos grados, todos tienen algo de mí. Leen mis periódicos, me ven por la tele, contribuyen sin saberlo a mi éxito. Sin embargo, para mí es como si no existieran de verdad. Es como si me los hubiera imaginado y me bastara con cerrar los ojos para que desaparezcan.

—No cierres los ojos cuando yo esté contigo.

—Te lo digo en serio, Nan —dice Ed regresando a su sillón—. No paro de darle vueltas cuando estoy solo en mi habitación. ¿Quién soy, por favor? ¿Debo alegrarme de lo que me ocurre o lamentarlo?

—Por favor, Eddie, cambiemos de tema. Estamos aquí para follar, no para filosofar.

—El sexo no lo es todo en la vida.

—¿Según tú, qué otra cosa habría?

—Todo lo demás.

—Eddie, te noto raro.

—¿Cómo de raro?

—Lo estás estropeando todo, con lo a gusto que estábamos hace unos minutos. ¿A qué viene eso ahora? No soy ningún sacerdote para que te confieses conmigo.

—¿Confesarme? No pienses que tengo problemas de conciencia. Ignoro lo que significa esa palabra. Pero me hago preguntas. No tengo instrucción ni santo patrono, y dirijo un imperio. He dormido en corrales, merodeado por los cuarteles para no morirme de hambre, apurado colillas hasta quemarme los dedos para acabar un buen día, de la noche a la mañana, convertido en el rey del mundo. ¿Por qué? ¿Por qué yo?

—Eso, Eddie, deben de estar preguntándoselo un montón de nuestros dirigentes, votados y multimillonarios. Muchos de ellos no han abierto un libro en su vida. Son los grandes afortunados de un país corrupto que privilegia la mediocridad en detrimento de la competencia y donde se desfiguran las conciencias para poner a salvo la fealdad. Si no, ¿cómo se explica que, pese a sus enormes riquezas, Argelia siga siendo tan pobre en sueños y en ambiciones, y esté a la cola de las demás naciones?

—Puede que no me creas, pero siento lástima por nuestra patria.

—Tenemos el país que nos merecemos, Eddie. No se trata de fatalidad.

—Te aseguro que temo por las generaciones venideras.

—Ya lo superarán.

A Ed le disgusta el destello despectivo en los ojos de la chica. Se acerca a ella y la mira de frente.

—¿No me crees cuando te digo que siento lástima por nuestra patria?

—No.

—¿No?

—¡No!

Le da tal bofetón que cae de espalda. Ed se percata de inmediato de la gravedad de su gesto, pero es demasiado tarde; Nassera brinca fuera de la cama con el pelo caído sobre la cara. Recoge su tanga, su vaquero, sus deportivas y corre al salón para vestirse. Ed la sigue con los brazos tendidos en señal de remordimiento.

—Perdóname, no sé qué me ha ocurrido.

—No te acerques a mí, viejo asqueroso. No eres más que un bruto con el cerebro oxidado. Te odio.

Se pone el vaquero, el jersey, la cazadora de cuero y su bufanda alrededor del cuello...

—Por favor no te vayas, Nan... No me dejes solo.

—Te dejo con tus fantasmas, cabronazo. A mí no se me abofetea como si fuera una puta barata.

—Lo siento... Te prometo que te compensaré. ¿Adónde quieres que vayamos este fin de semana? ¿A París, a Palermo, a Praga? En Argel me siento fatal. Una vez que estemos fuera, solo pensaremos en nosotros dos.

—No intentes retenerme, Eddie, o gritaré hasta que se entere todo el barrio.

—Nan, por favor, te quiero.

—Para querer hay que tener alma, y tú no eres más que una boñiga agusanada.

Acaba de vestirse, sale al porche y cierra dando un portazo con tal rabia que un cuadro se descuelga y cae al suelo.

En ese mismo momento, en algún sórdido callejón de Bab el-Oued, el teniente Guerd intenta ahogarse en su copa. Sentado en un oscuro rincón del Gosto, un garito de mala muerte donde suele acudir a emborracharse a costa de la casa, ya se ha soplado una litrona de whisky barato y se pide otra. Ha tenido un mal día. No está acostumbrado a que le eche la bronca una tía delante de todos sus colegas y del comisario jefe de división sin reaccionar. La comisaria Nora le ha soltado todas las vulgaridades de su repertorio apuntando muy de cerca su nariz con el índice. El reloj del despacho señalaba las doce del mediodía, pero lo veía todo tan oscuro que parecía medianoche. En su cabeza aún retumban las amenazas de su jefa. Por más que se presiona las sienes con ambas manos, no consigue expulsarlas. Sus colegas lo miraban en silencio y él, cual pillastre atrapado en flagrante delito, no se atrevía a abrir la boca para salvar la cara. Por supuesto, se dice, si el comisario jefe no hubiera estado allí, habría desenfundado su pipa y lavado su honor con sangre. Pero no tenía ningún honor. Jamás un auténtico *D'Arguez,* un hombre de pelo en pecho, habría consentido que lo humillara una mujer, con o sin galones, delante de otros hombres. Él, que enarbolaba su cipote a modo de cetro, convencido como estaba de que las mujeres están hechas para procrear, limpiar y callar, se había chupado un buen rapapolvo. Si su padre viviera, renegaría de él.

Hace una señal con la mano al camarero para que le traiga otra botella. A su alrededor, unos borrachos arreglan el mundo. Al Gosto acuden actores venidos a menos que firmarían con los ojos cerrados para el papel más irrelevante del peor de los bodrios, estibadores embrutecidos por el cansancio y camellos faltos de mercancía. A Guerd no le gusta el lugar pero desde que sacó de apuros al encargado implicado en un siniestro caso de alcohol adulterado, se siente un poco en casa.

El camarero coloca la botella sobre la mesa y vuelve a su barra. Guerd bebe a morro, como los borrachos en los urinarios públicos, para señalar que no se encuentra bien, que está asqueado hasta de su autoestima. El camarero lo vigila de reojo y mira al encargado, que está sentado junto a la puerta por si a alguno le da por largarse sin pagar.

Hacia medianoche, a Guerd le cuesta distinguir los números de su reloj. Pide la hora a un vecino que lo manda a paseo, se levanta y va hacia el aseo dando tumbos. El interruptor, que tarda un buen rato en encontrar, funciona pero la bombilla no se enciende. El teniente mea a ciegas soltando una retahíla de tacos, se percata de que está rociando sus zapatos, se gira hacia la derecha y sigue meando hasta vaciarse. Regresa a la sala; la botella ha desaparecido de su mesa. Se encoge de hombros y consiente en regresar a su casa.

El encargado se le pone delante.

—¿No pides la cuenta, buen hombre?

El gerente es un pelirrojo gigantón que está cuadrado. A pesar del frío, lleva una camisa marinera que destaca la robustez de sus pectorales. Sus hercúleos brazos llevan tatuajes de serpientes furibundas escupiendo fuego.

Guerd se tambalea con los ojos entreabiertos y gestos evasivos. Intenta apartar al cachas de un manotazo despectivo.

—No me des el coñazo —farfulla.

—Vas a apoquinar, colega. Esto no es el Ejército de Salvación.

—Yo no pago aquí. Soy el teniente Guerd, de la Criminal.

—Me importa un bledo. Aquí paga hasta el presidente de la República.

Al teniente le cuesta encontrar su placa.

—Esta casa no acepta este tipo de tarjeta de crédito —le suelta el pelirrojo.

—No es una tarjeta de crédito sino mi placa policial.

—Además es tonto —exclama el cachas volviéndose hacia el camarero.

—Quiero ver a Farhat —dice Guerd—. Me conoce.

—A Farhat lo han despedido. Ahora el encargado soy yo y conmigo no hay enchufismo. Sobre todo con los polis. Soy tan alérgico a la pasma que solo con verla me entran ganas de vomitar. Has bebido, pues ahora paga. Es lo justo, ¿no te parece? No quiero líos.

—Como no te apartes de mi camino mañana mismo te cierro el garito.

—Mañana será otro día, buen hombre. Ahora llévate la mano al bolsillo, da las gracias y vete con tu borrachera a otra parte. No me obligues a tirarte de las orejas hasta hundirte la nariz en la cara.

—¿Qué has dicho?

—Estás borracho, no sordo.

Guerd se queda anonadado ante la insolencia del encargado. Su rostro macilento se llena de tics y le vibran los puños.

—¿Que tú me vas a tirar de las orejas?

—Hasta que se te junte la napia con las encías —persiste y confirma el pelirrojo.

—Te advierto que estás hablando con un teniente de la policía.

—Y yo te repito que esto no es el Ejército de Salvación.

Guerd está indignado. No alcanza a creerse que le estén faltando al respeto, que su placa no le sirva de nada. Algo explota dentro de él en medio de un torbellino de gritos y de sombras. Las amenazas de Nora le vienen de repente como salvas incendiarias y una colada de lava recorre todo su ser. El incalificable silencio que mantuvo en el despacho mientras la comisaria hablaba le iba tocando una a una sus

fibras sensibles, la mirada indignada de sus colegas y la inaceptable rigidez del comisario jefe de división, la vergüenza que lo tiene escurrido como una bayeta, todo ello reunido lo indigna hasta lo indecible. Un hipotético arranque de orgullo le hace soltar un grito desgarrador y se lleva la mano a la pistola. No le da tiempo a agarrarla; el puño del encargado lo fulmina.

13

Los dos recepcionistas de la comisaría central se sobresaltan cuando el teniente Guerd cruza el vestíbulo y sube a toda prisa las escaleras con un grueso apósito en plena cara.

—¿Le habrá dado su amiga con la puerta en las narices? —ironiza uno de ellos.

—Lo que está claro es que no se ha colocado bien el bozal —contesta el otro.

El teniente se dirige hacia su despacho rozando las paredes para no tener que ver las caras de asombro de los polis con los que se va cruzando por los pasillos. Para alivio suyo, su asistente no está en su puesto. Cuelga la chaqueta en la percha, agarra el teléfono y llama al inspector Zine:

—¿Nadie ha denunciado la desaparición de una chica?

—El informe está sobre tu mesa.

El teniente consulta su correo, se fija en una carpeta verde y la abre. Un folio sellado en el distrito 4 informa de que el 26 de diciembre un tal Lounes Sadek, residente en el bloque D de la barriada de los Lauriers-Roses, denuncia que su hija, Nedjma Sadek, alumna de la universidad de Ben Aknoun, lleva tres días sin aparecer por su casa.

—Ven aquí ahora mismo —gruñe el teniente antes de colgar.

El inspector Zine llega sin apresurarse. Su actitud irrita al teniente, que tiene por costumbre soltar alguna inconveniencia para fastidiar a su subalterno, pero esta mañana su resaca lo disuade de empezar el día con reproches que resultarían ridículos tras el severo correctivo que, la víspera, le aplicó la comisaria.

Improvisa una sonrisa de circunstancias.

—Buen trabajo, inspector. Por fin una pista para empezar a investigar.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada —dice Guerd barriendo el aire con una mano—. Tropecé en la escalera de casa. Confieso que había bebido más de la cuenta... Vengo del dispensario. Tengo la nariz partida y el médico me ha dado una baja de dos semanas. Tú me sustituirás junto a la comisaria. Al menos saldrás de este deprimente agujero.

—No hay problema.

El teniente acerca la carpeta verde al inspector con un dedo.

—Lleva esto al jefe, así como mi certificado médico.

—Eres tú el que tiene que entregar el impreso de baja laboral.

—Hazme ese favor. No tengo ganas de dar explicaciones al comisario jefe de división. No me va a creer.

El inspector recoge el informe del distrito 4 y el certificado médico.

—¿Sabes? Si ayer permití que esa cabrona me montara ese número fue por respeto al jefe de división. Pude cerrarle la boca con una buena hostia.

—No habría sido una buena idea, jefe —le dice por cumplir el inspector.

—¿Te das cuenta? Basta con dar un mínimo de autoridad a un putón para que le crezcan las alas. ¿Hasta dónde vamos a llegar en este país, joder? Ayer por poco se desmaya en la clínica al ver el cadáver, pero una vez en su despacho se envalentona como una amazona. Pero puedes estar seguro de que un día de estos recobraré mi dignidad de hombre. Acabaré poniendo a esa cabrona a cuatro patas.

—Eso es —ironiza el inspector despidiéndose.

En la barriada des Lauriers-Roses, las promesas electorales se aburren como ostras y el ensueño agarra al diablo por el rabo, el trasero por la mañana y el delantero por la tarde para no perder baza. Los arquitectos que la diseñaron tenían un único objetivo: quedarse para ellos y para los funcionarios estatales con el cuarenta por ciento del presupuesto asignado al proyecto. Levantaron sobre un terreno que sigue oliendo a boñiga de vaca cuatro bloques espantosamente feos en los que uno se resistiría a entrar aunque la muerte le estuviera pisando los talones. Se trata de una inmensa ciudad dormitorio carente de todo; no hay tienda de comestibles, ni guardería, ni cafetería. El área de juego, tan resultona en los planos, se ha convertido en un vertedero de chatarra y de montículos de basura han sido colonizados por gatos hirsutos. La calzada que lleva hasta allí ha quedado en una estrecha cinta de asfalto llena de baches tan hondos que no hay coche cargado de gente al que no se le joda la suspensión. En cuanto a los árboles crucificados en los lados, esos no volverán a florecer. Unos chavales con las rodillas peladas y cara reseca se entretienen como pueden por allí como pequeñas desgracias incipientes. Unos vejetes viendo cómo pasa el tiempo y se tuestan al sol sobre sus taburetes, preguntándose por qué no se los lleva de una vez con él.

El bloque D es una muralla de casuchas superpuestas de ventanas enrejadas. Si se produjera un incendio no habría supervivientes, pero a quién le importa eso. Para permanecer a salvo, no hay como guarecerse tras barrotes y una puerta blindada. Eso para que quede claro que aquí reina la confianza. La gente convierte su hogar en una jaula y no comprende por qué se la trata como a animales. Pero bueno... El bloque D viene a ser un gigantesco lienzo surrealista con grandes paredes desconchadas, grafitis, firmas ilegibles y decenas de

antenas parabólicas atornilladas en la misma fachada. La entrada carece de puerta. Puede que la hayan desmontado unos chavales. Ya nadie recuerda que la escalinata tuviera escalones. Pandillas de mocosos guerrean en el patio armando un jaleo propio de un campeonato de fútbol. En Argelia, cuando no hay clase solo queda la escaramuza callejera; si bien hoy el sable es de madera, mañana el gladiador tendrá donde elegir, y hasta puede que algún día se haga con una ojiva nuclear.

Un hombre con mono azul y sandalias desastradas revisa, sudoroso y grasiento, el motor de su cacharro. El vehículo policial se detiene a su altura. El inspector Zine le pregunta si conoce a la familia Sadek y él masculla «tercero izquierda» sin levantar la cabeza.

El interior del bloque D poco tiene que envidiar a una cueva de trogloditas, pinturas rupestres incluidas. Es un edificio de doce plantas y sin ascensor. La escalera apesta a salitre y a colilla; está oscura en pleno día y a nadie se le ocurre cambiar las bombillas fundidas... No queda un solo buzón de correo. La tapa del contador de la electricidad ha desaparecido y de la del gas solo se ve la huella impresa en la pared.

Arriba, dos vecinas se tiran los trastos a grito pelado.

La comisaria Nora y el inspector Zine llegan al rellano del tercero. La puerta de la izquierda recuerda la de una mazmorra medieval.

La comisaria llama.

Una mujer con velo integral abre tras una eterna espera. Se le ensombrece el rostro cuando Nora le dice que es de la policía.

—¿Es esta la casa de la familia Sadek?

—¿Qué buscan ustedes?

—Venimos por la denuncia del señor Lounes Sadek, señora. ¿Podemos pasar?

Un chico se acerca a su madre.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Avisa a tu padre. Está detrás del bloque B.

La mujer no deja pasar a los dos policías sin por ello cerrar la puerta. Mira con cara sombría a los recién llegados.

El chico regresa al rato con su padre, un cincuentón famélico que aparenta veinte años más; el típico pequeño funcionario de toda la vida, pobre pero digno, más atildado que un recluta. Sus gafotas remiten a los tiempos del socialismo científico a la argelina, grotescas como un escaparate soviético, pero su mirada conserva la decencia de un juramento proletario: bien afeitado, peinado hacia atrás, bigote impecable, traje desgastado pero limpio, chapina de la bandera nacional en la solapa y perfume barato. Ruega con noble cortesía a ambos policías que lo sigan hasta un salón pobremente amueblado aunque dignamente adecentado.

—¿Tienen noticias de mi hija?

—Todavía no. Seguimos buscando. Venimos por...

—Ya sé por qué están aquí —dice el padre algo irritado—. Mi hijo me lo ha explicado de camino. Creía que la habían encontrado.

—No sabemos nada de ella, señor Sadek —le confiesa Nora—. Ni siquiera sabemos si se trata de su hija.

—Mi mujer y yo estamos viviendo un infierno. Cada vez que llaman a la puerta soñamos con que sea ella.

—¿Su hija solía ausentarse de casa?

—Volvía todos los días a la misma hora. No lo entiendo. Según su novio, fue a un casting. La televisión nacional prepara una serie para el Ramadán. A mi hija le propusieron un papel. Sueña con ser actriz.

—¿Su novio se dedica al cine?

—Bueno, no es exactamente su novio. Le concedimos su mano para que pudieran salir juntos y evitar los dimes y diretes. La gente no tiene nada mejor que hacer que controlar a los vecinos.

El inspector Zine garabatea su cuaderno. Pregunta:

—¿Cómo se llama el novio?

—Mourad Hérat.

—¿Tiene su dirección?

—No es de Argel. Es de las afueras de Bouira y encontró trabajo aquí hace unos meses.

—O sea que su hija no da señales de vida desde el día del casting —apunta Nora para proseguir con el interrogatorio.

—No me gusta esa expresión. Digamos que no ha llamado. Según su novio, fue a Blida para reunirse con las demás candidatas. Debía regresar ese mismo día.

—¿Dónde trabaja el novio? —pregunta el inspector.

—En un buen restaurante de la costa.

—¿Cuál de ellos?

—Creo que se llama Le Corsaire.

El inspector asiente mientras apunta el nombre del restaurante.

—Que yo sepa, Le Corsaire solo abre de noche. Su yerno podía haber acompañado a su hija a Blida. Solo está a cuarenta kilómetros. Por la autovía se tarda menos de media hora.

—Su jefe no le dio permiso.

—¿Tiene móvil su hija? —pregunta Nora.

—Sí... pero siempre tiene activado el contestador.

—¿No ha dejado una dirección o un número de teléfono fijo donde localizarla en caso de urgencia?

—Yo ni siquiera sabía lo de la serie televisiva. Soy profesor de instituto y de mentalidad abierta, pero no habría dejado a mi hija ir sola al casting. Nunca se sabe en ese tipo de trabajo.

Nora se vuelve hacia la madre, que permanece en un rincón con

el corazón en un puño. El chico duda entre sentarse o seguir de pie. El inspector Zine se acerca a una anticuada cómoda sobre la cual se alinean cuatro fotos enmarcadas; las dos del medio inmortalizan un festejo familiar, en la de la izquierda se ve al chico sobre un poni de algún zoológico y en la de la derecha a una joven vestida al estilo tradicional de Constantina.

—¿Es Nedjma?

Nora casi se queda de piedra al reconocer a la chica del bosque de Bainem. Su expresión no se le escapa a la madre, atenta a la menor señal de alarma. El padre comprende que algo está a punto de devastar su mundo.

—¿Qué ocurre? —pregunta con la voz encogida—. Sí, es Nedjma... ¿Qué le ha ocurrido?

Nora no sabe qué contestar. Le cuesta respirar, menos aún tragar saliva ni afrontar la aterrada mirada del padre. ¿Qué decir? ¿Cómo decirlo? Nunca se ha visto ante a la tan horrenda situación de tener que anunciar lo que nadie quiere escuchar. En las películas, cuando dos militares se presentan en el domicilio de una esposa cuyo marido está en el frente, Nora zapea instintivamente para no ver la reacción de la viuda potencial, pero ahora no está viendo la tele ni tiene mando a distancia para salir del apuro. Le ha tocado la china de ejercer de emisario de las sombras.

El padre se percata repentinamente de su infortunio. Se queda mirando con fijeza a la comisaria luego menea la cabeza, primero lentamente y luego con mayor rapidez.

—¡No! —exclama ahogadamente—. No, no... Salgan de mi casa. Váyanse... A mí no me pueden hacer eso. Ni siquiera sé quiénes son ustedes. No se les ocurra decir más.

—De veras que lo lamento, señor Sadek.

La madre se viene abajo.

El chico cae de rodillas agarrándose la cabeza.

Resulta evidente que, por mucho que confiaran en un milagro, todos se esperaban lo peor desde que desapareció la chica.

—Mi hija está en Blida —gime lastimosamente el padre—. Le han dado un papel estelar, eso es todo. Volverá para darnos la sorpresa cuando acabe el rodaje. Mi hija es así, le encanta impresionarnos. Seguro que no tarda en volver. ¿Se han enterado? ¡Lárguense de aquí, pájaros de mal agüero!

No se cree una sola palabra de lo que está soltando, pero se niega a admitir que el motivo de su desvelo acaba de confirmarse, que lo tiene ahí delante, brutal, tan cierto como el cielo y la tierra, y que ya no queda lugar para la esperanza.

—Lo siento en el alma, señor Sadek, pero tiene que venir con nosotros a la morgue para identificar el cuerpo.

Solo entonces lo asume el padre: por más que uno reniegue de las putadas de la vida, la fatalidad sigue su curso.

Sus lágrimas corren por sus mejillas y por poco desfallece entre los brazos del inspector.

14

La señora Joher Kacimi es un pedazo de mujer muy bien maquillada y perfumada con las más exquisitas fragancias. Con sus cincuenta años, los hombres se siguen volviendo en la calle para mirarla. En las altas esferas la llaman Jo. Hasta los lacayos fantasmean con sus locuras. Pero Joher solo se entrega a los pudientes. Y cada beso se le paga a tocateja, literalmente.

Lleva semanas pidiendo cita a Haj Hamerlaine. Como este pasa de sus continuas llamadas telefónicas y de sus mensajes en el contestador, decide plantarse en su casa.

Son las ocho de la mañana cuando llama a la puerta del número 62 de la avenida de Promeneurs, en las alturas de Hydra. Al portero, Marouane, no le da tiempo a preguntarle qué desea. Lo esquiva, atraviesa a toda prisa el jardín y sube la escalinata que da a la veranda.

Joher conoce bien el camino.

Haj Hamerlaine está garabateando unas notas en su agenda cuando la puerta de su despacho se abre con brusquedad.

—¿Por qué no contestas a mis llamadas? —le espeta Joher con las manos en jarra.

El anciano suelta su bolígrafo, se coloca las gafas y mira de hito en hito a la dama plantada ante la puerta. Marouane acude tras ella, jadeante y aterrado, presto a excusarse por el comportamiento de la intrusa. El anciano lo despide con un gesto y, una vez la puerta cerrada, aprieta la espalda contra el respaldo de su trono y cruza los dedos sobre su barriga con media sonrisa en los labios.

—Es la primera vez que alguien se atreve a irrumpir de ese modo en mi casa —le dice con un destello insano en la mirada.

—Nunca me has dejado plantada así. ¿Cómo debo interpretarlo? ¿Es que ya no cuento para ti?

El *rboba* echa la cabeza atrás y ríe para sus adentros.

—Sabes que odio que me hablen de ese modo.

Joher junta ambas manos bajo su barbilla, ahora conciliadora.

—Me duele tu silencio, Saad.

—Conozco a muchos imames de cuyas oraciones nadie hace caso y no por eso pierden la fe.

Joher evalúa su audacia. Se desabotona el cuello de la chaqueta y se deja caer sobre un sillón.

—¿Acaso te he dado permiso para sentarte? —le espeta con su gélida voz.

—Te suplico que no me machaques. Llevo semanas sin dormir y

la angustia me tiene hecha polvo.

—Eso no te da derecho a creerte exenta de ciertos convencionalismos, guapa. Levanta ese culamen del asiento y sigue de pie hasta que yo te ordene que te tumbes como una perrita.

Joher contiene un suspiro y se pone de pie. Haj Hamerlaine no soporta la familiaridad, sobre todo por parte de las mujeres, a las que trata con una descortesía rayana en el desprecio. Pero ella sabe que en el mundo de los zares de la República donde recaló siendo casi una adolescente, no hay lugar para el amor propio ni para el amor a secas y que, para ascender, antes hay que tocar fondo.

—¿Qué te trae por aquí, muñeca? Ve directamente al grano porque te estoy haciendo un enorme favor concediéndote cinco minutos. Como me lo vuelvas a hacer, no te dará tiempo a enterarte de lo que te ocurrirá.

Su tono de voz es duro y cortante como una navaja de afeitar.

Joher asiente sumisamente con la cabeza.

—Mi marido no tiene la menor oportunidad en las próximas elecciones al Senado —dice.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Podrías incluirlo en el tercio presidencial.

—No me llevo bien con el presidente.

—Los *demás* te veneran… Tienes que sacarnos del agujero donde nos han arrojado quienes fueron nuestros lacayos. Esos cabrones nos lamían los pies. Mi marido y yo los convertimos en capitostes. Ahora nos miran por encima del hombro y torpedean nuestras aspiraciones.

—Tu marido es un penco testarudo. Yo que tú lo tiraría al contenedor de basura y cerraría la tapa con candado.

—¿Después de veinte años de matrimonio? Es la única tabla de salvación que me queda, Saad. Te suplico que lo ayudes a ser senador.

—No se lo merece, querida. Es un iletrado obtuso y torpe que no para de meter la pata y que cae en sus propias trampas sin ayuda de nadie. Lo nombré cónsul general en Francia y lo mandaron de vuelta a los seis meses con un expediente propio de un chorizo reincidente. Por ti lo coloqué en una embajada asiática, luego lo puse al mando en tres países africanos, y ni una sola vez ha concluido su mandato. Tu chulo es un patoso. Por mucho que lo rocíes con agua bendita, la acaba convirtiendo en meado de gato…

Joher aprieta los puños a modo de oración. Sus ojos destellan con desesperanza y los pómulos se agitan acusando el nerviosismo. Sabe que Saad Hamerlaine es su último cartucho y que, si no mueve un dedo, nadie le tendrá la menor compasión.

—¿Puedo sentarme?

—No.

—Por el amor de Dios, estoy a punto de derrumbarme.

—Sigue de pie.

Joher no insiste.

Respira profundamente para recobrar el ánimo y dice con voz agonizante:

—En otros tiempos no me negabas nada.

El anciano medita las palabras de la dama con una mirada repentinamente nostálgica. Ladea la cabeza con cara de lástima. Tras un prolongado silencio, se remueve en su silla y declama teatralmente:

—Antes tenías un trasero firme, mis manos abarcaban tus pechos. Cuando te poseía por detrás, te retorcías de dolor y me encantaba oír tus uñas rasgar la sábana. Cuando deslizaba mis dedos por las preciosas vértebras que jalonaban la espléndida blancura de tu piel, sobrevolaba la cordillera de Los Andes. Cuando tiraba de tu pelo, disfrutaba como un joven centurión sobre su cuadrícula. Eran tiempos de conquistas y de orgías desenfrenadas en los que mis deseos se cumplían al dedillo y en los que las montañas se allanaban ante mí como cintas transportadoras. Hoy tengo el mundo en un puño y no hay estrella por encima de mí, pero cuando poseo a una mujer, ya no gime, y yo dejo de existir.

—¿Qué me estás contando? Sigues siendo tan ardiente como una hoguera.

—Mucho me temo que ya solo quedan rescoldos.

—¡Calla! Eso lo dices para que te demuestre lo contrario.

—Ya no hay nada que demostrarme.

—¿Y tan cambiada me ves a mí?

—Sigues siendo un buen solomillo, pero mi espada está un tanto embotada.

Joher cree poder aprovechar la providencial oportunidad. Se arrodilla y casi le salmodia:

—Eso puedo solucionarlo. Puede que tenga más arrugas, pero no he perdido facultades.

Él la invita a no moverse de su sitio.

Joher traga saliva mientras reza para que el amo no llame a sus sirvientes para que la echen a patadas.

—No es necesario —le dice el anciano—. Con la edad se me ha hinchado la barriga en detrimento del pedúnculo. Pero conservo la agilidad mental y mantengo los ojos abiertos. Ya que te has molestado en venir hasta aquí, guapa, y para que no regreses con las manos vacías, ponte en pelotas y date gusto con esto —añade sacando de un cofre un puro habano de gran calibre.

«¡Cabrón!», maldice la dama para sus adentros mientras una ira incontenible le surte de dentro como un géiser. Se le arruga su bonita cara y sus ojazos se le anegan en lágrimas.

Protesta con voz trémula:

—No soy una puta.

—No me partas el corazón, preciosa. El orgullo y el éxito no siempre combinan bien. Lo sabes mejor que nadie. Has venido para conseguir un puesto al cornudo de tu marido. Él te ha enviado aquí, ¿no? Conoce la tarifa de la consulta. Y tú también. Así que ahórrame tu indignación y consuélame de no ser el único que ha envejecido.

Joher se suena con un pañuelito de seda. Ahora las lágrimas surcan su rostro con trazos de rímel. Tras un prolongado y silencioso martirio, levanta la cabeza y clava una mirada de odio en la del anciano.

—Podrías ser menos cruel.

Hamerlaine vuelve a pegarse al respaldo de su sillón, saboreando el despecho que deforma el semblante de la mujer; carraspea tapándose la boca con el puño y coloca de nuevo los codos sobre la mesa. Dice:

—Hacia finales del siglo XVIII, un tal Surcouf, intrépido corsario de Saint-Malo, atacó una nave británica para apoderarse de su cargamento. El abordaje fue sumamente violento. Ya seguro de su derrota, y para salvar al menos la honra, el capitán británico dijo a su agresor: «¡Vosotros lucháis por dinero y nosotros por honor!». Surcouf le replicó: «Cada cual lucha por lo que no tiene.»

Joher asiente, sin saber qué responder. Empieza a desabrocharse la chaqueta con aborrecimiento y, a medida que se va desnudando, se arranca la ropa con creciente ferocidad, como si estuviera arrancándose la piel.

15

—¡Menuda choza! —exclama el inspector Zine.

El pabellón 32 es una joya arquitectónica. Asentado sobre una colina, domina el mar, rodeado de palmeras hieráticas. Su muro de fachada, de un centenar de metros de mármol italiano, está rematado por cuatro cámaras giratorias. Desde la imponente verja de fundición se ve parte de la piscina. El césped está tan recortado que parece un damero. A la izquierda, una escalera de piedra conduce a una playa privada. A la derecha, una villa de ensueño que para sí quisiera la estrella más cotizada de Hollywood.

Nora se apea del vehículo para admirar el paisaje. El bosque circundante parece haber sido diseñado por un pintor militar, con sus senderos muy rectos y sus matorrales cuadrados. El vecindario más cercano se halla a leguas de allí, agazapado tras un bosquecito para preservarse del mal de ojo. Aquí se ocultan las grandes fortunas del país, de acuerdo con el proverbio que asevera que las mayores alegrías son las que se viven en secreto. Uno creería estar en el paraíso de no ver, aquí y allá, la esquina de un tejado o un paseo cubierto de gravilla cruzando la vegetación. Una sola carretera bordea la costa; está desierta y su acceso debe de estar vetado a curiosos y envidiosos.

El inspector Zine alcanza a Nora. Ambos se entregan a un fantaseo asesino, convencidos de que jamás podrán permitirse un edén particular como este en el que acaban de recalar con motivo de su investigación.

Llaman a la puerta.

—¿Sí? —escupe una voz por un interfono camuflado.

—Policía —se presenta Nora.

—¿Seguro que no se equivocan de dirección?

—Nada es del todo seguro.

Silencio. Después:

—Le mando al guarda.

—Gracias, muy amable —contesta Zine con cierto sarcasmo.

Un anciano escuálido aparece llevando de una correa a un moloso sobreexcitado. Entorna los ojos debido a la intensa luz, se acerca con desconfianza, extrañado de que vengan a perturbar la quietud del santuario a tan temprana hora. Se nota que no está acostumbrado a que desconocidos merodeen por aquí.

—Buenos días —le dice Nora.

—Buenos días, señora. ¿Qué desean ustedes?

—Somos policías. Deseamos hablar con el señor Hamerlaine.

—¿Está el ministro al corriente? —irrumpe una voz cercana.

Una especie de androide surge tras el guarda, ancho de hombros como un cartel publicitario, con una cabeza rapada de la que brota una cola de caballo y una mandíbula de picapedrero presta a morder. Su voraz mirada eclipsa el resto de su cara. Camina con marcialidad y viste un traje tan estrecho que los botones de la camisa parecen a punto de saltar. Señala con el pulgar por encima de su hombro para que el anciano regrese a su garita ubicada a un par de metros de la verja.

—¿De qué se trata? —gruñe.

—¿Podemos entrar?

—Esto no es un zoco.

—Soy la comisaria Nora, de la Comisaría Central.

—Eso a mí me da igual. No tienen derecho a estar aquí. Será mejor que se larguen.

—¿Quién es usted?

—No es asunto suyo. Están en una propiedad privada y aquí no valen ni órdenes judiciales ni visado de entrada, ¡así que aire!

—Vigile su lenguaje —le intima Zine.

—Y ustedes reparen su brújula porque está desnortada. Esta es la residencia del señor Hamerlaine. Aquí no se recibe, se convoca.

—Estamos llevando a cabo una investigación.

—¿Acaso tenéis serrín en lugar de cerebro? —se mosquea el cachas— ¿No entendéis mi idioma? Repito que os larguéis o llamaré al gobernador.

—¿Qué ocurre? —interviene un joven pimpante surgiendo de no se sabe dónde.

El cachas lo pone al tanto de la situación. El joven asiente con la cabeza y le da una palmada en el hombro.

—No pasa nada, amigo. Yo me encargo.

El cachas echa una mirada amenazadora a ambos policías antes de retirarse.

El joven se limpia las gafas ahumadas con un pañuelo de gamuza, se las ajusta en su cara de galán y esboza una sonrisa benevolente. Es un guaperas, delgado y elegante, rubio como una llama atemperada por el azul de sus ojos.

—Perdónenle, no se encuentra muy bien últimamente.

—Debería tenerlo atado —le sugiere Zine.

—A este no lo retiene ni una amarra de buque —dice el joven tendiendo la mano a través de la verja—. Me llamo Réyan Baz, soy el encargado de la residencia. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Queremos hablar con el señor Hamerlaine.

—¿Sus superiores están al corriente?

—¿Por qué nos preguntarán siempre lo mismo? —se lamenta Zine.

—Es el procedimiento —explica el joven—. El señor Hamerlaine es uno de los padres fundadores de la nación. Lo menos que pueden hacer es consultar con su ministerio antes de plantarse aquí. Normalmente son los propios ministros los que vienen. Eso de mandar a subordinados supone un fallo grave de protocolo.

—¿De qué está hablando? —pregunta Zine a la comisaria.

—De todos modos —prosigue el joven—, el señor Hamerlaine está en su casa de Hydra. Esta es una de sus residencias secundarias. Les aconsejo que informen a sus superiores de su iniciativa. No les conviene meter la pata.

Los saluda con desenvoltura y se eclipsa.

Los dos policías regresan a su vehículo. Zine está alucinado. Enciende un pitillo con nerviosismo y suelta el humo por la nariz.

—¡Que nos trate así un gorila huido del zoológico!...

—¡Pues sí! —suspira la comisaria—. Hay gente que está por encima de la ley. Viven en una impunidad total y son conscientes de ello, lo cual los vuelve aún más insolentes.

—¿En qué país vivimos?

—Estamos en casa y esto va para largo.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a Hydra.

—¿O sea que no vamos a pedir permiso *antes?*

—Antes muertos —suelta Nora—. ¡Arranca!

Marouane no sabe a qué atenerse. Es la primera vez que la policía llama al número 62 de la avenida des Promeneurs, en las alturas de Hydra. Se pregunta si debe despedir por su cuenta a la comisaria y a su compañero o consultarlo con el amo. Prefiere no arriesgarse y opta por lo segundo. Ruega a ambos policías que esperen en la acera y se aleja. Regresa al cabo de unos minutos.

—Síganme, por favor.

El sirviente los acompaña por el frondoso jardín y los confía a otro lacayo, un negro escuálido que los registra para comprobar que no están armados antes de conducirlos a un patio soleado. Allí se encuentra Haj Hamerlaine balanceándose en una mecedora con sombrilla y sorbiendo tranquilamente un gran vaso de limonada.

—Si he consentido en recibirles, es solo para ver el aspecto que tiene una mujer con el traje de comisaria.

—Vestimos de paisano, señor.

El anciano deja su vaso sobre una mesa esculpida y dice:

—Colóquense frente a mí. Mi tortícolis me impide girar la cabeza.

Nora obedece.

Se la queda mirando con una sonrisa fantasmona.

—Magnífica... —dice—. ¿Sabe usted que fui yo el que insistió en que se admitiera a las mujeres en la policía y en el ejército?

—Lo ignoraba, señor.

—Fue en los años setenta. Menuda cara pusieron los del Buró Político. Pensaron que estaba delirando. ¿Mujeres armadas? Nadie apostaba por ello. Me alegra mucho comprobar que mi idea ha prosperado. ¿Le gusta este oficio?

—No me quejo, señor.

—¿Sabe usted que yo entregué sus galones de oficial a la primera mujer piloto de nuestra aviación militar?

—También lo ignoraba, señor.

—Pues sí. La primera mujer piloto de nuestro ejército nacional y popular tuvo el insigne honor de recibir sus galones de oficial de mis manos. Todavía recuerdo su cara radiante de felicidad. Era una morenita preciosa con hoyuelos en las mejillas y mirada picarona. Taconeó con tal fuerza al cuadrarse que la baldosa se agrietó. ¡Aquellos sí que eran tiempos! —añade con voz estremecida— Pusimos toda la carne en el asador para que los hijos de Argelia pudieran ver realizados sus mayores sueños. No siempre ha sido así, pero seguimos creyendo en ello. Cuando pienso que, gracias a mis gestiones, tenemos a una mujer general, casi me entran ganas de llorar. Ni siquiera en Francia hay una mujer con tanta graduación.

—Sí, señor.

El anciano se traga su sonrisa y su momificado rostro recobra la seriedad. En ningún momento se ha fijado en el inspector.

—¿Quería verme, comisaria?

—Afirmativo, señor.

—Pues usted dirá.

El inspector Zine se dispone a abrir un sobre acartonado. El *rboba* le impide proseguir con un gesto de la mano pero sin mirarlo.

—¿Sí, comisaria?

Nora carraspea.

—Me temo que tengo una horrible noticia que darle, señor.

—La única noticia que puede afectarme es la de mi defunción.

Nora encoge el cuello para contener la rabia.

—Su hija...

—No tengo hija, comisaria...

Nora tiene la sensación de estar partiéndose en mil pedazos. Se le acelera la respiración y le flaquean las rodillas. No sabe si la indispone más la mirada vidriosa del anciano o la sequedad de su tono.

—La señora Lounes Sadek dice que es usted su padre.

—No conozco a ninguna Sadek.

—Su nombre de soltera es Hamerlaine, Louisa Hamerlaine.

—Me casé con una prima a finales de los años cincuenta. Una boda impuesta. Pero la repudié al producirse la Independencia, exactamente el 10 de julio de 1962. Para disfrutar de mi libertad. No

sé si estaba embarazada, y además me da igual. Nunca he intentado saber de ella. Error de juventud, caso archivado. Tengo una nueva Egeria, que es Argelia. Por eso no me he vuelto a casar.

—La señora Sadek, nacida Louisa Hamerlaine en Sour el-Ghozlane el 14 de febrero de 1963, hija de Saad y de Milouda Bent Souheil...

—¡Basta ya! —ruge el viejo—. ¿Qué pretende esa? Todavía no estoy muerto y ya está fantaseando con una posible herencia. De todos modos, no la reconoceré. Para mí no existe.

—No se trata de herencia, señor —interviene Zine para echar una mano a la comisaria—. Nedjma Sadek, hija de Louisa Hamerlaine, ha fallecido...

—¿Y qué? Todos los días muere gente, ¿o no?

—Se trata de su nieta...

—Le repito que no tengo hija ni nieta. ¿Usted de qué va? Voy a dar un tirón de orejas a su jefe para que les enseñe a comportarse. Además, va a lamentar haberles aflojado las riendas. A Saad Hamerlaine no se le incordia en su propia casa.

Zine no se deja impresionar. Hasta se atreve a sostener la emponzoñada mirada del anciano.

—Nos limitamos a hacer nuestro trabajo, señor. No tiene por qué dar voces.

—¿Cómo? —se enardece el hombre—. ¿Saben con quién están hablando?

—Somos policías, señor, y estamos aquí para cumplir con nuestra obligación. Tenemos un cadáver, una chica preciosa asesinada en el bosque de Bainem.

Embalado por sus palabras, el inspector coloca con un fuerte manotazo la foto de la difunta sobre la mesa del *rboba*... De repente, como por ensalmo, como si una nube acabara de tragarse el sol de Argel y de sumir la ciudad en un abismo, el rostro del anciano se desintegra. Da la impresión de que una mano invisible lo ha comprimido como si fuera una vieja reliquia podrida hasta convertirlo en un halo de polvo. Cuesta creer que ese mandamás, el tan nombrado Haj Saad Hamerlaine, con derecho de vida y de muerte, sea capaz de mostrarse tan frágil. Y es que le ha bastado con mirar la foto para que lo sacuda un seísmo de pies a cabeza y los ojos parezcan salírsele de la cara.

Nora se pone tensa; el anciano parece estar a punto de sufrir un infarto. Abre la boca en busca de aire con la cara lívida y la mirada desencajada, y se agarra al mantel de la mesa temblando de la cabeza a los pies. El vaso de limonada se estrella ruidosamente contra el suelo. Dos sirvientes acuden, aterrados, rodean a su patrón y lo sostienen para que no se caiga mientras los dos policías no salen de su asombro...

El big bang solo dura un instante. El *rboba* no tarda en recuperarse. Se sobrepone a su malestar, sus ojos vuelven a destellar y sus manos a moverse. El rostro recobra su apariencia de máscara totémica y sus pensamientos se recomponen a toda velocidad dentro de su cabeza.

El dios local se rehace y da la impresión de que no ha ocurrido nada.

Dice:

—Me ha parecido ver a mi madre en la foto. Son iguales.

Luego ordena a los dos sirvientes que acompañen a los policías hasta la salida.

16

El inspector Zine se ha tragado todo el contenido de su termo. Detiene su apagada mirada en la taza sobre su mesa y sigue esperando. Hacia las cinco de la tarde, el personal empieza a recoger sus bártulos. El ruido de los pasos se va amortiguando en los pasillos. Un agente asoma la cabeza por la puerta entreabierta. «Hasta mañana, jefe.» Zine no lo oye. Busca un cigarrillo, el paquete está vacío. El sol empieza a caer y su despacho está cada vez más oscuro. Zine no tiene ánimo ni para encender la luz. Clavado sobre su silla, con la barbilla sobre sus puños, espera junto al teléfono. Cuando suene le van a meter un buen paquete. Haj Hamerlaine no va a perdonar su actitud. Mandó expulsar a los dos jefes de seguridad anteriores por mucho menos. Con esa capacidad para el rencor y esa susceptibilidad a flor de piel, nunca ha perdonado el menor desliz.

La mujer de la limpieza se topa con el inspector, lívido por la preocupación. Recoge su escoba, su bayeta, su cubo y se quita de en medio.

El teléfono sigue sin sonar.

Cuando el silencio se adueña de todos los pisos de la comisaría central, Zine se levanta, recoge su chaqueta y sale al vestíbulo. En el servicio de guardia le informan de que el propio jefe de división ha acompañado a Nora a su casa. Se le encoge el corazón. ¿Por qué?, se pregunta mientras camina hacia su viejo Peugeot. Incapaz de superar su angustia, llama al móvil de la comisaria:

—¿Qué quería de ti el jefe de división?

—Le he presentado mi informe.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—¿Cómo quieres que se lo tome?

—¿No le ha llamado Hamerlaine?

—No tiene ningún motivo para llamarle.

—¿Seguro?

—Relájate. Mañana tenemos mucho trabajo.

Zine se siente algo mejor. Primero pasa a ver a Mounir en su tienda de lencería, al final de la avenida Mohamed V. Mounir, que está atendiendo a una clienta, le señala con la barbilla un pequeño armario detrás de una cortina. Allí, en un minúsculo cajón, encuentra Zine un pequeño sobre de papel que se mete subrepticiamente en el bolsillo antes de volver a su coche. Ya es de noche cuando llega a su casa. Se desviste y toma una ducha muy caliente, se pone su chándal con los colores del Mouloudia de Argel y se sienta frente a la tele. Solo le interesan tres cadenas: Arte para instruirse, National Geographic y

Thalassa para relajarse; evita las películas, los debates políticos y los deprimentes programas de diversión.

Una vez acomodado en su sillón, deshace el paquetito que ha recogido donde Mounir. Es cánnabis. Se lía un canuto y se dispone a despegar.

A las ocho en punto, la vecina de enfrente le trae de comer. Es viuda y madre de dos chicos. Han llegado a un acuerdo. El inspector compra la comida y ella cocina para él, para ella y sus hijos. Llevan así diez años. Antes se contaban cómo les había ido el día, tomaban juntos el té. Últimamente su relación se ha enfriado. La vecina aparece con su bandeja, la deja sobre la mesa y se retira sin mirarlo… Una noche se presentó en su casa maquillada, perfumada, con la melena suelta sobre los hombros. «Mis hijos están en Boumerdès», le dijo desprendiéndose de su vestido. Zine se lo pensó. Temía que la cosa no funcionara. Como de costumbre. Pero la vecina era guapa y tenía un cuerpo estupendo. Zine decidió *volver a intentarlo*. Volvió a intentarlo, a esperanzarse, rezó, recitó todos los versículos que se sabía, besó los pechos, el cuello, la boca, acarició las caderas, los muslos; no hubo manera. El blando apéndice de carne que colgaba miserablemente entre sus piernas se negaba a reaccionar. Para salvar la cara, Zine refunfuñó: «Me temo que no es una buena idea.» La vecina no insistió. Se vistió y se fue sin decir una palabra. Desde entonces no se hablan. Esa noche, Zine golpeó el espejo del cuarto de baño y se quedó hasta el amanecer mirando cómo sangraba su mano.

Zine tiene un gran problema: es impotente desde hace unos quince años, cuando, yendo a Tissemsilt, en el Ouarsenis, para visitar a su madre enferma, el autocar fue detenido por un falso cordón policial. Unos terroristas ataviados a la afgana hicieron bajar a los pasajeros, les ataron las manos con alambres y los obligaron a arrodillarse en la fosa. Ya habían degollado a la mitad cuando intervinieron las unidades especiales de la gendarmería. Zine no recuerda el tiroteo, pero sí los cuerpos dislocados de sus compañeros de viaje en el arcén y los charcos de sangre ramificándose entre la hierba. Los gendarmes no consiguieron levantarlo; se le habían bloqueado las rodillas y se había cagado encima. Ese día perdió su «virilidad», aunque solo se percató de ello varios meses después, en el hospital psiquiátrico donde fue a parar debido al choque emocional. Tenía veinticinco años. Pensó que todo se arreglaría una vez superado el trauma, pero no fue así. Demasiado vergonzoso como para contarlo a los médicos o a sus allegados, probó con elixires, recetas afrodisíacas y con viagra; el dichoso apéndice flácido de su bajo vientre seguía insensible. Al principio pensó en suicidarse, pero poco a poco fue haciéndose a la idea. Para consolarse, recordaba a los pasajeros decapitados ante sus ojos, allá en la carretera de Tissemsilt, a sus

colegas masacrados en emboscadas, a las familias diezmadas en las lejanas aldeas, los cuerpos mutilados que él mismo había recogido durante las operaciones de rastreo, a las viudas y a los huérfanos, a los espectros errantes de los manicomios; de todas esas víctimas del terrorismo, él era el que menos podía quejarse.

Después de cenar, Zine introduce un CD en el lector colocado sobre su mesilla de noche. Siempre el mismo. Música del virtuoso Mohamed Rouane. Es su estimulante particular. Mientras su cabeza se llena de suaves melodías, se deja mecer por viejos recuerdos. Le gusta regresar de ese modo a su pueblo, al pie del Ouarsenis, donde le encantaba de niño corretear por las huertas. Su madre lo vigilaba de lejos. Cuando se alejaba demasiado, le gritaba que regresara y él daba media vuelta. Siempre soñó con ir al otro lado de la montaña para ver lo que le ocultaba. Puede que por ello se hiciera policía: para viajar.

Qué lejos queda todo aquello.

Zine no recibe a nadie. Solo tiene un amigo, un tal Sid-Ahmed, ex periodista radiofónico a quien conoció en el hospital psiquiátrico. Compartían habitación y tratamiento. Cuando tiene un día libre, el inspector coge el coche y va a visitarlo a Fouka-Marine. Sid-Ahmed vive en una casucha destartalada que, eso sí, se encuentra frente al mar. Ambos amigos se pasan el día sentados en desvencijadas sillas de tela contemplando el mar y fumando porros. Son capaces de permanecer así, sin decir una palabra, hasta el anochecer. Les basta con estar juntos.

De cuando en cuando su hermano mayor, un campesino puro y duro de turbante bien calado y chaleco debidamente cepillado, le hace una visita. No se queda mucho tiempo en Argel. Demasiado ruido y demasiada suciedad. Y demasiadas chicas desvergonzadas. Pero el hermano mayor conserva su agilidad mental pese a su apariencia de cateto endomingado. Fue a la universidad y le interesa tanto la política como la agricultura. Siempre avisa por teléfono antes de aparecer. Y nunca se presenta con las manos vacías. Su cesta de mimbre rebosa de tortas caseras, de tarros de miel natural y de fruta de temporada. En realidad, viene sobre todo para avivar el viejo debate: la madre no quiere morir sin ver a su retoño casado. Zine promete pensárselo. Su hermano le recuerda que lleva años repitiendo lo mismo, que la vieja está harta de esperar. Zine se las arregla siempre para escaquearse antes de acompañar a su hermano hasta la estación de autobuses.

Es la una de la mañana. El inspector no consigue pegar ojo; el virtuosismo de Mohamed Rouane no consigue sosegar su alma. Y es que Zine no se encuentra bien. Teme apagar la luz. La sombra de Saad Hamerlaine se le aparece en todos los rincones del dormitorio, en todo el apartamento, en todo el bloque.

Una de la mañana.

Tercer piso de una vivienda de protección oficial de Bab el-Oued.

Sonia está arrodillada en el cuarto de baño con la cabeza metida en la taza del váter, echando las tripas. Sus estertores la tienen agotada. Se encuentra fatal. Sus hombros no paran de sacudirse espasmódicamente. Una vez que lo ha vomitado todo, tarda un rato en controlar su respiración. Su mano busca a tientas la cadena del váter y la acciona, luego se agarra al lavabo y se incorpora entre gemidos. El espejo le devuelve su lamentable reflejo. Tiene el pelo enmarañado y su rostro manchado de rímel recuerda una máscara de brujo.

—Me pregunto si no debería tenerte encadenada —le dice Nora con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Atrévete —la reta Sonia.

—Genio y figura hasta la sepultura.

Sonia mete la cabeza bajo el chorro de agua del lavabo.

—Con eso no basta para que espabiles, gilipollas —le señala Nora.

—Vete a la mierda.

—Vaya donde vaya, te compadezco. No sé a qué juegas, pero no tienes la menor posibilidad de ganar. Mírate. Pareces un zombi.

—Hago con mi vida lo que me da la gana —le espeta Sonia cogiendo una toalla.

—Ya no te queda vida propia, pedazo de idiota. Estás hecha una piltrafa. No voy a tener más remedio que encerrarte en un centro de desintoxicación.

—¿Y quién te va a comer el coño, eh?

El brazo de la comisaria se dispara. Sonia recibe el bofetón en plena cara. Se tambalea sin llegar a caerse.

—¿Lo ves? —se queja llevándose una mano a la mejilla tumefacta —. No eres más que una bruta, como los demás.

Nora prefiere no hacer caso.

En ese mismo momento, en el espléndido ático de un edificio del elegante barrio de El-Hamma, cinco capitostes celebran el indulto de uno de los suyos por el tribunal tras meses de recursos y de apelaciones. Allí están Alí Bey cariñosamente apodado Alí Babá el Ladrón, director de un banco importante; el senador Slim Touta, multimillonario y analfabeto cuya relación con la política se limita a los banquetes y a los viajes al extranjero a costa de la República; Ben Dahmane, enorme como un sacrilegio, portavoz del PDD (voz, que no palabra, pues no tiene ninguna); Tajedine Lyès, ex diplomático reciclado en la importación-exportación; y Ed Dayem. Hoy estos caballeros no han invitado a mujeres, como cada vez que se juntan para agarrarse una buena cogorza entre aliados. Están borrachos, tumbados sobre sofás alrededor de una gran mesa atestada de botellas de alcohol, de canapés y de dulces. Ed permanece un tanto apartado,

sentado sobre el brazo de un sillón, frente al mar que contempla por el gran ventanal.

—Es todo un ascenso, Ben, reconócelo —dice Tajedine al portavoz del PDD—. Además, El Cairo es una ciudad preciosa.

—A mí no me la pegan —bufa el politicastro—. Pretenden alejarme de aquí. El PDD es mío por derecho propio. Lo saben y pretenden apartarme a la chita callando. ¿Acaso me ves ejerciendo de miembro de la Liga Árabe? Paso totalmente de su retórica de papagayos. ¿De qué va la Liga Árabe? Solo es un retiro para jubilados. Ni siquiera se sabe para qué sirve, como no sea para pelearse entre sí y apuñalarse por la espalda.

Ben Dahmane aspira a controlar el PDD. Desde muy joven se dio cuenta de que en un país donde corromper y ser corrompido es motivo de orgullo, para ser un buen trepa hay que estar siempre al loro. Dahmane no nació Béni Kelboun[4] sino que se convirtió en ello. Brillante oportunista entre los scouts musulmanes, se apresuró a afiliarse a una sección del Partido Único, ya por entonces pringado en la prevaricación y el tráfico de influencias dado que sus dirigentes viven tan a gusto en el oprobio como un gusano en su fruta. Para un chanchullero en ciernes con ambiciones insaciables como Ben Dahmane, no podía haber mejor escuela. Más adelante, con el advenimiento del pluralismo, impulsó con ayuda de un proveedor de fondos de los Emiratos una fundación salafista posteriormente disuelta tras demostrarse su implicación en el terrorismo yihadista entre 1993 y 1997. En 2004, tras acogerse a la amnistía concedida a los arrepentidos en la marco de la Reconciliación Nacional, Dahmane ingresó en el PDD, un partido de oposición recién salido de la chistera de un prestidigitador, y no tardó en promocionarse, en buena medida gracias al arsenal mediático de Ed Dayem.

—Deja ya de gimotear, Ben —le suelta el banquero—. ¡No se puede ser tan desagradecido, joder! Te pagarán en divisas y podrás tirarte a todas las bailarinas del Nilo.

—No he sacrificado los mejores años de mi vida para acabar en la Liga Árabe —protesta Ben Dahmane—. Tengo un gran historial. Yo era el que organizaba las elecciones. Muchos diputados, alcaldes o senadores son hoy lo que son gracias a mí…

—¡Eh! —le señala el multimillonario Slim Touta—. Yo a ti no te debo nada. Mi escaño en el Senado lo pagué a tocateja con mi propia pasta… ¿A qué viene ahora tanta queja? Representas a Argelia en la Liga Árabe, y eso no es moco de pavo…

—Pues yo insisto en que esto es un exilio forzoso. Sé de qué va el rollo. Mi padre me decía: «Mantén los ojos bien abiertos y aprieta el culo. Así verás más allá que los demás y nadie sabrá lo que piensas.»

—Estás exagerando, Ben, créeme. Te estás tomando a mal lo que

se hace por tu bien.

—No he pedido nada, ni favores ni cargos en el extranjero —insiste el politicastro—. Tengo tarea *aquí,* en Argelia.

—En Argelia no hay más tarea que el negocio. Y en eso eres un fuera de serie. Tienes tu cuota en los proyectos inmobiliarios, todos los bancos te prestan sin intereses cuando lo necesitas, si quieres un terreno te basta con pedirlo, y lo mismo si se trata de una concesión. ¿Qué más quieres?

—No me refiero a esas prácticas corrientes, Slim. Estoy hablando de mi carrera. Creo que tengo un *destino* político. Estoy totalmente convencido de ello. Necesito al PDD. Es mi caballo de batalla. Conozco mejor que nadie sus entresijos y tengo un programa niquelado para reformar el partido y fundar una gran república...

—¿Acaso aspiras a ser presidente?

—¿Por qué no? ¿En qué me superan todos esos aspirantes que están haciendo cola? Desaparecen del mapa durante toda la legislatura y solo se sabe de ellos cuando se anuncian elecciones. Pasan de campañas, de programas y de confrontaciones. Se presentan un buen día sin previo aviso y se creen que...

—¡Basta ya! —exclama Ed Dayem—. Nos tienes fritos con tus lamentos. Estamos aquí para celebrar la victoria de nuestro amigo Tajedine, ¡coño!

—Estamos charlando entre amigos, eso es todo —se justifica Ben—. ¿Acaso está prohibido discutir?

—Eres un plasta, tío. Llevas dos horas dándonos el coñazo. Nunca estás contento. ¡Déjalo ya, joder! No se oye más que a ti.

—¿Por qué te pones así, Ed?

—¿A mí me lo preguntas? Nos estás aguando la fiesta.

—Vale, Eddie, me callo.

—Eso es todo un detalle.

Ben Dahmane se rinde. Se sirve una copa y se encierra en sí mismo.

Por fin se relaja el ambiente.

El banquero Alí coge un dulce y lo muerde con deleite. Dice a Ed:

—¿Es cierto que Omar Sfa te ha dejado en la estacada?

—Lo he despedido —matiza Ed.

—¡Pues vaya! ¿Y cómo te las vas a apañar ahora para vender periódicos sin ayuda de tu mejor editorialista?

—No tengo más que dar una palmada. Si algo sobra en este país, son las malas lenguas.

—A la gente le encantaban sus crónicas —comenta Tajedine—. ¿Por qué lo has largado?

—Porque le dio, así de repente, por tener conciencia.

—¿Conciencia? ¿Y eso qué es? —grita Slim para hacerse el

gracioso.

—Un tumor maligno en el cerebro —le informa el banquero.

El senador Slim, el diplomático Tajedine y Alí Babá el Ladrón sueltan por sus bocas de hipopótamos una carcajada que les sacude la panza, felices de ser ricos y poderosos y de estar unidos en un país anchuroso cuyo pueblo vive en la estrechez y se siente desposeído y solo.

Ed Dayem no ríe. Afligido, se vuelve hacia la ciudad y se queda mirando las luces del puerto, allá a lo lejos.

17

Ed Dayem llega al pabellón 32 a las ocho en punto. El guarda lo encamina hacia la playa privada donde, bajo una sombrilla blanca, Haj Hamerlaine mira inquisitivamente el mar. Hace buen tiempo para esa época del año. El sol tiene todo el cielo para sí. Las olas se disuelven en la orilla con un furtivo chapoteo. Un petrolero surca el mar, grande como una isla.

El anciano no ha previsto un asiento para su visitante. Su lema: «Les das la mano y te toman el brazo.» Un plural que remite a todos los demás, el infierno, la morralla, o sea los que no son miembros de la Logia, ese pequeño comité de usurpadores históricos que mueve los hilos al amparo de las instituciones y de los sucesivos gobiernos, haciendo pagar el pato a los mandones «visibles» y, cuando las cosas se ponen feas, a los extranjeros.

Recostado sobre su tumbona con las piernas tapadas y sus gafas de sol, el anciano estudia a hurtadillas el ruido de los pasos sobre la arena. Al enemigo se le evalúa por la cadencia de sus andares.

A Ed no le da tiempo a saludar, la mano del amo lo disuade. Permanece de pie junto a la sombrilla sin saber qué postura adoptar. Esta mañana, por teléfono, el anciano lo ha tuteado por primera vez. «¿Tendrías la amabilidad de pasarte por el 32?» Ed no se lo podía creer. ¿Amabilidad? O sea que el *rboba* aún recuerda esa palabra presuntamente excluida de su léxico. Ed tampoco lo había oído hablar nunca con ese tono llano, sin asperezas, casi humano. ¿Qué se oculta tras esa súbita calma? ¿Qué tormenta vendrá tras ella? Ed no ha parado de preguntárselo en el coche sin dar con una respuesta. Ahora que está ahí, inclinado sobre el anciano, espera la sentencia. ¿Por qué error, qué culpa? Ed conoce bien esa espantosa realidad: con los zares de la República, nunca está uno libre de pecado.

El silencio se eterniza.

Hasta que, repentinamente, dice con su cavernosa y siniestra voz:

—Shakespeare dijo: «Quien tiene potestad para obrar mal y se abstiene de hacerlo es un señor.»

—Sabias palabras —reconoce Ed.

—¡Y una mierda! —aúlla el viejo—. Es la gilipollez más grande que he leído en mi vida. Shakespeare era un teórico del angelismo. Tenía éxito, talento, admiradores pero carecía de experiencia real y de conocimiento de los hombres. No hay poder duradero sin maldad. El poder es el Mal. No se les puede disociar sin provocar un cataclismo. Las revoluciones, las insurrecciones, los golpes de Estado, las injerencias, todas las disfunciones de una sociedad se deben al

laxismo. ¿Acaso no es cierto que «quien bien ama bien castiga»?

—Eso dicen, señor.

—Eso *hago* —ruge el amo.

El rugido lo deja sin voz.

Se encoge bajo su manta.

Carraspea antes de proseguir:

—Así es la naturaleza humana, Eddie. La vida es una competición. Unos ponen el mundo a sus pies y otros se dejan pisotear.

Ed se limita a asentir con la cabeza, preguntándose cuándo el anciano, tan orgulloso de su retórica, se va a decidir a soltar lo que tiene que soltar.

—No se le ve muy convencido, Eddie.

—¿Y eso qué importa, señor? ¿Qué más da lo que yo pueda pensar?

El anciano no se ha vuelto una sola vez hacia él. Mantiene fija la mirada en el horizonte perfilado por un oleaje que parece estar rumiando sus rencores.

Ed empieza a tener calambres en las pantorrillas. «El viejo podía haber pensado en pedir una silla», protesta para sus adentros.

Tras meditar largamente, el viejo dice:

—Tenemos un lobo en el corral.

—No veo de quién está hablando.

—No entiendo cómo se ha podido colar en el cercado. Creía que mis cuadras, mis establos, mis fortalezas estaban debidamente custodiadas y ahora resulta que el lobo está dentro de casa. Aparto una cortina, miro bajo la cama, en mi caja fuerte, y allí está el lobo provocándome. Ignoro cómo ha podido tener acceso a mis códigos, pero ha conseguido sortear mis trampas y forzar mis cerraduras con una audacia y una facilidad desconcertantes.

—¿Le han robado algo, señor?

—¡Y tanto!

Por fin se vuelve hacia el magnate de la prensa, se quita las gafas: sus ojos se ven apagados y sombríos. Ed se sorprende al notar en el manitú una especie de melancolía, un sufrimiento evanescente que lo devuelve a su condición de simple mortal. Jamás lo habría creído capaz de abatimiento o de duda, pero esta mañana, bajo el sol resplandeciente de Argel, el todopoderoso resulta patético en su insignificancia.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia, señor?

—Desgracia es lo que le espera al que se atreve a meterse conmigo, Eddie. Un imprudente se ha atrevido a retarme. Se ha metido con mi familia. Quiero saber de quién se trata.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible?

—Eso me pregunto yo.

—¿Qué espera usted de mí?

—La máxima discreción.

—Siempre la he tenido.

—Por eso sigue usted vivo.

El anciano se vuelve a colocar las gafas y mira de nuevo hacia el mar. El petrolero ya es solo un punto en la lejanía. Una gaviota vuela a ras del mar.

—Una tal comisaria Nora Bilal lleva la investigación. Quiero saber todo lo que hace, todo lo que encuentra, todo lo que sospecha. Al parecer, es un auténtico sabueso. Eso me parece bien, pero quiero adelantarme a ella. Para mí es fundamental ser el primero en pillar al hijo de puta que ha puesto su sucia manaza sobre mi familia. No tengo intención de llevarlo a juicio o a la cárcel. Yo imparto mi propia justicia. Soy juez y verdugo en los asuntos que me incumben.

—Espero sus instrucciones, señor.

—Quiero a alguien de confianza en el equipo de la comisaria.

—El director general de Seguridad está a nuestro servicio.

—¿Acaso cree que no lo sé? Si me da la gana, puedo implicar hasta al ministro del Interior. Necesito a alguien sin envergadura, a un listillo de poca monta, un subalterno cualquiera que se limite a informarnos en tiempo real sin pretender saberlo todo.

—Creo que tengo al hombre que necesita, señor.

—Siempre que no tenga demasiados galones.

—El teniente Guerd. Ya hemos recurrido a él varias veces.

—¿Es de fiar?

—Completamente. Le debemos, entre otros pequeños favores, la desaparición de las pruebas del caso de los hermanos Ramdani. Me obedece en todo. Y es barato.

—Pues dale más y mételo en el ajo.

El anciano se cubre el pecho con la manta y vuelve a mirar hacia el mar.

Ed acecha una reacción, una última recomendación, pero el anciano está como abstraído, dedicado por entero a movilizar sus neuronas para la batalla que se anuncia.

El chapoteo del oleaje se extiende por la playa como un viento funesto.

A Ed le toca retirarse. Se acabó la entrevista.

18

El director de DZ-Televisión es categórico. La parrilla del «Especial Ramadán» no está aún decidida y no se está rodando ninguna telecomedia. Tampoco ha oído hablar de casting.

—Las candidatas debían reunirse en Blida —señala Nora.

—Tenemos nuestros propios locales para ese tipo de pruebas —objeta el director.

—¡Qué raro! —dice el inspector Zine.

—Puede que sea una cadena de la competencia la que emita la telecomedia.

—Lo hemos comprobado. No tienen presupuesto para un proyecto como este. El padre de la víctima ha hablado de televisión nacional.

—Se equivoca. Ya oyó usted ayer a nuestro director de programación. Le enseñó los guiones. Todavía no los ha leído y por tanto no hay ningún rodaje previsto. (Mira su reloj). Lo siento, tengo una reunión dentro de menos de veinte minutos.

Nora le agradece su cooperación.

Los dos policías regresan a la Central con las manos vacías. Llevan tres días dando bandazos para nada. Han rebuscado en los archivos de los periódicos cualquier anuncio de casting susceptible de darles una pista, pero nada. Los pocos cineastas que colaboran con la tele les han dicho por teléfono que si hubiese alguna telecomedia prevista en estos tiempos de escasez, se habrían matado entre ellos para conseguirla.

El teniente Guerd está de guardia en la puerta de la comisaría, con un esparadrapo en la nariz y enormes gafas de sol para ocultar sus moratones. Se quita de en medio cuando ve aparecer el coche oficial de Nora.

El inspector Zine se lo encuentra sentado en su propio asiento de su pequeño despacho.

—¿Te han degradado, teniente?

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué pintas en mi despacho?

—Es solo para comprobar cómo se siente uno cuando se es menos que nada. Deberías ventilar esto. Tu cueva apesta. El propio Mandela de la foto parece no poder aguantar más.

—No soporto que se fisgonee en mi despacho cuando estoy ausente. Estás infringiendo el reglamento, teniente.

—Cualquiera diría que custodias documentos secretos de Defensa en tus cajones sin llave.

Guerd se levanta desempolvándose el trasero. Dice:

—Ya puede estar sentado en un trono, un paleto siempre lo deja

medio cagado.

—¿Qué quieres de mí esta vez, teniente?

—Concederte un pequeño descanso. Al parecer llevas unos días currando de lo lindo.

—¿Es que te han dado el alta?

—Me reclaman con urgencia. ¿Qué le vamos a hacer? Eso me pasa por competente. No pueden prescindir de mí en la Central. Cuando la cosa se enfollona, me suplican que vuelva y acudo a toda hostia. Vuelvo a ocuparme del caso y tú te dedicas a otra cosa.

—¿Han informado a Nora?

—No van a tardar en hacerlo.

—Necesito su permiso.

—Esto es el mundo al revés. ¿Desde cuándo mandan las mujeres en los hombres?

—Es la paradoja de las jerarquías. Ocurre que los superiores no le llegan a uno a la suela de los zapatos.

Guerd no capta la alusión. Le tiende un documento debidamente formalizado:

—Está firmado por el comisario jefe, chaval. Él es el que manda. Y si te concede tres días de permiso, no es por hacerte un favor, es una orden.

—Espero que sepas lo que haces.

—A papá no se le enseña cómo se hacen los hijos. Ya puedes largarte.

—No hace falta que lo repitas.

El inspector regresa a su casa para recoger algunas pertenencias en una bolsa y vuelve rápidamente a su viejo Peugeot para hacer una visita a su amigo Sid-Ahmed en Fouka-Marine.

Los tiempos han cambiado y en Argel ya no se distingue entre el vértigo y la náusea; las mentes recalentadas se derriten como el plomo entre resignadas y asqueadas. Argel ya no es lo que era; su espacio urbano carece tanto de misterio como de atractivo. Ahora que los juerguistas se han largado, la ciudad está tomada por arribistas forrados, sin clase ni merecimiento, totalmente convencidos de que las virtudes tienen un precio, al igual que el mérito. Han invertido la escala de valores, pasando por encima de seres y de normas, pisoteando las líneas rojas y los monumentos, seguros de poder corromper las almas y los juramentos con solo escupirles encima.

Cuando se despierta por las mañanas, Zine se percata de que cada vez se siente más extraño consigo mismo. Por eso pisa el acelerador con la alegría de un chaval interno a quien llevan de excursión para alejarse cuanto antes de esta ciudad que adoraba y ya no reconoce.

Se detiene en el camino, compra verduras a un tendero, cervezas en un garito clandestino a cuyo encargado conoce y, a mediodía, pilla

a su viejo amigo asando pescado en una barbacoa improvisada.

El cambio le sienta de maravilla.

Cada vez que se adentra por la pista que lleva a la playa, Zine opta por parar, apearse del coche, respirar a pleno pulmón el relente marino y sentir la brisa en su rostro. El lugar no es muy bonito que digamos, con sus bolsas de plástico colgando de los matorrales y de las verjas, sus cantos alquitranados y sus arroyuelos acarreando desperdicios nauseabundos, pero al menos conforma un auténtico remanso de paz cuando los veraneantes se han largado. Solo aparecen por aquí algunos vagabundos bonachones para dormir la mona ante la mirada de algún que otro pescador solitario. No hay broncas ni jaleo. Para Zine esto es un gustazo. Al atardecer, le encanta contemplar el sol incendiado como una aurora boreal pillada por sorpresa. Ya de noche, le entran ganas de dormir hasta la muerte, mecido por el oleaje.

La casucha de Sid-Ahmed se asienta en equilibrio inestable sobre una roca lamida por el mar. Sus muros están carcomidos por la sal y sus ventanas oxidadas, sus paredes agrietadas y su techumbre medio arrancada aquí y allá. La casa más cercana está a un buen trecho, ocupada por personajes anónimos. De no ser por un destartalado poste de electricidad, esto parecería una isla salvaje. A Zine le encanta este lugar. Puede despelotarse sin escandalizar a nadie. La gente no es muy quisquillosa por aquí. Cada cual va a lo suyo con sus problemas a cuestas.

Antes, Sid-Ahmed vivía en Argel, en las alturas de los Tagarins, en un bonito apartamento. Estrella de la radio, animaba un apasionante programa literario del Canal 3 con su ídolo y cómplice Djamel Amrani, un talentoso poeta. Todo le iba estupendamente hasta que le empezaron a llegar amenazas de muerte. Los terroristas reclamaban su cabeza. Se mudó a otro barrio con su mujer. Luego asesinaron a su mujer en la calle y Sid-Ahmed se dio cuenta de que estaba solo en el mundo. Entre depresiones e intentos de suicidio, acabó en el hospital psiquiátrico donde compartió habitación con Zine. Tras salir de allí, el periodista anduvo errando de casa en casa, acosado por su sombra, pasándose las noches acechando desde la ventana y los días oculto como una raíz de acacia. Casi sin darse cuenta, se convirtió en un vagabundo borracho. Gracias al inspector, que conocía al alcalde de Fouka, le permitieron ocupar la casucha abandonada sobre la roca, y desde entonces vivía allí en soledad, rodeado de libros y de fantasmas.

—Llegas en el momento oportuno —soltó al inspector, cargado de bolsas—. Acabo de pescar todo esto.

—Pues huele a gloria.

Sid-Ahmed sigue avivando la barbacoa con un trozo de cartón. Con una señal de la cabeza, pide a su amigo que deje sus vituallas

dentro de la casa. Zine cruza la derrengada puerta, amontona las bolsas en la única habitación modestamente amueblada: un camastro, una alfombrilla enrollada en un rincón, un taburete, una mesa baja coja, un pequeño armario atestado de libros y, pegados con celo a la leprosa pared, dos pósteres de Angela Davis y Djamila Bouhired.

En la pared de enfrente, escrito con carboncillo:

En Argelia los genios no relucen, arden. Aunque se libren del auto de fe, acaban en la hoguera. Si por algún descuido se le coloca bajo los focos, es para dar más luz a los francotiradores.

Zine no se había fijado nunca antes en ese «manifiesto». Suelta un suspiro y se reúne con su amigo sobre la capa de cemento que hace las veces de terraza.

—Sid, si me lo hubieras pedido, te habría traído un montón de cuadernos.

—No necesito cuadernos.

—¿Entonces por qué escribes en las paredes?

Sid-Ahmed hace una pausa, enarcando una sola ceja.

—¿Qué te pasa? —prosigue el inspector—. ¿Te ha venido la inspiración o te has vuelto sonámbulo?

—No te preocupes por eso, Zine —replica el experiodista sombríamente.

El inspector se llena las mejillas de aire, optando por contemporizar.

El mar está en calma. Una quisquillosa brisa espumajea el musgo de la roca.

—Te estuve esperando el viernes —dice Sid-Ahmed para cambiar de tema.

—Estaba de guardia.

—¿Cómo se portan esos bandidos?

—Les va de maravilla, gracias.

Sid-Ahmed retira de la brasa un lenguado en su punto, lo deja sobre un plato descascarillado y se lo tiende a su invitado.

—Hártate, madero —le dice lamiéndose los dedos.

Zine se sienta sobre una piedra y se pone a comer.

—¿Qué te trae por aquí en plena semana?

—Los cambios del viento.

—Ya. O sea que las veletas se lo están pasando bomba.

—Así es, Sid.

—¿Y por qué te plantas aquí con uniforme?

—Alguien tendrá que llevarlo.

—¿No será para disimular?

—Te noto muy agresivo hoy, compañero.

Sid se lleva un dedo a la cara:

—¿Sabes por qué la justicia tiene los ojos vendados?

—No sé qué tiene eso que ver, pero supongo que algo querrás decirme.

—La justicia se venda los ojos para ocultar su estrabismo. Jamás se pondrá del lado de los desamparados. La propia naturaleza es selectiva, y el azar solo apuesta por los ricos. El mundo es injusto. Tú mismo eres injusto.

—¿No me digas?

—Tu placa no vale más que un puto pin. Das leña a los desgraciados y miras hacia otra parte cuando un tiburón se pone las botas. No es justo.

—¿Me estás pidiendo que me largue?

—Jamás haría eso, madero.

Tras almorzar, se acomodan frente al mar sobre dos sillas de tela recogidas en la playa por Sid-Ahmed. Se ventilan unas cuantas cervezas y se fuman un porro sin decir esta boca es mía, tras lo cual el experiodista se queda frito con su turbante sobre la cara. El inspector permanece despierto, atento al zumbido del mar. Tiene la impresión de que cada ola, al retirarse, se lleva consigo una toxina.

De repente suena su móvil.

Es Nora.

—¿Dónde puñetas te metes?

—El comisario jefe me ha dado un permiso.

—Yo soy tu superior directo. Te ordeno que regreses de inmediato.

—Voy para allá.

Sid-Ahmed se destapa la cara embotada por el sueño.

—¿Ya te vas?

—El deber —le contesta Zine con despecho.

—¿Todavía existe eso?

—Mientras siga habiendo desgraciados en este mundo…

19

El restaurante Le Corsaire no ha abierto todavía, pero el personal ya anda atareado. Es un magnífico local acristalado flanqueado por dos pérgolas y con persianas de color amapola al estilo de las cervecerías elegantes de París. Tiene un bonito aparcamiento rodeado de pinos y con farolas en sus esquinas. Un sendero de gravilla blanca cubierto con una marquesina desemboca en una amplia terraza cuajada de flores. La puerta acristalada se desliza sola al entrar los clientes. Su rutilante interior está enteramente cromado, con las paredes revestidas de espejos, apliques imitando conchas gigantes y mesas cubiertas con manteles lechosos. Tras la esplendorosa barra de caoba, un barman de impecable camisa y pajarita recién ajustada ordena sus bártulos. Es un hombre de cierta edad, limpio como una moneda recién acuñada, con las sienes canosas y el bigote retorcido como corresponde a los argelinos de buena casta educados por El-Anka[5] en la hombría de bien y la autoestima. Casi se cuadra cuando Nora le enseña su placa.

—Buscamos a Mourad Hérat. Al parecer, trabaja aquí.

—Ese trabaja en el servicio externo.

—¿O sea?

—Es aparcacoches. No llegará hasta que abramos dentro de una hora.

Nora se queda mirando a Zine, que aparta los brazos en señal de impotencia.

—¿Podemos esperar aquí? —pregunta Guerd con tono autoritario.

—Por supuesto. La policía siempre es bienvenida aquí. Les acompaño a la sala VIP.

El camarero los instala en un soberbio salón de lo más elegante y regresa con una bandeja de pasteles tunecinos y refrescos.

—Obsequio de la casa —señala el obsequiado camarero.

—Espero que también nos inviten a cenar —cree oportuno recalcar el teniente.

El barman se abstiene de ir más allá de sus prerrogativas. Esboza una sonrisa de circunstancias y regresa a toda prisa a seguir abrillantando su barra.

Una hora después, el propio encargado, vestido de punta en blanco, trae consigo al aparcacoches. Parece preocupado. Nora lo tranquiliza antes de despacharlo.

Mourad Hérat parece tranquilo. Guapo, impresionante con su uniforme de botones, con sus ojos claros y el desparpajo de Brad Pitt, parece un divo de la pantalla.

—No se te ha visto en el entierro de tu novia Nedjma —le suelta de sopetón el teniente.

—Nadie me dijo nada —contesta con toda tranquilidad—. Me encontraba en Bouira. A mi padre lo acaban de operar. No me enteré hasta ayer por la mañana.

—¿Estás seguro de que fue a Blida para un casting? —prosigue Nora.

—Eso es lo que me contó.

—¿Por qué no la acompañaste? Blida no está en el fin del mundo y tenías todo el día por delante.

—Porque no estaba conforme. No quería que mi mujer se dedicara al cine.

—¿Cómo se enteró de aquel casting?

—Eso no lo sé. Puede que en la universidad. No paraba de contarle a todo el mundo que quería ser actriz. Puede que alguien le comentase lo de la telecomedia.

—¿Cuánto tiempo llevabais ennoviados?

—Seis meses.

—¿Dónde estabas el 23 de diciembre?

—En Kouba, en casa de un amigo donde me alojo.

No cesan las preguntas, secas y seguidas.

—¿Cuándo viste a Nedjma por última vez?

—La víspera del casting. Fuimos a tomar un sorbete al Palacio de Hielo. Fue cuando me contó lo del casting para una telecomedia. No me lo esperaba. Me cabreé y la amenacé con acabar la relación. Yo provengo del campo. Me pareció bien que acabara sus estudios, pero nada de que se exhiba en público.

—¿Te dio algún nombre de persona, de productora o algo por el estilo?

—Yo ya no quería saber nada. En mi pueblo, lo de actriz no es un oficio respetable. Intentó convencerme. Le dije que no y la dejé plantada allí mismo. Tampoco contesté a sus posteriores llamadas telefónicas.

—O sea que cortaste con ella.

—No, la quería. Esperaba que renunciara a su proyecto.

—¿Intentaste impedírselo al día siguiente?

—Soy demasiado orgulloso para eso. Creía que yo le importaba y que se echaría atrás, pero no fue así.

—¿Fue allá sola o con amigas suyas?

—Yo no estaba allí… Si no le importa, creo que está llegando un coche.

El inspector se queda con los datos del aparcacoches y deja que se marche.

Los tres policías salen del restaurante.

A Guerd le fastidia que no lo inviten a cenar. Pide al inspector que conduzca y se sienta atrás, refunfuñando:

—Ese chaval no me ha convencido.

—¿Y en qué te basas? —le pregunta Zine.

—Pura intuición. Un buen madero se las huele todas.

—Tal como tienes la napia, me extrañaría.

—Oye, inspector Gadget, ¿cómo te las apañas para resultar tan gracioso sin pintarte de rojo la nariz?

—Me basta con escucharte.

Nora se lleva la mano a la boca para disimular. A Guerd no le hace la menor gracia la risita de la comisaria ni la complicidad de ambos, sentados en el asiento delantero. Aprieta con rabia las mandíbulas y los puños.

Amina Frid era la mejor amiga de Nedjma. Habían sido compañeras de liceo y estudiado lo mismo en la universidad. Muy afectada por la muerte de su confidente, no pisa la facultad desde entonces.

Consiente en entrevistarse con Nora y sus dos subordinados en El-Harrach, donde vive con su madre.

—¡Mourad es un mentiroso! —estalla—. Estaba con ella cuando fuimos a recogerla para el casting. Los vi con estos ojos charlando ante la entrada de la facultad. Apareció un todoterreno, Mourad dio un par de besos a Nedjma y le abrió la portezuela. Ella se subió y el vehículo se fue.

—Eso no es lo que nos ha contado. Dice que no estaba de acuerdo con que se dedicara al cine…

—¿Cómo? —se indigna la estudiante, cada vez más enfurecida—. Él la animó a que se presentara. No paraba de darle la tabarra con promesas estrafalarias. «Lo llevas en la sangre», le remachaba. «No tienes derecho a desperdiciar el don que Dios te ha dado. Tienes una brillantísima carrera por delante. Lo tienes todo para triunfar. Eres guapa, tienes empaque. Algún día pisarás la alfombra roja de Cannes.» Así una y otra vez. Por supuesto que a Nedjma le interesaba el cine, pero lo primero para ella era acabar sus estudios.

El teniente Guerd frunce el ceño para dejar claro a sus colegas que, pese a su nariz rota, el olfato le sigue funcionando.

Nora intenta calmar a la estudiante, trastornada por la evocación de su difunta amiga. Amina no para de llorar. Es tal su ira que el canapé sobre el que está sentada se estremece a la vez que ella.

—Mourad dice que su novia…

—¿Novia? —explota la estudiante—. Mourad es un seductor. Se ha enamoriscado de la mayoría de las chicas de la universidad. Les prometía hablar con sus profes para que les subieran la nota, les contaba unas trolas increíbles, las invitaba a fiestas en las que había

mucho copeo. Tenía un montón de pasta y frecuentaba los hoteles de lujo. A Nedjma la puse sobre aviso desde el principio. Le decía que ese tipo no era de fiar. Prueba de ello es que todas las chicas que ha seducido han dejado los estudios para frecuentar ese ambiente.

—¿O sea?

—Creo que está claro.

—No lo bastante para la policía —insiste Nora.

Amina se vuelve hacia su madre, que la anima a explicarse con un parpadeo.

—Alquilan su cuerpo.

—¿También Nedjma?

—Nedjma no sospechaba nada. Creía ser la novia adulada. Pero Mourad procedía del mismo modo con todas las demás chicas. Las elegía guapas e ingenuas, les comía el coco, tenía la osadía de pedirlas en matrimonio para luego, poco a poco, manipularlas a su antojo. Es un chulo. Provee a los capitostes de carne fresca. Estaba más que claro, pero Nedjma estaba enamorada. Le presenté a Nabila, una antigua novia de Mourad, para que le contara lo que ese cerdo le había hecho. Nedjma se negó a hacerle caso. Pensaba que estaba celosa.

—¿Qué te dice tu intuición? —pregunta Zine al teniente tras haberse despedido de la estudiante.

—Esta chavala está delirando —dice Guerd—. Siente más odio por el novio desconsolado que pena por su difunta amiga. Un tipo forrado de pasta asiduo de los hoteles de lujo para luego, de noche, trabajar de aparcacoches... no tiene sentido.

—Ha hablado de un todoterreno.

—Todos los paletos peripuestos tienen un todoterreno.

—¿No te crees esa historia de chicas de vida disoluta?

—En absoluto. La chavala odia a muerte a Mourad. Lo más probable es que estuviera colada por él y que no le perdone que luego se la pegara con su mejor amiga. No me fío de las mujeres despechadas. Son capaces de acusar al papa de fornicar con el diablo.

Nora le dirige una mirada incandescente.

—No es ninguna indirecta, comisaria, se lo juro por mi madre —se excusa el teniente adelantando las manos para esquivar una colisión frontal.

De nuevo en Le Corsaire.

El restaurante está abarrotado, no quedan plazas en el aparcamiento. Un nabab festeja el aniversario de su retoño. Ha invitado a todo el barrio y ha contratado a un grupo flamenco venido expresamente de Granada. La fiesta está en su apogeo. Nora y sus dos subordinados buscan por todas partes, hasta debajo de las piedras, pero el aparcacoches de ojos claros se ha esfumado.

20

—¿Eres zurda? —pregunta Zine a la comisaria al verla redactar un comunicado interno.

Nora suelta el bolígrafo y esboza un mohín de ternura.

—¡Menudas palizas me daba mi madre! La aterraba verme utilizar la mano izquierda. «Es la mano del demonio —aullaba dándose tirones de pelo—. Tienes que aprender a comer con la mano derecha para que lo que comes quede bendecido.» Lo intenté, pero no es fácil reformarse.

—Es curioso cómo los seres humanos ven el mal en todas partes. Establecen líneas de demarcación hasta en su propio cuerpo.

—Siempre ha sido así. No saben vivir sin conflictos.

Una secretaria acude para recoger el portafolios de la comisaria. Es bonita: pómulos altos, ojos levemente rasgados y moño austero. La mirada que echa al inspector hace sonreír a Nora. Zine es guapo y tiene buena planta; un tanto gruñón pero con posibilidades. Su celibato infunde esperanzas a las solteronas de la Central.

En ese momento aparece Guerd para presentar su informe. No le hace gracia toparse con el inspector en el despacho de la jefa; le repatea la complicidad entre ambos, que percibe como una alianza contra él. Lamenta haber expulsado al inspector de su madriguera. Pensaba estar haciéndole una putada al sacarlo de la deletérea penumbra de ese cuchitril, pero solo ha conseguido facilitarle un mejor apalanque.

Guerd no consiente en permanecer de pie mientras el inspector se toma un café cómodamente arrebujado en un sillón con las piernas cruzadas. Se sienta sin pedir permiso y dice:

—Mourad Hérat nos ha mentido en todo. Vengo de Kouba. La dirección que nos dio es la de una tienda de comestibles. El dueño asegura que no tiene alojado a nadie. Normal, tiene siete críos. He enseñado la foto del aparcacoches a un montón de jóvenes de allá pero nadie lo conoce.

—He cursado una orden de busca y captura —declara Nora—. El gerente de Le Corsaire nos ha facilitado la dirección de sus padres. También he avisado a la gendarmería de Bouira.

—¿Qué hacemos mientras tanto?

—Seguimos investigando. Es lo nuestro. La huida de Mourad Hérat demuestra que vamos por buen camino. La estudiante podría proporcionarnos más ayuda. Ayer estaba un tanto alterada. Dejemos que se relaje un poco antes de volver a la carga. También me gustaría conocer la versión de esa antigua novia, Nabila. Zine y yo iremos a

husmear en los hoteles de lujo y tú te encargas de la universidad. Al parecer, ese fulano trabajó en la biblioteca antes de meterse a aparcacoches en Le Corsaire.

Guerd se rasca la cabeza. Siempre lo hace cuando no sabe a qué atenerse. ¿A qué juega la comisaria? La bibliotecaria de la universidad, una anciana momificada, le ha asegurado que Mourad Hérat nunca ha trabajado allí. El teniente ha consultado la lista de los estudiantes en prácticas, de los ayudantes contratados y de los becarios; el nombre del fugitivo no aparece en ninguna parte. Mourad Hérat ni siquiera ha pedido un libro en préstamo. Guerd está furioso. ¿Le habrá dado la comisaria una pista falsa para mantenerlo alejado? Vale que no le caiga bien, ¡pero de ahí a hacerle perder tiempo y energías durante una investigación! No se dio de alta voluntariamente. El jefe de división lo convocó urgentemente para que se reincorporara al equipo. «Esta zorra me va a tener que dar explicaciones», se dice en voz alta.

Guerd acude primero a un café, se pide un solo bien cargado y se fuma tres pitillos seguidos dando vueltas a la actitud que debe adoptar. No merece la pena montar un pollo, concluye tras recobrar la calma. De nada serviría protestar o reclamar explicaciones. A Nora no le costaría escurrir el bulto. Se limitaría a contarle que quizás se había equivocado y ahí quedaría la cosa.

Guerd llama a Ed Dayem. Este acepta reunirse con él «donde de costumbre», una pequeña tienda especializada en equipamiento electrónico de la calle Larbi-Ben-M’hidi, cerca de la central de Correos. Ahí es donde Guerd recibe las órdenes del magnate de la prensa y recoge su sobre por la prestación de servicios paralelos.

Karima atiende el mostrador, maquillada y vestida como una azafata de casino. El teniente sueña con «perderla», pero ella se le resiste. Esta tarde se ha pasado con la pintura de labios y su maquillaje de base no consigue ocultar sus arrugas.

—El señor Dayem…

—Le está esperando en su despacho —se apresura a contestarle para quitárselo de encima cuanto antes.

Guerd se detiene expresamente ante el mostrador. Mira a la señora con la boca hecha agua, se asegura de que no hay nadie cerca y le susurra al oído:

—¿Todavía virgen, Kiki?

—No se le puede ocultar nada, teniente.

—Puedo solucionar eso, si lo desea. Basta con pedírmelo.

—Muchas gracias. Me reservo para mi futuro esposo.

—¿Acaso espera todavía dar con su alma gemela?

—Mientras hay vida…

—Pues ya puede esperar sentada —masculla el teniente antes de

desaparecer por el pasillo.

Karima aprieta los labios para contener su ira. Cuando oye que la puerta del fondo se abre y se vuelve a cerrar, suelta, con lágrimas en los ojos:

—Y usted seguir haciéndose ilusiones, Colombo de pacotilla.

Ed Dayem saluda al policía apartando los brazos.

—Querido Guerd, qué alegría volver a verte... ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me caí por una escalera.

—Debiste tomar el ascensor —ironiza Ed acercándole una silla.

—Es que tengo claustrofobia.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un té con hierbabuena?

—No digo que no, y mejor aún con un plato de pistachos bien salados.

—Siempre que lo recojas todo después. Tienes la manía de ponerlo todo perdido... Bueno, ¿cuál es el problema?

Guerd pone una foto sobre la mesa.

—Nuestro sospechoso número uno: Mourad Herat, aparcacoches. He conseguido la foto en Le Corsaire, donde trabajaba. Estuvo ennoviado con la chica asesinada. El fulano se ha quitado de en medio tras el primer interrogatorio que le hicimos. Al parecer, se enrollaba con estudiantes y fue él quien animó a Nedjma a dedicarse al cine. Hemos cursado una orden de busca y captura.

Ed Dayem vuelve la foto hacia él.

—Me parece haberlo visto en alguna parte.

—Puede que en Le Corsaire.

—Es un restaurante para paletos adinerados. Nunca voy allí.

—Quizás en algún hotel de lujo. Cuentan que los frecuentaba para proveer de carne fresca a determinados clientes.

—¿Has investigado eso?

—Precisamente por eso estoy aquí. La comisaria me manda adonde no hay nada que rascar y se reserva lo mejor para sí. Esa zorra está favoreciendo a un inspector holgazán que ni siquiera sería capaz de seguir a una vaca en un prado.

—Puede que estén liados y busquen intimidad.

—La comisaria es lesbiana.

—¿Seguro?

—Lo juro por lo más sagrado.

—¿Toleráis a los homosexuales en la policía?

—¿Qué otra cosa podía esperarse tras permitir que las tías puedan ascender de ese modo? (Adopta un aire circunspecto). Lo digo en serio, Eddie. La comisaria desconfía de mí. ¿No sospechará algo?

—¿Qué puede sospechar? Está llevando a cabo una investigación, no una cruzada.

—No paro de darle vueltas. Hay algo que se me escapa. Está claro que no me traga, pero desconfiar de ese modo es harina de otro costal. Todo esto me tiene más que intrigado. Necesito que me des más información, Eddie. Así no doy pie con bola. ¿Quién era esa chica asesinada en Bainem? ¿Y por qué un capitoste como tú está tan interesado en su...?

—¡Guerd! —lo frena Dayem—. Ojo, que te la estás jugando.

El teniente se echa inmediatamente atrás.

—Es solo para saber a qué atenerme si hay jaleo —farfulla.

—No habrá jaleo. Yo mando en la prensa y este suceso me interesa. Una chica hallada muerta en un bosque puede dar pie a un buen culebrón. Hay que entretener a los lectores. Los escándalos políticos dan mucho de sí, pero la gente se acaba cansando; un buen asesinato tiene mucho más tirón.

Guerd no se lo traga pero asiente. En cualquier caso, mientras siga cobrando, lo demás le importa un bledo. Siempre ha actuado sin hacerse demasiadas preguntas, por feo que fuera el asunto, y Dayem se lo ha premiado con generosidad. Pero en este caso es la banalidad del suceso lo que lo tiene intrigado. Cadáveres como este aparecen a montones en el monte, en los huecos de escalera y en las playas, pero es la primera vez que lo llaman por algo así. Ahora resulta que la muerte de una estudiante, hija de un maestrillo residente en una modesta vivienda de barrio, moviliza hasta al jefe de división.

—No me gusta verte pensando, teniente —le dice Dayem.

—No estoy pensando.

—Claro que estás pensando, y eso no es buena señal... ¿Sabes lo que les ocurre a los capullos que se dedican a pensar? Que se les colapsa la sesera hasta verse incapaces de imaginar lo que eso les puede costar.

—No soy un capullo. Prueba de ello es que soy el que más ha ascendido de mi promoción.

—Pues ándate con cuidado, teniente, no vaya a ser más dura la caída. En este país, toda genialidad suele conllevar alguna fatalidad. ¿No querrás acabar en un microondas?

—Lo último que busco son problemas, Eddie.

—Entonces aplícate el cuento y limítate a hacer lo que se te pide. Estás aquí para escuchar, solo para escuchar —prosigue con tono autoritario—. No se te está pidiendo nada del otro mundo. Mantente pegado a la comisaria y tenme al tanto de todo lo que ocurre. No es necesario que selecciones la información, de eso me encargo yo. Si eso es pedirte demasiado, me buscaré otro informador.

—Llevo años trabajando para ti. ¿Acaso te he fallado alguna vez?

—Por eso mismo, no vayas a hacerlo ahora...

—Es lo que menos pretendo —intenta justificarse el teniente—.

Solo me gustaría entender por qué la comisaria desconfía de mí. Está favoreciendo al inspector y dándome de lado a mí.

—Si eso es lo que más te preocupa, no tengo inconveniente en darle un toque al jefe de división.

—¿Por qué no se me pone al mando de la investigación? Llevo un montón de años en el oficio.

—No eres comisario, Guerd.

—Me merezco un ascenso. Llevo años esperando. Podría sugerírselo discretamente al director general de Seguridad, o quizás al ministro. Con todo lo que te deben, estarán encantados de hacerte un favor.

Dayem adelanta una mano para detenerlo:

—No se pide a los profetas lo que solo Dios puede conceder, teniente. Para serte sincero, prefiero mantener las distancias. En nuestro país, si mendigas algo solo se te concede para luego estrujarte mejor... Puedo duplicar el contenido de tu sobre pero no controlo el tema de los ascensos. La pelota está en tu tejado. ¿Qué decides?

—La recojo.

—¿Lo ves? Cuanto menos piensas menos tiempo pierdes.

Dayem coge un fajo de billetes y se lo entrega al teniente, que se lo mete de inmediato en el bolsillo.

21

El cabo Issa camina en cabeza, le sobra uniforme por todas partes. Cojea debido a una herida que le hicieron durante una emboscada terrorista. Sienes canosas, bigote descuidado, encorvado, lleva su vejez con un pasotismo alucinante. Le propusieron una jubilación bien remunerada, pero prefirió seguir en el sótano de la comisaría vigilando a la mala hierba que el furor callejero le trae a diario. El cabo Issa nunca se queja. No lee, no ve la tele, no sabe rellenar un crucigrama; bastante tiene con controlar a la gentuza que se amontona en sus calabozos. Además —deformación profesional—, no sabe estar sin una porra en la mano y un manojo de llaves colgando de la cintura. Cuando no le queda otra que liarse a porrazo limpio, no hay quien se lo tome con más alegría. La chusma conforma todo su universo. No reclama los días que le deben ni las vacaciones que le corresponden. ¿Para ir dónde? Aquí la gente se muere de aburrimiento, los cafés solo destilan acritud, los cines están tomados por las ratas y las arañas, los jardines públicos atestados de ociosos enganchados al crack sintético. A Issa no le va lo de sentarse ante la puerta de su choza sin dar golpe, allá en la Ciudad Alta donde el viento recalentado del desierto reseca hasta las mentes. No es que esté mejor acomodado en el sótano de la comisaría, pero prefiere eso a pasarse el día desgranando su rosario de vejete preagónico. Su anciana esposa chochea, sus retoños se han volatilizado; no le queda nadie con quien conversar. Así las cosas, el griterío nocturno de los presos es lo único que le recuerda que la vida sigue igual; se ajusta la cabeza en la almohada y duerme el sueño de los justos en su cubículo de vigilante donde, una vez apagadas las luces, ningún superior se presenta para darle la lata.

Nora, Guerd y Zine siguen al cabo. Sus pasos resuenan en el pasillo apenas alumbrado por bombillas enrejadas. En una celda aislada, derrumbado sobre una mesa de refectorio, un joven se agarra la cabeza con ambas manos. Es Mourad Hérat, detenido la víspera por la gendarmería. Lo pillaron en un baño público de Palestro. Su ojo a la virulé da fe de que intentó resistirse, y los desgarros de su ropa confirman que no fue una buena ocurrencia.

—¿Has soñado con los angelitos? —le pregunta Guerd.

—¿Qué pinto en esta jaula de grillos? —gime el fugitivo—. No he pegado ojo y no me han dado nada de comer.

—Esto no es un hotel de lujo, te viene bien variar —le dice Nora.

—Soy inocente.

—¿Entonces por qué te largaste?

—No me he largado. No quiero verme metido en líos que no tienen nada que ver conmigo. Cuando os fuisteis, el encargado del restaurante me despidió. ¿Qué queríais que hiciera? ¿Que lo denunciara por despido improcedente? Las cosas no funcionan así en este país. Hice mi maleta y volví a mi casa. Necesitaba relajarme.

—¿En un baño público de Palestro?

—No manejo pasta como para alojarme en un hotel.

—No tenías por qué hacerlo. Bouira está a un paso.

—Acaban de operar a mi padre a corazón abierto. No quería que se preocupara. No está al tanto de lo de Nedjma, y yo sigo conmocionado. No consigo ordenar mis ideas. Íbamos a casarnos en primavera. Era lo que más quería en el mundo. Me cuesta creer que haya muerto.

—¡Qué emocionante! —ironiza Guerd sentándose a horcajadas en una silla frente al sospechoso.

El móvil vibra en el bolsillo de la comisaria. Es Sonia. Nora no contesta.

Mourad se enjuga el rostro con un pico de su camisa. El brioso aparcacoches del otro día está en un estado calamitoso: tez cérea, zapatos sin cordones, uñas comidas. Se tambalea de sueño.

Zine le levanta la cara por la barbilla.

—No te duermas, chaval.

—No me toques —se rebela el fugitivo—. No me pongas tus sucias manos encima. Conozco mis derechos.

—Solo tienes uno —le señala Guerd—, el de permanecer callado mientras te las hacemos pasar canutas.

El móvil de la comisaria vuelve a vibrar. Es un sms de Sonia: «Como no vengas ahora mismo, me mato.» Nora se queda de piedra. Pide a Guerd que prosiga con el interrogatorio y se marcha a toda prisa.

El teniente está encantado de llevar la batuta. Tras rogar al inspector que no intervenga y que lo deje actuar a su modo, se quita la chaqueta y la coloca sobre el respaldo de la silla, se remanga la camisa, dejando al descubierto sus brazos de chimpancé, ladea el cuello para hacer crujir sus vértebras como hacen los boxeadores y, apoyándose sobre la mesa, se inclina inquietantemente hacia el exaparcacoches:

—Te aconsejo que cooperes, guapetón. Conmigo, ni los fiambres están tranquilos. Quiero saberlo todo y lo sabré, aunque tenga que extirparte el cerebro y cortarlo en lonchas para averiguar lo que lleva dentro.

—Ya le he dicho...

Guerd le suelta tal bofetón que casi se desmaya.

—No intentes ganar tiempo, Cenicienta. No te servirá de nada.

Estoy dispuesto a darte caña durante toda la semana y la semana que viene. No tengo nada que perder. Sin embargo, tú vas a perder todos tus dientes, tus facultades y por último la cara, ya que de todos modos habrás cantado. Así que conversemos como gente civilizada o te machaco hasta dejarte como una crepe.

—Lo denunciaré —amenaza Mourad con la boca ensangrentada.

—Si te empeñas, yo mismo te traeré el formulario. Mientras tanto, cuéntanos por qué nos has estado tomando el pelo. A mí nadie me toma el pelo... Dijiste que viste por última vez a Nedjma la víspera del casting cuando tú mismo la metiste en el todoterreno al día siguiente al salir de la facultad.

Mourad intenta limpiarse la boca. Algo se estremece en su mirada. El teniente comprueba que ha pulsado la buena tecla. Vuelve a la carga.

—No se te ocurra negarlo. Las cámaras de vigilancia de la entrada de la facultad te han filmado —miente—. Se te ve con Nedjma. Se ve llegar un todoterreno. Se te ve besar a tu novia en las mejillas, abrirle la puerta y meterla dentro con todo cariño.

Mourad deja de respirar.

—Eso no te lo esperabas, ¿verdad?

—Esa historia no tiene nada que ver conmigo.

—No es una historia, es una novela barata. ¿Cuántas veces te has ennoviado y en qué has convertido a tus enamoradas? ¿Las chuleabas a lo tonto? Las llevabas a hoteles de lujo para mercadear con su virginidad, ¿a que sí?

—¿Quién le ha contado ese rollo?

—Adivínalo.

—No es difícil. Amina es una mitómana. Me la tiene jurada porque preferí casarme con su mejor amiga en vez de con ella. Antes Amina era mi ligue. No debió presentarme a Nedjma. El flechazo la dejó fuera de juego. Intentó recuperarme poniéndome verde ante Nedjma, pero no le funcionó. No era posible. Nedjma y yo estábamos hechos el uno para el otro. Amina es capaz de inventarse lo que sea con tal de comprometerme.

Guerd se alegra de enterarse de ese capítulo de la historia. Se vuelve hacia Zine como si fuera a susurrarle: «¿Qué? ¿Qué te decía yo?»

—No se trata solo de Amina —interviene el inspector—. Su versión cuadra perfectamente con la de Nabila, tu antigua novia.

—Le hemos hecho una visita —añade Guerd, deseoso de ir más allá—. Nos ha contado lo mismo, que chuleabas a tus amiguitas y que tienes menos escrúpulos que un político nuestro... ¿Qué dices a eso?

—¿Qué tengo que decir?

Guerd amaga un puñetazo, el sospechoso se resguarda tras sus

manos esposadas.

—¿Temes que te destroce la cara? Es la base de tu negocio, lo único que tienes para hipnotizar a los ratoncitos, víbora asquerosa. Si quieres conservar tu bonita cara de cabronazo, ya sabes lo que tienes que hacer.

Mourad cede como si fuera una puerta descerrajada. Se pasa las manos por el rostro, mira con horror sus dedos ensangrentados, respira, sopesa los pros y los contras antes de rendirse:

—¡Ya basta! Acabemos de una vez... Quiero volver a mi casa.

—Puedes disponer de mi coche. Cuanto antes desembuches, antes saldrás de aquí.

Mourad sigue reflexionando durante un rato y, con voz cavernosa, como si estuviera soliloquiando, suelta:

—Fue idea suya. Nedjma no hablaba más que de películas, de Cannes y de festivales. Estaba obsesionada. Yo le aconsejaba que acabara sus estudios. Me contestaba que en Argelia los diplomas valen tan poco como un tique de tómbola, que estudiar era una pérdida de tiempo. No estaba equivocada. Tengo el bachillerato superior y curro de aparcacoches por un sueldo de mierda. Pero yo la quería. Tuve que hacerle muchas concesiones con tal de no perderla. Soñaba con una bonita carrera para desquitarse de la mediocridad de su vida. Me habría pisoteado de haberme interpuesto en su camino.

—Abrevia, si no te importa. Háblanos del casting.

—Bob va a menudo a Le Corsaire.

—¿Bob? ¿Es estadounidense?

—Qué va, es un compatriota. Un día en que le estaba aparcando el coche, se me acercó. Me preguntó quién era la chica que coqueteaba conmigo. Le dije que era mi novia. Me preguntó a qué se dedicaba. Le dije que estudiaba en Ben Aknoun. Me dijo que la encontraba sublime. Se lo agradecí. Entonces se puso a hablarme de su productora y de sus maravillosos proyectos. Le dije que eso a mi novia no le interesaría y que yo no deseaba que fuera actriz. Ahí quedó todo. Dos días después, Nedjma me contó que un productor había ido a la facultad para hablarle de una serie televisiva cuyo rodaje era inminente. Estaba entusiasmada. Cuando me preguntó si yo era el que había hablado de ella al productor, no sé por qué le dije que sí. Quizás porque estaba encantada y por si con eso conseguía que me adorara un poco más. Así empezó todo. Bob volvió varias veces para intentar convencernos a ambos. Enseñaba el guión de la telecomedia a Nedjma sin dejar que lo leyera, para no desvelar la intriga. Me prometió que se trataba de una serie de entretenimiento para el ramadán, sin escenas comprometedoras, solo buen humor. Nedjma parecía estar viviendo un sueño. No había manera de devolverla a la realidad. No paraba de preguntar cuándo empezaba el casting.

—Y Bob pasó por la facultad para recogerla.
—¿Qué podía hacer yo?
—¿Sabes cómo se llama la productora?
—No.
—¿No os dio Bob su tarjeta de visita?
—No.
—¿Ni siquiera un número de teléfono?
—Tenía el de Nedjma. Él era el que llamaba.
—¿O sea que dejaste que tu novia se fuera con un desconocido?
—No era un desconocido. Es un cliente de Le Corsaire. Es verdad que tiene un careto de troglodita, pero me daba propinas equivalentes a becas de estudios. Está forrado; cuando no conduce un Tuareg, lo llevan en limusina, y cada vez que aparece por Le Corsaire lo hace con un bombón distinto: rubias, morenas, pelirrojas, siempre jóvenes y guapas. Parecía que las coleccionaba. Para mí, eso demostraba que se dedicaba al cine. Solo esa gente puede permitirse mantener un harén así.
—Descríbenos por encima a ese tal Bob.
—Es un tipo cuadrado con una cicatriz en la barbilla. Mide al menos un metro noventa y cinco. Cabeza rapada con coleta. Lleva un piercing con diamante en la oreja izquierda. No parece muy culto.
—¿Se le ha vuelto a ver en Le Corsaire después de aquel casting?
—No.
—¿Has intentado localizarlo?
—No sé dónde vive.
—¿No se te ocurrió avisar a la policía de la desaparición de tu novia? —le pregunta Zine.
Mourad no contesta. Baja la cabeza, se le estremecen los hombros, está llorando.
El lunes por la mañana sueltan a Mourad, aunque le prohíben salir de la ciudad.
Ese mismo día, al atardecer, lo encuentran ahorcado en la habitación de un cochambroso hotel de las afueras de Argel. Sobre la mesilla de noche, una carta justificativa de su decisión: «Ahora que no tengo a Nedjma, ¿qué pinto yo en este mundo? Lo era todo para mí. Ya no me queda nada en este mundo. Pido perdón a mi madre, a mi padre, a la familia Sadek y a todos los que me quieren. Mourad.»

22

Sid-Ahmed vigila su caña de pescar de cuclillas sobre una roca, con un sombrero de paja calado hasta las orejas y una colilla apagada pegada a los labios. El mar parece una pista de patinaje artístico. Una hilera de nubes deshilachadas desgarra la limpidez del cielo, tozudamente inmóvil, y el sol de enero mantiene a raya el frío invernal. En días como este, apetece ir a pescar y comulgar con el silencio circundante. Uno detiene la mirada en el corcho como si fuera una idea fija y reza en silencio para que no se le ocurra a ningún pez morder el anzuelo. El menor remolino profanaría la quietud ambiental. A esos instantes se les llama en Argelia «la hora del *Gosto*». Uno se siente a gusto, en su elemento, solo en el mundo y encantado de estarlo, sin querer saber de nadie.

Unos pasos crujen por el repecho. Sid-Ahmed no se vuelve. Sabe que es el inspector. ¿Quién si no iba a visitarlo?

—Espero que hayas apagado tu móvil, poli.

—¡Pues claro! Te he traído unos *merguez* y criadillas.

—Nos viene al pelo. Todavía no he pillado nada.

—Los peces deben de estar mar adentro zampándose a los emigrantes ilegales naufragados.

Zine lleva sus provisiones a la casita. Al entrar se queda anonadado. La última vez, solo había una cita escrita al carboncillo en una pared. Ahora todas están plagadas de fragmentos de textos, de versos, de proverbios escritos con tiza o grabados con un punzón metálico, conformando una enrevesada telaraña.

—¿Qué pasa? —pregunta el inspector al regresar junto a su amigo — ¿Te has vuelto a inspirar o se te ha ido la olla?

—Me desahogo.

—¿En las paredes de tu propia casa? Pues ahora cree uno estar en los aseos de la estación.

—¿Y qué, si así me divierto?

Zine percibe el malhumor aflorando tras el laconismo de su amigo. Opta por no aguar la fiesta y propone hacerse cargo de la barbacoa.

Tras eructar como guripas ahítos, ambos amigos se acomodan en las sillas de tela, se fuman un porro y se disponen a callar para oírse vivir. Así ha sido siempre. No les va demasiado el parloteo; han agotado todos los temas que compartían en la habitación del manicomio.

El sol está en su punto álgido. El graznido de las gaviotas se acompasa al chapoteo del agua contra la roca. Parecen darse todas las

condiciones para una merecida siesta.

A Sid-Ahmed le cuesta echarse en brazos de Morfeo. Antes, durante el almuerzo, se puso a hablar solo. Dos veces. La primera, haciendo un corte de mangas a su sombra; la segunda, pareciendo querer apartar una mosca con la mano. Zine sospecha que no ha elegido el mejor día para plantarse allí de improviso. Tiene la impresión de estar de más. Lo habría avisado de buena gana pero Sid no tiene teléfono ni tele ni radio. Con excepción de una nevera oxidada y una hornilla antediluviana, el experiodista vive en la edad de piedra, recluido en su choza, totalmente desconectado de la civilización. Puede que esa forma de vivir sea lo que más guste de Fouka al inspector. Argel lo agobia. Se siente descolocado desde que lo largaron de su cuchitril, donde se limitaba a archivar documentos y a firmar en el registro de las guardias. El trabajo de calle es apasionante, pero sus resultados no compensan el esfuerzo. Zine se ha pasado vanamente la noche merodeando por Le Corsaire por si aparecía por allí un cachas con una cicatriz en la barbilla y un piercing con diamante en la oreja. Anteayer estuvo con la policía científica en la habitación del hotel donde Mourad se había suicidado. Esta mañana se ha levantado con el pie izquierdo. En el despacho poco le faltó para engancharse con el teniente Guerd por hacerle una reflexión de mal gusto sobre su relación con Nora.

Zine se metió en su coche sin pedir permiso y enfiló rumbo a Fouka...

Pero ahora tenía la impresión de haberse equivocado de refugio.

Sid-Ahmed está distante, por no decir huidizo o, peor aún, a disgusto. Sin duda, esos extraños comportamientos son habituales en él; se atrinchera en un mutismo sepulcral durante todo el día, ignorando a su visitante. Zine no se lo tiene en cuenta. Lo entiende. Ambos hombres se conocen desde hace más de una década y han aprendido a aceptarse tal como son. Pero hoy Sid-Ahmed presenta otro perfil. Más que hastiado, se le ve resignado y en las antípodas, absorto en ideas funestas.

—¿Por qué no te vienes unos días a mi casa? —le propone el inspector.

—Demasiado ruido.

—Podrías verte con tus antiguos compañeros de la radio.

—¿Para hablar de qué?

—De un montón de cosas.

—Estoy a gusto aquí.

Silencio.

Luego Sid-Ahmed dice:

—*¿A qué esperan los monos para convertirse en hombres?*

—¿Perdón?

—No recuerdo dónde lo he leído. *A qué esperan los monos para convertirse en hombres.* Llevo semanas dando vueltas a esa frase. Se me ha quedado grabada. Me levanto y me acuesto con ella. Me tiene obsesionado incluso mientras duermo.

—Porque te estrujas demasiado el coco. Deberías volver a trabajar para encauzar tu hiperactividad intelectual. Estoy seguro de que en el Canal 3 te recibirían como a un profeta. Nos montarías unos estupendos programas literarios y así nos aburriríamos menos por las noches.

Sid-Ahmed se incorpora para escupir a lo lejos y vuelve a adosarse a su asiento. Tiene una mirada de boxeador noqueado.

Pregunta:

—¿Qué ha sido de Rahal Zoubir?

—¿De quién?

—De Rahal Zoubir... Era un músico de primera. Mi ídolo. Desde que dejó de cantar, hasta se me han olvidado los poemas que me gustaban. ¿Qué habrá sido de él? ¿En qué agujero lo habrán encerrado? ¿Estará vivo o muerto?

—Nunca he oído hablar de él.

—Normal. En este país nos ocultan todo lo bueno. Han reducido nuestro espacio vital a la mínima expresión, limitado el alcance de nuestros gritos al contorno de nuestros labios y convertido nuestros piadosos deseos en oraciones fúnebres. Los enterradores de nuestros sueños nos han confiscado hasta nuestros rezos. Parecemos verduras expuestas al sol, unos esperando la muerte, otros la locura y otros ambas cosas a la vez. Nuestros jóvenes no saben qué es un turista o un cine, nuestros ancianos olvidan lo que han sido, nuestra patria está bajo arresto y nuestras esperanzas yacen al pie de un cadalso. Un mono enjaulado tiene más aplomo que nosotros en una playa.

—Pareces un disco rayado, Sid.

—Es el único que me queda.

—No tienes por qué seguir escuchándolo.

—¿Qué otra cosa quieres que escuche?

—El oleaje, los pájaros, las risas de los niños.

—Eso no me suena a nada, Zine. La cacofonía de estos tiempos me impide reconocer hasta a Mozart.

Zine se convence de que Sid está tocando fondo. Una toxina voraz le corroe la mente.

Silencio.

—¿Cómo es la risa de los niños, inspector?

—Muy bella.

—¿Qué es la belleza?

—Lo que nos salva de nosotros mismos.

Sid Ahmed se estremece en su asiento. No para de suspirar y de

moverse con irritación.

—Entonces, ¿por qué no te dedicas a hacer hijos, poli?

—Me basta con abrir la ventana. Viene a ser como si todos los mocosos del barrio fueran míos.

—¿Sigues sin querer casarte?

—Ni siquiera pienso en ello.

—Pues deberías. La soledad es una cámara frigorífica. Solo produce amargura. Tienes casa, coche y trabajo.

—No me gusta hablar de ello.

—¿Tienes algún problema?

Zine se yergue.

Sid-Ahmed se rasca la barbilla para disimular. Se arrepiente de haberse pasado pero acecha la reacción de su amigo. Zine, por su parte, se pregunta si el viudo pretende echarlo. La indiscreción es a veces una forma menos frontal de provocación.

El inspector decide averiguar adónde quiere ir a parar Sid. Confiesa sin ambages:

—Pues sí, tengo un problema.

El experiodista asiente.

Esta vez el silencio se convierte en malestar abismal.

Sid enciende otro porro, le pega tres profundas caladas y se lo pasa a su compañero.

—La mujer es algo esencial —dice.

—...

—El asidero más seguro.

—...

—¡Ah! Si hubiera hecho caso a la mía...

—...

—Hay que hacer caso de lo que dicen las mujeres. Sobre todo cuando bajan el tono después de haber gritado en vano. Las mujeres no hablan, nos instruyen. Basta con que desatiendas una sola de sus palabras para que todo se vaya al garete.

Zine se queda patidifuso. Es la primera vez que el periodista se presta a hacer confidencias, y eso no le hace gracia. Esa repentina «volubilidad» le resulta inquietante; le suena a mal presagio.

—Tuve una mujer que me quería —prosigue Sid-Ahmed—. Yo pensaba que era lo normal. ¿Acaso no era su marido, su razón de ser y su vocación? Cuando me mimaba, estaba convencido de que lo hacía para merecerme un poco más. Me lo debía todo, sus alegrías, su orgullo, su nivel social, su carrera, hasta sus fantasías más secretas. Me pertenecía hasta el punto de que habría muerto de haber contenido yo la respiración durante un par de minutos. En fin, eso es lo que yo creía... Hasta el día en que me dejó dando un portazo y me di cuenta de que sin ella no valía un pimiento...

—¿A qué viene ese rollo, Sid?

Sid está en otra parte; solo se escucha a sí mismo:

—El amor se comparte, Zine. Quien lo vive a medias o lo da por sentado, como hacía yo, pierde al cambio más de lo que posee. De repente, el mundo le da la espalda y no volverá a ver las cosas de la misma manera. Pasará el resto de su vida esperando la noche para taparse la cara y ya nunca volverá a ver la luz.

—¡Oye!, ¿seguro que te encuentras bien?

—Nada es del todo seguro, madero.

Zine se incorpora a medias sobre un codo para mirar de frente a su amigo.

—Me estás haciendo flipar.

—Llevas tu pistola. Si crees que soy una amenaza, pégame un tiro. Contaré a Dios que actuaste en legítima defensa.

—Te lo digo en serio.

—Haces mal. No hay nada serio en este mundo.

Recupera su porro, le da una buena calada y se acomoda en su asiento.

—¿Te llegué a contar por qué Leila me abandonó?

—Ya me lo contarás otro día, Sid.

—Nunca se sabe si habrá otro día.

—Déjate ya de gilipolleces.

—Aquella noche volví a casa borracho perdido. Eran las tres o cuatro de la mañana. Leila me esperaba en el vestíbulo, hecha una furia. «Los barbudos te tienen amenazado de muerte y todavía te atreves a andar suelto por ahí a estas horas», me reprochó. Yo hacía lo mismo todas las noches. Me daba igual que me tirotearan o degollaran. Quería vivir normalmente. Mientras, Leila se pasaba las noches con el alma en vilo, rezando en el salón para que no me ocurriera nada. Y claro, me recibía con el consiguiente cabreo. Yo le tomaba el pelo y me tumbaba para dormir la mona sin siquiera desvestirme. Llevábamos un montón de meses así. No era consciente de ello. Ni me daba cuenta de lo que Leila había adelgazado y de cómo se le había estropeado la cara... Hasta que esa noche, otra de tantas, se hartó. Me estaba esperando en el vestíbulo con una maleta en cada mano. «Ya no aguanto más», me soltó a grito pelado. Le pregunté: «¿Pero tú de qué vas?». Me dijo que se largaba, que se negaba a seguir agobiándose mientras yo andaba de juerga en los bares... ¿Y sabes cómo reaccioné, Zine?, ¿cómo traté a mi esposa, que tanto temía por mí? ¿Sabes cómo puse en su sitio a la señora Leila Brahmi, la famosa abogada de Argel que había aceptado compartir su vida con un borracho insomne e imprudente?... ¡Le di un bofetón!... ¡Paf! Con tanta fuerza que se cayó al suelo. Así es, Zine. Por lo que se ve, me hirió en mi amor propio. «¿Quieres separarte de mí? —le grité

—. ¿Pues quién te lo impide? Hala, ya puedes largarte, vuelve a casa de tu madre y no se te ocurra regresar para arrojarte a mis pies y pedirme perdón…». Sí, Zine, puse a mi mujer de patitas en la calle a las cuatro de la mañana. En pleno toque de queda. Le puse un ojo morado y le partí un labio, hasta intenté darle una patada en el culo mientras salía de casa. Me lié a voces para que todos los vecinos me oyeran, para que el mundo entero supiera que en casa solo mandaba mi menda… Yo seguía tirado en la cama cuando llamaron a la puerta. Tardé un siglo en abrir. Era la policía. Me traía las dos maletas de mi mujer. «Señor Brahmi, tenemos que darle una horrible noticia», me dijo un agente. Seguía tan borracho que tardé un rato en enterarme… Un chiquillo adoctrinado acababa de matar a Leila a doscientos metros de casa, mientras esperaba un taxi para ir a la de su madre.

23

El informe del forense es categórico: no se trata de un suicidio. A Mourad Hérat lo mataron antes de ahorcarlo. Alguien dotado de una fuerza hercúlea lo agarró por el mentón y el pescuezo y le dio un giro seco de derecha a izquierda, rompiéndole la segunda y tercera vértebras cervicales. Se nota perfectamente en la radiografía que están desviadas a la izquierda; el ahorcamiento no hizo sino separarlas más.

Nora mete el informe en su sobre y se coloca un dedo sobre el labio para reflexionar.

—Sabía que teníamos que mantenerlo detenido un par de días —suspira—. Habría acabado soltándolo todo y no cargaríamos con otro asesinato.

Zine se rasca detrás de la oreja, incómodo.

Suena el teléfono sobre la mesa de la comisaria. Es Guerd. Nora conecta el altavoz.

—Tengo ahora mismo delante de mí un Tuareg —anuncia el teniente.

—Yo me he cruzado con cuatro esta mañana entre el túnel de la facultad y la Central —replica la comisaria.

—Este tiene rozaduras alrededor del faro trasero derecho. Y parece que lo han cambiado hace poco.

—Eso no demuestra nada.

—¿Y si le digo que su conductor es un cachas con un piercing en la oreja?

—¡En ese caso vamos para allá! ¿Dónde estás?

—En el Sofitel.

Nora se levanta de un bote, recoge su chaqueta y sale corriendo por el pasillo. Zine debe correr para alcanzarla.

El todoterreno está en el aparcamiento VIP del hotel Sofitel. Nora se inclina sobre el faro trasero derecho. Dos rozaduras leves dan fe de que el vehículo ha chocado contra algo. El faro parece más reciente que el izquierdo, su color es levemente distinto.

Guerd está orgulloso de sí mismo. Se lleva ambas manos a la cadera, feliz de haberse lucido. Ruega a sus dos colegas que lo acompañen dentro del hotel.

—Nuestro hombre está almorzando —dice.

—¿Está solo?

—Con una chica. Deberíamos enchironarlo. La cría no pasa de los dieciséis años.

—Cada cosa en su momento.

El cachas está sentado en el fondo del restaurante con una chica

exageradamente maquillada. Engulle sin dejar de hablar, inclinado sobre su plato. Es un coloso que, incluso sentado, casi llega al hombro del camarero que está de pie a su lado. Desde atrás, solo se ve una nuca con triple abultamiento adornada por una cola de caballo trenzada. Su espalda parece el muro de un concurso hípico de salto de obstáculos. En su oreja destella un zarcillo.

Los tres policías no van más allá del mostrador de la recepción, limitándose a observar discretamente al sospechoso. De repente, este se da la vuelta para llamar al camarero y Nora recibe una coz en el pecho. Acaba de reconocer al forzudo: es el androide del otro día, en el pabellón 32. También Zine lo ha identificado.

—¿Qué pasa? —pregunta Guerd, susceptible—. ¿No habré metido otra vez la pata?

—Al contrario —lo tranquiliza la comisaria—. Nos hemos cruzado con ese fulano en la residencia de verano de Saad Hamerlaine.

Al teniente se le relaja el ceño:

—¡Nada menos!... Prefiero electrocutarme con un cable de alta tensión antes que hacer caricias a este tipo de gente.

—No tienes más que ponerte guantes —le sugiere Zine.

—¿Qué hacemos? —se impacienta Guerd, irritado por la perplejidad de sus dos compañeros—. Nos largamos de puntillas o nos acercamos al yeti para lamerle las botas.

—Tranquilo, Guerd, tranquilo —le recomienda la comisaria—. En este país abundan los cachas como este. Nada demuestra que sea nuestro hombre, así que no vayamos a meter la pata.

—A mí no me asusta —dice Guerd—. Dejadme a mí. Ya veremos qué ocurre.

A Nora no le da tiempo a retener al teniente por el brazo; Guerd cruza el comedor con rapidez y se planta ante el fulano:

—¿Bob? —exclama abriendo los brazos teatralmente—. No puede ser, ¡Bob en Argel! ¿Qué pintas por aquí, pedazo de capullo? ¿Ya te hartaste de Los Ángeles?

El coloso se vuelve lentamente, indignado de que lo molesten en pleno festín, y mira fijamente al intruso de pies a cabeza.

—¿Cómo te han dejado entrar en el Sofitel con esa pinta de payaso? —gruñe sin dejar de masticar.

—El vigilante se murió de risa al verme aparecer. Me limité a pasar sobre su cadáver.

El coloso se limpia la boca con su servilleta y sigue mirando fijamente a su interlocutor; le cuesta creer que se atrevan a aguarle la fiesta estando tan bien acompañado. Masculla:

—Mira, tío, deberías desinfectarte antes de venir a joder a la gente. Es que ni deberías estar aquí. Este no es lugar para ti.

—Lo siento, Bob, no quería ofenderte.

—¿Por qué me llamas Bob? No me llamo Bob. ¿Nos conocemos de algo?

—¿Acaso no me reconoces?

—¿Yo qué voy a conocerte? ¿Quién eres?

—Estuvimos juntos en el colegio.

—Te has liado, tío. Nunca fui al colegio. Yo nací sabio. Cuando mi madre me daba el pecho, me sabía la composición de su leche solo por el sabor. Lárgate antes de que te parta la cara. ¿No ves que estoy ocupado?

—¡Corta el rollo, Bob! ¿No pretenderás que me crea que no me recuerdas?

—Yo que tú rezaría para que te olvide cuanto antes, capullo.

—O sea que desde que triunfaste ya no reconoces a tus antiguos amiguetes, ¿es eso, Bob?

El coloso brinca de su asiento, agarra al teniente por la garganta y lo levanta diez centímetros del suelo.

—¡Vuelve a llamarme Bob y necesitarás una pajita para tomarte tu sopa, andrajoso!

Lo suelta y ordena a su acompañante que se levante. Al salir del comedor, da una voz al encargado, que, avisado por un empleado, acude con rapidez para calmar los ánimos.

—Yo creía que este era un local selecto.

—Crea que lo lamento, señor —farfulla el encargado.

—Muy bien —gruñe el coloso—. Pero la próxima vez pongan un pit-bull en la recepción para impedir el paso a los vagabundos —masculla el coloso—. No soporto este pestazo.

Tras lo cual agarra a la chica por el codo y la empuja hacia delante.

—No toquen nada —ordena Nora al camarero tras la partida del coloso.

Recoge las colillas del cenicero, la servilleta con que se ha limpiado la boca así como la cuchara, el tenedor y el cuchillo, y lo envuelve todo con el mantel para llevárselo. El comportamiento de la comisaria deja estupefactos al encargado, al camarero y a algunos clientes sentados alrededor.

—¡Qué desfachatez! —se indigna una vieja urraca pintarrajeada.

Nora se acerca al oído del encargado y le dice:

—Es para desinfectarlos.

Los tres policías abandonan el restaurante.

El todoterreno ya no está en el aparcamiento.

Nora se instala en su coche oficial sin soltar su petate. Ordena a Zine que la lleve directamente al laboratorio de la policía criminal.

—Vamos a comparar las huellas de ADN que tenemos aquí con las de la sábana encontrada en Bainem. A ver si conseguimos algo.

—Id delante —dice Guerd—. Ahora os alcanzo. Tengo un par de preguntas que hacer al encargado.

—Excelente idea —le suelta Zine, encantado de librarse de él.

El teniente Guerd ha pedido a un conocido del laboratorio de la policía científica que lo avise cuando esté listo el informe de los análisis. Es por tanto el primero en conocer su contenido. Le hace una fotocopia que entrega directamente a Ed Dayem antes de llevar el original al jefe de división para demostrarle hasta qué punto se toma a pecho la investigación mientras *los demás* hacen el gandul. Pero no se esperaba la desproporcionada reacción del comisario jefe. Este por poco se desmaya tras leerlo. Las huellas de ADN recogidas en la sábana que cubrió el cuerpo de Nedjma Sadek en el bosque de Bainem coinciden con las halladas en las colillas que el forzudo dejó en el restaurante del Sofitel.

—¡Joder! —exclama el comisario jefe— No quiero imaginar la que se nos viene encima.

Se afloja el nudo de la corbata, saca un pañuelo y, rojo como un tomate, se seca el sudor con la mirada extraviada.

—Ese cachas es el chófer oficial de Haj Hamerlaine.

—¿Es eso grave? —pregunta el teniente, que no tiene idea de la magnitud del desastre.

El jefe de división se bebe de un trago el vaso de agua que tiene sobre la mesa, vuelve a enjugarse la frente, las sienes y la barbilla con el pañuelo. Jamás lo ha visto Guerd en semejante estado.

—Llama a la comisaria —jadea, incapaz de agarrar su aparato—. Que se presente aquí de inmediato.

Nora encuentra a su superior al borde del infarto. El teniente tiene que explicarle la situación.

—Bueno, ¿y qué? —dice la comisaria—. Si el informe lo señala, vayamos a detener a ese montón de músculos.

—Forma parte de la guardia pretoriana de Haj Hamerlaine —gime el superior.

—La ley es igual para todos —le recuerda Nora—. Aquí no se libra nadie. Se aplica el procedimiento y no hay más que hablar. Da igual que sea chófer de un capitoste o hijo de peón caminero.

—¿Y si nos equivocamos?

—Los análisis no ofrecen duda, jefe.

—Debe de haber un error.

—En ese caso, lincharemos a todo el personal del laboratorio en la plaza pública para que nos perdone el zar.

—Me cuesta creer que el chófer de Hamerlaine esté implicado en un asesinato —dice el jefe de división con voz trémula.

—Puede que en dos asesinatos, pues cargamos además con el cadáver de Mourad Hérat, que también pesa lo suyo. Quiero una

orden de detención, y la quiero ahora, antes de que esto se sepa.

—No se le ocurra hablar de esto con nadie —reacciona con viveza el superior—. Este asunto no debe salir de mi despacho hasta que lo tengamos resuelto, ¿está claro?

—La orden de detención, jefe —insiste Nora con tono perentorio.

El viejo guarda del pabellón 32 se acerca renqueando, precedido por su perro. No parece reconocer a los dos polis a quienes abrió la puerta tres semanas atrás. Se limita a declarar, sin siquiera acercarse a la verja, que se han equivocado de dirección. Nora exhibe la orden de detención. El anciano se encoge de hombros.

—No sé leer, señora.

—Buscamos a Boualem Zater.

—No tengo permiso de hablar con desconocidos.

—Somos de la policía —ruge Guerd—. ¿Eres tonto o qué?

El anciano se retira arrastrando los pies sin soltar la correa del perro. Al cabo de un minuto, acude el altildado joven llamado Réyan Baz que se declaraba encargado de la residencia. Se quita las gafas de sol y mira detenidamente a los tres policías alineados ante la verja, visiblemente irritado:

—El señor Hamerlaine solo viene por aquí en verano, y estamos en enero. Si quieren hablar con él, vayan al 62 de la avenida des Promeneurs, en Hydra.

—¿Podemos entrar?

—Esto es una propiedad privada.

—Somos de...

—Ya sé quiénes son. Hay una cámara justo encima de sus cabezas. Pero tengo orden de no dejar entrar a nadie en la residencia.

—Queremos hablar con el chófer del señor Hamerlaine.

—¿Con cuál de ellos? Tiene una docena.

—Boulem Zater.

—Mala suerte, está trabajando en Annaba.

—¿Tiene algún modo de ponerse en contacto con él?

—No.

—¿Cuándo regresará?

—Cuando haya acabado de... ¿Puedo saber qué desean de él?

—No —le grita Guerd.

—¡Tú, chitón! —le replica el joven con frialdad.

Nora ruega al teniente que se calme. Tiende su tarjeta de visita entre los barrotes de la verja:

—Le ruego que me avise apenas regrese el chófer.

—No estoy autorizado a proporcionar ese tipo de información. Ya le expliqué el otro día que no pueden presentarse en el pabellón 32 sin ponerlo en conocimiento de sus superiores.

—Tenemos una orden de detención.

—Eso no es más que un papel, comisaria. No vale nada a partir de determinado nivel… (Empieza a retirarse, se detiene y mira de nuevo hacia la comisaria). ¿Qué tienen contra Boualem?

Pero los tres polis regresan ya a su coche.

El joven espera a que se vaya el vehículo policial para regresar a la cabina del guarda. Pide a este que se dé un paseo, agarra el teléfono de pared y marca un número. Alguien contesta tras la primera llamada. A Réyan Baz no le da tiempo a abrir la boca. Una voz irrumpe al otro lado de la línea: «Estoy al tanto. *Briefing* dentro de una hora.»

Y cuelga.

24

Son más de las once de la noche. Un cochazo de marca francesa se detiene ante la verja del pabellón 32. Esta se abre suavemente y el coche entra en la residencia. Lo conduce un hombre alto de sienes canosas. Es Kader Kacimi, el esposo de Joher. En las altas esferas lo llaman el Ex (excónsul, excomisario político, exgobernador, exembajador...); otros, más al tanto de su vida, lo conocen por «el intermitente del lecho conyugal».

Aparca en un patio, apaga las luces, se apea y desliza su mirada por el extenso jardín antes de detenerla en la suntuosa mansión desde el pie de la escalinata. Los aromas acuáticos que trae el viento nocturno le refrescan el rostro. El hombre está pensativo. No sabe por qué lo han convocado.

Sube los escalones con las manos en los bolsillos de su abrigo. La puerta se abre y Réyan Baz aparece.

—Buenas noches, señor Kacimi...

—Buenas noches, Réyan.

Entran en un inmenso salón lujosamente amueblado; cuadros de grandes maestros, alfombras Boukhara, cómodas panzudas en los recovecos, piano de cola sobre una grada de mármol.

—¿No hay nadie aquí?

—Estamos yo —dice Réyan— y dos empleados más.

—Creía que me habían invitado a una recepción —señala Kacimi, incómodo.

—Puede que sea usted quien nos ofrezca la recepción, señor senador.

—Mucho me temo que ya se han esfumado mis posibilidades de serlo.

—Desengáñese, querido amigo. No estoy autorizado a anunciárselo, pero está usted en la terna presidencial. Por eso está ahora aquí.

Kacimi finge tomarse la noticia con desapego, pero su semblante lo traiciona: está loco de contento.

—Voy a llamar al señor Hamerlaine para informarle de que está usted aquí —dice Réyan Baz—. ¿Sería usted tan amable de colocar esta estatuilla sobre la cómoda que hay junto a la puerta, por favor? El señor Hamerlaine odia que le muevan de sitio sus objetos de decoración.

—Por supuesto —contesta Kacimi recogiendo una estatuilla de bronce colocada sobre la mesa del salón—. ¿Dónde la pongo?

—Allí, junto al candelabro de marfil.

Réyan se asegura de que la estatuilla regresa a su sitio antes de desaparecer por una puerta oculta. Llega a una salita llena de pantallas de televigilancia controladas por un joven pelirrojo demacrado.

—Apaga todas las cámaras —le susurra Réyan.

El operador obedece.

—Ahora, saca el disco y entrégamelo.

El operador extrae un CD, lo mete en una funda y se lo tiende al encargado de la residencia.

—A partir de ahora no toques nada, Farid. Deja todo como está.

—¿Y la vigilancia?…

—No discutas mis órdenes.

Réyan Baz se guarda el CD en un bolsillo y regresa al salón, donde encuentra a Kacimi de pie entre los sillones blancos.

—El señor Hamerlaine lo está esperando. El chófer lo va a llevar a su encuentro.

—¿Adónde?

—Nunca le hacemos ese tipo de preguntas, querido amigo.

Se acerca el cachas de coleta trenzada, arrollador como una crecida de lodo.

—Boualem, acompaña al senador al chalé 28. El señor Hamerlaine apenas tardará media hora en llegar.

—No tengo vehículo esta noche.

—¿Le importaría coger el suyo, señor Kacimi?

—En absoluto —dice este—, me viene bien. Así no tendré que volver a recogerlo.

—¿Y cómo voy a regresar yo? —refunfuña Boualem.

—Otro chófer pasará a recogerte.

El cachas sigue rezongando y ruega a Kacimi que lo acompañe fuera. Réyan ve a ambos hombres tomar la escalera del jardín e introducirse en el coche. Se encienden las luces. El coche maniobra para dar media vuelta, abandona la residencia y se pierde en la oscuridad nocturna.

Réyan Baz recoge un vaso de vino tinto de la mesa del salón y vuelca su contenido sobre una esquina de la alfombra, junto a la cómoda donde Kacimi ha dejado la estatuilla.

—¡Mabrouk! —grita.

Aparece un negro ataviado con una túnica de sirviente abasida.

—¿Quién ha manchado esta alfombra?

—No lo sé, señor —dice Mabrouk.

—Limpia esto. Haj Hamerlaine no va a tardar en aparecer. Es capaz de lincharnos si ve una mancha sobre su Boukhara.

El lacayo corre a buscar algo con que limpiar, regresa a toda prisa, se pone a cuatro patas sobre la mancha y empieza a frotar con

un trapo húmedo. Detrás de él, Réyan Baz se pone un guante de látex, agarra la estatuilla de bronce y lo golpea con tal fuerza que el cráneo se le parte como una nuez. El lacayo se derrumba con la cabeza destrozada; la sangre salpica la alfombra antes de empezar a formar un charco.

Réyan Baz comprueba que está muerto, saca del cajón de la cómoda una pistola con silenciador y llama al vigilante: «¡Farid! Mueve tu culo. El cocinero se ha hecho una buena herida…» El operador entra a toda prisa en el salón. Recibe de inmediato dos disparos. Anonadado, no acaba de entender lo que le está ocurriendo. Viendo los dos agujeros rojos que se han formado en su pecho, abre los ojos como platos sin acabar de creérselo y cae boca abajo. Réyan se acerca a él y se lo queda mirando mientras agoniza entre espasmos. «Lo siento, tío», le dice disparándole otra bala en la nuca.

Réyan Baz sale al jardín, rodea la escalinata, toma un sendero, se dirige rápidamente hasta la garita del guarda, se carga de camino al perro, que suelta un gemido agudo, y luego al anciano que dormita en su espacio acristalado.

Vuelve sobre sus pasos hasta un patio, se mete en un coche, abre la verja con un mando a distancia y se aleja de la residencia sin darse demasiada prisa.

Llega una hora después a un chalé ubicado en medio de un bosquecillo. La oscuridad es total, el cielo está muy nublado. Se pone a llover. El viento zarandea el follaje entre zumbidos y silbidos.

Hay un hombre esperando en la casa. Es Othmane Raoui: alto, huesudo, de rostro afilado y ojos incandescentes. Sentado en un sofá con las piernas cruzadas, se examina detenidamente las uñas.

Detrás de él, el cachas con coleta controla sus nervios a duras penas.

—Llegas con diez minutos de retraso —señala el hombre de rostro afilado.

—Me he dado toda la prisa que he podido… ¿Dónde está Kacimi?

—En el sótano.

Réyan Baz baja allá. Kacimi está encerrado en una celda con barrotes, con un esparadrapo sobre la boca y los tobillos trabados con cinta adhesiva. Su mirada de pavor interroga al visitante sin hallar respuesta de un Réyan inexpresivo como una estatua de sal.

Réyan regresa junto a sus dos acólitos.

—¿Tienes el disco de la televigilancia? —pregunta el grandullón, que no se ha movido de su sofá.

Réyan le entrega el CD.

—¿Alguien puede explicarme de una vez lo que está ocurriendo? —pregunta el cachas.

—Estamos limpiándote el culo —le suelta el grandullón.

—¿Qué he hecho esta vez?
—La has cagado, Bob.
—No veo en qué.
—Tú nunca ves nada.
—No soy ningún tonto, Othmane.
—Sí que lo eres, y de los peores.
El grandullón deja de mirarse las uñas. Echa al forzudo una mirada de una negrura abismal. Le dice:
—No se te prohibió salir de la residencia para fastidiarte sino para que no metieras la pata. Y ahora mira el lío en el que nos has metido.
—No soy un eunuco. Tengo derecho a echar un polvo. Además, solo he salido una vez, y por unas horas.
—Lo suficiente para desbaratarlo todo, Bob. Fuiste a un restaurante y dejaste tu tarjeta de visita.
—No tengo tarjeta de visita.
—¡Coño, no te lo tomes todo tan al pie de la letra!
—¿A qué letra te refieres?
Othmane Raoui decide por fin levantarse. Se planta delante del cachas y le echa una mirada gélida. Le explica con sequedad:
—Unos polis han recogido las colillas que dejaste en el restaurante del Sofitel, se las han llevado al laboratorio, las han analizado y han comparado las huellas de ADN con las que encontraron en la sábana de la virgen. Han dado en el clavo.
—No tengo idea de lo que me estás hablando, Othmane.
—Pues que la policía te ha identificado —le precisa Réyan.
—¿Y qué? Soy el chófer de Hamerlaine. Nadie se atreverá a ir a por mí… No pago las multas y no me detengo en los controles policiales. Siempre ha sido así, ¿o no?
—Ya no. Por eso tienes que irte de Argelia hasta que esto se olvide. Réyan te va a llevar esta misma mañana a Béjaia para que tomes el primer vuelo para París.
—¿Por qué no a Argel? Béjaia está lejos y estoy reventado.
—Por discreción. Alguien te entregará un pasaporte auténtico con un nombre falso y tu foto, un billete de avión y algo de dinero. En París te quedarás con tu hermano. Te esconderás durante unos meses en Dax. Allí hay unas estupendas estaciones termales. Eso te relajará…
—¿Tan fea está la cosa?
—¡Y tú que lo digas! Hala, ya está todo dicho, Réyan va a llevarte de vuelta al pabellón. Haz tu maleta y lárgate.
—Yo…
—No hay «yo» que valga. Son órdenes. (Consulta su reloj). Tienes que estar en Béjaia dentro de menos de seis horas. Hay un vuelo a las 7:45. No lo pierdas, Bob, o me encargaré personalmente de ti. Ya os podéis largar. Tengo que ocuparme de nuestro amigo del sótano.

Bob no abre la boca durante todo el camino de regreso. Rígido en el asiento derecho, mira fijamente y sin moverse la carretera enfocada por las luces. Todo va demasiado rápido para él y su escasa sesera no da para más. Lo único que sabe es que cuando Haj Hamerlaine da una orden, se cumple y punto.

Réyan Baz permanece igual de callado. Conduce, absorto en sus pensamientos, el rostro impenetrable.

Llueve a mares cuando llegan al pabellón 32. Réyan abre la verja con el mando a distancia, aparca el coche en el patio y apaga el motor.

—Entremos por la puerta trasera —dice al cachas.

—¿Por qué no por la principal? No somos ladrones.

—Bob, nadie debe saber que has regresado esta noche.

Bob asiente con la cabeza sin entender realmente los temores de Réyan.

Rodean la mansión, entran por una pequeña puerta, suben directamente al primer piso, entran en la habitación de Bob, encienden la luz.

—Date una ducha, Bob. Quiero verte impecable en Béjaia. Ponte el traje celeste, te queda de maravilla. Yo te preparo la maleta.

—Me voy a tirar una hora bajo la ducha, ya sabes lo que me encanta ponerme en remojo.

—Eso déjalo para otra vez. Te doy quince minutos. Hala, desnúdate.

Bob se quita la chaqueta de cuero, el jersey, se sienta en el borde de la cama para descalzarse, luego le toca el turno al pantalón; ya en calzoncillos y camiseta, se queda petrificado: Réyan Baz lo está apuntando con su pistola.

—¿De dónde has sacado ese juguete, Réyan?

—No me lo tengas en cuenta, Bob. No soy más que un mandado.

Réyan dispara dos veces. Bob se estremece ante los impactos, pero no cae. Se queda pensativo por un momento, incapaz de entender por qué está sangrando, mira lastimosamente a Réyan, suelta difusamente: «¡Joder!, no puede ser...» y, con una sonrisa bobalicona, se tumba lentamente de costado y deja de moverse. Réyan lo remata de un tiro en la sien que le desparrama los sesos por la pared, salpicando de paso la pantalla de la lámpara de la mesilla de noche.

Réyan enciende la tele con fría calma, dobla las almohadas, coloca la ropa de Bob sobre una silla, comprueba que todo está en orden y baja al salón donde los cuerpos del criado y del operador yacen encharcados en sangre. Apaga las arañas, sale al jardín, vuelve a su coche y se dirige hacia la verja accionando el mando a distancia. Al pasar ante la garita del guarda, se detiene bruscamente: no hay nadie en la cabina acristalada.

Réyan se apea del vehículo. La sangre fría con que ha realizado la matanza se le volatiliza en un segundo. Superado por el vertiginoso vuelco de la situación, entra en la cabina, enciende todos los proyectores que alumbran la residencia y echa a correr a diestro y siniestro. Por fin encuentra unas huellas de sangre en una de las calles del jardín, las sigue hasta la playa, busca una y otra vez con ayuda de una linterna... el guarda se ha esfumado.

Réyan cae de rodillas sobre la arena, se agarra la cabeza con ambas manos y suelta un tremendo rugido de rabia que el rumor del oleaje disipa de inmediato.

25

Los agentes de la policía científica se afanan en el pabellón 32. En el gran salón donde yacen el criado y el operador han colocado etiquetas numeradas junto a los casquillos dispersos sobre la alfombra, a la estatuilla de bronce y a otros indicios susceptibles de contribuir a la comprensión de la carnicería. Dos fotógrafos hacen destellar sus aparatos desde distintos ángulos, acribillando a flashes a los dos cuerpos cubiertos de sangre.

Nora sube al piso.

Otros agentes peinan la habitación donde Bob, tumbado de lado con la cabeza reventada, mira tontamente una almohada. Zine y Guerd observan a los atareados expertos. Por la ventana que da al jardín, un tercer equipo inspecciona los alrededores.

—¿Fuiste tú quién descubrió esta carnicería? —pregunta la comisaria a Réyan Baz derrumbado sobre un asiento del pasillo.

—Me cuesta creer lo que veo —dice este con voz apagada—. Estoy esperando a ver si despierto de esta pesadilla.

—Esto no es una pesadilla, joven. Cuéntame lo que ha pasado.

Réyan Baz se oculta el rostro con las manos.

—Deje que me recupere un poco. Todos los que yacen aquí son amigos míos. Unos tíos estupendos. Llevamos años juntos. ¿Cómo se lo voy a contar a sus familiares?

—Lo siento, pero necesito tu versión.

Réyan Baz se levanta titubeando, se dirige a duras penas hacia una pequeña nevera al final del pasillo, se sirve un vaso de agua y se lo bebe de un trago. Se seca la boca con la manga y vuelve a derrumbarse en el asiento.

—A las siete de la mañana me encontré con la verja abierta. El guarda no estaba en su puesto. Aquello no me pareció normal, pero no me esperaba esta carnicería. Para nada. Nunca se ha metido un ladrón aquí.

—¿Crees que se trata de un robo que salió mal?

—No creo nada. Es la primera vez que veo cuerpos encharcados en su propia sangre. El shock ha sido tremendo. Me siento trastornado. No puedo decir más por ahora.

—Sin embargo, debes hacerlo.

—No sé más que usted, comisaria. Me planto aquí y me encuentro con esta masacre. Llamo a la policía y aquí está. Está usted viendo lo mismo que yo. No he tocado nada. Ni siquiera he encontrado yo a Bob. Cuando me topé con los dos cuerpos en el salón, creí que me fallaba el corazón. No me atreví a acercarme a ellos. Salí al jardín y

llamé a la comisaría. Sus colegas llegaron de inmediato. Entraron en la residencia y encontraron el cadáver de Bob en su habitación. Yo me quedé fuera. Me sentía incapaz de seguirlos. Luego apareció la policía científica. Eso es todo.

—¿El señor Hamerlaine ha sido avisado?

—No he tenido el valor ni la fuerza de llamarlo. El jefe de la brigada se ha encargado de ello. ¿Qué iba a contarle? Es horroroso, horroroso…

Guerd asoma la cabeza por la puerta de la habitación:

—Comisaria, creo que acaba de llegar el prefecto.

Nora acude al jardín para presentarse ante la autoridad local.

Al prefecto le cuesta mantenerse en pie.

—Menuda catástrofe —repite una y otra vez.

Casi se desmaya al entrar en el gran salón.

Tras él llega el ministro, solo en su Mercedes de cristales ahumados. Con las prisas, se ha abotonado mal la camisa. Se dirige en primer lugar al prefecto; luego se lleva aparte al capitán de la policía científica y le exige un primer informe. A los diez minutos llega Hamerlaine, provocando un desconcierto general. El ministro y el prefecto lo acompañan dentro de la villa. No tardan en salir. Hamerlaine está muy cabreado. Nora lo ve gesticular de lejos mientras los dos altos funcionarios escuchan sin rechistar. Una vez acabada la visita, el *rboba* se mete en su coche y se va. El ministro y el prefecto dan una última instrucción al capitán de la policía científica y se apresuran asimismo a marcharse.

Tras su partida, Nora se reúne con el capitán.

—Estamos con la mierda al cuello —reconoce este.

—Tú las has visto peores, Salah.

—No a este nivel. El ministro espera mi informe al final del día. Cree que basta con chasquear los dedos para saberlo todo.

—¿Tienes alguna idea de cómo se ha producido esta matanza?

—Tenemos tres cadáveres y un herido desaparecido. Hay huellas de sangre en la garita y un impacto de bala en el asiento del guarda. Lo debieron de dar por muerto pero ha sobrevivido. Creo que ha huido por la playa. Mis hombres han rebuscado entre las rocas de la izquierda pero no han encontrado nada.

—Quizás se haya ahogado.

—Puede ser. Tenemos allí un equipo de submarinistas y otro en la orilla por si el mar devolviera el cadáver. Pero aún no tenemos nada.

—¿Cuántos agresores crees que hubo?

—Demasiado pronto para adelantar una cifra. Los asesinos han robado el CD de la sala de vigilancia y desactivado las cámaras para cubrirse las espaldas.

— ¿*Los* asesinos?

—Nadie ataca solo la residencia de Hamerlaine, Nora. Sobre todo si el operador está controlando las pantallas. La verja fue abierta desde la sala de vigilancia. No hay botones en la garita, solo una silla y un teléfono de pared. Por ahora no tenemos gran cosa. Espero que el guarda haya logrado escapar.

Nora regresa a la villa, sube al piso. Réyan Baz no se ha movido de su silla.

—¿Dónde vive el guarda? —le pregunta a bote pronto.

—Me duele la cabeza...

—¡Que me des la dirección del guarda, joder!

—En el pueblo de los Boussadi, detrás de la colina. Una casucha aislada junto a la pista que conduce al bosque. Pregunte por Ammi Messaoud.

—El número de la casa.

—No tiene, es una antigua granja colonial, la única que queda en la zona.

Nora ordena a Zine que la acompañe.

—¿Y yo? —protesta Guerd.

—Ahora volvemos —le suelta la comisaria bajando a toda prisa la escalera.

La aldea de los Boussadi no pasa de un puñado de casuchas dispersas. No se ve a un solo niño fuera, solo un asno repantingado sobre el polvoriento suelo y unos perros dormitando a la sombra de las tapias. La granja de Ammi Messaoud, medio en ruinas, se encuentra en medio de un descampado invadido por cardos. Para llegar hasta ella hay que tomar un estrecho sendero. Zine se detiene a la altura de un cercado y examina los alrededores. No se ve un alma.

—La puerta ha sido echada abajo —comenta—, y el perro no se mueve. Esto huele a chamusquina.

Ambos policías desenfundan su arma y se separan para acercarse. Echan una ojeada a la parte trasera, se pegan al muro para llegar a la puerta principal, cada uno por un lado, el arma en posición de tiro. La puerta ha sido arrancada de cuajo. En el vestíbulo, un armario volcado sobre un costado y varios objetos esparcidos por el suelo. Ambos policías avanzan cubriéndose mutuamente por turno. Llegan a una habitación amplia y cochambrosa, revuelta como si la hubiese arrasado un tornado. En un rincón ven a una anciana acurrucada, con la barbilla sobre sus rodillas y las manos agarrándose la cara. De sus hombros cuelga una toquilla sobre el desgarrado escote de su vestido. Se sobresalta al ver a los dos policías acercarse. Tiene el rostro ensangrentado, los labios partidos y contusiones violáceas en los pómulos; le tiemblan sus magulladas manos.

Nora se arrodilla a su lado mientras Zine comprueba que no hay nadie más en la casa.

—¿La han atacado, señora?

—¿Qué más queréis de mí? Ya os he dicho que no sé dónde está mi marido.

—Somos de la policía, no tiene nada que temer.

—No temo a nadie —dice la mujer rechazando la mano protectora de la comisaria—. Y me da igual que seáis de la policía. Mi marido solo se acuerda de mí cuando se pone enfermo. Desde que vive en el castillo de su amo, se ocupa más del perro que de su familia. No me manda dinero ni comida. Hace meses que no lo veo. No sé dónde se ha metido. Ya pueden estar pegándome hasta mañana, me importa un bledo. ¡No-sé-dón-de-es-tá!

—¿Quién la ha agredido?

—Dos tíos se me echaron encima en plena noche. No tengo electricidad y no me dio tiempo a encender el candil. Buscaron por todas partes con sus linternas antes de golpearme. Buscaban a mi marido. Pero yo no sé dónde está.

Nora conecta su radio y pide que envíen una ambulancia a la granja de los Boussadi.

En el pabellón 32, los expertos recogen sus bártulos.

El capitán Salah da unas últimas instrucciones a sus hombres antes de ordenarles que suban a sus vehículos con el logo de las unidades especiales de la policía.

—¿Cómo se presenta la cosa? —le pregunta Nora.

—Faltan muchas piezas para completar el puzle —dice el capitán con cara de fastidio—. El ministro no va a tener su informe hoy.

—Creo que he reconstruido la escena —interviene el teniente Guerd, que odia ir de segundón y además quiere demostrar a la comisaria que no se ha quedado cruzado de brazos mientras ella y Zine correteaban por el campo—. Esperaban a los asesinos; si no, ¿cómo se explica que les abriesen la puerta?

—Puede que saltaran el muro —le dice Nora.

—Ha estado lloviendo toda la noche. No hay huellas de zapatos al pie de los muros. En cambio, hay marcas de neumáticos en el patio que domina el jardín. Por tanto, los asesinos llegaron en coche. La verja solo se abre desde la sala de vigilancia. La investigación dirá si tenían cómplices dentro o si estaban citados. Llamaron a la puerta. El criado les abrió. Lo golpearon con la estatuilla por la espalda. El operador acudió y lo mataron. Bob estaba viendo la tele en su habitación. Lo acribillaron justo cuando estaba levantándose de la cama.

El capitán no puede evitar sonreír ante la imaginación galopante del teniente. Se despide de la comisaria y se apresura a reunirse con sus hombres.

El pequeño convoy de la policía científica abandona el pabellón

32 dejando tras de sí un silencio frustrante.

Réyan Baz está en el salón, sentado en un sofá. No hay manera de que despabile. A Zine le extraña su comportamiento. ¿Cómo se puede estar traumatizado y conservar una mirada tan intensa y vivaz? ¿Cómo se puede asegurar estar conmocionado y no manifestar la menor emoción ante los dos cadáveres que siguen allí? Baz no ha mirado una sola vez los cuerpos de sus queridos amigos. Es como si se encontrara en una sala de espera de alguna entidad oficial para cumplir con una formalidad administrativa y largarse luego. Ese hombre no sufre. Está aburrido.

—¿Puedo irme? —pregunta a Nora—. Necesito darme una ducha para relajarme.

—¿Cuántas habitaciones tiene la villa?

—En la planta baja tenemos los dos salones, el de verano y el de invierno, así como las cocinas, la sala de vigilancia y los dormitorios de los sirvientes. En el primero, cuatro habitaciones para invitados, una sauna, otro salón grande…

—¿Dónde están las habitaciones de Haj Hamerlaine? —lo interrumpe la comisaria—. No creo que comparta planta con su servidumbre.

—Su dormitorio y su despacho se encuentran en el ala izquierda de la villa. Allí solo pueden entrar sus sirvientes de Hydra para hacer la limpieza. Los empleados de aquí tienen prohibido acercarse a esa zona.

—¿Podemos echar una ojeada?

—Necesito una orden por escrito del propio Haj Hamerlaine.

—Perdone —dice un bombero desde el umbral de la puerta—. La ambulancia lleva cuatro horas esperando. ¿Cuándo vamos a poder llevarnos los cadáveres?

—Hágalo ahora, comandante, por favor —le pide la comisaria.

26

Saad Hamerlaine recibe a Nora y sus dos subordinados en su villa del 62 de la avenida des Promeneurs, en Hydra. Ha optado por entrevistarse con ellos en su despacho para mayor discreción, convencido como está de ser víctima de un complot que va más allá de su propia persona.

—¿Tiene usted alguna idea de quién puede estar detrás de esos asesinatos? —le pregunta Nora.

El anciano se sujeta el mentón con el pulgar y el índice. Una arruga le cruza la frente a la vez que una mueca de circunspección le estira los labios:

—No tengo enemigos pero Argelia tiene todo un contingente, y yo soy un pilar de nuestra patria —arguye el *rboba*—. Desestabilizándome a mí pretenden cargarse las instituciones del país. Sabrá que estamos llevando a cabo reformas revolucionarias para impulsar la economía nacional y tranquilizar a nuestro pueblo amenazado por los desbarajustes de lo que los occidentales llaman con retintín, además de insidiosamente, la «primavera árabe». Nuestras iniciativas no gustan a algunos nostálgicos.

—¿Sospecha de alguna intervención extranjera, señor?

—No hay que descartar ninguna hipótesis, comisaria.

—Estamos investigando con los medios disponibles.

—El ministro me ha prometido facilitarles todo lo que necesiten. Nos jugamos el destino del país. ¿Sabe qué día fue asesinada mi nieta?

—Sí señor. El 23 de diciembre...

—¿Y sabe qué significa eso?

Nora mira a sus subordinados en busca de una respuesta, pero estos bajan los ojos en señal de ignorancia.

El anciano da un puñetazo sobre su mesa:

—¡El 23 de diciembre es el día de mi cumpleaños!

Los tres policías se quedan boquiabiertos. A Guerd se le queda atravesada la nuez en la garganta. Zine ni siquiera se percata de que el bolígrafo con el que estaba tomando notas se le ha caído de la mano.

—Sí —jadea Hamerlaine—, el día que cumplí ochenta y siete años. Esos cerdos festejaron a su manera mi cumpleaños.

—Lo sentimos mucho, señor.

—Asesinaron a mi nieta el día de mi cumpleaños —repite.

—Sí, señor.

—Eso da idea del tipo de canallas con que nos las estamos viendo, comisaria. Seres abyectos, miserables y de una crueldad diabólica.

—Sí, señor.

—Esos cabrones intentan desmoralizarme atacando a mi familia y a mi personal, pero olvidan que conmigo no puede nadie. Tengo un especial empeño en cazarlos uno tras otro, así como a quienes estén, de un modo u otro, pringados en esta conspiración. El castigo que les tengo reservado espantaría a un condenado al fuego eterno. Seré despiadado y haré que se arrepientan de haber nacido, créanme. Por tanto, no quiero que este asunto se atasque. Hay que identificarlos cuanto antes para desarticular su red y ahorrar más quebrantos al país. Bastante hemos padecido con el decenio terrorista.

—Solo somos tres los que llevamos el caso, señor —se justifica Nora.

—No es así. Hay varios equipos investigando. Cada cual en su especialidad. Nos estamos jugando mucho y hay que ir a por todas para que no nos pillen desprevenidos.

—¿Nos está diciendo que otros departamentos están investigando lo mismo que nosotros, señor? ¿Quiénes? ¿La DRS, el Observatorio, la gendarmería?...

—Cada cual se dedica a lo suyo —la tranquiliza el anciano—. Lo relativo a la seguridad del Estado estará a cargo del organismo competente. Nadie les va a hacer sombra. Ya se ha creado una célula especial. Recopilará las informaciones de unos y otros, las analizará y dará las instrucciones oportunas. Para la policía solo se trata de un asunto criminal.

Nora asiente con la cabeza sin por ello salir de su asombro.

Hamerlaine la mira en silencio.

—Me han contado que encontraron huellas dactilares en la estatuilla con la que asesinaron a Mabrouk, el cocinero.

—Así es, señor.

—¿Y a qué esperan para analizarlas?

—Ya está hecho, señor —dice Nora volviéndose hacia Zine.

El inspector se apresura a sacar de su carpeta un sobre que entrega a la comisaria.

—Esta mañana nos llegaron los resultados. Las huellas pertenecen a un tal Kader Kacimi, exdiplomático y hombre de negocios...

—¿Cómo? —ruge el anciano—. ¿Está bromeando?

—No, señor. Ahí está el informe.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto.

Nora debe casi tumbarse sobre la colosal mesa para entregar el documento al anciano. Este le echa una ojeada meneando dubitativamente la cabeza.

—Tiene que haber un error, comisaria. No es posible.

—No hay error, señor.

—Kader no puede haberlo hecho —insiste el anciano—. Es

incapaz de matar una mosca. Qué duda cabe de que es un gilipollas, pero le basta con ver una gota de sangre para desmayarse.

—¿Lo conoce usted, señor?

—¡Y tanto! Yo lo he educado. Me lo debe todo y no es un ingrato.

—¿Conoce el pabellón 32?

—A veces pasaba a verme en verano. Se han quedado incluso a dormir, su mujer y él, durante un día o dos. ¿Por qué?

—El o los asesinos conocían perfectamente la residencia, desde la sala de vigilancia hasta los alojamientos de la servidumbre.

—En lo tocante a Kader, eso no demuestra nada. Los comandos son profesionales. Se informan con todo detalle sobre el lugar donde van a actuar.

—¿Hay alguna posibilidad de que tuvieran algún cómplice dentro?

—No veo quién podría ser. Mis hombres han sido cuidadosamente seleccionados. Nadie les da mejor trato que yo. Tengo plena confianza en ellos. Es usted quien debe hallar la respuesta a esa pregunta, comisaria. Por ahí no van los tiros. Lo de Kader es una maniobra de distracción. No puede estar implicado en este asunto. Siente veneración por mí. Yo mismo lo coloqué en el Ministerio de Asuntos Exteriores y conozco al dedillo su trayectoria como diplomático. Soy su padrino. Es verdad que decidí no apoyarlo en las últimas elecciones al Senado, pero no creo que me guarde rencor.

—Lo siento en el alma, señor, pero nuestros expertos no tienen la menor duda. Las huellas halladas sobre la estatuilla pertenecen a Kader Kacimi. Hemos ido a su casa. Su esposa dice que no lo ha vuelto a ver desde la noche del 17 de enero, o sea la noche de la matanza. Nos hemos puesto en contacto con su empresa. Más de lo mismo. El señor Kacimi ha desaparecido del mapa.

El anciano sigue negando con la cabeza:

—Seguro que hay una explicación para eso. Kader jamás se atrevería a agredir a nadie. Me debe todo lo que ha conseguido en la vida. Hasta a su esposa se la busqué yo. No, no puede ser… ignoro dónde se ha metido, probablemente esté retozando con alguna jovencita, pero no tiene nada que ver con esa carnicería. Puede que lo estén utilizando para confundirnos. Le recuerdo que se trata de un complot contra mí, y por tanto contra el Estado argelino.

Se levanta y sale del despacho, dejando perplejos a los tres policías, que no saben si la indignación del *rboba* se debe a su incompetencia o al enigma del «complot».

27

El coche de Kader Kacimi ha sido localizado en el aparcamiento VIP del aeropuerto Houari Boumédiène.

Como medida de seguridad, unos artificieros han examinado el Peugeot por si hubiera una bomba trampa antes de trasladarlo al garaje de la policía científica.

—¿Están de broma? —exclama la señora Joher Kacimi—. Mi marido no puede haber salido del país. Tiene citas importantes.

—Su nombre está en la lista de pasajeros —le notifica Nora—. Tomó el vuelo AH 1515 para Bruselas el 17 de enero por la mañana.

—No me lo creo. Mi marido está luchando por obtener un escaño en el Senado. Es la primera de sus prioridades y no lo tiene nada fácil. Kader no me ha hablado de ningún viaje al extranjero. Nunca viaja sin decirme dónde va y cuándo piensa volver. Siempre me ha tenido al tanto de su vida. Estoy convencida de que le ha ocurrido algo grave.

—¿Qué se lo hace suponer?

—No lo supongo, lo tengo claro.

—¿Tenía problemas?

—Muchísimos, pero no como para que peligrara su vida. Pero ahora me temo lo peor. No le van los asuntos turbios y no es para nada un tipo duro. No se pone límites cuando le sirven los favores en bandeja, pero no insiste cuando prescinden de él. Es un señor con clase, culto, que sabe pasar de largo cuando algo no le incumbe. Mi marido no está muy lejos de aquí. Si pretenden hacer creer que se ha ido al extranjero, es porque está en peligro por motivos que se me escapan.

—¿Ha intentado hablar con él por teléfono?

—Todos los días. Siempre salta el contestador. Otra cosa que me tiene sorprendida es que mi marido estaba citado anteayer con el presidente de la Asamblea. Como comprenderá, no iba a perderse una oportunidad como esa.

Tras interrogar a la señora Joher Kacimi en su domicilio, Nora y sus dos subordinados regresan al pabellón 32.

Pese a que se les ordenó que no tocaran nada, han limpiado a fondo el lugar del crimen.

La comisaria se sube por las paredes, pero su ira resulta ridícula ante la impasibilidad de Réyan Baz. El encargado de la residencia mantiene una calma olímpica. Recibe a los policías con un desapego que contrasta con su actitud de unos días atrás. El señor Baz ha recuperado su desenvoltura de galán y la indolencia de quien confía en su buena estrella. Con su vaso de vodka en la mano, no hace el

menor caso a sus visitantes. Al verlos llegar, ladeó la cabeza y Zine leyó en sus labios: «Otra vez estos coñazos.»

—¿Se le olvidó el bolso, comisaria? —ironiza.

—No lo llevo cuando estoy de servicio.

Baz aparta los brazos señalando el entorno.

—Como pueden comprobar, aquí hemos vuelto a la normalidad.

—No tenía usted derecho a limpiarlo todo sin nuestro permiso —le espeta Nora a bocajarro.

—Yo aquí no soy más que un mandado. Si cree que hemos hecho algo mal, échele la bronca al *rboba*.

A Zine lo tiene anonadado el desparpajo del joven. Aprieta y relaja intermitentemente el puño. A Baz no se le escapa el nerviosismo del inspector, y hasta le hace gracia.

—¿Dónde estabas la noche de la matanza?

—¿Debo entender que soy sospechoso? —pregunta Baz bamboleándose, cada vez más desagradable.

—Eso no es una respuesta.

—Estaba en mi casa, en el Caroubier.

—¿Alguien puede confirmar tu coartada?

—Vivo solo. Mi chica se ha largado.

—No me extraña —dice Guerd.

El teniente y el joven se fulminan con la mirada, el primero enseñando los dientes, el segundo sonriendo.

—Siéntate en el sofá —ordena la comisaria a Baz.

—Estoy bien de pie.

—¡Que te sientes!

Baz se toma su tiempo antes de sentarse a regañadientes en un sillón.

—¿Kader Kacimi solía venir por aquí?

—Cuando el patrón estaba de buenas con él, solía pasar uno o dos fines de semana en verano. Venía con su mujer. Pero ya no es bienvenido en el pabellón 32 desde hace unos años.

—¿Por qué?

—Los designios del Señor son impenetrables.

—¿Se trataba con alguno de tus empleados últimamente?

—No creo.

Nora lo mira fijamente antes de proseguir:

—Han encontrado el coche del señor Kacimi.

—Me alegro por sus herederos.

—¿Dónde hay un aseo? —pregunta Guerd—. Me están entrando ganas de vomitar.

—Al final del pasillo, a la izquierda —le indica Baz—. En el sótano.

Guerd se dirige hacia allá.

—Espero que no se le olvide tirar de la cadena —bromea Baz.

—Como sigas pasándote de listo, yo mismo voy a tirar de la cadena, pero con tu cabeza dentro de la taza del váter —le promete Zine.

—¿Sabe lo que han encontrado en la guantera del coche, señor Baz? —pregunta la comisaria.

—No es asunto mío.

—Una pistola.

—Nada menos.

—Con silenciador.

—¿Quién dijo que no se nos da bien la tecnología?

—Con las huellas del señor Kacimi.

—Un contratiempo para un candidato al Senado.

—El análisis balístico demuestra que es la misma pistola con la que mataron al operador y a Bob.

—No hay crimen perfecto —admite Baz.

—Y al lado de la pistola estaba esto —prosigue Nora enseñándole un disco—. ¿Sabes qué es?

—¿El último éxito de Cheb Khaled?

—No, señor Baz. Es la grabación de las cámaras de vigilancia de la residencia. ¿Te parece bien que la veamos juntos?

—Me creo sus palabras —se rebela Baz.

—La palabra no vale nada en la policía. Solo cuentan las pruebas.

Ambos policías llevan al joven a la sala de vigilancia para visionar el disco. En la pantalla principal del dispositivo se ve llegar un coche de gran cilindrada, deslizarse la verja, entrar el coche en la residencia y detenerse en el patio que domina el jardín. Un hombre se baja y se acerca a la villa. El zoom se centra en su rostro. Es Kader Kacimi. A la izquierda de la pantalla se lee: «23:37, 17-1-2013». Kader Kacimi llama a la puerta, que se abre de inmediato como si alguien estuviera esperando tras ella. No se ve quién es, pero sí aparece un trozo de brazo.

—Es el brazo de alguien que lleva chaqueta —señala Nora.

—Está más claro que el agua —reconoce Baz—. ¿Cuál es el problema?

—Se supone que fue el cocinero quien abrió la puerta.

—Normalmente sí. Mabrouk no solo es cocinero sino también sirviente.

—Pues ese es el problema. El sirviente llevaba una camisa de manga ancha, no chaqueta.

—Cierto —farfulla Baz con un leve tembleque de voz—. Puede que fuera Bob.

—Bob estaba viendo la tele cuando se lo cargaron.

—O el operador.

—Llevaba una camiseta cuando lo tirotearon.

—Reconozco que resulta extraño.

—Extraño no, más bien una metedura de pata. El señor Kacimi llega y llama. El sirviente le abre. Kacimi le parte el cráneo con la estatuilla. Aparece el operador, que muere de varios disparos. Bob está viendo la tele en su habitación. No ha oído nada. La pistola del asesino lleva silenciador. Este sube al piso y pilla a Bob en su cama. Eso es al menos lo que nos ha parecido entender durante la reconstrucción de los hechos, ¿no es así?

—¿Y yo qué sé?

—¿Llevabas chaqueta aquella noche?

—Yo no estaba allí.

«¡No ha picado!», piensa Nora.

—Hay algo que no entiendo —vuelve a la carga Nora—. ¿Por qué el asesino no mató también al cocinero con la pistola? ¿Por qué usó la estatuilla de bronce? ¿Solo para dejar sus huellas como firma?

—Ustedes son los policías.

—Precisamente, señor Baz, precisamente. Cuesta creer que el asesino dejara sus huellas en la estatuilla y solo allí, ni en la sala de vigilancia al recoger el disco y apagar los monitores, ni en la habitación de Bob.

—Llevaría guantes.

—En ese caso los llevaría desde el principio, ¿no te parece?

—No soy poli. ¿Por qué me hace preguntas que soy incapaz de contestar? Ya le he dicho que no estaba allí. Llegué por la mañana...

—A las siete —lo interrumpe Zine—. Eso ya lo has contado. Lo que no sabemos es, en primer lugar, quién era el de la chaqueta y, en segundo lugar, si el señor Kacimi tenía un cómplice dentro de la casa.

—¿Un cómplice dentro de la casa?

—En el coche del señor Kacimi se han encontrado huellas dactilares y pelos de Bob.

—¿O sea que según usted Bob estaba compinchado con Kacimi? ¿Cree que lo habría ayudado a entrar en la residencia?

—Es aún más complicado, señor Baz. A Bob lo mataron mucho después.

—¡No me diga!

—Según los informes del forense y de la policía científica, al sirviente y al operador los mataron a la vez, entre las once y las doce de la noche. Bob fue asesinado entre las tres y las cuatro de la mañana. Con la misma pistola. ¿Cómo se explica que el asesino tardara tres horas en subir del salón al piso?

Esta vez, Baz se queda hecho un guiñapo. No consigue controlar su respiración.

—Comisaria —grita Guerd desde el sótano—, baje a ver esto.

Nora y Zine salen rápidamente de la sala de vigilancia, bajan por una escalerita que hay al fondo del pasillo y llegan a una sala grande atestada de lavadoras, de armarios, de tablas de planchar y demás material de mantenimiento.

Guerd señala un armario empotrado lleno de sábanas, manteles, cortinas y mantas esmeradamente apilados.

—Fíjense en esas sábanas, colegas. Seda bordada con hilo de oro. ¿No les recuerda algo?

La comisaria despliega una sábana y le da varias vueltas.

—Extraña coincidencia —dice—. Es clavada a la que cubría el cuerpo de Nedjma Sadek.

—Tenemos toda una colección —observa Baz, de repente pálido—. Para uso exclusivo del señor Hamerlaine. Cuestan un ojo de la cara.

—Se la devolveremos cuando haya pasado por el laboratorio.

—Suéltela ahora mismo. El patrón odia que toquen sus cosas.

—Como intentes interponerte en nuestro camino —replicó Guerd—, te pateo el culo hasta reventarte las almorranas como si fuera plástico con burbujas.

Baz se viene abajo como un castillo de naipes. Ahora su palidez ha virado al gris. Se apoya en la pared como si le faltara aire.

—Escuchen… —dice entre jadeos—. Como se entere el señor Hamerlaine, no se conformará con despedirme.

—¿Cómo se entere de qué?

—De que Bob solía traer chicas a la residencia. Les aseguro que yo no estaba conforme. Se lo reproché varias veces, pero Bob hacía lo que le daba la gana. Haj solo pisa la residencia en verano, una o dos semanas. El resto del año hacemos más o menos lo que queremos. Bob aprovechaba para traer aquí a sus ligues. Le gustaba hacerse pasar por el dueño. Lo amenacé con denunciarlo, pero él sabía que no lo haría. Estábamos muy unidos. Así que yo miraba hacia otra parte. Era joven, ya me entiende usted. Le gustaba disfrutar de la vida. Y como no había peligro de que nos pillaran, no había manera de convencerle de que se fuera a otra parte. Y es que este es un lugar muy discreto.

—¿O sea que Bob se trajo a Nedjma al pabellón 32?

—¿Nedjma?

—Nedjma Sadek —precisa Nora—, la estudiante que apareció muerta y con un pecho desgarrado el pasado 24 de diciembre en el bosque de Bainem.

Baz se queda atónito.

—No sé de qué me está hablando.

—Envolvieron su cadáver en una sábana como esta.

—Le aseguro que no sé nada de esa historia.

—¡Anda ya! El señor Hamerlaine no estaría orgulloso de ti.

Baz deglute repetidamente. Su mirada extraviada salta de un poli a otro mientras se tritura las manos hasta casi hacerlas sangrar.

Como si emergiera de un prolongado estupor, empieza a soltar prenda:

—Algo oí hablar de una velada que salió mal, pero no me dieron detalles. El guarda me contó que Bob se había traído a una chica una tarde y que lo vio salir de noche con un fardo. No se veía nada. El guarda no supo decirme de qué se trataba.

—¿No vio salir a la chica?

—No.

Nora pide con una señal al teniente que coja una sábana para llevarla al laboratorio.

—Les suplico que no se lo cuenten al señor Hamerlaine —gime con voz de espanto—. Es capaz de desollarme vivo y de arrancarme el corazón.

Nora lo deja plantado entre el material de mantenimiento y pide a sus subordinados que salgan con ella.

No hay nadie en el chalé 28. Baz lleva un rato llamando y aporreando la puerta hasta dañarse la muñeca. En vano. Se sienta en la escalinata y saca su móvil. Sus llamadas se desvanecen en el contestador. Espera unos diez minutos y vuelve a intentarlo. Nadie contesta. Acaba dejando un mensaje: «Estoy en tu casa. Es muy urgente.»

Baz mira la hora. Lleva tres horas esperando en la escalinata, en pleno bosquecillo envuelto en un silencio pavoroso. Salvo unos pájaros piando en los árboles, no se oye absolutamente nada. El chalé 28 se encuentra en un coto de caza privado, una especie de reserva feudal vetada a furtivos y excursionistas.

Cuando ya está a punto de desesperarse, aparece un todoterreno entre los matorrales. Baz pega un bote de alivio.

El imponente vehículo se detiene tras su coche. Un tipo grandullón se apea de él. Es Othmane.

—Te he dicho un montón de veces que no aparques ante mi puerta. Hay un aparcamiento detrás.

—No hay nadie por aquí —farfulla Baz.

—Eso me la trae floja. Las instrucciones están para cumplirlas. Oculta ahora mismo tu trasto en la parte trasera.

Baz se mete en su coche, rodea el chalé y aparca en un espacio cubierto. Othmane, que mientras tanto ha entrado en la casa, le abre una puerta y lo conduce hasta el salón por la cocina.

—Te he llamado varias veces.

—Mal hecho —le espeta con sequedad el tipo grandullón—. Puede que tu teléfono esté intervenido, cretino.

—La policía ha vuelto esta mañana al pabellón 32.

—Estoy al tanto.

—La comisaria tiene sospechas.

—Es su oficio.

Baz se sirve un vaso de alcohol y se lo bebe de una tacada para reponerse. Cuenta con todo detalle lo acontecido con los policías. Othmane lo escucha hasta el final, sin interrumpirlo, con el ceño fruncido por una intensa concentración.

—No debiste contarles lo de Bob.

—Han encontrado las sábanas.

—Como esas las hay en todas las casas de ricachones de Argel.

—No me esperaba que...

—Se te paga para que te esperes lo que sea, Réyan. Debiste atenerte a la primera versión: que no estás al tanto de nada.

—Se han llevado las sábanas para que las analicen en el laboratorio.

—¿Y qué? ¿Eso qué demuestra?

—También han localizado el coche de Kacimi, con la grabación de las cámaras de vigilancia y la pistola.

—Yo mismo dejé el coche en el aeropuerto. Kacimi se ha ido del país.

—¿Se ha ido del país?

—¡Cretino!

Othmane lleva a Baz a empellones hasta el sótano. La jaula donde Kacimi estuvo encerrado unos días atrás está vacía. Una gran placa de cemento acaba de secarse en el suelo. A su lado, una fosa rectangular del tamaño de un hombre, recién excavada y con arena amontonada a su alrededor.

—¿Qué es todo este circo? —pregunta Baz.

—Bajo esta placa de cemento nuestro querido Kacimi duerme el sueño eterno.

—O sea, que no se ha ido del país.

—En cierto modo, sí.

—¿Y para qué es esa fosa?

—¿Tú qué crees?

Baz da un paso atrás, repelido por el infame rictus que retuerce la boca del tipo gigantón.

—¡No! —aúlla.

—Sí —le asegura Othmane apuntándolo con una pistola.

28

Las revelaciones de Guerd tienen totalmente trastornado a Ed Dayem. Una corriente de aire se ha colado violentamente en su cabeza haciendo volar sus neuronas. ¿No estará divagando el teniente? No lo parece; picotea con toda tranquilidad en un plato de pistachos, cruzado de piernas, arrellanado en su asiento, como si acabara de contarle un suceso intrascendente.

Ed se afloja el nudo de la corbata, se enjuga la cara con un kleenex y abre la ventana para ventilarse, convencido de que las cosas se le están yendo de las manos.

—Una auténtica carnicería —repite melindrosamente Guerd sin dejar de picotear.

—Dame un respiro. Me cuesta seguirte. ¡Joder, deja que me reponga!

Ed sale al pasillo. Ordena a Karima, la recepcionista, que eche el cierre y se vaya a su casa.

—Muy bien, señor.

Ed espera a que su empleada haya bajado la persiana metálica y se haya ido, vuelve a su despacho, se quita la corbata, se desabrocha la camisa y se sirve un vaso de agua antes de derrumbarse sobre su sillón de jefazo.

—Vuelve a contármelo todo desde el principio.

—¿Desde el principio? —exclama Guerd—. ¡Es que apenas me quedan pistachos en el plato!

—¡Coño, te lo estoy pidiendo en serio! ¿De qué va esa historia de la matanza? No me había enterado.

—Se han cargado al chófer, al operador de la sala de vigilancia y al sirviente. El guarda se ha esfumado.

—¿En el pabellón 32?

—Exactamente.

—No es posible. ¿Quién se habrá atrevido a atacar a Hamerlaine en su propio feudo?

—Eso es lo que intentamos saber, Eddie.

El magnate de la prensa se enjuga por enésima vez la sudorosa frente. Tiene la cara tan congestionada que parece a punto de arder.

—Se va a montar una gorda, y a gran escala —farfulla—. Esto va a ser tremendo, tremendo. ¿Cómo está el *rboba?*

—Hecho una furia.

—Me lo imagino... ¿Cuándo ocurrió?

—La semana pasada.

—¿Hay mucha gente al tanto?

—Un montón de gente: el ministro, el prefecto, los muchachos de la científica, nuestro equipo de la Criminal…

—¿Pero no la prensa?

—Hamerlaine no quiere que esto se sepa. A ese respecto las instrucciones son claras.

—¿Qué pinta Kader Kacimi en este lío? No es más que un bufón.

—Estaba allí la noche de la matanza. Tenemos una grabación que lo demuestra.

—Seguro que estaba allí por casualidad. Lo conozco. No es de los que se arriesgan. (Se llena otro vaso de agua.) ¡Guau! Me deshidrato con solo escucharte. ¿Y por dónde va la investigación?

—La comisaria Nora cree que han utilizado a Kacimi para dejar pistas falsas. Hamerlaine piensa lo mismo.

—¿Tiene la comisaria pruebas de lo que dice?

—¡Hombre!, no compartimos cama. Ya te he contado que es lesbiana. Se reserva sus confidencias para la fulana que tiene metida en su casa.

—Presiento que van a rodar muchas cabezas —comenta Ed revolviéndose el pelo, cada vez más preocupado—. Prefiero enfrentarme a una revuelta popular antes que vérmelas con Hamerlaine…

Guerd coge el último pistacho, lo mira con deleite y se lo lleva a la boca con unción religiosa.

—El *rboba* se huele una conspiración procedente del extranjero.

—¿Te refieres a una putada orquestada por Francia?

—¡Yo qué sé! Hamerlaine está convencido de que atacándolo a él pretenden perjudicar a todo el país.

Ed tiende los brazos por encima de la mesa para suplicar al teniente que se deje de delirios, luego se presiona las sienes con ambas manos para intentar poner orden en su caos mental. Tras meditar un largo rato, despierta suavemente de su apnea con la mirada extraviada y la nariz dilatada.

Guerd dice:

—Haj está enfurecido. Hay que comprenderlo. Empezaron asesinando a su nieta.

—¿Qué nieta?

—Pues… Nedjma.

—No te entiendo.

—Nedjma Sadek, la estudiante que encontraron muerta en el bosque de Bainem, era nieta de Hamerlaine.

—¿Cómo? —se sobresalta Ed—. ¡Si es un solterón empedernido!

—¡Qué va! Estuvo casado hace mucho.

—¡Alto ahí!, ¿qué me estás contando? ¿Que Hamerlaine tenía una nieta? ¿Una auténtica nieta, una nieta biológica?

—Te lo juro por lo más sagrado.

—Y yo que pensaba que esa historia de la chica asesinada era para despistar.

—Pues no lo era, tenlo por seguro.

Ed nota cómo se le licuan las tripas y se aceleran sus contracciones anales. Se mete a toda prisa en el váter y regresa a los cinco minutos con el rostro exangüe.

—No has tirado de la cadena —le señala Guerd.

—Me duele el brazo. Desde que he vuelto a Argel, se me está pelando el culo de tanto limpiármelo... Ignoraba que Haj tuviera hijos secretos. Cuando me habla de *su* familia, siempre parece referirse a la familia revolucionaria, *su* clero.

—Pues lo has captado mal.

—¡Me cago en la leche! —exclama resollando—. Ya me parecía a mí que había algo raro en esa banal investigación, que había gato encerrado, pero esto es el no va más.

—Pues ya puedes ir espabilando, Ed. No se trata de un gato sino de un tigre.

Ed ya no sabe a qué santo encomendarse. Si antes eran retortijones de tripas, ahora son ganas de vomitar. Recalcando cada sílaba como si temiera que al menor lapsus se le volviera a disparar la mente, pide al teniente:

—¿Y si me lo volvieras a contar todo desde el principio?

—¿Otra vez? —se lamenta Guerd contemplando su plato vacío.

La señora Joher Kacimi vive en el quinto y último piso de un lujoso edificio de la parte alta de Argel. Trescientos metros cuadrados y una terraza ajardinada con vista panorámica a la bahía. El vestíbulo del edificio es una impresionante galería de arte: granito revestido de pinturas al fresco enalteciendo los gloriosos tiempos de los filibusteros argelinos de barba roja, sofisticados apliques, una bella estatua de mármol al pie de la escalinata y una araña colgando de un techo cincelado con delicadeza.

El cromado y refulgente ascensor futurista compite en belleza con la puerta del Edén. Al abrirse sale de él un personaje desgarbado y mal encarado: es Othmane, que al toparse con los tres policías en la planta baja se lleva una sorpresa que no obstante consigue disimular. Como no lo conocen, Nora y sus subordinados le ceden el paso sin fijarse demasiado en él.

El rellano del quinto piso parece una copia del vestíbulo. El mismo revestimiento de granito, los mismos apliques, el mismo techo finamente cincelado.

Joher tarda un buen rato en abrir. La visita de los policías no parece agradarle.

—Debieron avisarme —reprocha a la comisaria—. No recibo a

nadie sin previa cita.

—La he llamado varias veces a su móvil.

—No me funciona.

Se aparta a disgusto para que entren los polis.

—Estaba a punto de salir —comenta con cierta irritación.

Sin duda, va debidamente peinada, maquillada y embutida en un traje de chaqueta Chanel.

—¿A qué se debe su visita, comisaria?

—A lo de su marido.

—Está muy bien, gracias.

—¿Perdone?

—Me llamó esta mañana. (Los tres policías se miran, alucinados.) Está en Europa y se encuentra estupendamente.

—¿La ha llamado esta mañana?

—Así es.

—¿No ha dicho que tiene el móvil averiado?

—Me llamó al fijo.

—¿Está usted segura?

—¡Y tanto! Me siento tan feliz que voy a tomarme ahora mismo un helado en Ice-Krim.

—¿Sabe por qué ha salido del país?

—Porque era demasiado peligroso quedarse aquí.

—¿Qué quiere decir?

—Mi marido es el único que se ha atrevido a poner en su sitio a ese cerdo de Hamerlaine. No creía que fuera capaz de hacerlo.

—¿O sea que está usted al tanto de lo que ha ocurrido en el pabellón 32?

—Más o menos.

—¿Se lo ha comentado?

—No. Puede que tengamos el teléfono pinchado. Pero lo he deducido yo solita.

—¿Cree que su marido está implicado en este asunto?

—Eso espero. Es una cuestión de honor. Mi marido ha servido siempre a Hamerlaine con total lealtad. Cuando tuvo cargos importantes en el extranjero, se ocupaba mucho más de los negocios del *rboba* que de los asuntos de Estado. Las transacciones, el blanqueo de dinero, las empresas fantasma, las transferencias, los contratos, todas las operaciones financieras y comerciales que Hamerlaine realizaba en el extranjero, de todo eso se encargaba Kader. Y ahora resulta que el dinosaurio lo *repudia*. Por una cabezonada. De la noche a la mañana. Pese a deberle tantos favores. Ha impedido que lo nombren senador y le ha cortado todas las salidas políticas. Mi marido, que ha sido uno de los diplomáticos más dinámicos del país, se ha visto apartado como si fuera un vulgar fusible fundido. Nadie

del mundo de las finanzas o de la cúspide del poder quiere saber de él. Y eso que hemos intentado congraciarnos con unos y otros a pesar de no haber tenido ningún desliz. Sabemos que nos tienen mucha envidia. No cabe duda de que alguien lo ha enemistado con Haj. Los *rboba* se creen a pies juntillas todo lo que les cuentan sus cortesanos cuando se sienten ofendidos. Así funcionan las cosas en las altas esferas. Allí abundan los ventrílocuos. Yo misma fui a ver a Hamerlaine para intentar que se reconciliara con nosotros. Antes no me negaba nada. Se comportó asquerosamente. Me humilló de la manera más infame.

—¿Le hizo alguna proposición indecente?

—Peor aún —suelta Joher atragantándose de rabia.

—¿La agredió sexualmente?

—Es demasiado viejo para eso. Ya no es más que un anciano incontinente con un pingajo entre las piernas. Ese ya no se empalma ni con descargas de electrochoc.

Zine traga saliva con dificultad.

—¿Entonces de qué modo la humilló? —le pregunta Guerd.

—De un modo lo suficientemente infame para hacer reaccionar a mi marido. No somos esterillas. Somos gente respetable y con principios. Sin duda, mi marido se ha pasado de rosca, pero si no hacía algo no le quedaba otra que ahorcarse. No había más opción. Hay humillaciones que no se pueden superar.

—Le señalo que ha matado a inocentes —le dice Nora.

Joher se pone de pronto muy seria. Una repentina palidez le eclipsa el maquillaje y unas patas de gallo se ramifican por sus sienes.

—¡Oiga usted! Espere un momento. ¿Qué me está contando de muertes?

—¿O sea que no se ha enterado usted de lo sucedido en el pabellón 32?

Joher no tiene más remedio que apoyarse en el respaldo de un sillón para mantenerse en pie:

—¿Qué ha ocurrido allí? A mí me han dicho que mi marido fue a ver a esa momia infecta de Hamerlaine para soltarle unas cuantas verdades, pero nadie me ha hablado de muertes. Kader es todo un caballero.

—¿O sea que su marido no estaría implicado en el secuestro y asesinato de la nieta de Hamerlaine?

Joher pone cara de asombro. Esta vez le flaquean tanto las piernas que se sienta apresuradamente en un sillón.

—¿La nieta de quién?

—De Hamerlaine.

—¿Acaso ha sido capaz ese monstruo de tener hijos? Si es así, a Argelia le va a costar salir del atolladero.

Consigue dominarse, se levanta y empuja sin miramientos a los policías hacia el vestíbulo:

—Ya llego tarde a mi cita. Si no les importa, tengo que salir. Es evidente que no son ustedes más que unos aficionados de serie B que no se privan de hacer el ridículo. ¡Kader haciendo el papel de malvado! Me parto de risa… Vayan a reciclarse y dejen de darme la lata.

29

La reunión tiene lugar en la sala de operaciones de la Comisaría Central con sus paredes cubiertas de paneles repletos de estadísticas, de pantallas gigantes, de parrillas garabateadas y mapas de estado mayor debidamente actualizados. Sobre la tarima, Guerd esgrime una regla. Tras dibujar un plano a gran escala del pabellón 32, ha señalado burdamente la posición de los cuerpos del sirviente y del vigilante asesinados en el salón, así como el de Bob en su habitación; luego ha escrito con rotulador negro la palabra «perro» para ubicar el lugar donde fue abatido el moloso y marcado con una hilera de puntos rojos la dirección que tomó el guarda herido durante la matanza.

Zine y Nora ocupan unas incómodas sillas frente a la tarima, atentos como dos empollones de primera fila de clase.

—Me he tirado horas dándole vueltas para llegar a esta conclusión —recita aplicadamente el teniente—. Kader Kacimi sabe que ya no podrá ser senador. Su negocio de importación-exportación está a punto de quebrar. Él mismo está al borde de la depre. Además de estar arruinado y muerto políticamente, se entera de que Joher, su esposa, ha sido «humillada» por Hamerlaine. Se le funden los plomos. ¿Sigo o paro?

—Sigue —le ruega Nora.

Guerd hace una pausa antes de proseguir.

—Kader conoce bien el pabellón 32, donde ha pernoctado en varias ocasiones. Opta por actuar allí mismo. Ha detectado un punto flaco que no es sino Bob, un individuo influenciable con la cabeza rellena de paja. No sabemos si Kader lo compró o lo aduló. Eso es lo de menos. ¿Me siguen?

—Te seguimos.

—Kader rapta a Nedjma con la complicidad de Bob para violarla sobre la propia cama del todopoderoso, en el pabellón 32, y así quitarse la espina. Tiene la mala suerte de que la chica se le muera entre las piernas. Bob lo ayuda a desembarazarse del cadáver. Kader se asusta al enterarse de que Bob ha sido identificado por su ADN. Regresa al pabellón 32, se carga al sirviente y al vigilante, unos testigos que podrían denunciarlo. Siempre con la complicidad de Bob. Pero la cosa se pone aún más fea: el guarda, al que daban por muerto, desaparece. Kader y Bob salen en su busca, lo cual explica que Bob fuera asesinado mucho después. Recuerden que la mujer del guarda habló de dos individuos que aparecieron de noche y pusieron su casucha patas arriba. Ignoro si los dos cómplices consiguieron dar con el guarda. Regresan al pabellón, y ahí es cuando Kader se deshace de

Bob, se larga al aeropuerto y toma el primer vuelo para Europa.

Guerd deja la regla sobre un pupitre, orgulloso de su exposición.

—Por lo que cuentas —le dice Nora—, Kader mató a Bob tras haber ambos intentado dar caza al guarda.

—Sí.

—Las huellas de sangre del guarda herido conducían a la playa. Por tanto, por ahí es por donde Kader y Bob empezarían a buscar. Luego se dirigieron a su casa. Aquella noche llovió. Los alrededores de la granja estaban embarrados. Sin embargo, ni la ropa ni los zapatos de Bob estaban manchados, ni siquiera de arena.

—Puede que se cambiara antes de meterse en la cama.

—¿Crees que Bob se acostaría habiendo dos cadáveres desangrándose en el salón? —apunta Zine con escepticismo—. No, no creo que ocurriera así.

—En este asunto hay aspectos oscuros —reconoce Nora— que no he conseguido todavía aclarar. ¿Es realmente Kader el asesino? Puede ser. ¿Estuvo implicado en el secuestro y muerte de Nedjma? La respuesta es no. El propio Hamerlaine ignoraba que tenía una nieta. ¿Cómo iba a saberlo Kader?

—Estoy de acuerdo con la comisaria —dice Zine—. Lo de Nedjma fue probablemente un «fallo». Bob se llevaba a menudo sus conquistas al pabellón. No tenía idea de que Nedjma fuera nieta del *rboba*. El plan amoroso se chafó. Para un paranoico como Hamerlaine, se trata imperativamente de un complot contra su persona, y por tanto contra el Estado.

—En ese caso, ¿por qué huyó Kacimi al extranjero unas horas después de la matanza? —pregunta Guerd.

—¿Quién te ha dicho que huyó al extranjero?

—Su nombre consta en la lista de pasajeros del vuelo AH 1515...

—Teniente, en nuestro país hasta un asesino en serie puede obtener un certificado de virginidad si tiene con qué pagarlo... —le recuerda Nora.

—O poder para exigirlo —añade Zine.

El cabo Tayeb entra en la sala, desaliñado, reventado pero igual de solícito que siempre. Lleva una bolsa negra colgada del hombro. Tras cuadrarse ante la comisaria, saca de la bolsa una cámara de fotos Canon 5D y la conecta a un lector: empiezan a desfilar fotos en una pantalla gigante.

—A los diez minutos de irse ustedes —informa el cabo—, la señora Kacimi salió de su piso y se metió en un Mercedes negro con matrícula 0009-111-16 que la estaba esperando en la avenida. Lo conducía un hombre de cierta edad. Lo seguimos hasta Fort-de-l'Eau. (En la pantalla aparecen fotos del seguimiento.) La señora Kacimi y aquel señor (el zoom lo enfoca apeándose del vehículo) caminaron un

rato por la explanada. El hombre hablaba y la señora escuchaba atentamente. Estuvieron unos diez minutos en Fort-de-l'Eau. Luego los perdimos de vista en un atasco.

—Vuelve a enfocar a ese hombre —ordena Guerd.

El cabo activa varias veces el zoom y filtra la imagen hasta obtener la suficiente nitidez.

—Es el individuo del ascensor —exclama Guerd— con el que nos cruzamos en el vestíbulo del edificio donde vive Joher.

—No me había fijado… —reconoce Zine— Quizás sea el chófer de su marido, o un amigo…

—¿Por qué la esperaría en la misma avenida? —observa el cabo —. Sobraba espacio en el aparcamiento.

—Puede que la señora Kacimi no deseara que la vieran con él —supone Zine—. A lo mejor es su amante.

Nora se pellizca lentamente el labio inferior sin dejar de mirar la pantalla. No dice nada. Los otros tres policías también callan en espera de una reacción de su jefa. La comisaria se limita a ladear enigmáticamente la cabeza.

—¿La granja del guarda sigue bajo vigilancia? —pregunta esta a bote pronto.

—Por supuesto —contesta el cabo—. Como no hay árboles en los alrededores para ocultarse, hemos instalado a dos agentes en una cuadra abandonada que hay cerca de allí. Sigue sin haber novedad. La esposa del guarda salió del dispensario una hora después de que la ingresaran. Regresó de inmediato a su vivienda. Ha ido tres veces al mercado durante la semana y dos veces a una farmacia. Nadie la ha visitado desde que la tienen vigilada.

—Bien. Ahora toca identificar al hombre de las fotos.

—Yo me encargo de eso —propone el cabo taconeando de tal modo al cuadrarse que Guerd suelta una risotada.

—¿Otra vez? —bufa Joher al ver a Nora y a su equipo ante su puerta—. ¿No tienen nada mejor que hacer?

—Sí, pero lo primero es lo primero. ¿Nos permite entrar un par de minutos?

Joher mira hacia el techo con irritación antes de apartarse para dejar pasar a los tres policías.

—Desde luego, no han elegido el mejor momento para aparecer. Me estoy arreglando para asistir a una gala importante.

—La llevaremos nosotros mismos, si lo desea —le dice Nora.

—Tengo un montón de chóferes a mi servicio.

Joher decide atender a los polis en el vestíbulo. Lleva puesto un albornoz y el pelo envuelto en una toalla. La señora acaba de darse un baño. Su rostro no resulta tan fresco sin maquillaje, aunque los desaires de la edad no han hecho del todo mella en su tenaz belleza.

—¿Se va de viaje? —le pregunta Nora señalando con el mentón dos maletas colocadas al pie de una cómoda.

—Es posible… Díganme qué desean.

—Nos ha mentido usted, señora.

—¿No me diga?

—Hemos comprobado sus llamadas telefónicas. Ha recibido diez llamadas nacionales pero ninguna del extranjero.

—¿Y qué?

—Su marido no la ha llamado desde Europa.

Joher suelta un enorme suspiro, se da la vuelta y se dirige al salón. Se deja caer sobre un sillón con tal indolencia que el albornoz deja al descubierto su entrepierna. Se vuelve a tapar con un gesto de despecho. Los pómulos le tiemblan espasmódicamente y los ojos se le llenan de lágrimas.

—Alguien dijo: «En Argelia, cuando tienes un problema es tu problema» —se lamenta—. Pues yo tengo un problema así de grande y debo resolverlo sola.

—Para eso está la policía. Podemos ayudarla.

Joher suelta una breve aunque estentórea risotada:

—¿La policía, ese cuerpo gangrenado? No me fío de ella. Intento mantener vivo a mi esposo y para ello solo puedo contar conmigo misma.

—Su marido es sospechoso de varios asesinatos. ¿Acaso cree que ese es el mejor modo de salvarle la vida?

—Mi marido no es un asesino. Y usted no sabe dónde se está metiendo, comisaria.

—Son gajes del oficio. ¿De verdad la llamó su marido? De no ser así, ¿quién le ha hablado de lo ocurrido en el pabellón 32? Hay muy poca gente al tanto. Ni siquiera se ha enterado la prensa.

—Lo sé y con eso basta.

—¿Cree que su marido sigue vivo?

Joher retuerce sus labios de indignación.

—¡Lárguese de mi casa! —estalla.

—Señora —la calma Nora—, si su marido corre peligro, ayúdenos a sacarlo del atolladero.

—¿Atolladero? ¿A eso lo llama usted atolladero? ¡Lárguese! Solo yo puedo salvarlo. No necesito ninguna ayuda.

—La están chantajeando, ¿verdad?

—Le suplico que se vaya. Solo va a conseguir hundir más a mi marido.

—Señora…

—¡Váyase! —berrea la enfurecida mujer—. Váyase o llamo al ministro.

Nora asiente con la cabeza. Luego mira fijamente a la mujer

durante un instante y sale del piso seguida de sus ayudantes.

30

El jefe de división manifiesta el alivio de quien las ha pasado canutas durante una buena temporada y acaba de darse cuenta de que ya pasó la tormenta. Ya sabía desde el principio de la investigación que se estaba jugando el cargo. Cada informe de la comisaria aumenta su angustia. Los antidepresivos no le hacían efecto. Siendo partidario del mínimo esfuerzo, no daba mayor importancia a la labor policíaca. Los sucesos problemáticos lo horripilaban tanto como una llamada telefónica en plena siesta. Cuando había que jugarse el tipo, el jefe de división se abonaba a las filas de los ausentes hasta que las aguas volvían a su cauce. Solo entonces se apresuraba a retomar el mando para relatar con todo detalle la intervención policial como si la hubiera protagonizado. Pero cuando las operaciones se iban al traste, no dudaba en encasquetar el muerto a su equipo y en reclamar sanciones ejemplarizantes.

Hoy, sin embargo, quien recibe a Nora y a sus dos ayudantes en su imponente despacho del segundo piso de la Central es un hombre totalmente relajado. Hasta ha encargado café y dulces tunecinos. La comisaria atisba en esa desacostumbrada generosidad algo insano que la amplia sonrisa del jefe no hace sino confirmar.

—¿Estamos celebrando un nuevo ascenso, jefe? —le pregunta Nora.

—Mejor aún —exclama el jefe con regocijo—, celebro el final de mis quebraderos de cabeza. Por fin voy a poder dormir a pierna suelta. Y usted también.

—No tengo problemas de insomnio —replica la comisaria.

El jefe de división se levanta casi de su silla, incapaz de contener su alegría. La voz le tiembla de emoción:

—Se acabó la jodienda de tanta llamada telefónica. Nos han retirado del caso.

Los tres policías se quedan estupefactos.

—¿Qué? —se indigna Zine.

—¡A que es la noticia del año! Se acabó el darnos el coñazo. ¿Os dais cuenta del peso que nos han quitado de encima?

—¿Por qué nos han retirado del caso? —pregunta Nora con disgusto.

El comisario jefe se queda mirando a sus subalternos sin entender sus caras de desconfianza.

—Cualquiera diría que no os alegra la noticia.

—No hay motivo para ello, jefe.

—Pues yo estoy encantado. Nunca me he alegrado tanto. Como

simples subalternos que sois, no podéis imaginar lo que supone quitarse a Hamerlaine de encima. Cada llamada suya me dejaba hecho trizas.

—La investigación sigue su curso —le señala Guerd.

—Ya no es asunto nuestro —afirma el jefe de división—. Ahora se encarga de ello el contraespionaje.

—Este caso compete a la Criminal.

—Ya no. Es un asunto de Estado.

—¡Y una leche! —exclama la comisaria saliendo furiosamente del despacho.

Al jefe de división le cuesta entender la reacción de Nora:

—¿Qué le pasa a esa? ¿En qué mundo vive?

—En Argelia, señor —contesta Zine levantándose—. O sea, en todas partes y a la vez en ninguna.

Nora no sabe cómo aplacar su ira. Tras ir y venir por su despacho durante un largo rato, se detiene ante la ventana con cara de querer prender fuego a toda la ciudad y se da la vuelta para seguir dando patadas al vacío. Zine y Guerd permanecen clavados en su asiento, uno mirándose la punta de los zapatos y el otro contando las fisuras del techo. Suena el teléfono por enésima vez. Seguro que es el jefe de división, que no sabe cómo hacerse perdonar por su equipo. Ninguno de ellos coge el teléfono.

El cabo Tayeb asoma la cabeza por la puerta del despacho de la comisaria pero se le cae el alma a los pies al ver tanta cara de pena.

—¿Qué quieres? —le espeta Guerd.

—Se trata del tipo del Mercedes, el que estaba ayer con la señora Kacimi. Hemos conseguido identificarlo. Se llama Othmane Raoui, un expresidiario que hoy se dedica al comercio internacional. Vive en el chalé 28 del parque des Œillets.

—¿El chalé 28? —se pregunta Zine— ¿No es esa la casa del anterior director general de Seguridad?

—La vendió hace dos años —dice Guerd, muy puesto en tejemanejes contra natura—. ¿Qué tipo de relación tiene ese tal Raoui con la señora Kacimi?

—Ni idea —reconoce el cabo—. También traigo esto —añade tendiendo una bolsa de plástico.

—¿Eso qué es? —pregunta Nora.

—Vendas ensangrentadas. Nuestros vigilantes de los Boussadi las han recogido del vertedero que hay cerca de la granja del guarda desaparecido. Su esposa las arrojó allí.

Nora le quita la bolsa de las manos y la abre sobre la mesa. Revuelve con la punta de un lápiz la purulenta gasa salpicada de mercromina.

—¡Esta sí que es buena! —exclama— ¡Vamos para allá!

—¿Adónde? —pregunta Guerd.

—A la granja.

—Recuerde que nos han quitado el caso —le señala este.

—Tendrán que ponérmelo por escrito —rebufa ella poniéndose la chaqueta—. No basta con que me lo anuncie un jefazo.

La esposa del guarda desaparecido empieza repitiendo su numerito de mujer amargada y abandonada, que no sabe nada ni teme a nadie. Pero cuando Nora le enseña los vendajes ensangrentados, deja de gritar y de agitarse, y se lleva un susto de muerte.

—Señora, usted misma ha arrojado estas vendas al vertedero de al lado —la acosa la comisaria—. No intente negarlo. Su casa está vigilada día y noche. Si se empeña en mentir, va a tener serios problemas con la justicia. Estamos aquí para ayudarla. Tenemos la prueba de que un herido se oculta en esta casa. Se trata de su marido. A juzgar por las vendas, sabemos que se encuentra muy mal y que no está recibiendo los cuidados adecuados. Señora, le prometo hacerme cargo personalmente de él. Lo llevaré al hospital y lo pondré bajo custodia policial para que nadie se le acerque.

La mujer se queda mirando a los tres policías. Se nota que en su fuero interno está luchando contra mil aprensiones y no acaba de decidirse. Nora le pone una mano en el hombro para tranquilizarla.

—Les protegeré a los dos.

La mujer sigue indecisa por un momento, se da una palmada en el muslo y gime:

—De todos modos se encuentra muy mal. No sobrevivirá si no lo curan.

El escondite se halla en una habitación someramente amueblada del fondo del pasillo, tras una chimenea del periodo colonial y oculto por un falso tabique fácilmente desplazable. Zine descubre la abertura. El agujero da a una especie de fosa a la que solo se puede acceder a gatas aunque dentro caben varias personas de pie. Es un antiguo escondrijo donde solían ocultarse los maquis durante la guerra de independencia y que luego utilizaron los terroristas del GIA. Guerd es el primero en entrar, seguido por Nora y Zine. Un quinqué encendido cuelga de una viga. Sobre una esterilla astrosa yace un espectro escuálido; es Ammi Messaoud, el guarda. Tiene el pecho vendado torpemente. La anémica luz del quinqué apenas deja entrever su rostro cadavérico. Se mueve con dificultad, intrigado por el ruido que reina en la estancia. Su mujer se acuclilla a su lado, le coge la mano y se la lleva al corazón.

—Es la policía, Messaoud, estás a salvo.

—¿Qué tal, señor? Soy la comisaria Nora. Acudí al pabellón...

—La reconozco, señora —dice con voz trémula—. Le juro que no he hecho nada. No entiendo por qué el señor Baz disparó contra mí.

Nunca le he faltado al respeto y siempre le he obedecido. ¿Por qué disparó contra mí?

Nora está conmocionada. ¿Estará delirando el anciano?

—¿Seguro que fue Baz quien le disparó? —pregunta para asegurarse de haber oído bien.

—¡Y tan seguro! Pensé que acudía a darme instrucciones. Pero no, sacó una pistola y me disparó en la ingle. Por suerte, la bala salió por atrás. No sé qué he hecho para merecer la muerte. El señor Baz se portaba bien conmigo. Alguien le habrá contado una falsedad. Muy gorda tendría que ser para que me persiguiera hasta mi casa para rematarme. Reconocí su voz aquella noche cuando insultó a mi mujer sin parar de blasfemar.

—Cálmese, señor. Vamos a llamar a una ambulancia para que lo lleven a un lugar seguro y lo atiendan.

—Nunca he robado nada del pabellón.

—Ya no tiene nada que temer. Cuénteme lo que ocurrió aquella noche.

—Nada. No ocurrió nada. Llegó el señor Kacimi y luego se fue con Bob. Al rato apareció el señor Baz y me disparó sin previo aviso.

—¿Y los otros tres empleados?

—¿Qué pasa con ellos?

—Mataron al sirviente y al vigilante antes de asesinar a Bob.

—¿Han matado a Mabrouk? ¿Por qué? Era un tipo estupendo y de lo más amable.

Nora lo deja reponerse. El anciano está agotado de tanto moverse. Zine conecta su radio para pedir una ambulancia.

—Todo irá bien —dice Nora al anciano.

—¿Por qué me dispararía? —gime el guarda—. Llevo días preguntándomelo y sigo sin saberlo.

—Ya se sabrá —le promete Nora—. ¿Estaba usted en el pabellón la noche del 23 de diciembre?

—Siempre estoy allí, señora.

—Hace más o menos un mes, Bob trajo una chica a la residencia.

—Bob se trae una casi todas las noches, pero el 23 de diciembre era el cumpleaños de Haj Hamerlaine. Había mucha gente en la residencia. Ya no sabías dónde aparcar los coches.

Nora frunce el ceño.

—¿Hamerlaine estaba allí?

—Claro, era su cumpleaños. Haj Hamerlaine celebra todos sus cumpleaños en el pabellón. Había música en directo y un bufé. La gente se estaba divirtiendo. Todos se fueron hacia medianoche porque el patrón estaba cansado.

—¿También se fue Hamerlaine?

—No lo vi. No salí de la garita durante todo aquel tiempo.

—¿La chica estaba con los invitados?

—¿Qué chica? Había muchas, pero todas se fueron.

—Bob trajo a una chica aquella noche.

—Sí, pero más tarde, cuando todo el mundo se fue. Bob no se habría atrevido a traerla estando allí el patrón.

—Puede que estuviera allí.

—Eso no lo sé. No acabo de entender por qué Baz disparó contra mí —repite, obsesionado—. Yo siempre he cumplido con mi trabajo sin rechistar.

Nora intenta que siga hablando de la noche del 23 de diciembre, pero el anciano divaga debido a la fiebre.

—¿A qué juegas? —ruge el jefe de división entrando en tromba en el despacho de la comisaria.

—A las prórrogas —le replica Nora—. El partido no ha acabado. Tenemos un testigo fundamental. El guarda del pabellón 32. Lo hirieron pero su vida no corre peligro.

—¡Pedazo de imbécil! ¿Quieres acabar con nuestras carreras o qué? Se trata de Hamerlaine, ¡joder!

—La ley es igual para todo el mundo.

—Hamerlaine es un mundo aparte.

—A mí no me asusta.

—Eso es cosa tuya. Pero no estás sola en este lío. Estamos yo, el prefecto, el director general de Seguridad, el...

—Es *mi* investigación, y pienso llevarla hasta el final.

Ahora el jefe de división parece un toro recién estoqueado en el ruedo, agonizando con el hocico dilatado.

—Este caso ya no nos compete. Lo dije ayer con toda claridad.

—Usted no es director general de Seguridad.

—Soy tu superior directo.

—Esta investigación no está bajo su control. No se trata de perros atropellados sino de una matanza. Tres hombres muertos, uno herido y dos desaparecidos. Baz lleva varios días sin dar señales de vida...

—¡Basta ya! —aúlla el comisario jefe— ¿Sabes cómo se llama tu actitud? In-su-bor-di-na-ción. Te aviso que el comité disciplinario te lo va a poner crudo. De entrada, te prohíbo salir de la Central sin mi permiso, y fuera del trabajo no te moverás de tu casa hasta nueva orden.

—Quiero una orden escrita y firmada por el director general de Seguridad.

—¿Acaso me tomas por un mindundi?

—Lo tomo por lo que es, señor: un lacayo que se caga de miedo cuando sus amos carraspean.

El jefe de división apoya su carcasa sobre la mesa de despacho de la comisaria, hecho un basilisco.

—¿Un lacayo? ¿Yo, un lacayo? ¡Pues te vas a enterar de cómo se las gasta un lacayo, pedazo de zorra frígida! Te las voy a hacer pasar canutas, vas a estar haciendo la calle hasta que los tacones se te claven en las pantorrillas.

—En ese caso dese prisa, jefe. Porque se lo voy a contar a la prensa. Les diré quién manda en la policía y por qué tantos casos se archivan en falso y tantos asesinatos permanecen impunes.

—¿Es una amenaza?

—Una promesa, y yo las cumplo todas, vaya de poli o de puta.

El comisario jefe arrambla de un manotazo con todo el papeleo que cubre la mesa de Nora y se va rugiendo por los pasillos como un poseso.

Al día siguiente, Othmane Raoui encuentra un sobre bajo su puerta del chalé 28. En su interior, dos fotos de gran tamaño, una de la comisaria Nora en uniforme de gala y la otra de Sonia sentada en la barra de un bar.

En una ficha de cartulina adjunta, una mano inspirada ha escrito:

«La morena es poli en la Comisaría Central de Argel. La rubia es asidua de Le Mimosa. Follan juntas y queremos que se sepa. Muy urgente.»

Othmane se sirve una copa y estudia atentamente las fotos.

31

Sonia lleva un buen par de horas haciendo tiempo en el bar del hotel Mimosa. Encaramada en un taburete, tamborilea la barra mirando de reojo su reloj sin perder de vista la puerta acristalada que da al vestíbulo. El barman le ha ofrecido una copa pero ella la ha rechazado.

Aquí y allá, algunos clientes charlan chupeteando sus puros con la chaqueta abierta, exhibiendo sus enormes tripones y sus calvas brillantes e impenetrables como un canto pulido por el mar. Hablan de negocios y de alianzas, de proyectos anticipadamente turbios y de chanchullos en ciernes, soltando risotadas y eructando como ogros cansados. Uno de ellos, el más feo y por tanto el más atrevido, se acerca a Sonia tras haberse fijado en ella y la invita a su mesa. Ella lo manda a paseo sin contemplaciones.

Cuando está con el mono, Sonia pierde tanto el sentido de la prudencia como el de la oportunidad. Solo tiene ojos para su reloj y para el vestíbulo del hotel. El tiempo se le hace eterno acechando a su camello como una beata la aparición de la Virgen.

Su cita se está retrasando. Habían quedado a las diez, aunque sin precisar el día ni el mes. En este país es toda una cultura. Nadie llega nunca a su hora ni al lugar prefijado. Si llamas por teléfono, no hay respuesta. Ya puede uno repetir llamadas hasta descargar la batería del aparato, que ni siquiera tendrá la compensación de escuchar el contestador.

Sonia suspira, se agita sobre su taburete, se rasca la sien, se come las uñas; daría lo que fuera por tomarse una copa, pero está tiesa. El contenido de su bolso de mano, un peine desdentado, un lápiz de labios, un paquete de pañuelos de papel, las llaves del apartamento y el móvil, desanimaría al tironero más cutre.

Saca el móvil, vuelve a llamar hasta agotar los tonos. Nada.

—No insista, señorita —le dice el barman—. Los iPhones y derivados no nos van en este país. Aquí lo que funciona es radio macuto.

Le vuelve a ofrecer una copa:

—Yo invito.

—No me apetece. Ya se lo he dicho.

—No sea tiquismiquis. Llevo diez años currando en este bar y sé cuándo los clientes tienen sed, sobre todo los que están tiesos.

—No estoy pidiendo limosna —chirría Sonia, indignada por el descaro del joven.

—No se trata de limosna sino de solidaridad. Todos tenemos

malas rachas. Ya puede estar uno forrado o sin un céntimo, antes o después necesita que le echen una mano.

—Hoy lo que necesito es que me dejen tranquila.

—Entre usted y yo está esta barra, señorita. No la estoy acosando. Solo pretendo ayudarla a aguantar. Se la nota muy estresada desde hace un rato. Como siga reconcomiéndose le va a dar un ataque.

Sonia mira fijamente la copa. Animada por la bonhomía del barman, acepta su invitación y se da un buen trago.

—Bien —le dice el joven—. No hay que agobiarse. La vida es así de tonta.

—Y a veces así de puta —le recuerda Sonia.

—Todo depende de cómo se mire. Para mí, de entrada, nada merece la pena. Hay que saber conformarse con lo que se tiene, y punto. No hay por qué amargarse la vida. Cada día amanece virgen. Se levanta de madrugada, blanco como la nieve, y al caer la noche se acuesta negro de pesadumbres. Por mucho que nos emborrachemos o que recemos, al día siguiente nuestras miserias se salen con la suya.

—¿Pretendes engatusarme con las teorías que lees en los libros?

—Soy poeta, señorita.

—¡Y una leche! Estoy acostumbrada a que me suelten ese tipo de chorradas. Creéis que queda muy fino y que funciona siempre con las falsas rubias estreñidas. Yo no soy de esas. Nunca he leído un libro y me repatean los niñatos que van de cultos. Así que ya lo sabes, paso totalmente de tu rollo...

—Lástima —dice el barman volviendo a sus ocupaciones.

Un joven rechoncho aparece tras la puerta acristalada. Es el camello. Echa una rápida ojeada al bar y se dirige directamente a los aseos del vestíbulo. Sonia coge su bolso y corre tras él.

—¿Has tenido una avería?

El joven inspecciona una a una las cabinas de los aseos antes de sacar una pequeña bolsa:

—Es coca de primera, guapa. Vas a echar a volar. Dame la pasta y lárgate. Tengo prisa.

—Pago como de costumbre.

—De eso nada, muñeca. No he traído condones. Afloja la pasta.

—Te pagaré mañana.

—Mañana está por venir. O me pagas o me largo.

—Te lo suplico, Toufik. Siempre he sido legal contigo. Si no me meto algo, me voy a poner a morir. (Se arrodilla ante él.) Te prometo...

—Ponte de pie, joder. Odio que me veneren como si fuera un morabito. He dicho que te levantes... Mañana sin falta...

—Mañana, te lo juro... —bala Sonia con voz febril.

El camello le entrega la bolsita y ella se la guarda de inmediato

en el bolso.

—¿Qué estáis haciendo ahí dentro? —atruena un gorila con traje negro y auricular de vigilante.

El camello se eclipsa sin mirar al vigilante, que no intenta retenerlo y se queda mirando a la joven, que está de pie junto a un urinario.

—¿No ha visto la placa en la puerta, señora? Este es el aseo de caballeros. Hay hasta un dibujo para los iletrados.

—No me he fijado, señor.

—Esto es un hotel de lujo y no de citas, señora.

—No estoy haciendo nada malo.

—Está captando clientes.

—No es cierto. Solo he venido a refrescarme... Soy amiga del director —miente ella—. Pregúntale a Brahim. Me conoce.

—Brahim está en el trullo. Ahora hay un nuevo equipo y un nuevo director. Se acabaron las movidas raras.

La empuja contra la pared con una mano mientras rebusca con la otra dentro del bolso y encuentra la bolsita.

—¡Conque nada malo! —gruñe el vigilante—. Coca. Por esto le pueden caer diez años, señora.

Sonia intenta negociar. El guarda no quiere saber nada. Le retuerce el brazo y la lleva a rastras hasta un despacho del primer piso donde un tipo enorme finge consultar unos archivos. Alza la mirada; es Othmane Raoui.

—He pillado a esta mujer en los aseos de caballeros, señor director —le dice el guarda con marcialidad—. Llevaba esto en su bolso —añade dejando la bolsita sobre la mesa.

Othmane Raoui despide al guarda y se queda mirando a Sonia con una sonrisa viperina. Permanece un largo rato callado para que siga agobiándose y le señala una silla cuando la nota a punto de desmoronarse.

—Las cosas han cambiado en este hotel, señorita. Hemos adoptado medidas muy severas para recuperar la respetabilidad del hotel y de la clientela. Ya hemos hecho enchironar a unos cuantos desaprensivos y pensamos seguir haciéndolo. Lo lamento pero se acabó todo tipo de tolerancia. No hay otro modo de sanear el establecimiento. (Agarra el teléfono.) Voy a llamar a la policía, hoy mismo será juzgada y encarcelada.

—¿No podemos llegar a un acuerdo? —pregunta Sonia—. El antiguo director...

—Está en la cárcel —la interrumpe Othmane—. No paraba de trapichear a diestro y siniestro. (Suelta bruscamente el auricular.) Su cara me suena.

Sonia se agarra a esa presunta oportunidad.

—Puede ser.

Othmane se lleva una mano a la barbilla como si intentara recordar.

—¿Dónde hemos podido vernos antes?

—Puede que en alguna gala de caridad.

—Nunca asisto a ese tipo de actos.

Sonia inicia su estrategia de seducción desabrochándose la camisa.

—No es necesario —le dice Othmane—. No me conformo con un simple polvo… (De repente, la señala con el dedo.) ¡Ya está!… ¿No es usted la amiguita de la comisaria Nora?

Sonia se queda lívida.

Othmane finge hurgar en su memoria. Él mismo ha ideado el simulacro de detención. No trabaja en el hotel pero se mueve a sus anchas en él. Lleva cuatro días vigilando a Sonia para hacerla caer en la trampa.

—Prefiero acabar en comisaría —confiesa Sonia—. Últimamente Nora está insoportable.

—No se preocupe, no voy a molestarla… ¿Es verdad lo que cuentan?

—Primero tendría que saberlo yo.

—Que están enrolladas.

—¿Y qué? ¿Se dedica a espiarnos?

—Digamos que la comisaria nos interesa muy especialmente.

—Ella es la bollera, no yo.

—En ese caso, puede que lleguemos a entendernos.

—Usted dirá.

Othmane saca de un cajón una bolsa de cuero y la vacía sobre la mesa de despacho. Sonia casi se atraganta al ver tantos fajos de billetes nuevos.

—Aquí hay cincuenta mil euros. Son suyos.

A Sonia le bizquean los ojos. En su vida ha visto tanto dinero junto. Y menos aún en euros. Le cuesta creerlo. Se le tensa el rostro y le cuesta respirar. Está alucinada.

Othmane empuja la bolsa hacia ella con la punta de los dedos.

—¿Cree que se los merece?

—Depende de lo que me vaya a pedir, señor director. Aunque por esa cantidad haré lo que haga falta.

Othmane enciende un puro y suelta el humo por la nariz sin dejar de observarla. Sabe que ya ha picado el anzuelo. Dice:

—Estamos empeñados en sacar adelante un proyecto inmobiliario. Está paralizado porque la comisaria se dedica a fastidiarnos.

La codicia puede con Sonia.

—Es una cabezona —afirma con amargura—. Sigue creyendo que existen el infierno y el paraíso. En lo tocante al trabajo es intratable. Una vez estuvo a punto de lincharme cuando le pedí que le quitara una multa a un vecino.

—No pretendemos corromperla. Ya lo intentamos y no funcionó. Solo queremos que nos olvide. Nuestro proyecto lleva ya un año de retraso por su culpa y nuestros acreedores van a por nosotros.

Sonia reflexiona sin apartar la mirada de los billetes.

—A veces trae documentos a casa —sugiere—. Puedo fotocopiarlos... Hasta podría entregarle los originales. De todos modos, esa mujer me tiene harta. Me deja encerrada en su casa porque no tengo dónde ir y porque estoy tiesa.

—No nos interesan los documentos.

—No veo cómo puedo ayudarles.

—Hay otros modos. ¿Acaso no se acuesta con ella?

—Sí.

Othmane le acerca un poco más la bolsa de cuero.

—A la policía no le haría gracia si llegara a saberlo.

Sonia tiende una mano hacia la pasta pero Othmane se adelanta y la aparta.

—¿Quiere que declare contra ella?

—No queremos llegar hasta ese punto. Solo pretendemos que se avenga a razones. Si supiera que nos hemos enterado de que se acuestan juntas, sabría a qué atenerse y nos dejaría en paz. Es ella la que tiene paralizado nuestro expediente.

—Le repito que no me importa declarar contra ella —insiste Sonia.

—Sería su palabra contra la suya, y la policía preferiría creerla a ella con tal de evitar un escándalo. Lo que necesitamos son pruebas.

Sonia piensa a toda prisa, pero la visión de los fajos de billetes la perturba.

—¿Quiere pillarnos con las manos en la masa? De acuerdo. Dejaré la puerta abierta y cuando les haga una señal aparecen ustedes y nos hacen fotos.

—Demasiado arriesgado. Eso solo funciona en las películas de serie B.

—Pues dígame lo que tengo que hacer. No habrá problema por mi parte.

—Grabar un vídeo mientras estén enrolladas en la cama.

Sonia se sobresalta.

—No va a salir en YouTube ni en la prensa —la tranquiliza—. Es solo para uso estrictamente personal. Además, no nos interesa que se sepa que chantajeamos a un funcionario de la policía. Ahí tenemos todas las de perder. Cuando nuestro proyecto pueda seguir adelante,

destruiremos la película, se lo prometo. Nadie se enterará.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Acaso cree que me va a aplaudir?

—No la dejaremos en la estacada. Podemos conseguirle un visado para el extranjero y hasta un puesto de trabajo en nuestras empresas internacionales.

—¿Harían eso por mí?

—Por supuesto.

Sonia se dispone a recoger la bolsa, pero Othmane la detiene con un gesto.

—Tranquila. ¿Está de acuerdo en todo?

—¡Y tanto! Haría lo que fuera por salir de este jodido país.

—Estupendo. Le daré el dinero cuando me entregue la grabación. ¿Tiene pasaporte? Tráigamelo mañana. Aquí no, a un lugar que le indicaré. Le daré un teléfono más seguro… Ya me avisará cuando esté lista. Alguien instalará cuanto antes unas cámaras sofisticadas en su dormitorio.

—¿Puede darme al menos la mitad del dinero?

—En este oficio, a trabajo hecho, trabajo pagado. Nunca se sabe, podría echarse atrás en el último momento.

—¿Echarme yo atrás? Ni se imagina hasta dónde podría llegar con tal de cambiar de vida —exclama Sonia con una seguridad y una avidez más grandes que la Tierra con todo su contenido.

32

La Comisaría Central parece un gran lugar tomado por aparecidos. Se oyen pasos por los pasillos, chirridos de puertas, sombras deslizándose por las paredes, pero ni una sola risa, ni una sola voz.

Los ordenanzas acuden, sueltan el correo sobre las mesas y desaparecen sin decir una palabra ni mirar a nadie.

Ante las ventanillas, los contribuyentes realizan sus papeleos a toda prisa, frustrados por la cara de pocos amigos que enarbolan los agentes. Los ceniceros están repletos de colillas y las tazas de café están vacías. Un ambiente insano contamina todo el edificio.

Todo el mundo está al tanto de la bronca que han tenido el jefe de división y la comisaria.

Cuando el comisario jefe se mosquea con alguien, se las arregla para que pague el pato todo el personal. Durante los primeros días, las sanciones llovieron por nada y menos, todos los permisos fueron denegados sin justificación sin que a nadie se le ocurriera protestar. Ahora los abusos de confianza se han convertido en un enfurruñamiento asfixiante y las habituales bromas para relajar el ambiente han dado paso a un malestar contagioso. Hace diez días que nadie se atreve a acercarse a Nora para no indisponer al comisario jefe, una cuarentena forzosa que ha deteriorado todas las relaciones internas.

Zine ha regresado a su cuchitril, a su termo y a su retrato de Mandela en la pared. Aparece por la mañana con cara de no haber pegado ojo, rellena los registros de guardia y se pasa el resto del día sin dar golpe. En la cantina solo se oye el ir y venir de los tenedores y reina un sentimiento de pérdida de tiempo. Una vez acabado su turno, los funcionarios se escabullen de la comisaría de puntillas y sin despedirse.

Zine es el último en irse. Se queda un rato en el vestíbulo, junto a las ventanillas, fingiendo consultar los registros. En realidad espera cruzarse con Nora para saludarla y hacerle ver que está de su parte. Pero no hay quien vea a la comisaria. Al llegar, se encierra en su despacho y nadie sabe por dónde sale.

Llevan así diez días y el inspector está harto. Cuando ve que no tiene nada que hacer, se mete en su coche y va donde Mounir a recoger su bolsa de cannabis antes de encerrarse en su casa. Allí se ducha, se coloca su chándal estampado con los colores del Mouloudia, pone un CD de Mohamed Rouane y, arrellanado en su desgastado sillón, se deja mecer por la marranada opiácea de su porro. Ya ni

siquiera ve la tele.

Su móvil suena un jueves por la tarde. Lee en la pantalla: «Estoy en Notre-Dame. Si no tienes nada que hacer… Nora.»

Zine se cambia de ropa antes de encaminarse hacia las alturas de Argel. Un tráfico anárquico atosiga las escarpadas calles de Saint-Eugène. Zine tarda unos cuarenta minutos en llegar a Notre-Dame d'Afrique. Un pequeño grupo de turistas gravita alrededor de la basílica con sus máquinas de fotos en ristre. Unos chavales dan patadas a una pelota en el patio del promontorio. El coche de Nora está aparcado en una esquina con el capó pegado a la tapia. Zine aparca a su derecha y se reúne con la comisaria, que alarga el brazo para abrirle la portezuela.

—¿No te he molestado?

—Me viene bien tomar el aire —la tranquiliza el inspector.

Desde arriba se ve el cementerio de Bologhine, el mar, las casas escalonadas sobre la colina y los barcos atracados en la bahía. No ha anochecido del todo, pero las farolas ya se han encendido, probablemente para conjurar oscuros presagios.

«Argel es una hoguera para el martirio», piensa Nora. Su ave fénix está desalentada, atada a su percha carbonizada, incapaz de renacer de sus cenizas.

—¿Qué tal?

—Aguantando el chaparrón —dice Nora.

—¿Sabes algo sobre la fecha de reunión del comité disciplinario?

—No habrá comité disciplinario. El jefe de división está faroleando. Solo intenta intimidarme. No es más que un blandengue que berrea para que se le oiga y que se tumba cuando se queda sin aliento.

—¿Es verdad que has pedido un traslado de destino?

—Eso quieren hacer creer para quitarme de en medio. No tengo motivos para irme a otra parte. Estoy a gusto en Argel.

Zine enciende un cigarrillo y baja la ventanilla para no ahumar el interior del coche. El cielo está nublado y una leve llovizna empieza a salpicar el parabrisas.

—Han utilizado a Kader Kacimi para despistarnos —dice Nora—. Un simple engañabobos.

—¿Entonces por qué ha salido tan precipitadamente del país?

—No ha salido del país. El encargado de la sala VIP del aeropuerto asegura que no lo vio aquella mañana.

—¿Y la lista de pasajeros?

—No es la del embarque. En ella no aparece el nombre de Kacimi. Nos han retirado de la investigación porque no hemos picado el anzuelo.

—¿No crees en la versión de los altos mandos?

—¡Por supuesto que no! Esa historia de conspiración extranjera es puro camelo. Llevan tomándonos el pelo desde la Independencia. Al final se lo acaba uno creyendo. El único lo bastante loco para meterse con Hamerlaine es el propio Hamerlaine.

—¿Crees que todo esto es un montaje suyo?

—¿Tú no? Todo empezó en el pabellón 32, y él estaba allí. ¿A quién le interesaba eliminar a los testigos de lo ocurrido aquella noche? Y, según tú, ¿qué ha sido de Baz? Se ha esfumado de la noche a la mañana sin dejar rastro ni testamento. Debe de estar pudriéndose en el fondo de un pozo o en un bosque... ¿Y el guarda? ¿Sabes que lo han trasladado a otra clínica?

—Estoy al tanto.

—¿Por qué lo han aislado? ¿Para ocultarlo o para hacerle callar para siempre?

Zine no contesta.

Nora aprieta el volante a la vez que los dientes:

—No he parado de dar vueltas a todas las hipótesis y todas nos conducen al regalo de cumpleaños.

—Hamerlaine fue el primero en hablarnos de su cumpleaños. Se lo habría callado si tuviera algo que reprocharse.

—Es un listillo. Sabía que acabaríamos sabiéndolo y se nos adelantó para quedar fuera de sospecha. La noche del 23 de diciembre, después de que se fueran los invitados, Bob le puso la guinda a su tarta de cumpleaños: Nedjma.

—No puede ser. Era su nieta.

—No lo sabía. Recuerda su reacción cuando le enseñaste la foto de Nedjma. Por poco se muere de la impresión. ¿Por qué? Porque reconoció su regalo de cumpleaños.

—Reconozco que su reacción al ver la foto me desconcertó.

—Ahí se puso en evidencia, Zine. Era lo último que se esperaba. Por supuesto, no sabía que tenía una hija, y menos aún una nieta. ¿Te imaginas el palo que se llevó cuando se dio cuenta de que su presa era de su propia sangre?... Habría que investigar otros casos de chicas desaparecidas el 23 de diciembre de los años anteriores. Estoy segura de que no es la primera fechoría de ese enfermo mental.

—La señora Kacimi dice que Hamerlaine es impotente.

—Leí hace tiempo en la prensa un artículo que contaba que un rajá hindú se comía el corazón de las vírgenes que le entregaban al no poder desflorarlas.

Zine aplasta su cigarrillo en el cenicero del coche, claramente desconcertado:

—¿Qué hacemos? —pregunta con voz átona.

—Nuestro trabajo. La ley es igual para todos.

—Estamos fuera del caso.

—Estamos metidos en él hasta el cuello, Zine. O él o nosotros. ¿Estás conmigo? No tienes ninguna obligación, y no te lo tendré en cuenta. Yo no pienso echarme atrás. Con o sin permiso de los mandos, voy a investigar hasta el final. No acostumbro a rajarme cuando las cosas se ponen feas. Ese cabrón tiene que pagar, así que tú decides.

Zine se pellizca la nariz en actitud pensativa. Nota la intensa mirada de la comisaria. Tras un prolongado silencio, dice:

—No tienes ninguna prueba de lo que afirmas.

—Las encontraré.

—¿Cómo?

—Siguiendo con la investigación. ¿Entonces qué?

Zine tarda una eternidad en aventurar con voz apenas audible:

—Estoy contigo.

—Bien —se relaja la comisaria—. Que quede entre nosotros dos. Guerd no debe saber nada. No me fío de él. Tampoco necesito recordarte que estamos pisando un terreno minado. Se trata de un cacique de primera magnitud. Hamerlaine es capaz de todo cuando se ve acosado. Otros se las han visto con él antes que nosotros y no lo han contado.

Zine no añade más.

33

Hasta que regresa a su casa no se percata Zine del carácter suicida de su decisión. ¿Cómo se le habrá ocurrido aceptar? ¿A quién pretende atrapar removiendo el viento? Los han retirado del caso. ¿Con quién y con qué justificación van a seguir en él? Ningún poli se arriesgará a echarles una mano. Nora y él quedarán solos ante el peligro y no cabe la menor duda de que se van a ver pringados con tanta mierda que ni siquiera las moscas querrán saber de ellos.

Zine está cabreado consigo mismo. No debió dejarse llevar por el afecto. Sin duda, respeta a Nora, pero ¡de ahí a meterse con ella en una incineradora gigante con los ojos cerrados hay un paso!...

Ha cogido el auricular varias veces para llamar a la comisaria y decirle que se lo ha pensado mejor y que no le parece una buena idea, pero ni una sola vez ha llegado a marcar su número.

Fuma porro tras porro sin conseguir colocarse. Las partituras de Mohamed Rouane no hacen más que aumentar su malestar.

De pie ante la ventana, intenta dispersar sus pensamientos por las callejas desiertas. Argel no le va a echar una mano. Es una ciudad autista que, agazapada en la oscuridad, finge no estar para nadie.

Las palabras de Joher lo acosan como un enjambre de avispas: «En Argelia, cuando tienes un problema, es *tu* problema.» La señora Kacimi estaba en lo cierto. También ella ha desaparecido. Ha hecho sus maletas y se ha largado a Bruselas.

Nora se empecina por despecho, reconoce el inspector. No es nadie importante, y si las cosas se complican no habrá avión para ella.

Zine se deja caer sobre su desvencijada cama. «No —se dice—, esto ya no es asunto mío. No soy ni un profeta ni un justiciero de película, solo un subalterno que acata órdenes; y en este asunto las órdenes son categóricas: el caso ya no está en manos de la Criminal.»

Mañana, sin falta, irá a ver a Nora para intentar hacerla entrar en razón. No puede hacer todo lo que se le pase por la cabeza, si es que le queda algo de cabeza. En cuanto a él, ¿qué tiene que ganar con todo esto aparte de un expediente disciplinario como la copa de un pino, el consabido arresto y la expulsión del cuerpo de policía? ¿Y a qué se dedicará después? ¿A taxista pirata, a portero de club de alterne, a camello? Eso si lo dejan en paz. ¿A cuántos polis no habrán hundido ya, solo por cumplir lealmente con su deber? ¿Qué habrá sido de ellos? Fantasmas extraviados... en este mundo o en el otro, ¿qué más da?

Nora se ha quedado un largo rato al pie de la basílica tras la partida de Zine, preguntándose si no se habrá pasado con el inspector

implicándolo en un caso de tan compleja resolución. Ella ve claro que se ha comprometido a disgusto.

Pero lo necesita.

Sola no llegaría muy lejos.

Sabe que es más sencillo desmontar el coloso de Rodas que hacer cosquillas en los pies a Hamerlaine, pero se niega a tirar la toalla. La ley es la misma para los grandes que para los pequeños. Para eso se hizo policía. Se niega a limitarse a perseguir a la morralla. Cree desde muy niña en una justicia que ampare a toda la sociedad. Ha visto a tantos colegas valientes caer en emboscadas terroristas o tiroteados por malhechores, dejando atrás viuda y huérfanos, o familias desconsoladas mientras los Hamerlaine siguen tan campantes... Cuando prestó juramento el día en que se licenció su promoción, el corazón se le desbocaba. Por entonces creía en todo aquello y no ve motivo para dejar de hacerlo después de lo que ha padecido su país.

Ya es de noche.

Los chicos han regresado a sus hogares y la explanada de la basílica tiene un aspecto desangelado bajo la lluvia.

Aparte de un vigilante desastrado que se dispone a echar una cabezada allí mismo, todo el mundo está ante la tele en vista de que en la ciudad ha sido despojada de todas las distracciones que ofrecía.

Así están las cosas...

«Argel está malherido pero no se queja», se dice Nora. No debió empeñar su cinturón de castidad para apostar por la *baraka* de Sidi Adberrahmane en vez de por proyectos viables. Ahora que el morabito ha sido depuesto por los fabuladores, ¿qué va a contar al prestamista? ¿Quién hizo aquí una mala inversión? De eso ya la habían avisado, estaba más claro que el agua, pero Argel no quiso ver ni oír y ahora solo puede culparse a sí misma.

Nora arranca su coche y baja hacia Bologhine sin rumbo fijo. Atraviesa un barrio tras otro y da vueltas en busca de un restaurante. No hay nada abierto. Compra pan, queso y refrescos en una tienda de comestibles casualmente abierta.

Pasadas las once, Nora cruza el umbral de su piso, que está a oscuras. Enciende la luz de la entrada y echa una ojeada a su dormitorio; la cama está sin hacer, la mesilla de noche recostada contra el somier, la lámpara por el suelo... «Sonia se ha puesto otra vez hasta las cejas», se dice mientras se dirige a la cocina.

Nora deja la compra junto al fregadero en el que esperan dos platos sucios y regresa al vestíbulo.

La tele está puesta en la sala de estar, pero no ve a Sonia.

En la pantalla, una escena de sexo duro. Nora se inquieta. Nunca ha pillado a Sonia viendo cine porno. De repente, la comisaria se queda de piedra: las dos mujeres que están desnudas haciendo el amor

en la pantalla, una morena y otra rubia, enredadas como dos lianas carnívoras, jadeantes y descontroladas… Esas dos mujeres son ellas mismas en plena efusión en la cama de su habitación.

La comisaria cree recibir un mazazo en la cabeza. Las piernas le flaquean y se agarra al respaldo de un sillón. Niega con la mano entre sacudidas como un coche al que se le cala el motor. Se le pone la carne de gallina, un sudor frío le recorre la espalda y, horrorizada y escandalizada, intenta recobrar el aliento sin dejar de apartar la mirada de la pantalla.

—Un buen calentón, ¿a que sí? —restalla una voz tras ella.

Nora se da la vuelta, anonadada.

Othmane Raoui la apunta con una pistola con una mirada gélida y una mueca retorciéndole la boca.

34

El teléfono suena a la una de la mañana. Zine lo busca a tientas y consigue descolgarlo al segundo intento. Aún no se le ha pasado el colocón.

—¿Sí?

—Aquí el oficial de guardia de la Comisaría Central —farfulla una voz—. Ha ocurrido una desgracia en el 14 de la calle Diar-Khouna de Bab el-Oued... Lo lamento, inspector.

Zine cuelga el teléfono, ahora totalmente despejado.

Se sienta en el borde de la cama con los pies sobre el suelo frío y permanece así unos minutos hasta asegurarse de que no se trata de una pesadilla; luego se viste sin siquiera encender la luz.

Guerd está sentado en la escalera del segundo piso del 14 de la calle Diar-Khouna, hundido. Tiene las sienes agarradas con ambas manos y mira fijamente la punta de sus zapatos, tan impresionado que no tiene fuerzas para echarse a un lado y dejar pasar al inspector.

En el rellano, un vecino y su esposa parecen alelados de espanto.

Zine entra en el piso. El cabo Tayeb está de pie en el vestíbulo, no menos aturdido. En el salón se afanan unos agentes de la policía científica. Nora está recostada en un sillón frente a la tele encendida. Tiene la boca abierta, los ojos en blanco y medio cráneo destrozado; su mano derecha apunta hacia arriba con una pistola entre los dedos.

—¡Joder! —exclama Zine apoyándose en la pared.

El capitán Salah ofrece un vaso de agua al inspector. Zine lo rechaza negando con la cabeza. De cuclillas en un rincón, mira a la comisaria inerte en el sillón. Guerd sigue sentado sobre el escalón con la cabeza gacha.

—Se ha pegado un tiro en la sien —dice el capitán.

—No estoy ciego.

—La noté más fuerte la última vez que la vi.

—Todos tenemos altibajos.

—Eso está claro.

Zine no consigue apartar la mirada del cráneo reventado de la comisaria. Suelta un suspiro.

—Últimamente estaba deprimida. Pero nunca pensé que llegara a suicidarse...

—Hay situaciones que no alcanzamos a imaginar, inspector.

—¿Quién ha avisado a la policía?

—Los vecinos de enfrente.

—¿Oyeron algo?

—No. Alguien los llamó por teléfono. Dijo que llevaba dos horas

intentando hablar con Nora y que aquello no era normal. Les pidió que fueran a ver.

—¿Dijo quién era?

—No.

—¿Dejó un número de teléfono al que llamarle?

—¿Los vecinos lo conocen?

—No creo.

—¿Saben cómo obtuvo su número de teléfono?

—Eso es cosa vuestra, de la Criminal.

—¿Habéis encontrado algo?

El capitán señala a un agente la tele con un movimiento de barbilla. Este pone en marcha el lector de DVD. Aparecen las imágenes. Se ve a Sonia desnuda meterse en la cama donde yace Nora. Las dos mujeres se besan en la boca y se acarician antes de unir sus cuerpos entre tórridos retozos...

—La comisaria no se esperaba verse inmortalizada de ese modo en una filmación —dice el capitán.

—Yo tampoco —dice con voz ahogada un Zine completamente consternado.

—Hemos buscado por si había más DVD de este tipo pero no, ni siquiera películas X o el resguardo de alguna videoteca especializada. Tampoco revistas eróticas. Creo que las han filmado sin que se enterasen.

—Eso téngalo por seguro... ¿Dónde está Sonia?

—¿Quién es esa?

—La rubia. Vivía con la comisaria. Yo pensaba que eran parientes.

—Pues no lo eran, por lo que se ve...

—¿Dónde están las cámaras?

—La rubia ha debido llevárselas.

—¿Por qué la rubia? ¿Por qué no el o los mirones?

—Apenas estamos empezando a trabajar, inspector.

—En ese caso, no adelanten hipótesis gilipollescas.

Zine ruega al agente que apague la tele.

En la Central reina una febrilidad insoportable desde el amanecer. La noticia ha corrido por los despachos en un tiempo récord. En los pasillos, en las escaleras, en los aseos se preguntan unos a otros, cuchichean, abren ojos como platos y se apresuran a informar a los colegas a medida que van llegando.

Guerd duerme la mona tras su mesa. Está borracho, tiene la cara abotagada y los párpados hinchados.

—¿Puedo entrar? —le pregunta Zine desde la puerta.

Guerd se encoge de hombros.

El inspector le coloca un periódico ante las narices.

—Viene en primera plana esta misma mañana.

—Vete a la mierda —gruñe el teniente apartando el diario de un revés.

—¿Quién ha informado a la prensa, Guerd? La policía no fue avisada hasta las doce y veinte y yo un poco después. ¿Cómo habrá conseguido la prensa esta información antes que nadie?

—¿Adónde quieres ir a parar, Zine?

—Me lo pregunto, eso es todo.

—Pues guárdatelo para ti. Yo llegué diez minutos antes que tú a la casa. ¿Acaso me viste levantarme o telefonear? Además, éramos seis o siete polis allí.

—Sí, pero tú tienes amigos en la prensa.

Guerd se frota la cara con las manos, luego se revuelve el pelo; los pómulos se le contraen repetidamente.

—Hay dos maneras de ver las cosas, Zine: tal como son y tal como queremos que sean. Nos equivocamos del todo al interpretarlas...

—Espero de verdad equivocarme, teniente. Esa gente te echa el anzuelo y te recoge como un pescado. Luego te enharinan y te fríen.

—¿De qué gente me estás hablando, joder?

—¿Quieres que te haga una lista?

—Quiero que te largues de mi despacho, inspector. Y cuidado con lo que insinúas. Puede que esté podrido, pero aún me queda amor propio. Es verdad que no me llevaba bien con la comisaria, pero nunca he deseado que se suicide.

—Era zurda, teniente.

Guerd no se entera bien, pero la observación del inspector casi lo despabila.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues lo que quiere decir, sin más: zur-da... y llevaba el arma en la mano derecha. Nora no se ha matado, la han ejecutado —ruge Zine dando un manotazo al periódico sobre la mesa.

Acto seguido sale del despacho, dejando petrificado al teniente.

35

Se oyen voces en el pasillo, luego ruido de forcejeo. Ed Dayem cuelga el teléfono y se vuelve hacia la puerta de su despacho del ático de su imperio mediático. «¿A qué viene este follón?», refunfuña.

La puerta se abre con violencia y aparece el teniente Guerd con desgarros en la chaqueta, intentando desasirse de las manos que pretenden retenerlo. Sin aliento, enfurecido, esgrime el puño y amenaza con golpear. Ed Dayem calma a sus hombres antes de pedirles que se vayan. Una vez cerrada la puerta, se cruza de brazos y se queda mirando al policía con severidad.

—¿A qué viene este numerito, teniente?

Guerd se reajusta la chaqueta dando tumbos sin moverse de su sitio. Está completamente borracho, con el rostro devastado y la bragueta abierta como si saliera de un club nocturno. Huele a demonios y su apestoso aliento a vinazo vicia de inmediato el aire acondicionado del despacho.

—Me aseguraste que solo se trataba de obligarla a dimitir —balbucea el teniente.

—Su muerte me ha sorprendido como al que más.

—¿Cómo es posible que haya salido en primera plana de tu diario?

—Es nuestro oficio.

—¿Puede saberse quién te dio el soplo?

—No.

—Pedazo de cabrón, me has estado manipulando.

—¿No me digas? ¿Acaso no ibas contando por todas partes que era lesbiana?

—¡En ningún momento se habló de cargársela! —aúlla Guerd salivando—. Soy un corrupto, un golfo, un perro, todo lo que quieras, pero no un asesino. No quiero tener las manos manchadas de sangre, ¿te enteras? Sé hasta dónde se puede llegar. No hago ascos a la pasta pero me niego a saquear un cadáver…

Ed Dayem rodea su mesa y se planta frente al oficial.

—Nadie, nadie en absoluto pensó que iba a matarse, Guerd. Es una tragedia pero no tenemos nada que ver en eso. Es imposible preverlo todo. Solo pretendíamos que entregara su placa y se fuera a otra parte a taparse la cara.

Guerd vacila y, de forma provocadora, se limpia los mocos con la manga de su chaqueta.

—No se ha suicidado, señor mío. Se la han cargado.

Ed da un paso atrás. Está realmente perplejo. Mira fijamente al

teniente que no parece estar elucubrando.

—¿Qué me estás contando? ¿Quién ha podido hacer algo así?

—El tipo a quien encargaste ocultar cámaras en el dormitorio de la comisaria.

—A mí no me metas en eso, teniente —exclama Ed con tono amenazador—. No estoy más implicado que tú en este asunto. Nos limitamos a confirmar que era lesbiana. Además, ¿quién te ha dicho que no se ha suicidado?... Contrólate. Tus colegas sueltan infundios y tú te los crees. La comisaria se pegó un tiro al darse cuenta de que su carrera se había ido al traste. Te juro que no se me ocurrió pensar que se mataría.

—Puedes estar seguro de que se la han cargado, Eddie. Un hijo de puta le ha metido una bala en la sien en su propia casa. Los chicos del laboratorio son categóricos al respecto.

Ed se percata de que está sudando la gota gorda. Regresa a su asiento y se enjuga con varios kleenex. Su cara está blanca como la cal.

—¡Dios mío! —exclama entre jadeos.

—Dios no tiene nada que ver en esto —grita Guerd.

—¡Cierra el pico!

—¿Y qué adelanto con eso? Aunque me ponga una cremallera en la boca, ¿cómo pretendes que se me vaya de la puta cabeza?

—¿Alguien sospecha de ti?

—Tengo coartada... ¿Y tú?

Ed se agarra a su asiento y se pone a pensar.

—Mira, teniente. No corremos peligro si mantenemos la calma. Tienes que controlarte porque tu comportamiento podría comprometernos. Primero te plantas aquí cuando ya tenemos un punto de encuentro en la otra punta de la ciudad. Infringes las reglas y eso no es bueno. Mira que te lo dije claramente... No puedes venir a verme a la sede del periódico; pero lo has hecho... Y encima te permites montar un espectáculo delante de un montón de periodistas. Luego...

—Luego me cago en ti. Me has utilizado y tengo una muerte en la conciencia.

Ed saca de un cajón un fajo de billetes y se lo tiende al teniente.

—Necesitas cambiar de aires, Guerd. Trinca esta pasta y búscate un lugar donde relajarte. Voy a dar un toque al jefe de división para que te dé una o dos semanas de permiso.

—No se te ocurra mencionar mi nombre a nadie, Eddie. Ni te conozco ni nunca has oído hablar de mí.

—No hay problema. Recoge tu pasta y lárgate.

Guerd escupe a un lado con tanta saña que tropieza y por poco se cae.

—Puedes limpiarte el culo con tu pasta. Se trata de un asesinato y a eso yo no me apunto. Y una cosa más, escoria: como lleguen hasta mí, te hundirás conmigo.

—¿Me estás amenazando, teniente?

—No, te lo juro por mi madre.

—¡Sido! —aúlla el magnate.

Este aparece de inmediato.

Ed lo fulmina con la mirada y le espeta:

—¿No me habías asegurado que el hombre de Neandertal se extinguió hace ocho mil años?

—Así es, señor —le contesta Sido.

—¿Entonces qué coño hace este en mi despacho?

Guerd asiente con la cabeza.

Se inclina hacia el magnate:

—Lo que ignoras, capullo, es que a partir de hoy tanto tú como yo y los demás implicados en este caso estamos en vías de extinción.

Sido intenta agarrar al teniente por el brazo. El policía lo esquiva, lanza una mirada torva al magnate y sale del despacho intentando mantener el equilibrio.

Ed no ha dormido esta noche.

No ha dejado de dar vueltas a las palabras del teniente.

Dos días después, localizan el coche de Guerd en un barranco de la carretera de Chiffa. Unos pastores cuentan que el vehículo iba demasiado rápido y que perdió el control tratando de evitar atropellar a un mono, hasta acabar al fondo del barranco. Los primeros datos de la investigación llevada a cabo por la gendarmería avalan la tesis del accidente. Guerd tenía más de cinco gramos de alcohol en sangre.

Ed da por bueno el informe de la gendarmería.

Cinco días después, Othmane Raoui aparece muerto en su chalé 28, electrocutado en su bañera. En el sótano de la casa la policía encuentra tres fosas sospechosas de las que exhuman tres cadáveres que acabarán siendo identificados como los de Kader Kacimi, Réyan Baz y Sonia Laribi.

Cuando la noticia de la muerte de Othmane Raoui aterriza en el despacho de Ed Dayem, tiene el efecto de una bomba en el ático de la torre de cristal. El magnate de la prensa entra en trance y Sido no puede hacer nada para calmarlo.

Ed Dayem ha pasado la noche más agitada de su vida. Por más copas que se tomara, no conseguía atemperar la voz que resonaba en su interior: *Todos estamos en vías de extinción… Todos los implicados en este caso… Todos en vías de extinción…*

De repente la angustia —esa tremenda angustia que le produce retortijones de tripas cada vez que regresa a Argel— vuelve a apoderarse de él, con sus toxinas y sus enormes sudores. Helo de

nuevo mirando bajo la cama antes de acostarse, despertándose en plena noche para comprobar que la puerta está cerrada con llave, asegurándose de que no hay ningún objeto bajo el chasis de su coche antes de subirse en él. Otra vez la paranoia... Se agobia cada vez que oye pasos detrás, no deja de mirar a diestro y siniestro. Ese hombre que está telefoneando ante el café, ¿por qué no resulta creíble? Y ese otro energúmeno que finge estar mirando una vitrina, ¿desde cuándo lo viene siguiendo? Y ese coche que acaba de arrancar en tromba, ¿por qué ha tomado una dirección prohibida?

Para Ed Dayem, Argel ya es solo una ratonera al aire libre.

Sus penumbras apestan a sortilegio.

Sus bulevares están sembrados de trampas.

Ed Dayem ya no se aclara. No es fácil ver claro cuando se ha pasado uno la vida ocultando la cara, nadando en aguas turbias y escondiéndose tras una cortina para dar puñaladas traperas a sus enemigos.

Debe largarse cuanto antes. ¿Qué lo retiene en esta ciudad? ¿Qué referencia?, ¿qué idilio?, ¿qué garantía? Ed Dayem sabe que ahora, las cosas se han puesto feas para él. Sabe sobre todo que esta ciudad que ha controlado, desgastado hasta la trama, despojado hasta de su última camisa; esta ciudad donde ha hecho y deshecho a su antojo dictando a unos sus exigencias y a otros su testamento, esta ciudad en la que ha sido rey y lacayo, gigante y enano, adulado y cortesano, se dispone a convertirse en su cementerio desde que el mal de ojo lo tiene en su punto de mira. En ningún caso piensa esperar al sepulturero, ya que no permanecería un solo día más en el país aunque le tuviesen preparado un funeral con carroza cubierta de coronas de flores, un pelotón de la guardia republicana a lomos de purasangres de Eslovenia, vibrantes clarines y cien cañonazos; aunque hiciesen sonar las sirenas de todos los barcos atracados en el puerto para dedicarle al unísono un postrero homenaje, movilizaran cortejos de plañideras para el más solemne desfile y convocaran para la oración fúnebre a los mejores poetas y el más ilustre de los imames rezara por el descanso de su alma.

Cuando la angustia, ya en su paroxismo, amenaza con colapsarle el corazón, Ed llama a Sido para pedirle que le reserve un asiento en el primer vuelo internacional, hace sus maletas, desconecta el teléfono, enciende todas las luces para hacer creer que está en casa por si alguien lo estuviera vigilando, se mete en un taxi y se aloja en un hotel cercano al aeropuerto, convencido de que si lo hiciera en su domicilio podría no ver amanecer.

36

Ha sido de repente.

Al despertar por la mañana, Sid-Ahmed ha exclamado: ¡basta!

Ha permanecido tumbado sobre su camastro durante unos minutos hasta convencerse de que no estaba equivocado. En realidad, no necesitaba mucho para ello.

Reconoce que lleva mucho tiempo dándole vueltas a la idea, y que a menudo desembocaba en un terreno inextricable y sin salidas, pero ahora se ha convencido.

Sid está sereno.

Y lúcido.

El techo le recuerda una lápida sepulcral. Ha muerto la duda y, en cierto modo, él mismo también. Acaba de romper la última amarra que lo ataba a la mentira; el momento de la verdad se ha impuesto a las huidas hacia adelante, a los simulacros de redención y a las improbables absoluciones. Si le abrieran la cabeza, hallarían una colada de lava solidificándose. Ya no hay marcha atrás, se han agotado todos los recursos.

¡Basta! ¡Ya está bien de aplazar indefinidamente lo que debió hacer hace tiempo!

A Sid le cuesta levantarse de tanto como le pesa la cabeza. Recoge el paquete de tabaco del suelo, se fuma un pitillo, luego un segundo y un tercero sin despegar los ojos del techo. Se vuelve solo una vez hacia los retratos de Djamila Bouhired y Angela Davis antes de volver a clavar la mirada en el techo, incapaz de sostener la de sus dos ídolos.

Fuera, nace otro día inútil.

Se oye el estruendo del mar embravecido. «Este se está rebelando a oleada limpia», piensa Sid.

El antiguo periodista no estima necesario hacerse café. Saca de la nevera la dorada y los dos mújoles que unos pescadores le ofrecieron la víspera, los envuelve en papel de periódico y los mete en una bolsa de plástico, tras lo cual se dirige al pueblo en busca de carburante.

El empleado de la gasolinera le toma el pelo:

—¿No querrás rociarte con gasolina para provocar un levantamiento popular?

Sid no contesta. Sonríe levemente mientras llena su pequeño bidón de diez litros.

—Pago con pescado.

—¡Vale! —exclama el de la gasolinera, encantado de quedarse con las tres hermosas piezas envueltas en papel de periódico.

Sid consulta un anuario que hay sobre una estantería, deja correr un dedo por la columna de señas, pasa las páginas y se detiene en el número del teléfono de la Comisaría Central de Argel.

—¿No te importa que llame desde aquí? —pregunta Sid.

El empleado le coloca sobre el mostrador un aparato de los tiempos de la revolución agraria decretada por los cretinos del socialismo científico de los años setenta.

Sid se equivoca tres veces al marcar el número. Lleva más de un decenio sin hacerlo y ha perdido la costumbre.

El teléfono suena en el cuchitril de Zine. Es la telefonista, que le pregunta si acepta una llamada externa de un tal Sid-Ahmed. El inspector dice que sí.

Un ruido de fritura chisporrotea al otro lado de la línea.

—¿Sid?

—¿Te molesto?

—No demasiado. ¿Te has comprado un móvil?

—Llamo desde la gasolinera.

—Pásame al empleado.

—No es eso... No tengo problemas con él.

Sid habla con voz cavernosa.

—Se trata otra vez de *lo que esperan los monos*.

—Por favor, Sid. Desde hace dos semanas no me llevo más que palos. ¿Por qué no me cuentas un buen chiste? Te aseguro que lo necesito.

Silencio al otro lado de la línea, entrecortado por un sorbo de mocos.

—No paro de darle vueltas noche y día, Zine, desde que me levanto hasta que me acuesto.

—Ya me hablaste de ello. Deberías salir un poco de tu cueva. Si quieres, paso a recogerte ahora mismo. Iremos a Maqam para ver la bahía.

—Tengo el mar justo enfrente, y no consigue apagar el incendio que tengo en la cabeza. Necesito que se me explique *¿a qué esperan los monos para convertirse en hombres?*

—Por mucho que quisieran, no podrían, Sid. Por favor, el mundo es como es. No pretendas pedir a un vertedero que huela bien.

—Sí, pero con eso no se aclara nada.

—No hay nada que aclarar. El mundo es así. El oro no se oxida, la basura no se purifica con el tiempo, y si Dios no mueve un dedo para aplacar las mentes, sus razones tendrá. Te aseguro, Sid, que te estás complicando la vida inútilmente. No dejes que se te vaya la olla con tanto desasosiego. No me agrada nada oírte refunfuñar de esa manera.

—No estoy refunfuñando, intento comprender. ¿Por qué resulta todo tan desesperante en nuestro país? ¿Por qué hemos caído tan

bajo?

—Caer no es lo peor cuando se tienen fuerzas para volver a levantarse, Sid.

—¿Volver a levantarse? Han colocado la escalera boca abajo, Zine. Los desertores llaman criminales a los héroes, los cretinos ningunean a los genios, los corruptos se cachondean de los íntegros, los inútiles se pavonean en las tribunas y la noche se come sus estrellas.

—La gente es como es. Algunos son simpáticos y otros no, eso es todo.

—¿Por qué?

—Te repito que forma parte del equilibrio de mundo.

—Entonces dime por qué solo sirvo para herir a quienes me quieren, Zine.

—No haces daño a nadie. Prueba de ello es que eres mi mejor amigo.

—Eso no me convierte en buena persona.

—¿Qué me estás contando?

—Lo siento. Te ruego que me perdones. Sé que me vas a echar de menos, pero entiende que estoy cansado de esperar lo que no volverá a ser.

Sid cuelga.

Zine se queda mirando el auricular como si tuviera agarrado todo el horror del mundo. Grita:

—¡Sid, Sid, no hagas el gilipollas, Sid!... Espera que te explique, Sid, Sid...

El inspector solo oye sus propios gritos.

Al otro lado de la línea, un tono monocorde parece unirse al ceceo sideral de la nada.

El inspector suelta un taco que sobresalta a los dos agentes que atienden en las ventanillas, coge las llaves de su coche y corre hacia el aparcamiento dejándose la chaqueta sobre el respaldo de su silla.

No queda nada sobre la roca a cuyo pie se lamenta el mar. La casucha de Sid-Ahmed ha quedado reducida a un montón de ruinas humeantes que los bomberos anegan con sus mangueras. Una multitud de curiosos presencia la escena en medio de un silencio catedralicio.

—Hemos encontrado este bidón de gasolina —dice un bombero enseñando un recipiente quemado—. Según los pescadores, el pobre diablo ha metido fuego a su casa. Ha ardido con todo lo que poseía.

Zine se acuclilla ahí donde se ha detenido y, conmocionado, se agarra la cabeza con ambas manos.

El inspector solo esperaba ver en el cementerio a algún que otro borrachuzo, a unos cuantos pescadores y a un puñado de ociosos. Sin embargo, ha acudido un montón de gente.

Está todo el pueblo de Fouka con el alcalde y el imam a la cabeza. Muchos periodistas se han desplazado desde Argel, Orán, Constantina, Ain Sefra. También han acudido afamados poetas, actores, artistas. Es como si cada región del país hubiera delegado a sus próceres para acompañar al antiguo animador de Canal 3 hasta su última morada.

Para ser un colgado que llevaba años viviendo como un ermitaño, el entierro de Sid resulta enormemente emotivo. El cortejo fúnebre tarda una hora en desfilar por la avenida principal del pueblo. Nunca se había congregado tanta gente allí. Abre la marcha la ambulancia de los bomberos, cubierta de coronas de flores.

Unos estudiantes de bachillerato llevan a hombros el ataúd cubierto con la bandera nacional. Como si fuera un trofeo.

El pequeño cementerio de Fouka está abarrotado de curiosos, de funcionarios, de tenderos, de estudiantes y de amigos, venidos para rendir un último homenaje a un fantasma.

El imam alecciona a los presentes sobre los reveses de la fortuna y el deber de ayudar al prójimo.

Luego toma la palabra un antiguo colega de la radio para honrar la memoria del hombre que prefirió enclaustrarse en su dolor antes que apesadumbrar con él a los demás.

Un cámara de la televisión filma primeros planos de los testimonios de unos y otros:

—Solía verlo acuclillado sobre la roca, pendiente de su caña de pescar —recuerda un joven.

—No se trataba con nadie —dice un pescador—, pero lo vamos a echar de menos.

—Me gustaba escuchar sus programas literarios —añade un profesor canoso—. Era el mejor contando historias que nos hacían soñar.

—Me siento triste —confiesa sin más un ilustre desconocido.

37

Tras el funeral, Zine va a recogerse ante las ruinas de la casucha. Encaramado sobre la roca, arroja cantos al mar. Los recuerdos se le agolpan, unos alegres y otros penosos. Por momentos le parece estar oyendo a Sid-Ahmed arengando a las olas que se estrellan contra el arrecife. Pero no es Sid-Ahmed, es él, Zine, el que habla solo hasta desgañitarse mientras piensa en Nora yacente en su sillón, en Guerd borracho perdido y diluyéndose tras su mesa de despacho, en el cabo Tayeb llorando por la comisaria en el hueco de la escalera; y en la cantidad de gente presente en el funeral del periodista, esa multitud aparecida como por ensalmo para reavivar juramentos incumplidos; esa gente que carece de casi todo y se entrega sin reserva, que ha aprendido a solidarizarse sin alcanzar a reconocerse en la oscuridad a la que la han arrojado los *rboba*. Un pueblo admirable, reconoce Zine. Ni los abusos ni las desilusiones han conseguido desalmarlo. El pueblo argelino ha sabido seguir siendo valiente, noble en la derrota, irreductible, mantenerse en pie incluso cuando la adversidad supera todo lo concebible. Han confiscado sus valores, cosificado sus mitos, ninguneado a sus artistas y acogotado a sus ídolos y campeones, pese a lo cual sigue creyendo en cada estrella que reluce en el firmamento, en cada amanecer repetido hasta el hastío, soñador gracias a su fe, paciente por inmortal... *Mírate en los demás y dite que lo que los hace sufrir alimenta tu dolor. Si su pena te deja indiferente, es que estás muerto*.

Mientras hace el inventario de sus actos y de sus juramentos, en ningún momento siente Zine una pizca de orgullo susceptible de integrarlo en esa masa de desconocidos congregados en torno a una tumba rudimentaria. Se ha sentido como un intruso, un exiliado, un apátrida entre sus propios compatriotas. Ni siquiera se atrevió a decir una última palabra en memoria de quien tenía por su mejor amigo. ¿Por qué se sintió culpable? ¿Culpable de qué? ¿De sobrevivir a sus colegas asesinados o desaparecidos, a Nedjma, muerta en la flor de la juventud, virgen como una página en blanco, a ese pobre lacayo ejecutado en el pabellón 32? ¿O culpable de callar la verdad sobre una matanza crapulosa? ¿Qué tipo de hombre es? ¿Por qué tiene una placa de representante de la ley si no es más que un cómplice? ¿Cuál será a partir de ahora su papel entre sus fantasmas y sus seres queridos ausentes? *¿Por qué quieres que los monos se conviertan en hombres, Sid? ¿Acaso no son menos dignos de lástima que los reyes y menos locos que los héroes?...*

Zine mira el mar que parece venírsele encima. No conseguiría lavar su conciencia. ¿Acaso es posible vivir sin conciencia cuando se

ha conocido el infierno antes que los propios volcanes? Hay un deber que cumplir. No puede uno zafarse sin perder la vergüenza y todo lo demás. Lleva dos semanas intentándolo, desde el asesinato de Nora, pero ni los porros ni las excusas han conseguido asistirlo en su defección.

Pero de repente él también, como Sid-Ahmed, dice ¡basta!

Se levanta como por ensalmo, se interna en las ruinas del antiguo refugio de su viejo amigo, rebusca entre los escombros una piedra del tamaño de un huevo, la encuentra, la sopesa y se la mete en el bolsillo; luego recoge una estaca de madera intacta de una viga calcinada y regresa a su coche.

Llega a Argel al atardecer.

Una vez en su casa, lava la piedra en la cocina y, acto seguido, se sienta ante la mesa del salón y se pone a afilar la estaca.

La noche cae como un telón.

Zine sale al balcón para contemplar la ciudad. Un viento gélido le azota el rostro, pero le da igual. Unos nubarrones preñan el cielo y llueve con más intensidad. El inspector observa los edificios a su alrededor, los coches chirriando sobre el asfalto mojado. Argel parece estar chapoteando en sus cenagales tras haber olvidado la grandeza de sus cimas. Su memoria ha ardido a la vez que su cabeza; sus ceremonias han quedado abolidas; sus dulzainas resuenan en el vacío. Los artesanos de la alcazaba, los valentones de Bab el-Oued, los cantores de Soustara y las mascotas de Belcourt... ¡todos se han esfumado! Ya no hay pudor en las confidencias ni certidumbre en el horizonte. Los valientes caminan rozando las paredes, los perros y los zánganos se han adueñado de la calle. Ya no queda nada, ni los barrios donde se forjaban tantas alianzas al albur de los encuentros ni los bares donde la gente se emborrachaba hasta tomar a un vagabundo desmelenado por un profeta...

Zine sabe que se está viniendo abajo, pero le da igual.

Mañana será otro día.

Enciende un porro, sube el volumen del CD, se deja llevar entre calada y calada por la música de Mohamed Rouane. Su mirada se embrolla lentamente y las luces de la ciudad le llenan el cerebro de constelaciones fantasmagóricas. Cada calada parece resucitarlo en medio de auroras boreales, cada nota resuena dentro de él como una conjura. Cuando se le han relajado todas las fibras del cuerpo y una extraña beatitud se expande por todo su ser, se oye decir con una voz que no reconoce como suya, con palabras que le son del todo ajenas: *Argelia, me niego a creer que tu infortunio tenga que seguir reciclándose. Tu simulacro de víctima expiatoria no engaña a nadie y tu convalecencia ha durado demasiado. Algún día caerá el velo integral que te oculta al genio de tus prodigios y podrás presentarte desnuda ante el mundo entero*

para que vea que no te ha salido una sola arruga, que tus pechos siguen igual de firmes que tus juramentos, tu espíritu más claro que el agua de tus fuentes y tus promesas tan intactas como tus sueños. Bella, dulce y esplendorosa Argelia, me niego a creer que tus héroes han caído por siempre en el olvido, que tienes los días contados, que tus calles han quedado huérfanas de sus leyendas y tus hijos están arrumbados en consignas de estaciones fantasmas. Si es necesario sacudir tus montañas para desempolvarlas, beberse el mar entero para que tus calas se conviertan en vergeles, ir hasta el mismísimo infierno para devolver la luz a tu sol, pues lo haré.

Hacia las diez de la noche, Zine envuelve en un trozo de hule la piedra y la estaca traídas de Fouka y enfunda su Beretta bajo su chaqueta. Tras mirarse una última vez en el espejo del vestíbulo, sale al descansillo y baja las escaleras como un zombi.

A las diez y cuarenta y dos minutos, aparca frente al 62 de la avenida de des Promeneurs, en Hydra. Los truenos estremecen el barrio, destripando las nubes que vierten sobre la ciudad un diluvio.

Zine llama a la puerta.

—¿Sí? —preguntan por un interfono.

—Traigo un sobre muy urgente para el señor Hamerlaine.

—El señor Hamerlaine está durmiendo.

—Me manda la presidencia.

Se oyen unos pasos tras la muralla. Abre la puerta un sirviente negro resguardado bajo un paraguas. Zine le presiona el costado con la pistola.

—Se equivoca usted de dirección, señor. Está en casa del señor Hamerlaine.

—Camina...

Marouane no se resiste. Se deja conducir de ese modo hasta el vestíbulo de la residencia. Otro sirviente sale de una habitación. Al ver la pistola, levanta las manos y se pega a la pared.

—Trae aquí a los demás —le ordena Zine—. A todos sin excepción. No se te ocurra tocar un teléfono o un timbre de alarma porque os mato sin dar tiempo a los refuerzos a ponerse las zapatillas.

Marouane hace una señal al empleado para que obedezca.

A los pocos minutos toda la servidumbre, cinco hombres petrificados de espanto con los brazos en alto, se halla reunida en el vestíbulo. Zine los obliga a señalarle el dormitorio de Hamerlaine y les ordena con un gesto de la cabeza que pasen delante.

Hamerlaine duerme en su enorme cama de soberano, apenas más grande que su almohada. Zine lo sacude. Cuando el anciano abre los ojos, le asesta un culatazo en la nuca. Tras esposarlo, lo agarra por un brazo y lo arroja al suelo.

Los sirvientes, aterrados, no se inmutan.

—Miradlo —les dice el inspector—. Es la última vez que lo veis. Quiero que os quedéis con la imagen de un monstruo derribado.

—Señor —balbucea Marouane—, le ruego que no le haga daño. Está enfermo.

—No debéis tenerle lástima. No es más que un criminal que ni siquiera se merece que le escupan a la cara.

Zine agarra al anciano por los pies y lo saca fuera a rastras.

Una vez en la entrada, se vuelve hacia los sirvientes y les dice:

—Solo cumplo con mi deber.

—Señor… —insiste Marouane.

—No tengo más remedio que hacer el trabajo sucio en vista de que la justicia se lava las manos.

Tras mirar fijamente uno tras otro a los cinco sirvientes negros, decreta:

—En nombre de vuestros padres, que fueron señores libres y rectos y que deben revolverse en sus tumbas al ver en qué tipo de negros os ha convertido este esclavista, concededme dos horas, solo un par de horitas, antes de dar la alarma. No os pediré nada más.

38

Aturdido, entre embriagado y alucinado, Zine se salta los semáforos y adelanta a los coches por las líneas continuas pisando a fondo el acelerador. Toma la primera salida que da a la autopista, se adentra en la noche y conduce durante una hora sin toparse con ningún puesto de control, como si los santos patronos del país le estuviesen despejando el camino.

Toma una carretera secundaria hasta un pueblo fantasmal, alcanza la costa, atraviesa un bosque, conduce dando tumbos por una pista durante kilómetros, llega a una playa contaminada envuelta en tinieblas, se desliza con precaución entre las dunas para no hundirse en la arena y por fin se detiene entre unos matorrales. Se apea del vehículo, abre el maletero y arroja al anciano al suelo como si fuera un fardo.

Hamerlaine, espabilado por el torrencial aguacero, se sienta sobre el suelo, totalmente descolocado. Intenta ubicarse en medio de la tormenta antes de fijarse en el hombre que tiene frente a él.

—¿Dónde estamos?

El inspector le suelta una mirada que el anciano conoce perfectamente. Los privilegiados a los que ha hundido, los héroes a los que ha atomizado, los potentados a los que ha disecado, los genios a los que ha embrutecido, los ricachones a los que ha arruinado, los lomos que ha partido por haberse atrevido a mantenerse erguidos ante él, todos le echaron la misma mirada al emprender su descenso a los infiernos: una mirada fría, mortal, inapelable.

—Le estoy preguntando dónde estamos.

—Seguimos en Argelia, viejo carcamal. En un lugar que nunca ha pisado, una playa salvaje donde merodean los jabalíes y en verano se bañan las familias a las que usted ha condenado a la miseria. Aquí no hay chiringuitos, ni cafeterías, ni aseos, solo dunas y matorrales. En este mismo lugar donde nos encontramos, los paletos hacen sus necesidades tras esas mismas matas. Y aquí es donde va a dormir eternamente, rodeado de meadas y de cagadas, para que los parias defequen sobre usted.

—¿Está loco o qué?

Zine saca una pala del maletero del coche y se pone a cavar en la arena. Los rayos agrietan el magullado cielo. La lluvia arrasa los cerros atormentados por el viento entre aullidos funestos. El anciano tirita de frío, patético con su pijama empapado. Le relucen los ojos y los dientes le castañetean. Mira a su alrededor y solo percibe el rumor del mar espesando la negrura.

Zine le pregunta sin dejar de cavar:

—¿Se acuerda de Abbas Chenoua, el sindicalista?

—¿Quién es?

—El que usted mandó al loquero.

—No me suena de nada.

—Porque no escucha, señor Hamerlaine. Abbas era uno de los mejores sindicalistas del país. Su rectitud le costó que lo partieran como una ramilla bajo el casco de una mula. Una semana antes de ahorcarse en su celda, envió a modo de testamento unas cuantas frases que la prensa divulgó. ¿Sigue sin recordar?

—Sí.

—Normal, los descerebrados carecen de memoria.

Zine ensancha la fosa, que ahora le llega a la pantorrilla. Recita:

— *Cuando no queden estrellas en el cielo, cuando el sol se apague, cuando los dioses hayan entregado su alma, los* rboba *seguirán ahí, erguidos sobre las cenizas de un mundo desaparecido, conspirando contra las tinieblas, mintiendo al eco de sus propias palabras, robando a su mano derecha con la izquierda y apuñalando por la espalda a su propia sombra*... Tremendo, ¿no le parece?

—En efecto.

—Pues yo no estoy de acuerdo. Los *rboba* no son más que usurpadores con suerte, larvas dopadas tan vulnerables como moscas. Prueba de ello es que lo voy a despachar con la rapidez de un empleado de ventanilla, a usted, el todopoderoso tirano.

El anciano entiende de qué va el inspector. Menea la cabeza:

—Nadie tiene la culpa. No somos sino lo que los demás quieren que seamos. Una jerarquía arbitraria lo ha convertido en inspector. Muchos de sus superiores no tienen ni su inteligencia ni su valentía, y sin embargo usted cumple sus órdenes al dedillo.

Se limpia la barbilla sobre el hombro y prosigue:

—El mundo es así. Somos culpables por delegación y víctimas por defecto. Yo no he pedido ser un déspota. Ignoro cómo ha llegado a ocurrir. Empieza del modo más sencillo: una simple cortesía, un tímido ruego, una petición de enchufe, un agradecimiento con la boca pequeña, un beso en la frente, un beso en la mano, luego otro en los zapatos hasta que ya no puedes caminar sin pisar el cuerpo de los propios aduladores.

Zine cava.

El anciano espera una reacción que no se produce. Dice:

—Luego te inventan unos méritos que te son del todo ajenos, unas virtudes que ni siquiera sospechabas, te dan coba y te idolatran hasta que tus pedos huelan a incienso. Y un buen día te despiertas convertido en un manitú...

Hamerlaine tiene la sensación de estar predicando en el desierto,

pero no puede evitar defender su causa. Levanta un poco la voz:

—No soy más que el producto de la desmesura de los hombres, de su codicia y de sus ambiciones. Los oportunistas quieren triunfar a toda costa, y resulta que soy yo quien tiene la sartén por el mango. No tardé en darme cuenta de que era un hacedor de sueños y de derrotas; a diario descubría con asombro el progresivo incremento de mis poderes. Creía ser de carne y hueso, que debía asustarme y ponerme límites, pero no, me bastaba con citar un nombre para santificarlo o crucificarlo, sin criterio ni juicio de intenciones.

Zine deja de cavar para tomar fuerzas.

El anciano prosigue con voz apenas audible, como si estuviera soliloquiando:

—Resultaba tan fácil que rozaba la ridiculez. Desde mi puesto de privilegiado mandamás del régimen, acabé haciendo y deshaciendo a mi antojo. En esas condiciones, el poder se le sube a uno a la cabeza. Me bastaba con chasquear los dedos para hacer saltar un cerrojo o un fusible. ¿Qué culpa tengo yo de que algunos sean tan insignificantes que convierten una simple firma sobre un documento en una inequívoca señal del Cielo?

—...

—Los capitostes me rendían pleitesía. Me ofrecían la luna a plena luz del sol, y por la noche metían a sus esposas en mi cama. Me acabó gustando.

—...

—Además, ¿por qué iba a cortarme? —se encoleriza repentinamente— No veía a mi alrededor más que a lameculos y a liantes sin escrúpulos. ¿Cómo no iba a creerme mejor que ellos, cómo no iba a considerarme el mejor de los hombres si ya no quedaban hombres?...

Zine le suelta una mirada hostil.

El anciano arruga la frente:

—Soy una víctima, inspector. Nunca he pretendido ser temido ni venerado. Me han obligado a asumir una soberanía tan enorme que ha eclipsado mi humilde persona. El poder es una espantosa brujería, una posesión demoniaca, pura locura. Una vez que te contamina, ya no hay manera de desprenderse de él. Es tan embriagador... Dices «ábrete Sésamo» y la magia se produce de inmediato. Lo único que tienes que hacer es servirte. Mejor aún, te sirven todo lo que pidas. Te pellizcas hasta sangrar y compruebas que no estás soñando. Todo es cierto, tremendamente cierto. Para unos encarnas la fatalidad y para otros el milagro. Ni siquiera Dios Todopoderoso es tan eficaz. La vida, la muerte... Lo controlas todo de cabo a rabo.

Zine escupe en sus manos antes de agarrar con saña el mango de la pala.

El anciano se queda pensativo durante un momento con una leve sonrisa en los labios. Su cerúlea cara reluce, la lluvia lo obliga a entornar los ojos. Confiesa:

—De noche, cuando te asalta el tedio, te imaginas rondando los sueños de la gente; por la mañana, algunos te miran como si fueras la prolongación de sus pesadillas… Nunca ha habido tirano, inspector. Los tiranos no son sino el fruto alucinógeno de nuestras pequeñas y grandes cobardías.

Zine vuelve a cavar.

El anciano ya no espera reacción. Comprende que su parrafada es inaceptable, que cae en saco roto.

Pregunta:

—¿Qué me reprocha exactamente?

—La lista es larga.

—¿Qué?, póngame un ejemplo.

Zine clava la pala en el agujero y se vuelve hacia el anciano:

—¿De verdad quiere saber por qué está aquí? Muy bien. Está aquí por el daño que ha hecho a este país, por nuestros genios obligados a prostituirse en otras latitudes para merecerse un terrón de azúcar, por ese padre obligado a arruinarse para pagar clases de recuperación a su hijo, un desastroso estudiante producto de su escuela, por cada argelino mortalmente estresado con solo pisar una institución argelina, por nuestros días tan vacuos como nuestras noches, por todas las vergüenzas que nos hemos tragado hasta el hartazgo… Por Nedjma, su propia nieta, muerta en su cama de depravado con un pecho desgarrado por sus dientes de carroñero.

El anciano suelta una risotada de asombro.

—Está usted delirando, inspector. Mi nieta fue asesinada por los enemigos de nuestra nación.

—Argelia no tiene peor enemigo que usted.

—Se está equivocando, inspector. ¿Cómo iba yo a agredir a la carne de mi carne?, ¡por favor!

—No siga por ahí. Eso ya no es un misterio para nadie. El 23 de diciembre la fiesta estaba en su apogeo en el pabellón 32. Sus súbditos estaban allí para festejar su cumpleaños. Pero el auténtico regalo se le hizo cuando todos se marcharon. Bob le trajo una virgen drogada para que disfrutara de ella, maquillada como una princesa, con alheña en las muñecas y el pelo empolvado como un hada; la ofrenda al faraón que es usted… ¿Por qué le desgarró un pecho? ¿Porque no se empalma o para gozar de su impunidad?

—Fue un accidente, un lamentable accidente —admite el anciano con un respingo de orgullo—. ¿Quién es usted para juzgarme? Un poli de mierda que me rapta en mi propia casa y se atreve a ponerle la mano encima al salvador de la nación. Olvida que este país me lo debe

todo. No era más que una provincia francesa donde se saqueaba y se mataba a la gente. Sus antepasados, unos paletos, vegetaban entre sus propios excrementos. Unos muertos de hambre que se deslomaban trabajando hasta el día en que un puñado de hombres, uno de los cuales era yo mismo, tomó las armas para limpiar con sangre la deshonra y los abusos. Si no fuera por nosotros, seguiría ordeñando cabras y enterrando a sus neonatos bajo la basura. Y hoy, al fin libres por voluntad nuestra, os permitís juzgarnos y alzar la voz para silenciar nuestros juramentos de revolucionarios.

—¿Revolucionarios? ¡Y una leche! A los auténticos héroes los habéis ahorcado en habitaciones de hotel o liquidado en granjas aisladas.

—No le consiento que...

—Usted no era más que un follacabras, tan tieso que confundiría un escupitajo con un céntimo.

—¿Cómo se atreve? —se sofoca de indignación el anciano.

—Puede que se haya enriquecido a costa del contribuyente, pero sigue siendo el pobre diablo de siempre, un tiñoso vestido de seda...

—¡Y usted, un muerto de hambre que se vale del menor ascenso para subirse a la parra!...

—... una errata histórica, eso es lo que es... Una escoria además de un traidor que ha convertido a este país en un vertedero y a esta nación en un rebaño.

—Le ordeno que me suelte.

—Conteste primero a mi pregunta.

—Lo voy a desollar vivo, tarado de mierda. La policía ya lo está buscando. Lo pillará y le prometo que me encargaré personalmente de que se pudra en un calabozo hasta que muera.

Zine le asesta un palazo en la cara. El anciano cae de lado. Cuando nota la sangre correr por su rostro y empapar su camiseta, se mueve con dificultad para reincorporarse.

—Ve usted, señor Hamerlaine, el mundo funciona por una vulgar correlación de fuerzas. El verdadero dueño de la situación es la porra y no quien la agarra... ¿Entonces qué? ¿Le arrancó un seno por despecho o para gozar de su absoluta impunidad?

—¿Usted qué opina?

—Que se ensañó con su propia nieta.

—Ni siquiera sabía que existiera. Para mí solo era una virgen sacrificial como tantas otras. Váyase a la mierda. Yo he vivido plenamente mi vida. Ahora pégueme un tiro en la cabeza y acabemos de una vez.

—Demasiado fácil —dice Zine dejando caer la pala al suelo.

Desenvuelve el trozo de hule, coge la piedra y la estaca de madera traídas de Fouka y las coloca en el borde de la fosa.

—¿Qué piensa hacer con esos objetos ridículos? —pregunta el anciano con horror.

—Voy a proceder a un ritual, señor Hamerlaine. Según una vieja creencia anglosajona, para impedir que los vampiros resuciten se les mete una piedra en la boca antes de clavarles una estaca en el corazón. Es lo que pienso hacer con usted para que no se le ocurra volver a aparecérsenos ni de día ni de noche.

—Está usted completamente, pero completamente chalado.

En un último reflejo de supervivencia, el anciano arroja a Zine a la fosa de una patada, se incorpora y sale corriendo hacia el mar cojeando con las manos atadas a la espalda. Zine suelta una risita despectiva: sin apresurarse, camina duna abajo en medio del aguacero. Hamerlaine corre hacia delante como un espectro renqueante soltado en plena naturaleza; corre, precisamente él que ya no sabe ni lo que significa andar, que en sus palacios se desplaza sobre alfombras voladoras y cruza la calle en limusina, corre como un poseso; corre, huye, se escapa, con la boca abierta a causa de sus berridos, torpe, grotesco, patético bajo los destellos de los rayos como si el cielo quisiera iluminar la escena. «¡Eso es, ánimo! Lo va a conseguir, cerdo», vocifera Zine. El anciano cae varias veces rodando sobre la arena, sucio, empapado de agua, jadeante, hipnotizado por el enfurecido oleaje y el tormentoso horizonte; se mete en el mar, tropieza con las olas, se hunde en ellas, reaparece entre la espuma y sigue adelante contra viento y marea.

Zine se percata de que no pretende huir sino ahogarse. Suelta un taco y corre tras él, hiende el mar bravío, tropieza, se tambalea, aúlla; sus gritos se imponen al estruendo de la tormenta. Por un momento, pierde de vista al anciano, se agobia pero lo vuelve a ver, repelido por las olas, y nada hasta darle alcance. El viejo intenta permanecer bajo el agua pero los remolinos lo devuelven a la superficie. Como su cuerpo de espantajo pesa poco, afianza sus pies dentro del agua, expurga sus pulmones del aire que les queda, contiene la respiración y vuelve a sumergir la cabeza. Está a punto de desmayarse cuando Zine lo agarra por la cintura y lo alza a pulso.

—No se va a salir con la suya, escoria. Esta vez no.

Lo conduce a empellones y puñetazos hasta la orilla, lo arroja sobre la arena y lo arrastra por los pies hasta las dunas arboladas.

El anciano está agotado. De las comisuras de sus labios brota una baba blancuzca. Quiere decir algo pero tiene la nuez bloqueada en la garganta. Zine le traba los pies y lo arroja a la fosa, donde cae boca arriba.

—Quiero que me mire a los ojos, Haj Saad Hamerlaine. Por una vez en su puta vida va a tener que apartar la mirada. Y mañana, ¡joder!, mañana, aunque llueva a mares y haga viento, será un

hermoso día para todos los corazones porque la bestia inmunda ya no estará entre nosotros.

—Usted está loco de atar. La policía dará con usted y acabará en el cadalso tras haber padecido todo tipo de torturas, ¡demente!

—Sí, pero cada mañana, antes de que me ejecuten, me bastará con saberlo muerto y enterrado para perdonarlo todo.

Zine presiona las mejillas del anciano para obligarlo a abrir la boca y le introduce con fuerza la piedra traída de Fouka. El anciano intenta escupirla pero la piedra resiste, atrancada como está por la dentadura postiza. Intenta incorporarse, no para de menearse, de contorsionarse con los ojos desorbitados. Zine lo inmoviliza sentándose sobre él, agarra la estaca con ambas manos. Un rayo desgarra las tinieblas, iluminando el rostro del inspector ya convertido en una aterradora máscara de odio y de rabia.

—En nombre de todos los argelinos, buenos y malos, mayores y pequeños, lo maldigo, Haj Saad Hamerlaine. Ojalá arda por siempre en las llamas eternas del infierno.

Justo cuando clava la estaca en el corazón del anciano, en el preciso instante en que nota cómo cede la carne y un chorro de sangre le salpica la cara, Zine siente como una tremenda descarga y una atroz quemazón que le arrasa el vientre.

39

Zine aparca ante su inmueble hacia las tres de la mañana. No se apea de inmediato del coche. Totalmente abrumado, ni siquiera recuerda el camino que ha tomado para regresar a su casa bajo esta histérica lluvia. El vehemente rumor del mar sigue resonando en su cabeza y sofocando los gritos de Hamerlaine.

Zine no siente nada, solo una difusa fluctuación hecha de vértigo y de náusea. En la placeta alumbrada con escasa convicción por una vieja farola, unos destartalados vehículos aguantan a duras penas bajo el diluvio. El vigilante se ha quitado de en medio, seguramente para echar una cabezada en algún coche con su porra entre las piernas. En la agrietada fachada del edificio, las ventanas apagadas parecen haberse quedado ciegas. Nadie quiere enterarse de las broncas callejeras. La noche carente de ecos se diluye en su negrura, siniestramente triste, y la tormenta eructa como un ogro ahíto y amedrentado por los efectos especiales de los rayos, confiriendo al desamparo circundante un toque de apocalipsis. Habitualmente, los jóvenes insomnes sobrellevan su tedio en la acera, dando vueltas y más vueltas a sus sempiternas aflicciones. Esta noche no se ve un alma. La ciudad finge estar muerta, acurrucada entre sus pesares con la cabeza bajo la almohada para no ver los rayos exhibiéndose en el amuermado cielo de Argel.

Zine enciende un pitillo, parapetado tras su volante. Esperaba toparse con un regimiento de polis desplegados por toda la ciudad con los girofaros de sus vehículos destellando enloquecidamente y sus fusiles de asalto acechando el menor ademán de resistencia. Por la hora que es, el secuestro de Haj Hamerlaine debería haber sido ya más que denunciado y los estados mayores de todos los cuerpos policiales movilizados y en pie de guerra. A Zine le sorprende que no haya nadie emboscado para interceptarlo. ¿Habrán dado orden a un sicario para que lo liquide a quemarropa en el hueco de la escalera? ¿No es acaso ese el modo más expeditivo de silenciar el escándalo y de escamotear a los medios de comunicación un culebrón cuyas repercusiones serían harto aleatorias?

Zine aplasta su cigarrillo en el cenicero y pone un pie fuera del coche. La brisa no consigue espabilarlo. Se da cuenta de que le flaquean las piernas, de que tiene la garganta contraída y le tiemblan las manos. No entiende por qué no se le pasa el intenso ardor que siente en el bajo vientre.

Respira hondo para insuflarse ánimos y camina hacia la puerta del edificio con paso inseguro. Jamás se le ha hecho tan largo un

recorrido. Una auténtica travesía del desierto. El rumor del mar ha dejado de resonar en sus sienes, ahora relevado por los latidos de su corazón. El inspector tiene náuseas. Le falta el aliento cuando llega al pie de la escalera sumida en la oscuridad. No hay nadie. Tampoco en el rellano del primer piso, ni en el del segundo. Zine hurga en la cerradura de su puerta. Enciende la luz del vestíbulo. El taburete sigue ahí, así como las monedas sobre la cómoda. Nada está fuera de su sitio en la sala de estar. El dormitorio permanece en el estado en que lo dejó. Por precaución, revisa las otras dos habitaciones, aparta la cortina de la bañera por si alguien se ocultara tras ella...

Todo está en su sitio.

No hay indicio de intrusión ni de emboscada.

Zine tiene sangre en la ropa y en el cuerpo.

Se dispone a darse un baño.

Al desnudarse comprende por qué le arde tanto el bajo vientre. Está empalmado. Por primera vez desde la masacre de Ouarsenis. Su erección es extrema. Le cuesta creerlo. Siente un mareo, se ase a la cortina de hule y mira, fascinado, el fantástico trozo de carne que tan desastrosas depresiones le había producido y que, en ese instante, parece devolverle hasta la última parte de lo que la desgracia le había confiscado. Permanece así, de pie bajo la humeante agua, tan extasiado como estupefacto, con el corazón desbocado, sin saber qué pensar ni qué hacer.

Está curado.

Está entero.

¡Está vivo!

Se desliza lentamente en el agua, agarra su miembro con ambas manos y lo aprieta con todas sus fuerzas para asegurarse de que no está soñando.

Zine se cae de sueño pero intenta no dormirse. Los grupos de asalto no van a tardar en aparecer. Quiere estar despierto cuando eso ocurra. No quiere que lo pillen durmiendo y lo arrojen al suelo como a un vulgar chorizo; levantará las manos muy en alto para que todos las vean, caso de que alguno le disparara por negarse a obedecer. Zine no tiene miedo a morir. Es verdad que le tiemblan las manos, pero no es por temor a la muerte sino porque no acaba de creerse que la bestia inmunda ya no está, y que ha sido él, un inspector del montón, el que ha librado al país entero de un dios considerado más duro de pelar que la mismísima fatalidad.

Embutido en un albornoz, Zine se sienta en el sofá del salón, frente al vestíbulo, fumando sin parar con los ojos clavados en la puerta.

No se oye el menor ruido sospechoso en el rellano.

El sol está ahora en el cenit. Se oye un estruendo de bocinas y de

zumbidos procedente de la calle.

Zine, que no se ha movido del sofá, no ha pegado ojo.

Nadie ha llamado a su puerta.

Hacia la una de la tarde suena el teléfono.

Se lo piensa un largo rato antes de contestar.

No reconoce la voz de su hermano al otro lado de la línea.

—¿Dónde estás?

—En mi casa.

—Pon la tele y dime si es verdad lo que están contando.

Zine acciona el mando a distancia. La pantalla se ilumina. Es la hora del telediario. Una multitud se agolpa ante una villa, la de Hamerlaine en Hydra. Hay tensión en los rostros. Algunos parecen totalmente alelados. El periodista farfulla con desasosiego y azoramiento; hasta se le olvida usar el micro. Vehículos oficiales y todoterrenos de las unidades especiales abarrotan la calle.

—Zine, hermano, te lo suplico, dime que no estoy alucinando. Dime que es cierto lo que estoy viendo y oyendo, que es verdad lo que están contando —exclama la excitada voz.

Zine no le hace caso. Mira fijamente la pantalla.

El periodista consigue llegar al porche, esta vez con el micro en ristre. Se dirige a los sirvientes, obsequiosamente tiesos y ataviados con su vestimenta de eunucos abasidas.

EL PERIODISTA DEL TELEDIARIO: ¿Es usted el mayordomo del señor Hamerlaine?

MAROUANE: Sí, señor... Llevo treinta y cinco años a su servicio.

El PERIODISTA: ¿Puede explicarnos qué ocurrió ayer por la noche?

MAROUANE: El señor Hamerlaine cenó a las siete de la tarde en su dormitorio. Como de costumbre. Hacia las diez, me llamó para que le buscara el traje blanco que solo se pone para los actos oficiales. Yo mismo le ayudé a vestirse. Le pregunté si necesitaba un chófer. Me dijo que no era necesario, que iban a pasar a recogerlo. Efectivamente, al rato apareció un Mercedes. El señor Hamerlaine me dijo que regresaría antes de medianoche. Siempre regresa antes de medianoche porque toma su medicación con mucha puntualidad. Pero a las doce no había regresado. Llamamos a su segunda vivienda de Fort-de-l’Eau y luego al pabellón 32. No estaba allí. Empezamos a preocuparnos. Pensamos en un posible accidente de tráfico o en algo que hubiera ocurrido durante la ceremonia, así que llamamos a su secretario particular, que vive en el paseo marítimo. Este llamó a todas partes, a los hospitales, a los servicios de urgencias, a las clínicas privadas, pero nada...

EL PERIODISTA: ¿Por qué esperó hasta la mañana para dar parte a la policía de la desaparición del señor Hamerlaine?

MAROUANE: Porque solo soy el mayordomo del señor. No me corresponde a mí tomar ese tipo de iniciativas.

EL PERIODISTA: ¿Podría decirnos algo sobre la persona que pasó a recogerlo?

MAROUANE: El señor Hamerlaine no quiso que lo acompañara hasta la puerta. Se le veía relajado, alegre. Lo oí soltar una carcajada en la calle y decir a quien había venido a buscarlo: «¿Lo ves, bribón? Al final has vuelto a Argelia después de tantos años.» Luego oí un portazo y el Mercedes se fue.

EL PERIODISTA: ¿Cómo sabe usted que era un Mercedes si el señor Hamerlaine le pidió que no lo acompañara hasta la puerta?

UN SIRVIENTE: Yo vi el Mercedes. Estaba asomado a la ventana del segundo piso cuando el señor Hamerlaine se metió en el coche.

Zine no se lo puede creer.

Los sirvientes han optado por dar otra versión de los hechos. Han decidido protegerlo a él…

—¡Oye! —se impacienta la voz del hermano al teléfono—. ¡Dime algo, por Dios! ¿Qué le ha ocurrido a ese cabrón de Hamerlaine?

Zine cuelga, incapaz de pensar.

Va a su habitación para cambiarse.

Embutido en un traje casi nuevo, sale al rellano, baja lentamente la escalera, llega a la calle inundada de sol, respira hondo un aire limpio y, ya a salvo de sus viejos demonios, se deja llevar por la multitud, consciente de ser por fin un hombre y de merecerse caminar junto a ese magnífico pueblo que es el suyo.

1 *Los verdes*, nombre de la selección nacinal de fútbol.

2 «Hermanito», coloquialismo de Argel.

3 «Mandamás en la sombra», experto en nadar y guardar la ropa.

* Frente Nacional de Liberación.

* Grupo Islámico Armado.

4 En la mitología árabe-bereber, se llamaba Béni Keboun a las tribus caníbales que atacaban a los peregrinos y a los misioneros itinerantes. Hoy se designa con esa expresión a los oportunistas sin escrúpulos que han institucionalizado la corrupción.

5 El-Anka, gran cantante del género musical conocido como *chaabi*.